

LAS PUERTAS
DEL INFIERNO
Richard Crompton



Lectulandia

El detective Mollel, destinado a un pequeño pueblo perdido en un extremo del Parque Nacional de Hell's Gate como «recompensa» por denunciar la degradación de las altas esferas del Gobierno de Nairobi, está convencido de que su carrera ha terminado para siempre. Además, ¿es su herencia de guerrero masái un lastre para poder desempeñar su labor conforme a las normas del sistema?, ¿y si a pesar de estar del lado correcto de la ley resulta casi imposible discernir dónde reside la justicia? Pero cuando una trabajadora de unos grandes invernaderos de rosas destinadas a la exportación aparece ahogada, Mollel empieza a darse cuenta de que los tentáculos de la corrupción han alcanzado también, ese remoto lugar del país: enemistades tribales, caza furtiva, poblaciones desplazadas, escuadrones de la muerte que superan en número y en armamento a las autoridades encargadas de detenerlos...

Lectulandia

Richard Crompton

Las puertas del infierno

Detective Mollel - 2

ePub r1.0

Titivillus 09-12-2017

Título original: *Hell's Gate*
Richard Crompton, 2014
Traducción: Dora Sales
Fotografía de cubierta: Phillip Allaway

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Todos los personajes de este libro son ficticios, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas es pura coincidencia.

*Para Katya,
sin quien no habría libros.*

*Y para nuestros hijos,
sin quienes habría muchos libros más.*

i-Loikop (nombre, maa): asesinato

El asesinato solo puede ocurrir entre masáis. Solo cuando un masái mata a otro masái hablamos de asesinato. Si las disputas entre masáis culminan en muerte, entonces se establece una nueva relación entre las partes implicadas, según la cual a quienes sean responsables de cualquier muerte se les conoce como *il-oo-ikop*: quienes hieren.

FRANS MOL, *Lengua y cultura masái*

No se los puede convertir en esclavos, ni siquiera se los puede encarcelar. Si se les mete en la cárcel, mueren, en el plazo de tres meses, de modo que la ley inglesa del país no contempla pena de cárcel para los masáis, se los castiga con multas. Esta incapacidad absoluta para mantenerse con vida bajo el yugo ha otorgado a los masáis, solo a ellos entre todas las tribus nativas, un rango con la aristocracia inmigrante.

ISAK DINESEN, *Memorias de África*

1

HAN TOMADO EL CIELO Y LO HAN RODEADO

Él es esto: un par de chanclas, un par de pantalones cortos holgados, una camisa a juego, a rayas blancas y negras. Lleva entre los brazos un colchón de espuma mugriento —medio colchón, cortado por el lado más largo, no más ancho que sus omóplatos—. Hay una manta de lana áspera doblada encima. En el bolsillo de su camisa descansa una pequeña tarjeta amarilla que contiene, escritos a mano, su nombre, su número, su delito.

Él es esto, y nada más. Solo uno de los casi cuatro mil reclusos del lugar. Se parece a ellos. Incluso camina como ellos —arrastrando los pies de forma somera, derrotada, gracias a las chanclas demasiado grandes—.

Se parece a ellos, pero no es uno de ellos. Ellos lo saben también: el primer grupo con el que se cruza se le queda mirando fijamente con siete pares de ojos hoscos, hostiles.

—¡Policía! —sisea uno de ellos.

Ha entrado en la cárcel muchas veces. Ha olido muchas veces ese aroma de humanidad viciada, confinada; ha sentido el aire, denso por el calor de cientos de cuerpos, quemándole al fondo de la garganta.

Cada vez, el pánico amenaza con alzarse en su interior. Cada vez, se sacude para reprimirlo. Se recuerda a sí mismo que, a diferencia de los demás, él consigue salir.

Pero no esta vez.

El guardia que tiene detrás se ríe entre dientes.

—No vas a encontrar muchos amigos aquí, masái. Será mejor que aprendas a dormir con los ojos abiertos.

—¡Cuidado! —exclama una voz.

Entonces dos presos vestidos de blanco pasan con gran estruendo, cargando una enorme caldera de aluminio humeante con gachas grisáceas salpicadas con alubias rosadas, carnosas.

Los cocineros depositan la caldera con estrépito en medio del patio. Ante dicha señal los grupos dispares de hombres se convierten en una fila, con platos de plástico y cucharas en mano.

—Tendrás lo tuyo más tarde —le espetó el guardia—. Primero a tu celda.

Se acercan a un muro de ladrillos de cemento donde hay una pequeña puerta. Sobre ella está pintada la palabra «Preventiva». La puerta enrejada se abre con un tintineo de llaves, y entran. Más allá, una segunda puerta. Las puertas no parecen acabar

nunca. Este lugar es portón tras portón, puerta tras puerta, todas abiertas y cerradas con llave cada vez. Entran. El aroma avinagrado de la comida había sido malo, pero el hedor fuerte, asfixiante, del pabellón de celdas lo destierra de inmediato de tu memoria. Es el olor a sudor, a orines, a mierda, a humanidad. Pasan junto a celdas abiertas, vislumbrando en cada puerta los interiores oscuros, colchones desperdigados sobre suelos de cemento. Las escasas pertenencias están amarradas en bolsas andrajosas a los barrotes de la ventana alta, estrecha, a través de la cual se cuelga un hilo de luz gris.

Ahora está en el verdadero cogollo de la cárcel, y los habitantes levantan la vista para mirarlo desde sus camas mientras pasa. A la mayoría de ellos la lasitud les impide sentir interés, pero la emoción parpadea en sus ojos. Distracción. Ira. Odio. Lástima.

Surge un rostro curioso que lanza una mirada lasciva mientras pasa junto a otra puerta: una mano hace el gesto de cortar el cuello.

El guardia suelta una risotada breve, dura, y una porra apoyada en las costillas de Mollel lo mantiene arrastrándose hacia delante. Sus chanclas rajadas hacen que sea difícil caminar con ellas, y desearía poder quitárselas de una patada. Pero los pies descalzos, como los zapatos, están prohibidos aquí. Una precaución sencilla: no puedes correr con chanclas. Y una gravilla de granito afiladísima cubre el suelo por todas partes alrededor de estas paredes.

Vociferan una orden para que se detenga. Mollel se gira para ponerse frente a la puerta de una celda que está abierta ante él.

—Bienvenido a tu nuevo hogar —dice el guardia.

Mollel cuenta seis colchones en el suelo. Al lado de un cubo de plástico cubierto de moscas, hay hueco para uno más.

—Los recién llegados duermen cerca de las heces —le informa el guardia. Y se marcha haciendo tintinear las llaves.

Mollel empuja el cubo tan lejos como puede con el pie, y extiende su colchón en el espacio que queda. Algo se revuelve al otro extremo de la celda. Lo que había tomado por un montón de mantas resulta ser la figura esquelética de un hombre. Apenas puede levantar la cabeza, pero sus ojos, medio abiertos, giran en dirección hacia el recién llegado.

—Soy Mollel.

—Sé quién eres —contesta el hombre enfermo—. Todos lo sabemos. Oímos que ibas a venir.

Ahora que sus ojos se adaptan a la penumbra, Mollel puede ver que las orejas del hombre están estiradas igual que las suyas.

—*Supai*. —Mollel lo saluda en maa.

El hombre no responde.

—¿Qué te pasa? —pregunta Mollel—. ¿Te ha visto un médico?

—No hay ningún *mganga* que pueda curarme —contesta el tipo—. ¿No sabes que

este es el destino de todos los masáis en la cárcel?

Se dice que un masái jamás dura más de tres meses dentro. En los viejos tiempos, se creía que simplemente morían. Cuando los ingleses juzgaban, no ponían a un masái entre rejas por menos de un asesinato. La cárcel era una sentencia de muerte para un pueblo que creía que el mundo entero era su hogar.

A lo largo de los años, Mollel ha visto a muchos masáis cumplir su sentencia. Incluso él mismo ha puesto ahí a unos cuantos. No murieron. Pero bien podrían haberlo hecho. Al cabo de pocas semanas, se vuelven apáticos, lánguidos. Las nubes se posan sobre sus ojos y una palidez cenicienta sobre su piel. La elegante constitución masái, que no está acostumbrada a permanecer echada sobre un catre durante veinte horas al día, se encorva y se comprime. Esas figuras rotas rara vez hablan y nunca ofrecen resistencia. Su espíritu ha desaparecido.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Dos años, tres años.

—¿En prisión preventiva? —pregunta Mollel. Sabe que el volumen de casos pendientes es enorme, pero, incluso así, se queda espantado—. Déjame hablar con los guardias. Deja que te busque un médico, un abogado. Podría ayudarte.

—Tan solo cuídate a ti mismo, *ole* Mollel —responde el hombre—. Nadie va a querer tu ayuda aquí dentro.

El guardia regresa con un plato de plástico grasiento y una cuchara que pone en la mano de Mollel.

—Ve a por tu comida antes de que se acabe —suelta.

De vuelta en el patio, Mollel echa un vistazo al lugar. Los presos permanecen en pie en grupos o están sentados en el suelo, pastando como cebras de sus platos sucios. Los guardias merodean alrededor de ellos y entre ellos, con sus uniformes caqui, boinas y galones en los hombros, haciendo girar sus porras con aire despreocupado.

Todo está constreñido por muros altos, salpicados aquí y allá con puertas falsas, enrejadas. Encima de los muros, el cielo está rodeado de espirales oxidadas de alambre de púas.

Una salpicadura de algún líquido tibio le golpea la cara. El escupitajo, lleno de alubias masticadas, se desliza por su mejilla y él sacude la cabeza para apartárselo de la boca. La risa saluda a la diana.

—¿Qué te ha parecido eso, poli?

Él baja la mirada, pero no puede evitar la hostilidad burlona mientras coloca su plato sobre la caldera, que ya no humea, en medio del patio.

Percibe que todas las miradas están sobre él cuando se acerca a la olla de estaño. No queda nada. Hay dos o tres alubias aplastadas contra los bordes; aparte de eso, lo han devorado todo.

Mientras lo asimila, vuelven las risas. Primero, una mueca, luego un silbido,

después un cacareo tumultuoso, clamoroso. Lo que comenzó de forma desordenada se vuelve rítmico, vibrante: los presos están pataleando al unísono.

Por un momento los guardias no hacen nada. Lo están disfrutando, al parecer. Después, de repente, ya han tenido bastante. Sacan las porras y la muchedumbre se calma. Ordenan a los presos que regresen a sus celdas.

Retienen a Mollel, pero solo el tiempo suficiente para que los demás alcancen sus celdas. No hay favoritismo con él: los guardias simplemente no quieren que haya una pelea en los pasillos.

Cuando Mollel llega a su celda, el masái moribundo ya no es el único ocupante. Lo recibe un coro de gruñidos.

—¿Por qué hemos de tenerlo aquí? —protesta una voz.

—Os toca, Oweno, porque habéis tenido sitio en el suelo para otro colchón desde que vuestro compañero de celda se ahorcó mientras vosotros seis, supuestamente, estabais durmiendo.

Oweno sonrío.

—Tenemos el sueño muy pesado, ¿verdad, tíos?

El tipo se levanta, agarrando el cubo de plástico de su sitio en el suelo y colocándolo en las manos de Mollel. El olor le golpea en la cara. En el fondo tiene pegada centímetro y medio de orín viscoso.

—Será mejor que te acostumbres —le suelta Oweno—. Te encargarás de vaciarlo.

—Comportaos, muchachos —advierte el guardia—. Este no es un ladrón de mulas de Kericho. Si le pasa algo, la gente va a hacer preguntas.

—No es de nosotros de quien tienes que preocuparte —responde Oweno—. Todos somos grandes partidarios de la *polisi*, aquí.

Aparece otro guardia y le murmura algo al primero.

Ambos miran a Mollel con interés.

—Bueno, bueno, masái. Un honor para ti. El jefe quiere verte.

—¿El director? —pregunta Mollel.

Las risas resuenan por la celda. Incluso los guardias se ríen con disimulo.

—Vamos.

Lo conducen más allá del portón que va a parar al bloque administrativo y siguen hasta la enfermería. Allí, uno de los guardias llama a la puerta respetuosamente.

La abre un tipo alto de rostro agradable, rollizo. Ojos aniñados, con los rabillos un poco hacia arriba. Parece inocente como un niño. Lo que no corresponde en absoluto con lo que Mollel sabe acerca de este hombre y de lo que hace.

Es Mdosí. Este periodo en la cárcel no ha disminuido en nada su poder ni su influencia. Se queda a un lado para invitar a Mollel a entrar, despide a los guardias haciendo un gesto con la cabeza y cierra la puerta.

La enfermería es una habitación individual que evidentemente habían convertido

en la residencia particular de Mdosí. Hay cortinas en la ventana. Hay una alfombra sobre el suelo de hormigón recién pintado, junto al inevitable cubo para orinar. De la pared cuelga un calendario con fotos del monte Kenia nevado. Una pequeña televisión parpadea en silencio encima de un taburete. Y, quizá lo más envidiable de todo, hay una cama. Una cama de tamaño normal, con patas, con el enmarañado velo nupcial de un mosquitero colgando de un gancho en el techo.

Los ojos de Mdosí miran risueños.

—¿Tienes algo que contarme, masái?

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué mis hombres no dejan de desaparecer. Sobre lo que les está pasando. No es que estén apartándose del negocio, sacando los pies. Los están asesinando. Y quiero saber quién está haciéndolo.

—No tengo nada que contarte —responde Mollel.

Mdosí sonrío. Lenta, cuidadosamente, se quita una de las chanclas. Hay una raya marcada en la suela. Con destreza, la parte en dos.

A continuación, cruza la habitación hasta el cubo para orinar. Mete los dedos en el líquido, los mueve con cautela, buscando lo que el ojo no podría ver, y entonces saca un trozo de cristal de diez centímetros. Lo clava en el talón de la chancla rota, que Mollel ve que tiene una muesca justo para eso. Mdosí maneja el cristal casi con cariño, observando cómo brilla bajo la luz tenue.

—Esto —le dice Mdosí a Mollel— es para ti.

Debió de ser el ruido de la silla al caer al suelo lo que hizo que el guardia abriese la puerta. El cuchillo improvisado de Mdosí está en la mano de Mollel.

De él gotea sangre.

El guardia baja la mirada hacia el cuerpo de Mdosí, que yace en un charco de sangre que va creciendo sobre el suelo de cemento, después mira de nuevo a Mollel. Este abre la mano y deja que el cuchillo caiga al suelo, donde el cristal se hace añicos. Finalmente, el guardia consigue hablar.

—¡Lo has hecho, loco cabrón! —exclama—. ¡Lo has matado!

2

UNA SEMANA ANTES

—Tendríamos que dejar unas cuantas cosas claras —dice el tipo joven, agitando un dedo huesudo delante de su cara—. Solo porque antes fueras sargento no significa que ahora tengas más rango que yo. Ambos somos agentes de policía y, dado que este es mi territorio, tengo antigüedad. ¿Entendido?

—Entendido —contesta Mollel.

Resiste la tentación de pellizcar la nariz un poco puntiaguda de Shadrack Kitui. ¿Cuántos años tiene este crío? ¿Veinticuatro, veinticinco? Eso lo acerca más en edad al hijo de Mollel —que ahora tiene doce años y crece con rapidez— que al propio Mollel. Si Adam llegase a convertirse en algo así..., piensa Mollel, y después se saca el pensamiento de la cabeza con una sacudida. Adam tiene más educación y sentido común ahora mismo que este presuntuoso. Y todavía tiene que alcanzar la pubertad.

—Bien —sigue Shadrack—, no necesitamos que ninguno de los marginados de Nairobi nos pise los pies aquí. En Hell hacemos las cosas a nuestra propia manera.

Esto debía de ser lo que Otieno consideraba una broma. Demasiados egos ofendidos en jefatura; demasiada gente influyente descontenta con él en Nairobi. Y sin embargo, con su historial, era casi imposible despedirlo.

Mollel se había ganado una incómoda reputación resolviendo crímenes... o, como lo había expuesto su jefe de forma tan elegante:

—No necesito saber qué perro se caga en mi puerta, Mollel. Solo necesito que se limpie la mierda.

El comisario le había cogido la cara con sus enormes manos y le había masajado la frente con los pulgares mientras decía eso. Mollel no esperaba aplausos —había resuelto el caso de una prostituta asesinada, pero en el camino había ultrajado a algunas de las personas más poderosas de la ciudad—, aunque una palabra de agradecimiento no habría venido mal.

Pero era una época de muertes. Todavía estaban calculando las cifras. Algunos se preguntaban si alguna vez se sabría de verdad cuántos habían muerto. Un linchamiento aquí, un ataque con *panga* allá. Familias, comunidades enteras, haciendo frente a las consecuencias de unas elecciones robadas. Kikuyu, luo, kalenjin. Tribu contra tribu, vecino contra vecino. ¿Qué era una *poko* muerta en medio de toda esta carnicería?

—Eres un buen detective, Mollel —suspiró Otieno—. Crees en la ley. Pero ahora mismo Nairobi no necesita ley. Necesita orden. Y yo necesito que tú, Mollel, estés en

otra parte. Otra parte lejos de aquí.

Así que Otieno había enviado a Mollel al infierno, a Hell.

De hecho, el municipio diminuto que había crecido a lo largo de la estrecha franja de tierra entre el lago Naivasha y el Parque Nacional oficialmente languidecía bajo el nombre mucho menos dramático de Maili Ishirini..., que no significaba nada más que el hecho de estar a treinta kilómetros del centro administrativo más cercano, la localidad de Naivasha. Pero en lenguaje coloquial, el asentamiento polvoriento, de mala muerte, desde hacía tiempo había tomado el nombre del Parque Nacional cuya alambrada alta rodeaba. Hell's Gate^[1] —el parque— era un lugar famoso por su belleza, y por el profundo cañón que le daba nombre. Hell —la localidad— no era así. El puesto de policía, originalmente destinado a ser poco más que un punto de control para el tráfico, había luchado por hacer frente a las peticiones de una oleada de inmigrantes. En los últimos años, mientras florecían las granjas de flores que se agrupaban alrededor del lago, quienes se encargaban de la ardua tarea de recolectar las flores en los túneles de poliamida —y quienes buscaban recolecciones más sencillas fuera de ellos— habían levantado un asentamiento ilegal en continua expansión con construcciones de bloques de ladrillos y chabolas de hojalata. Tanto es así que Hell, hoy en día, se ha convertido en el hogar de un par de miles de personas, media docena de bares sórdidos y garitos de barbacoa, un número parecido de iglesias, un puñado de tiendas, un mercadillo dos veces por semana, un puesto de policía ruinoso y cuatro polis.

Cinco, se corrige Mollel a sí mismo. Ahora él es uno de ellos. Y Shadrack —por muy irritante que sea— es su colega. Tiene un trabajo que hacer.

En este preciso momento están en pie frente a uno de los arcos de poliamida. Dibuja un semicírculo perfecto, con una altura que alcanza más o menos el doble que la de un hombre. En el centro, una puerta doble de goma negra con una pequeña ventana con estrías en cada entrepaño. Un letrero proclama su *onyo* en suajili y en inglés: PELIGRO. SE USAN PESTICIDAS. PROHIBIDO ACCESO SIN AUTORIZACIÓN.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer? —pregunta Shadrack.

—No lo sé. Tú estás al mando.

—Deberíamos entrar. No tenemos todo el día.

—Después de ti —contesta Mollel.

Shadrack, con nerviosismo, mira el letrero.

—Quizá deberíamos esperar a alguien.

En ese momento, oyen pronunciar la palabra:

—*Supai*.

Quien habla es un guerrero. Ha aparecido tras ellos, silencioso con sus sandalias de suela de goma. Sus brazaletes y pulseras no tienen ninguno de esos pequeños discos metálicos que a los lugareños les encantan por el tintineo que provocan: no necesita que ningún sonido delate su movimiento. Unas piernas enjutas se elevan

hasta su *shuka* a cuadros rojos, enrollada y apretada a la cintura con un cinturón de piel decorado con conchas de cauri. Una daga larga, recta, cuelga envainada sobre una cadera, una *rungu* pulida, o porra, sobre la otra. Entre ambas, sujeto al cinturón, hay un móvil. Sus brazos, huesudos pero musculosos, llevan unos brazaletes de cobre en los bíceps. Tiene el cuello adornado con un collar de cuentas blanco, muy ceñido. El pelo, rapado en las sienes, cae por su espalda en rastas apretadas, meticulosamente teñidas con alheña.

Es espléndido.

—*Ippa* —contesta Mollel: la respuesta correcta a un saludo en maa.

Él había sido esto una vez. Un guerrero. Recuerda con intensidad la sensación de orgullo que solía hincharse en su pecho cada vez que se presentaba en todo su esplendor. Este guerrero debía tener más o menos la misma edad que Shadrack, pero no podían ser más diferentes. Shadrack, con sus hombros encorvados, vestimenta holgada y sin forma, y su actitud cínica, resentida. El guerrero, a su vez, los observa con una relajada confianza en sí mismo. Mollel incluso piensa, por un instante, en que se sentiría orgulloso de ver que Adam crecía hasta convertirse en alguien así..., antes de descartar el pensamiento como algo ridículo. El último deseo de la madre del chico había sido que se criase de forma moderna, y Mollel se había pasado los últimos doce años cumpliéndolo. Adam apenas hablaba una palabra de maa. Por repugnante que fuese la idea, era más probable que fuese un Shadrack que un guerrero. ¿Y qué importaba? El propio Mollel le había dado la espalda a esa vida. Difícilmente podía lamentar la pérdida de la misma para su hijo.

El recuerdo de Adam lo fuerza a centrarse en lo que tiene alrededor: deja que el presente inmediato tenga prioridad. Después de todo, no hay nada que pueda hacer respecto al hecho de que su hijo esté lejos, en Nairobi: el trabajo lo exige. Y el chico se encuentra en buenas manos con su abuela. Sin embargo la punzada permanece, y Mollel decide llamarlo más tarde.

El guerrero ve que Mollel está echando un vistazo al exterior de los invernaderos, captando el panorama. Asiente a medias, de esa forma en que se inclina la cabeza hacia atrás y se levanta la barbilla, en lugar de bajarla.

—Bienvenido a casa —saluda el guerrero.

Shadrack mira a Mollel con desconfianza.

—¿Os conocéis?

A modo de explicación, Mollel se lleva la mano derecha a la oreja y se da un toqucito en el lóbulo. Cuelga, en bucle, bajo; estirado, igual que los del guerrero. La única diferencia es que hay dos pendientes de latón que brillan desde los lóbulos del guerrero, mientras que los de Mollel carecen de adornos.

—Esta tierra es el hogar de todos los masáis —contesta el guerrero—, sean de donde sean. Cuando mi clan, el il-mutekoni, llegó aquí, hace generaciones, dijeron que los masáis no necesitaban deambular más. Dieron el nombre de Naivasha al lago: «el que brilla».

—Os hizo mucho bien —replica Shadrack—. ¡Mira vuestra tierra ahora! Partida en pedazos, cercada. Ni siquiera podemos ver ese precioso lago vuestro con todas las granjas de flores que hay por el camino. ¿Y qué podéis demostrar con eso los masáis? Eres el guardia de seguridad mejor vestido de la ciudad.

Mollel, en su momento, oyó bastantes mofas contra los masáis como para ignorar el tono burlón del muchacho. Había llegado a esperar estos dardos, en especial por parte de sus colegas kikuyus. No puede evitar preguntarse si no hay un matiz de envidia subyacente en alguna parte. Después de todo, los masáis puede que hayan perdido su tierra, pero los kikuyus, tan ansiosos por vestir trajes y corbatas y zapatos con cordones, han perdido su cultura.

Los dedos del guerrero se deslizan sobre su *rungu*. Deprisa, Mollel extiende la mano y el guerrero cierra el puño. Sus nudillos se tocan a modo de saludo.

—Mollel —se presenta.

—Tonkei —contesta el guerrero—. ¿Eres il-molelian^[2]?

—Lo era. Como puedes ver, mi clan ahora es il-polisi.

El guerrero se ríe.

—Soy el detective Kitui —se entromete Shadrack—. Estoy al mando aquí. Recibimos una llamada por una especie de altercado.

El guerrero asiente levantando la cabeza.

—Venid conmigo.

—¿Qué hay del veneno? —pregunta Shadrack con desasosiego.

—¿El pesticida? Es inofensivo. Solo ponemos eso para evitar que la gente moleste a las recolectoras.

Y abre una de las puertas para que pasen los policías.

La reacción inmediata de Mollel al poner los pies en el túnel de poliamida es estremecerse: todos sus sentidos se rebelan al tiempo como reacción ante ese extraño entorno nuevo. El calor hace que la piel le pique de inmediato por el sudor. El sonido de los pasos de los tres hombres por el camino de gravilla queda amortiguado a causa del aire, tan pesado por aquel perfume dulce, empalagoso; un perfume que hueles al inspirar y saboreas al expulsar. La intensidad del color es casi igual de agobiante: bloque sobre bloque de rojos, aquí rojo brasa, allí rojo atardecer, más allá rojo sangre, más lejos todavía rojo vino.

Rosales. Cada uno es una espiral, un torbellino. Cada uno único... e idéntico a los cientos, miles, que crecen a su lado. Todos de la misma altura, todos con la misma forma, un millón de lágrimas enrolladas. Había mujeres moviéndose entre las flores, con cestas a sus espaldas, como extraños animales pastando. Sus brazos son una nebulosa en movimiento, seleccionando floraciones con precisión resuelta, cortándolas con una cuchilla curva en una mano y lanzándolas a la canasta con la otra. Mollel no tiene ni idea, no sabe si están recogiendo ejemplares perfectos o apartando los defectuosos: están demasiado lejos y el movimiento es demasiado rápido como para apreciarlo. Pero sospecha que no sabría la diferencia en todo caso.

Cortar flores siempre ha sido un misterio para él, y recuerda haberse maravillado al ver cómo las vendían al borde de la carretera la primera vez que llegó a Nairobi. Parecían algo muy inútil: algo extraño y poco práctico. Una de las muchas locuras que infectaban a los que no son masáis, como cazar a modo de deporte, tener una mascota o adorar en una iglesia.

Como si estuviese leyendo sus pensamientos, el guerrero le dice:

—Han tomado el cielo y lo han rodeado.

—¿Qué? —ladra Shadrack.

Para evidente disgusto suyo, el guerrero sigue hablándole a Mollel como si el policía más joven ni siquiera estuviese ahí.

—¿Conoces el antiguo dicho? Claro que sí.

—Vallaron nuestra tierra con alambre... —comienza Mollel, extrayendo las palabras de su mente con algo de dificultad. Es algo que su madre solía recitar.

—Así que hicimos que nuestros rebaños pastasen en el monte. Tapiaron nuestros lagos con piedra...

—Así que hicimos que nuestro ganado bebiese en los arroyos.

—Y cuando embalsaron nuestros arroyos, dijimos: Nunca podrán tomar el cielo.

El guerrero recita esto haciendo una floritura con el brazo extendido, que levanta y sigue el arco del techo sobre ellos. El laminado de plástico es opaco, brillante, blanco. Los rayos del sol están difusos, dispersos, las mismas sombras están frustradas bajo esta luz uniforme, plana.

—Pero lo hicieron —sigue el guerrero—. Tomaron nuestro cielo y lo rodearon.

—Los masáis decís tonterías —suelta Shadrack.

El guerrero sonríe e intercambia una mirada con Mollel, que este interpreta como: ¿qué se puede esperar de un kikuyu?

Hay algo en la forma de hablar del joven *moran* y su manera de contenerse que a Mollel le recuerda a Lendevea.

Su hermano, Lendevea. Tiene la misma postura, recta como una lanza hincada en la tierra, y la misma implacable confianza en sí mismo. Mollel siempre lamentó esa confianza en sí mismo. Se suponía que tenía que ser al revés: se suponía que el hermano mayor era quien tenía que enseñar al más pequeño, guiarlo, formarlo. Pero Lendevea siempre daba la impresión de haber llegado al mundo completamente formado, como Ntemelua, el embaucador de la leyenda masái, que dejó anonadados a sus padres al tener, ya de recién nacido, la plena facultad de hablar.

En cambio, era el camino de Mollel en el mundo el que parecía tachonado con las rocas abruptas de la inseguridad. No había nada que Mollel pudiese enseñarle a Lendevea. El más pequeño lo dejó perfectamente claro al salir y encontrar maestros por su cuenta.

Entre esos maestros estuvo el samburu que llegó durante una estación seca y acampó a las afueras del *manyatta* donde Mollel, Lendevea y su madre vivían con otro puñado de familias. A los lugareños no les agradaban las nuevas llegadas..., en

especial los camellos que traían en lugar del ganado larguirucho, de caderas elevadas, que era más común. A diferencia de las reses, esas criaturas altas, feas, no eran dóciles u obedientes, y miraban hacia abajo con sus narices altaneras a los masáis, quienes, obedeciendo a regañadientes las exigencias de la hospitalidad, ofrecían espacio de más en su *boma* rodeado con ramas de espinas para protegerse de los leones durante la noche. A veces las cabezas enormes de aquellas bestias embestían desde sus cuellos como de serpiente para chasquear y morder, o proyectaban el interior de sus mejillas desde el lateral de la boca formando una pompa bamboleante, carnosa, que producía una bocanada de saliva, que lanzaban a propulsión como un canal de espuma maloliente que, de manera infalible, caía sobre cualquier persona lo bastante desafortunada o distraída como para cruzarse en su camino.

Pero proporcionaban cantidades prodigiosas de leche, calabazas enormes llenas de líquido humeante, espumoso, mucho más rico que el alimento de las vacas humildes de los propios masáis. La hierba seca de la temporada no parecía molestar a los camellos. De hecho, la rechazaban como comida inferior, como un anciano apartaría una comida de maíz en favor de la carne. Arrancaban hojas de arbustos espinosos que ni siquiera las cabras aprovecharían, y masticaban cactus cuyas espinas los habían protegido prácticamente de todos los animales que pastaban y eran naturales de ese lugar. Porque los camellos, por supuesto, no eran naturales. Eran extranjeros, del norte lejano, incluso de mucho más lejos que la propia tribu samburu, que afirmaba haberles comprado las criaturas a unos nómadas de piel clara de una tierra donde no crecían los árboles y la arena se lo comía todo excepto las plantas más resistentes.

Aquella leche era el precio del billete de los samburus al país de los masáis, y de su admisión a la protección que ofrecía el *boma*. Pues a los masáis les encantaba la leche, y los lugareños se atiborraban de ella. Sería una historia diferente cuando regresasen las lluvias y volviese a fluir libremente la leche de sus propias vacas. Pero, por el momento, los recién llegados eran tolerados con una mezcla de diversión cautelosa y desdén.

Nadie sentía más desdén hacia los samburus que Mollel. En aquellos tiempos, él mismo estaba a punto de convertirse en *moran*, y esos itinerantes ofendían su sensación respecto a lo que significaba ser masái. Hablaban maa, aunque con un acento extraño, y afirmaban estar emparentados. Para Mollel, sin embargo, los samburus tenían la misma relación con los masáis que la que su ganado roñoso, malhumorado, tenía con la noble vaca (como la mayoría de gente de su tribu, Mollel tenía una noción idealizada del ganado, que en algunas ocasiones estaba muy alejada de la situación real de las bestias).

Los samburus adoraban a Enkai, pero pensaban, absurdamente, que él vivía en el cielo, en lugar de sobre *Ol Doinyo Lenkai*. Llevaban *shukas*, pero se envolvían con ellas los dos hombros en vez de llevarlas cruzadas sobre el pecho y atadas sobre el hombro derecho. Los colores de sus rebozos no mantenían ninguna rima ni motivo,

parecían haberse elegido al azar. Las mujeres vestían de rojo y los hombres de azul, lo que escandalizaba al adolescente Mollel. Los abalorios eran igualmente confusos, y —aunque eran un capricho de moda más que una señal intrínseca de identidad— la mitad de los hombres ni siquiera tenía las orejas perforadas y estiradas.

En resumen, eran masáis de saldo, desaliñados, indisciplinados, indignos, ignorantes, toscos. Mollel los detestaba y anhelaba que llegase el momento en que se marchasen a imponer su presencia a otra gente.

Quizá, sin embargo, la verdadera razón de su desprecio radicase en el hecho de que Lendeva los idolatraba.

—¿Sabes —le dijo el niño a Mollel, con la respiración entrecortada, después de pasar todo el día entre los samburus— que la razón por la que sus arcos son tan diminutos es porque las flechas llevan veneno en la punta? Imagínatelo, Mollel. No necesitan apuntar al cuello, o confiar en que una flecha de alguna forma tenga la suficiente fuerza como para atravesar las costillas de un antílope. Es más, ¡olvida a los antílopes! Pueden derribar a una cebra, a una jirafa. ¡Incluso a un elefante, Mollel! Todo lo que tienen que hacer es un rasguño pequeñito en la piel y...

Lendeva se empezó a sacudir. Abrió mucho los ojos y su cuerpo convulsionó, y cayó al suelo, pataleando y retorciéndose antes de que una quietud silenciosa descendiera sobre él.

—Lo único que necesitas recordar —continuó, poniéndose otra vez en pie de un salto y dándose palmadas para quitarse el polvo del rebozo— es que debes extirpar el músculo infectado del animal de inmediato. Incluso si es la cadera, el mejor bocado, tienes que quemarlo o enterrarlo hondo, para que nuestros perros no lo encuentren. De lo contrario sería una muerte segura para ellos también.

Aquello chocó a Mollel, como una forma cobarde, no masái, de hacer las cosas. ¿Dónde estaba la gloria en derribar a un animal con una flecha envenenada? Bien podrías ser un hombre blanco y usar un arma. Ese era el tipo de cosas que estaba aprendiendo de sus nuevos amigos samburus. Pues sus *morans* le hablaban casi como a un igual, cuando ningún *moran* masái se habría dignado a relacionarse con un niño de casta inferior por su edad, a menos que fuese para darle un puntapié en el trasero o un tirón de orejas.

Por eso para Mollel supuso un alivio ver cómo se agrupaban las primeras nubes lejos, por el oeste, y observar cómo se acercaban deslizándose cada día. Cuando estallaron, y la tierra reseca regresó a la vida, y la primera hierba fresca apareció como cabello fino en un cuero cabelludo desnudo, afeitado, los samburus empezaron a retirar sus casas y amarrarlas a los lomos de sus camellos. Mollel fue testigo de la tristeza del muchacho al despedirse de aquellos jóvenes que vestían de forma inoportuna y hablaban de modo extraño, y eso lo molestó: él no inspiraba ese cariño en su hermano. Las lágrimas que recorrían las mejillas de Lendeva eran una señal de debilidad, se dijo a sí mismo. Contagiada por los nuevos. Cuanto antes se marchasen, mejor. Entonces todo volvería a la normalidad.

Mollet intenta regresar al momento actual. Estos días sus pensamientos son escurridizos y fugitivos. ¿Esta incapacidad de permanecer anclado es una reaparición de sus antiguos problemas? Piensa en el pequeño bote de plástico con pastillas que lleva en el bolsillo. Se supone que ayudan a mantener alejados los pensamientos oscuros. No se gana nada con darle vueltas a lo que está lejos o ha desaparecido. Es peligroso.

Las rosas, que se han ido oscureciendo de manera continuada, de pronto dan paso a una escuadra rosa carnosa. Los ojos de Mollet protestan por el golpe de color, pero él lo agradece. Hace que se centre como si le hubiesen dado una bofetada. Los masáis —que adoran el color— también reconocen su poder. Sus *shukas* —roja para un hombre, azul para una mujer— les permiten ser vistos a kilómetros de distancia en un paisaje marrón polvoriento. Un punto de color a lo lejos se convierte en un vecino. Una mota de humanidad en la inmensidad de la naturaleza.

Pero aquí, estos bloques de color abruman. No hay ni humanidad ni naturaleza en este espacio.

Y entonces, un sonido que, aunque tenue, atraviesa la atmósfera surrealista. El sonido de los sollozos de una mujer.

Tras haber recorrido la longitud del túnel de poliamida, el guerrero y los dos policías se detienen en una oficina: nada más que un cuadrado, abierto por arriba, delineado por un marco de madera cepillada y tableros de fibra, con una puerta que está cerrada. Delante hay un hombre blanco, en pie, antebrazos fornidos cruzados sobre el pecho.

—Os habéis tomado vuestro maldito tiempo —suelta.

Bajo la luz rosada que se refleja, su rostro se parece a la puesta de sol sobre los acantilados de arenisca que cuelgan sobre la localidad, indicando la entrada a Hell's Gate. Escarpado. Desgastado. Implacable. Hay cierto tipo de *mzungu* —persona blanca— a quien parece que lo hayan dejado bajo el sol para que se seque.

Este tipo es *biltong*.

—Mike De Wit —continúa, ofreciendo una enorme mano roja para que Mollet se la estreche. Ya parece conocer a Shadrack—. Soy el encargado.

—¿Británico? —pregunta Mollet.

Sus poderosas cejas se juntan.

—¡Joder, no! —escupe—. ¿De Wit? ¡Africano! Soy tan africano como tú, *bwana*.

Mollet sabe que así como cualquier keniano puede identificar de inmediato a una tribu extranjera por la forma en que habla, su aspecto o modo de vestir, los gestos que usan..., también existen matices similares entre la nación de la gente blanca. Es algo que está perfectamente preparado para aceptar: de hecho, ahora que se lo hacen notar, detecta el deje recortado, oclusivo, de la manera de hablar de este hombre que caracteriza a un afrikáner. Pero ha tenido demasiada poca interacción con *wazungu* como para intuir con exactitud de dónde proceden. Británico era por lo general una

apuesta segura. Si eso no resultaba, estadounidense.

—¿Cuál parece ser el problema, señor De Wit?

El afrikáner sacude el pulgar señalando la puerta del cubículo. Dentro, el sonido de los sollozos sigue sin amainar.

—Aquí tenemos una política sencilla —explica—. Pagamos un sueldo justo por un día de trabajo justo. Robas, y estás fuera. La mayoría de la gente parece aceptarlo. Pero esta no. Se niega a marcharse. La metí ahí pensando que lloraría y acabaría saliendo antes o después. Ni hablar. No va a marcharse sin montar una escena.

Shadrack mira escéptico a De Wit y al guerrero.

—Los dos sois mayores —dice—. ¿Por qué no cogéis a esa zorra y la echáis a la calle?

—¿Y que circulen acusaciones de crueldad? Puede que ese tipo de cosas no le importen al Departamento de Policía, agente. De hecho, me da la sensación de que usted seguro las alienta. Pero esto es un negocio. ¿Sabe a quién vendemos? A grandes empresas. Grandes nombres. Hipermercados, en Gran Bretaña, Holanda y Alemania. No quieren que su marca se vea manchada por alguna bloguera con alguna cuenta pendiente en Maili Ishirini. Todas estas chicas tienen teléfono móvil. Algunas tienen vídeo. ¿Qué le va a parecer al Departamento de Relaciones Públicas de una compañía de primera cuando las imágenes de un proveedor pegando a sus empleadas se suban a YouTube?

Y sin embargo, piensa Mollel, todo un pueblo puede ser aniquilado sin que le importe a nadie, porque no había nadie allí para filmarlo. Habiendo estado él mismo en el meollo del delirio periodístico una vez en su vida, las prioridades y los antojos de los medios de comunicación lo desconciertan. No obstante, entiende el punto de vista de De Wit. Si hay que sacar a la mujer, mucho mejor dejar esa responsabilidad a la policía.

—Hizo bien en llamarnos —dice Mollel—. ¿Tiene intención de presentar cargos? Eso hace que De Wit y el guerrero estallen en una carcajada.

—¿Y pasar todo el día en el juzgado de Naivasha esperando a que el juez Singh se saque el dedo del culo? No, gracias. Quizá si hubiese huido con la nómina. Pero por lo que se llevó no merece la pena.

—¿Y qué es —pregunta Mollel— lo que se llevó?

Los ojos grises de De Wit se arrugan bajo sus cejas.

—¿Qué supone que se llevó?

Mollel mira a su alrededor. Sabe que la gente pobre robaría cualquier cosa. Maldita sea, los ricos también robarían cualquier cosa, en este sentido y con más descaro. Aun así, aquí hay poca tentación obvia. Los monos de trabajo, quizá, podrían tener algún valor; las cuchillas para cortar. Incluso los cestos que las mujeres llevaban a la espalda. ¿Algo de esto merece la pena el riesgo de perder un trabajo?

Esta vez Shadrack se une a la risa de los otros dos ante la falta de respuesta de Mollel.

—¡Flores, idiota! —dice a carcajadas—. ¿Qué otra cosa hay para robar aquí?

Flores. Por supuesto. De la misma forma en que Mollel no puede entender por qué alguien las compraría, ha estado ciego ante la idea de que alguien querría robarlas.

Un lamento surge del cubículo, aplacando las risas. Pidiendo salir a gritos.

Shadrack, mientras tanto, ha sacado un cuaderno y un lápiz. Pregunta:

—¿Cuál es el valor de las flores que robó?

De Wit contrae la cara en una mueca:

—Eso depende.

—¿De qué depende?

—De su definición de valor económico.

—¡Oh, joder! —replica Shadrack—. Esto me supera un poco. Solo necesito una cantidad para el informe.

Por una vez, Mollel siente una punzada de compasión por el joven.

—Sin duda —le dice a De Wit, con un deje de irritación creciendo en su voz—, sin duda todo el asunto del valor económico significa que algo vale tantos chelines o céntimos, ¿o no?

—En realidad no —contesta De Wit.

Mollel se frota los ojos.

—Entonces continúe —dice—. Explíquemelo.

—Bien, ayer, yo volvía de un fin de semana en la ciudad —comienza De Wit—. El tráfico es lento hacia la otra dirección, volviendo a Nairobi. Siempre lo es, un domingo por la tarde. Todos los trabajadores de la ciudad regresan del campo. El verdadero atasco empieza en la carretera que sube el acantilado... Ya sabe cuánto les cuesta a esos camiones pesados esa pendiente. Yo iba cuesta abajo, pasando junto a todo ese tráfico, teniendo cuidado con los vendedores ambulantes. Dios sabe de dónde salen, pero, en el momento en que se produce un atasco, aparecen como hormigas en un pícnic. Entonces la vi. Iba caminando entre las filas de vehículos. Con los brazos cargados de rosas.

—¿Cuántas rosas, más o menos?

—Trescientas doce —contesta De Wit con brusquedad—. No hay «más o menos» en este juego. Lo supe incluso a lo lejos. Veintiséis ramos, doce tallos por ramo, trescientas doce.

—¿De modo que se detuvo? ¿La acusó?

—¡Uf! —suelta De Wit—. Estaba fuera de servicio. Podía esperar a hoy por la mañana.

—Así que usted circulaba con su vehículo. Vio a su empleada vendiendo rosas en la carretera. Solo una pregunta, señor De Wit. ¿Cómo sabía que eran sus rosas?

De Wit le lanza una mirada desdeñosa.

—Treinta años en este negocio. Por eso sé que eran mis rosas.

—¿Y qué habría obtenido ella?

De Wit se encoge de hombros.

—Supongo que estaría vendiéndolas a cien *bobs* por ramo.

Mollet sonrío.

—De modo que la pregunta de mi colega respecto al valor no era tan difícil. Las rosas valían veintiséis mil chelines.

—Para ella —concede De Wit—. Pero mire.

Se acerca a un estante y regresa con un aparato que parece un arma, que blande ante Mollet. Con un movimiento veloz, lo aprieta contra el pecho del policía y el aparato chasquea.

Mollet baja la mirada. Hay una pequeña etiqueta adhesiva en el bolsillo de su chaqueta. La despega y la lee.

La etiqueta está marcada con un logo y un nombre que él no conoce. Debajo hay un precio: £4.99, lee.

—Cuatro libras con noventa y nueve —dice De Wit—. Eso son quinientos cincuenta y tres chelines al cambio de hoy. Veintiséis ramos a quinientos cincuenta y tres son catorce mil trescientos setenta y ocho chelines. Es un mes de sueldo para ella aquí. O, por decirlo de otra forma, un mes menos de sueldo para otra persona.

—Disculpe —interviene Shadrack, chupando el lápiz—. ¿Puede repetir la cantidad?

—Catorce mil trescientos...

Mollet lo interrumpe.

—No apuntes eso.

—Es solo para el informe, Mollet. No está acusada, recuerda.

—Aun así. Anota solo: entre dos mil y catorce mil chelines.

—No está tan claro después de todo, ¿eh, agente?

De Wit apenas puede contener el desdén en su voz. Mollet suspira. Siente una punzada de nostalgia por su antigua vida en la central de policía de Nairobi. Otieno podría haberlo tratado con el mismo desdén que este granjero, pero al menos Otieno tenía sus galones. Y ahora había que tratar con la mujer cuyos lloriqueos lastimosos todavía se oían filtrándose desde el cubículo tras ellos. Preferiría enfrentarse a una muchedumbre cargada de *pangas*.

Pero cuando lo enviaron desde Nairobi las instrucciones de Otieno fueron claras: Mantén controlado ese temperamento que tienes. Mantén la cabeza agachada. Intenta mantenerte alejado de los problemas por un tiempo.

—*Cheesy kama ndizi* —dice Shadrack.

Mollet deja salir un suspiro y mira a través del parabrisas agrietado. Parece que está siendo otro lunes típico en Hell.

Han escoltado a la mujer de la granja de flores y la han dejado, llorando todavía, de pie junto a sus escasas pertenencias a un lado de la carretera. No solo ha perdido su trabajo, sino su alojamiento, pues todas las trabajadoras viven en residencias allí mismo. Pero ignoró cualquier intento de Mollet por ayudarla con las bolsas, y rechazó la oferta de llevarla en el viejo y ruidoso turismo Toyota.

Para cuando llegan a la segunda misión del día, ya se han olvidado de ella.

—Esto es auténtico trabajo de detective —afirma Shadrack, llevándose a los ojos un par de prismáticos compactos. Cobra Squad.

Cobra Squad^[3]: la serie policiaca favorita de Shadrack. Cuando Mollet estaba recién llegado de Nairobi, Shadrack le preguntó con entusiasmo si había estado en una brigada como la Cobra Squad.

—Ya sabes, los trajes elegantes, los chalecos antibalas, los coches rápidos y las armas...

Mollet lo paró ahí. No, no había estado en una unidad como esa. Shadrack dejó de mostrar de inmediato cualquier interés por la carrera previa de Mollet.

Alrededor de la parte trasera del puesto de policía de Maili Ishirini había un lateral con tres habitaciones cerradas con llave, cada una con una ventana y una puerta, y solo el espacio suficiente para una cama y algunos efectos personales. A un extremo del lateral había una letrina y un cubo para ducharse. Una de las habitaciones la ocupaba Shadrack, otra Mollet y la tercera era una especie de sala de estar, con unas pocas sillas viejas de plástico, una caja de embalaje de flores a modo de mesa y un televisor con la imagen borrosa.

Era en esa tele donde Shadrack veía *Cobra Squad*. Y la veía religiosamente. El gánster *mungiki* más buscado de Kenia podría haberse presentado en el puesto de policía de Maili Ishirini para entregarse, pero, de haberlo hecho entre las nueve y las diez de un martes por la noche, habría tenido que esperar.

Por lo que Mollet había visto —e incluso él tuvo que admitir que tenía una extraña calidad convincente que había hecho que se quedase en la sala de la tele los martes por la noche—, *Cobra Squad* era un intento keniano por hacer la clase de melodramas nigerianos que llenaban la programación. Pero, a diferencia de los éxitos *naija*, era completamente de cosecha propia. Debía gran parte de su popularidad a los tiroteos prolongados y lo mucho que se arrastraban por la mugre, aunque Mollet sospechaba que la principal atracción para Shadrack era el enorme trasero de la

protagonista femenina, que las cámaras seguían en cada ocasión.

Han pasado cinco semanas desde su traslado a Maili Ishirini, y, hasta la fecha, el mayor logro de Mollel es haberse aprendido de memoria el diálogo de episodios enteros de *Cobra Squad*. Todo por sentarse en este coche con Shadrack.

Un burro aparece ante su vista, andando sin prisa. Pocos segundos después, un chico lo sigue, blandiendo un palo. Junto a sus talones avanza pesadamente un perro. Pasan despacio junto al elevado portón metálico, y desaparecen de la vista. En el portón hay un parche de pintura fresca, distinguible por el brillo con respecto a la superficie vieja que lo rodea. Apenas visible, en la pintura, hay algunas letras grandes, oscuras: MARCHAOS A CASA, PUTAS.

—Deberíamos tener un nombre como Cobra Squad —dice Shadrack.

—¿Equipo Burro? —sugiere Mollel.

—Estaba pensando en Fuerza Rino —replica Shadrack—. Tiene cierta clase, ¿no te parece? Y ya sabes, tenemos rinos.

Shadrack inclina la cabeza en dirección al Parque Nacional de Hell's Gate, donde hay una reserva de rinocerontes.

Mollel suspira.

Llevan tres días con esta vigilancia. Tres días en los que Mollel ha visto pasar al mismo burro, al mismo chico y al mismo perro amarillo, cansado y flaco.

—Imagino que nunca hiciste vigilancia en Nairobi, Mollel.

Él piensa en los tiempos en que solía conducir minibuses *matatu* de incógnito, buscando carteristas. Largas horas en los callejones oscuros de una barriada, por un chivatazo o una corazonada. Una noche fría, húmeda, que pasó tiritando en el portal que había delante de un burdel esperando a que saliera cierto cliente. El aburrimiento, atemperado por el miedo, era el sentimiento que unía esos recuerdos: el hecho de saber que, antes o después, un intento de arresto implicaría unos cuantos segundos de lucha, durante los cuales el destello de un filo o la boca achaparrada de una pistola podrían hacer que todo llegase a su fin.

—Una o dos veces —contesta Mollel.

—Es genial, ¿verdad? —sigue Shadrack—. Que te paguen por estar sentado y no hacer nada. *Cheesy kama ndizi*.

Si dice eso una vez más, piensa Mollel... Y entonces recuerda la orden de Otieno. Intenta mantenerte alejado de los problemas.

—Pero podría ser incluso más genial —continúa Shadrack— estar en la Cobra Squad.

Imita la forma de una pistola con la mano y murmura: *Poa kichizi. Cheesy kama ndizi*.

Ni siquiera es un suajili correcto. La traducción más cercana sería: «Jodidamente bueno. Loco como un plátano». La repetición de la frase parece confortar a Shadrack. Es como una especie de mantra; un tic verbal, hasta el punto de que el ritmo hace que lo tenga en la punta de la lengua sin que él aparentemente se dé cuenta.

Mollel, sin embargo, lo nota. Cada vez. Hace que se le erice la piel, como si hubiese hormigas subiendo por su pernera.

Para distraerse, mira alrededor del vehículo. Este coche, calcula, debe de ser más viejo que Shadrack. Y tiene el doble de personalidad.

Conoce cada detalle del coche, desde el parabrisas, cuarteado con grietas en forma de telarañas, hasta la luneta trasera sin cristal, remendada con plástico y cinta adhesiva. Las ventanillas supervivientes están tintadas por discreción, y el interior cálido, oscuro, huele a gasolina. A Mollel le recuerda a la choza masái perfumada de humo de su infancia, y siente el impulso abrumador de dejar que se le cierren los párpados y buscar en el sueño un consuelo a su aburrimiento. Seguramente si tan solo cerrase los ojos un momento...

—¡Mira!

Mollel parpadea y se incorpora de un tirón. Un joven está arrastrando los pies junto al muro elevado del complejo que están vigilando, tratando de parecer despreocupado. Es esa indiferencia fingida lo que, para el ojo entrenado de Mollel, de inmediato señala al muchacho como sospechoso. Mantiene la cabeza erguida con rigidez, aparentemente mirando al suelo, pero en realidad captando miradas de reojo a su alrededor..., aunque no se ha percatado, todavía, del coche camuflado que está aparcado colina arriba.

Mollel tiene ganas de quitarle los prismáticos a Shadrack para ver si puede percibir un indicio de que lleve algún arma, una *rungu* colgando del cinturón, o la empuñadura de una navaja asomándose por un calcetín. Es bueno saber a qué te enfrentas.

Pero su orgullo se subleva ante la idea de pedir nada que pudiera parecer un favor al joven, de modo que hace una pregunta más neutral:

—¿Crees que es él?

Shadrack baja los prismáticos y echa un vistazo a su cuaderno.

—El testigo dijo que el grafitero era de constitución pequeña y pelo corto. Podría ser él.

Por lo bajo, Shadrack murmura:

—Ahora, vamos, amigo. Haz tu jugada. Sabes que quieres hacerlo.

El muchacho se detiene junto al portón y lanza una mirada rápida alrededor.

—*Cheesy kama ndizi* —dice Shadrack.

Lo observan mientras se gira hacia el poste del portón con una determinación veloz bastante contraria a su comportamiento anterior.

—¡Venga! ¡Venga! ¡Venga! —grita Shadrack, imitando a la Cobra Squad, y baja la mano para soltar el freno.

Lenta, inexorablemente, el coche empieza a rodar hacia delante. Shadrack agarra el volante con fuerza y se dirige hacia la figura que hay frente al portón.

—Llegaríamos mucho más rápido si arrancases el motor —apunta Mollel.

—El factor sorpresa —contesta Shadrack.

Los neumáticos crujen debajo de ellos cuando ganan velocidad. Demasiado tarde: el sospechoso percibe la aproximación y se da la vuelta, las manos en la entrepierna, mientras un torrente de orín se derrama sobre su pierna.

Shadrack frena de golpe, entonces Mollel y él bajan de un salto. El joven, todavía expuesto, parece dudar por un momento entre luchar y huir..., y después escoge la dignidad por encima de ambas opciones. Solo le da tiempo de metérsela antes de que los dos policías se coloquen ante él, bloqueando su fuga.

—Bueno bueno. ¿Qué pasa, amigo? ¿Has tenido algún tipo de accidente?

El joven flacucho se mira la pernera mojada.

—Me habéis asustado —contesta.

—Debemos asustarte —sigue Shadrack, agarrándole del cuello—. ¿Sabes quiénes somos?

Asiente con la cabeza.

—*Polisi*.

—Así es, *polisi*. Ahora, suéltalo. ¿Dónde está tu bote de espray?

Shadrack agarra la muñeca del chico y le levanta la mano. Mollel la mira. No hay pintura ni en sus dedos ni en su palma. Él niega con la cabeza, claramente asustado.

—¿Qué tal si nos cuentas qué estás haciendo aquí? —prosigue Shadrack.

—Nada, agentes.

—¿Nada? Supongo que no hay nada en el poste del portón, allí. ¿Y por toda tu pierna?

—Solo es *kojozi*. Todo el mundo tiene que *kojoa* a veces, ¿no?

Shadrack abofetea al chico con la palma de la mano. El muchacho se hinca de rodillas sobre el suelo mojado. Shadrack se inclina hasta su oído.

—No en este maldito portón, no a ellas —sisea.

Otro golpe con los nudillos en la cabeza del chico es la señal para que el muchacho se vaya: se levanta como aturdido y se marcha dando traspiés, protestando tímidamente:

—No lo sabía.

—¿Qué pasa, Mollel? —pregunta Shadrack en cuanto la figura desafortunada desaparece de la vista—. Pareces sorprendido. No te gusta la forma en que hacemos las cosas en Hell, ¿eh?

—Está bien —contesta Mollel encogiéndose de hombros.

—No parece estar bien. Vi cómo te estremecías cuando pegué a ese pequeño *mavwi*.

—No era nuestro pintor —replica Mollel con serenidad.

—No —concede Shadrack—. Pero aun así se lo merecía. El asunto es, Mollel, que hay quienes merecen algo mucho peor. ¿Vas a ser tú quien se lo dé? ¿O vas a — chasquea los dedos delante de la cara del masái— estremecerte?

Mollel se da la vuelta y Shadrack se ríe.

En ese momento, se oye cómo tiran de un cerrojo y el portón chirría al abrirse lo

bastante como para que se asome el rostro de una mujer.

—¿Lo han cogido? —pregunta alargando las palabras desde unos labios pintarrajeados de rosa centelleante.

Los párpados le pesan por la bebida y el rímel, y lleva un turbante cobrizo ligeramente torcido encima de la cabeza.

—Esta vez no —responde Shadrack—. Es otro tipo de grafitero.

La mujer arruga la nariz al oler el orín.

—No importa —dice—. Seguimos agradeciendo su protección, agente. Este tipo de cosas son malas para el negocio. ¿Está libre para que le demos las gracias?

—Es un momento tan bueno como cualquier otro —responde Shadrack.

—¿Qué hay de su amigo? —pregunta la mujer.

Le lanza a Mollel una sonrisa bien lubricada, torcida.

—Esperaré en el coche —contesta Mollel.

—No lo lloves a dar una vuelta —suelta Shadrack con mirada lasciva—. Oh, me había olvidado. No sabes conducir, ¿verdad? Bueno, imagino que puedes oír la radio.

Le lanza las llaves a Mollel y desaparece tras el portón con un guiño y un *cheesy kama ndizi*.

Durante diez minutos más o menos, Mollel se queda sentado sobre el capó del coche, dando patadas a la gravilla bajo su bota de policía. Después rodea el vehículo. Se percata del destello de la cabeza de un clavo que sobresale de la rodadura de uno de los neumáticos delanteros: el neumático no parece afectado por su presencia, así que decide no sacarlo. En la parte trasera del coche, ve que el maletero está cerrado con un pedazo de alambre retorcido en el agujero donde debía estar la cerradura. Seguramente por eso la rueda de repuesto está en el asiento trasero. Haciendo un esfuerzo, desenreda el alambre y el maletero se abre de golpe; en el interior, el maletero carece de revestimiento: solo hay un saco áspero de yute directamente apoyado sobre el metal estriado. Mollel levanta el saco. Tiene el aroma amargo, grasiento, del cáñamo, pero por lo demás parece bastante nuevo. Bajo el saco, el suelo del maletero parece igual de limpio, lo que está en contradicción con los agujeros oxidados a través de los cuales puede ver la gravilla del suelo de debajo. Desliza el dedo sobre la superficie del metal. Es más, casi no está sucio. Han limpiado este espacio en los últimos días, incluso horas..., mientras el resto del coche tiene el aspecto de no haber visto un cepillo o una esponja en una década. Con la uña del dedo índice, araña las esquinas del maletero, por los caballetes de las soldaduras, dentro de las grietas y hendiduras. Cuando la levanta hacia la luz, brilla con suciedad negra y grasa. Lo olfatea. Se saca un trozo de tela del bolsillo, se limpia el dedo con él, lo dobla y se lo vuelve a guardar.

Está volviendo a atar el alambre cuando se percata de que una figura se le acerca por detrás. Se pone derecho conscientemente, moviendo la mano de forma automática para tocarse el bolsillo. Pero, doblada hasta casi la mitad bajo su peso, la mujer no lo ha visto. Se mueve como si no perteneciese a este mundo, cada paso lento se sucede

apenas a unos centímetros delante del otro. Una cinta de tela le cruza la frente y le rodea la espalda, donde lleva apoyada la carga. Cuando llega a la altura de Mollel, él consigue verle el rostro, de lado, y se da cuenta de que es la mujer de la granja de flores: la que habían despedido esa misma mañana.

—¡Hey!

El cuerpo de la mujer se tensa, pero no levanta la mirada, como si evitando saludarlo fuese a lograr que desapareciese. Conoce el tono de la autoridad cuando lo oye... y sabe que conlleva problemas. Acelera el paso.

—No, espera. Soy yo. El sargento... —Se corrige a sí mismo—: El agente Mollel. De esta mañana.

Ella mantiene la cabeza agachada de forma tenaz, pero se detiene. Habla: su voz es como el viento sobre la hierba.

—¿Qué? —Mollel se acerca—. No te oigo.

—He dicho que no me arreste, por favor.

Levanta la vista y los ojos de ella se encuentran con los de él. Son ojos cautelosos, cansados: cansados por muchísimo más que la caminata calurosa, pesada.

Son los ojos de alguien que duda de su capacidad para soportar algo más que la tarea más básica, a menos que el mundo se desplome a su alrededor. Mollel conoce esa mirada, y recuerda el tiempo en que era también la suya. Un tiempo en que lo único en lo que podía centrarse era en la tarea, y, cuanto más repetitiva y desagradable fuese, más le gustaba. Pues mientras la estaba realizando, no pensaba...

Tiene una visión, ahí, en esa carretera calurosa, desierta, de otro lugar. Un lugar donde el sol quedaba oculto por el humo y el polvo. Escombros por todas partes. Cualquier figura era solo una piel de cenizas. Sus propios dedos aplastados y sangrando por levantar, escarbar, revolver en aquel montón, buscando, buscando..., hasta que olvidó lo que buscaba y solo recordó la búsqueda.

Vuelve a centrar la atención de golpe en la mujer que está de pie frente a él. Ella todavía le esquiva la mirada. Perdió su trabajo esta mañana. Eso debía de ser un golpe para cualquiera.

Cuando la dejaron esta mañana, les había dicho que iba a marcharse de la ciudad en el bus que va hacia el interior. A este ritmo, no llegará a su destino antes de que anochezca. Terminará durmiendo bajo un arbusto en alguna parte, esperando a la salida matutina. Y esa no es manera de pasar la noche para ninguna mujer, y menos una en tal estado.

Siente el impulso de quitarle la carga, meterla en el coche. Cuando Shadrack regresase, ambos podrían llevarla hasta la parada del bus y Mollel le pondría un poco de dinero en la mano. Ella estaría agradecida. Quizá incluso sonriese.

Y sin embargo, no se lo ofrece.

Sabe que hasta el ofrecimiento la haría sufrir. Sabe que todo lo que desea es que la dejen a solas con su dolor, y por compasión —y empatía— le ahorra cualquier amabilidad.

Se está alejando, arrastrando los pies de forma desesperanzada, cuando Shadrack sale por el portón. Camina hacia el coche y hacia Mollel. El joven utiliza los labios para señalar hacia la figura que se aleja, como si supusiese demasiado esfuerzo para él utilizar la mano.

Es otra costumbre que a Mollel le parece de todo menos encantadora.

—¿Esa no era...?

—La mujer de esta mañana, sí —responde Mollel.

—¿Qué quería?

—No quería nada —contesta.

—Sería la primera. Siempre quieren algo, según mi experiencia. ¿Quieres que te dé un consejo, Mollel?

Mollel no contesta.

—No te impliques —dice Shadrack respondiendo a su propia pregunta—. No merece la pena. Los problemas de los demás tan solo te arrastran hacia abajo.

Mollel se pregunta si debería decirle a su colega que lleva bajada la cremallera del pantalón, pero decide que no es problema suyo.

—Vamos —sigue Shadrack—. Tenemos que ir a la ciudad. Me han llamado. Hay algún problema en el juzgado.

Mollel le devuelve las llaves a Shadrack, y se marchan. Inclinandose hacia delante en el asiento del copiloto, Mollel puede ver a la mujer por el retrovisor agrietado al pasar por su lado. Una mota, y luego desaparece.

Naivasha. La ciudad, comparada con Hell, parece una metrópolis rebosante. De hecho, solo tiene unas decenas de miles de habitantes. Su estatus en realidad se debe a que es el único asentamiento considerable en el trecho de ciento sesenta kilómetros entre Nairobi y Nakuru, lo que hace que tenga sede policial, una cárcel y un juzgado, en cuyos escalones se ha congregado una muchedumbre.

Shadrack detiene el coche y ambos salen. Caminan despacio para cruzar la carretera hacia el juzgado, evaluando la situación. Alrededor de quince manifestantes, agitando pancartas y coreando. Todas mujeres, por lo que parece. Dos policías de la comisaría de Naivasha permanecen en pie entre las congregadas y la puerta del juzgado.

Las manifestantes les dejan paso y Mollel y Shadrack se unen a sus compañeros de la ciudad, con quienes intercambian asentimientos a modo de saludo.

—¿Esto es? —pregunta Shadrack, haciendo su indicación de labios con indignación—. He visto grupos de oración que se van más de las manos.

—No estamos preocupados por ellas —dice uno de los policías—, sino por quien está dentro.

Desde ahí, Mollel puede ver lo que está escrito en las pancartas. Muchas de ellas dicen: WAR. Otras, en letras más pequeñas: MUJERES CONTRA LA VIOLACIÓN^[4]. En una

se lee: FIN DE LA IMPUNIDAD AHORA. Otra, escrita de forma sentida pero con letra apretada: LOS CRÍMENES CONTRA MUJERES Y NIÑAS YA NO SE TOLERARÁN MÁS.

—¿Por qué? —pregunta Mollel—. ¿Quién está dentro?

—¡Como si tuvieses que preguntar! —grita una voz de entre las manifestantes.

Mollel ve a una mujer que se abre paso hacia delante y sube unos pocos escalones en dirección a los policías.

—Vamos, Kibet —advierde Shadrack—. Recuerda quién eres.

—¡Estoy fuera de servicio! —gruñe Kibet.

Lleva el pelo corto, como una colegiala, y su camiseta holgada —blasonada con WAR— no puede disimular su robusto físico, enjuto. Los dos policías de Naivasha retroceden. No tienen intención de meterse con ella, que les lanza una mirada furiosa.

—Es gracias a tipos como vosotros por lo que gente como él anda libre.

—Eso no es justo —contesta Shadrack, con las palmas hacia arriba en un gesto conciliador.

—Tú no, Shadrack —sigue ella—. Tú eres legal.

—Sí —contesta él con una amplia sonrisa—. Soy *cheesy kama ndizi*.

—Pero este grupo... —les lanza una mirada feroz a Mollel y a los otros dos.

—Yo ni siquiera sé de quién estás hablando —replica Mollel.

—Pregúntales a estos amigos tuyos. En un momento, Raphael Gachui va a salir de este juzgado porque alguien extravió la prueba en su caso de violación. ¿No es eso cierto, agentes?

Uno de los dos policías de Naivasha embiste hacia delante.

—Esa es una acusación seria —sisea.

Su colega lo agarra del brazo y tira de él hacia atrás, negando con la cabeza para decir «Déjalo».

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, un coro de abucheos y silbidos sube desde el final de los escalones y Mollel se gira. Desde el interior oscuro del juzgado, sale una figura robusta con una chaqueta de piel roja. Oculta los ojos tras un par de gafas de sol grandes, y, cuando abre la boca con una amplia sonrisa burlona que le divide la cara, el oro de sus dientes deslumbra bajo la luz del sol.

Lo acompaña un séquito de otros cinco o seis tipos jóvenes, todos lucen un atuendo chillón parecido, y, cuando se detiene en lo alto de los escalones, Raphael Gachui coge las manos de dos de sus acompañantes y les levanta los brazos formando una V triunfal.

Las aclamaciones de su grupo y los abucheos de las mujeres se mezclan en un tumulto que paraliza a los transeúntes. Shadrack le lanza a Mollel una mirada nerviosa. La aglomeración ha pasado de docenas a unos cuantos centenares en menos de un minuto. Excepto por el núcleo, el ambiente es meramente curioso... por ahora. Pero ambos saben que eso puede cambiar en un latido.

Ahora Gachui está haciendo señas pidiendo silencio.

—¡No puede tener intención de hablar! —le grita Mollel a Shadrack con

asombro.

Pero así es. Sus compinches se callan, y, aunque el ruido continúa por parte de las manifestantes, no pueden acallar sus palabras por completo.

—Me gustaría dar las gracias a mis seguidores por no haber dudado nunca de mí —grita Gachui—. Y me gustaría asegurarle a la buena gente de Naivasha que nadie —lanza una sonrisa hacia las mujeres que hay debajo de donde está él, con el foco de un destello dorado—, nadie se toma la violación más en serio que yo.

Sus palabras les producen una furia mayor. Kibet se abre paso y parece a punto de lanzarse hacia Gachui, pero Mollel la rodea con los brazos. El impacto casi derriba su figura adusta, pero la sujeta con fuerza contra sí mismo, y siente la saliva de Kibet en su oreja y la respiración en su mejilla mientras ella grita:

—Se hará justicia algún día, Gachui. Algún día cuando Mdosí no esté ahí para sobornar a la policía y a los jueces por ti. Tendrás tu merecido.

—Cierra el pico, *kalezi* —grita uno de los amigos de Gachui, y esta vez es Shadrack quien embiste.

Agarra al joven del cuello.

—¿Cómo la has llamado? ¿*Kalezi*? Será mejor que tengas cuidado con lo que sale por esa boca, chico, ¡antes de que alguien te corte la lengua!

Kalezi es una palabra sheng desconocida para Mollel, pero la reacción de Shadrack no le deja duda alguna sobre su insolencia.

Los compinches de Shadrack rodean a Mollel y a Shadrack, gritándoles a ellos y a Kibet, que les devuelve los gritos. La situación está a punto de descontrolarse, pero es Gachui quien le pone fin. Con un asentimiento casi imperceptible, congrega a sus hombres a su alrededor y bajan a zancadas los escalones del juzgado, mientras la muchedumbre se abre con una mezcla de respeto y miedo para dejarlos pasar. Un coche enorme con los cristales tintados se ha detenido en la acera y los hombres se suben a él. Con un último destello de sus dientes de oro, Gachui se gira para mirar a Mollel y a Kibet, y se lleva un dedo a la frente a modo de saludo. Después se marcha.

Mollel libera a Kibet de su abrazo de oso y ella frunce el ceño.

—Supongo que lo has disfrutado —le dice.

—¡Deberías darme las gracias! —protesta Mollel—. Impedí que te metieses en problemas.

—¡No necesito protección de gente así!

—No estaba protegiéndote —responde Mollel—. Los estaba protegiendo a ellos.

—Ese —replica Kibet, con los ojos encendidos por el enfado— es el problema.

Por un momento, Mollel no puede apartar la vista a causa de la intensidad de la mirada feroz de ella. Después Shadrack apoya una mano pacificadora sobre el brazo de Kibet y dice:

—Mollel estaba haciéndote un favor. No te puedes permitir implicarte en algo como esto. Tenemos el coche allí. Creo que estamos lo bastante cerca del final de nuestro turno como para ir a tomar un trago.

La multitud se ha esfumado. Kibet se encoge de hombros y contesta:

—Solo uno rápido. Puede que vuestro turno esté acabando, chicos, pero el mío está a punto de empezar.

Kibet camina hacia el coche.

Mollel está asombrado por la aparente confianza que esta joven tiene en Shadrack. Hasta el momento, su colega solo le ha parecido grosero y simplista: una de las últimas personas que imaginaría que estuviese interesada en los derechos de las mujeres. Sin embargo la tal Kibet, que lo conoce, evidentemente piensa lo contrario.

Quizá hay más en Shadrack de lo que parece.

—¿Quién es ese Mdosí del que hablaba ella? —pregunta Mollel.

—¿Mdosí? El gran hombre. Maneja todo este distrito. Raphael Gachui le hace el trabajo sucio.

—¿Por qué no puede hacer su propio trabajo sucio?

Shadrack resopla.

—¿Nunca lees los periódicos en Nairobi, Mollel? Vamos. Tomemos una cerveza.

—Espera.

Mollel baja la mirada hacia el coche, donde Kibet los está esperando, tamborileando sobre el techo y frunciendo el ceño. Señala hacia ella con los labios.

—La forma en que habla. ¿Es una de los nuestros? ¿Es *polisi*?

Shadrack vuelve a reírse.

—Ella cree que lo es. Vamos, Mollel.

Shadrack se adelanta bajando los escalones, negando con la cabeza. En una ráfaga de irritación y vergüenza, Mollel se percata de que acaba de señalar con los labios. Lo siguiente será decir *cheesy kama ndizi*. No por primera vez, se pregunta qué ha hecho para merecer que lo destinasen aquí.

Es evidente que el director no está encantado con la perspectiva de ser el anfitrión de toda la comunidad policial de Hell.

—Intentamos mantener un establecimiento respetable —está diciendo, retorciéndose las manos nerviosamente mientras camina delante de ellos—. Tengo que recordarles que la última vez que estuvieron aquí...

—¿Cómo va tu licencia para servir alcohol? —lo interrumpe Shadrack.

—Per... perfectamente en orden —balbucea el director—. Miren, no estoy tratando de alejarlos. Estamos muy contentos de tenerlos como cli... clientes. Pero, ya sabe, el negocio turístico solo está empezando a recuperarse tras la violencia poselectoral y, con tan pocas visitas, su grupo es más..., ¿cómo podría decir?, más...

—¿Más visible? —pregunta Mollel.

Han recorrido toda la extensión del vestíbulo, del salón, de la sala y del bar, y han pasado junto a un montón de conserjes uniformados, botones holgazaneando y con aspecto de estar aburridos, personal de servicio vestido de negro..., pero ni un solo huésped. Ahora, una risotada resuena por el pasillo cavernoso, de vigas elevadas, del bar del hotel, con sus paneles de caoba e instalaciones de lámparas de latón, sus cabezas de antílope astadas y de animales antiguos colocados en las paredes.

Al fondo, junto a una ventana oscura, pero que, Mollel adivina, debe de dar al lago, hay tres hombres sentados alrededor de una mesita llena de botellas. Se están meciendo hacia delante y hacia atrás con júbilo. El más menudo de los tres, que lleva un uniforme desaliñado de sargento, está hablando animadamente.

—Y ella dijo, ya sabes, cincuenta *bobs* por una mamada. ¡Nunca dije nada de que pusieras tu *uume* en mi boca!

Esta declaración es recibida con muchos golpes de rodilla y un renovado coro de carcajadas estridentes.

Con la satisfacción de un orador que ha deleitado a su audiencia, el pequeño sargento levanta su botella vacía de cerveza y la agita en dirección a un camarero que va rondando por la sala. Al hacerlo, levanta la mirada y ve acercarse a Mollel, Shadrack y Kibet con la compañía solícita del director.

—Ah, Shadrack —saluda—. Llegas justo a tiempo. Es tu ronda. Kibet, es un placer verte. Disculparás un poco de guasa entre colegas, ¿verdad? Es todo inofensivo.

—Solo quiero un trago —contesta Kibet.

Shadrack asiente, y hace un gesto al camarero para que les tome nota.

—¡Y nuestro nuevo recluta también! —insiste el sargento.

—Mollel no bebe —responde Shadrack.

Otro de los que están sentados —tan enorme como bajito es el sargento— se

inclina hacia delante como grogui y dice, medio atragantado:

—Nunca confío en un tipo que no bebe.

—Eso debería convertirme en el tío más digno de confianza de la tierra, ¿eh, Munene? —replica Shadrack.

—Así es —continúa Munene.

Se sienta encorvado, con los hombros levantados, rumiando como un búfalo. Su voz impregnada de alcohol retumba, tranquila y profunda, desde un lugar muy en su interior.

—Un hombre que no bebe es alguien que escucha tus secretos, pero oculta los suyos. Si se queda por aquí, me marchó.

Mungai, el sargento, levanta las manos para protestar. Con su camisa blanca de uniforme, a Mollel le recuerda al pequeño picabueyes que revolotea alrededor de los búfalos.

—Al menos quédate mientras Mollel se toma un refresco —dice en tono tranquilizador—. Nadie va a contar ningún secreto esta noche.

—No te preocupes, Munene —interviene Shadrack—. Si empiezas a largar por esa boca, el resto te la taparemos. ¿Verdad, tíos?

Munene frunce el ceño, mirando a su alrededor como si estuviera decidiendo a qué mosca aplastar primero. ¿A Shadrack, flaco como una *jembe*? ¿Al sargento Mungai, que parece encogerse incluso más bajo la mirada asesina de su colega? ¿Al viejo y callado Choma —el cuarto tipo allí presente, aunque apenas—, que está meciendo una botella de cerveza mientras sus ojos legañosos enfocan hacia la distancia? ¿O a la resuelta Kibet, aparentemente una de ellos, en el lenguaje de Shadrack? ¿Cuál podría callarlo?

Solo pensarlo es tan absurdo que su cara se abre con una amplia sonrisa y una carcajada que sale gorgoteando de sus labios.

El sargento Mungai le da una palmada en la espalda.

—¡Ese es el espíritu!

Él también se está riendo. Y Shadrack y Kibet igual. Incluso el viejo Choma, como si estuviese acordándose de algo del pasado lejano, se une a ellos con una risita jadeante.

Mollel les echa un vistazo.

Parecen cualquier grupo de compañeros de trabajo disfrutando de una copa después de su turno. Están relajados en compañía del resto, y a pesar de las diferencias entre ellos —tanto en temperamento como en físico— parecen compartir un vínculo de confianza tácito.

Y esa es una de las razones, se recuerda Mollel a sí mismo, por la que resultan tan peligrosos.

—Tomaré esa copa —dice.

Shadrack lo mira sorprendido.

—Nunca dije que no bebiese —sigue Mollel—. Solo lo reservo para ocasiones

especiales.

—Así que hoy es especial —brama Munene—. ¡Es jueves!

El camarero aparece con una bandeja de cervezas y le da las suyas a Kibet, Shadrack y Mollel. Munene levanta un vaso de *whisky* con su mano inmensa y mira de reojo:

—¡Por el incorruptible Mollel!

—¡El incorruptible Mollel!

Kibet se lleva la botella de cerveza a los labios con avidez, bebiendo directamente. Tras varios tragos largos, aparta la botella, da una bocanada con satisfacción y se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Lo necesitaba.

Notando que las miradas vuelven a centrarse en él, Mollel se lleva su propia botella a la boca.

En varias etapas de su vida, Mollel ha sido consciente de los efectos del alcohol en los demás... y en sí mismo. Hacía muchos años que no probaba la cerveza, y esta de estilo europeo, fría, con gas, nota con alivio que no es más difícil de pasar que un refresco. Quizá incluso más fácil que un refresco.

Toma el primer trago y lo golpea una conocida sensación doble: el sabor amargo en la garganta y el calor en las venas. Mientras trata de reprimir una mueca, oye a los demás reírse por alguna broma nueva... y entonces se da cuenta de que están riéndose de él.

—Podemos pedirles que sacrifiquen a una vaca si prefieres sangre fresca y caliente —suelta Munene.

Mollel recuerda los días en que, siendo niños, su hermano y él solían beber sangre directamente de la vaca. No hacía falta sacrificarla, sin embargo... Munene estaba equivocado en eso. Su madre aplicaría un torniquete alrededor del cuello de la vaca, lo bastante apretado como para hacer que las arterias palpitantes se levantasen bajo la piel, pero con la suficiente suavidad como para que el animal no tuviese problemas para respirar. Seleccionando una vena que fuese gruesa y azul, era tarea del hijo mayor levantar el arco especial —no más largo que su antebrazo— y tirar de él hacia atrás para que la flecha corta, achaparrada, con la punta de piedra redondeada, se clavase de dos a cuatro centímetros en el cuello de la bestia. Si lo hacía bien, la vaca, a quien su hermano Lendeva abrazaba con ternura por el cuello, ni siquiera se quejaría.

Después había que ser rápido con la calabaza, el recipiente vacío, para levantarla hasta el arco de sangre brillante y roja que borboteaba, recogéndola con cuidado para no derramar ni una gota. Si se soltaba el torniquete en el momento justo, el cambio de presión en la vena pinchada haría que el flujo se detuviese de inmediato, y Lendeva se apresuraría en apretar una cataplasma de hojas sobre el lugar de la herida.

Y después... beberla. Mollel no se había atrevido a estremecerse nunca, ni una sola vez, pues eso era una señal de debilidad. Incluso las primeras veces, cuando

vaciló y notó que la sangre empezaba a coagularse en hilos resbaladizos al bajar por su garganta, contuvo el impulso de las náuseas y siguió tragando.

Acordándose de esto, y manteniendo la mirada de Munene, Mollel levanta la botella de cerveza una vez más y da un trago largo, sustancioso.

Cuando baja la botella, se encuentra con los ojos de Choma. Él es la única persona que, hasta el momento, no ha hablado. Entrecano y arrugado, con aspecto de estar perdido con su uniforme de agente, le levanta una ceja a Mollel y asiente. Sin saber qué significa ese gesto —incluso si es que Choma quiere decir algo con eso, en realidad—, Mollel levanta una ceja y le asiente a modo de respuesta.

—Esto está muerto —suelta Shadrack—. Recordadme, colegas, ¿por qué venimos?

—Por los coños —responde Munene, con una sonrisa amplia.

Kibet deja su botella entre las vacías.

—Tengo que ir a *kojoo* —dice, y se marcha.

—No necesita mostrarse tan ofendida —replica Munene—. Le gustan tanto como a nosotros.

—No sé por qué la gente sigue diciendo eso —responde Shadrack, lanzándole a Munene una mirada asesina—. No es una *kalezi*. Es hetero.

—Tú crees lo que quieres creer —suelta Munene con engreimiento—. No vas a conseguir nada de esa, de todas maneras.

De pronto, Mollel comprende la palabra *sheng* que los gánsteres le lanzaron a Kibet en los escalones del juzgado. El prefijo *ka-* es un diminutivo, que implica desdén. Y *lezi* obviamente procede del inglés. Lesbiana.

Como para cambiar de tema, Shadrack dice:

—En cualquier caso, aquí no hay ningún coño. Este sitio está muerto.

—Solo espera —contesta Munene—. Los grupos de turistas están todavía volviendo del Parque Nacional. Aunque han disminuido en número, siempre hay algún buen material por aquí más tarde. Y ya sabes cómo les excita a esas mujeres blancas la idea de una pequeña aventura africana...

Tendría que tratarse de una mujer blanca —o cualquier mujer— bastante desesperada como para encontrar atractivo a Munene, piensa Mollel. Lo único que lo salva de ser obeso en extremo es su elevada altura, lo que significa que es sencillamente obeso. Es tan probable que aplaste a una amante como que la satisfaga. Y a juzgar por la forma en que pronuncia mal las palabras y agita la botella de cerveza a su alrededor, no parece posible que se satisfaga a sí mismo en ese sentido tampoco.

—¿Cuándo crees que es probable que regresen los turistas? —pregunta Mollel, para cambiar de tema.

—Son, ¿qué?, ¿las siete? —contesta el sargento Mungai—. Pues en cualquier momento a partir de ahora.

—No, quiero decir, ¿cuándo empezarán a volver a Kenia? Ha pasado casi un año

desde las elecciones. Y no he visto nada parecido a la cantidad de turistas que teníamos antes. La mitad de los hoteles de por aquí han cerrado. Este sitio parece que apenas se mantiene en pie. Maldita sea, posiblemente sobreviven solo con lo que vosotros os gastáis en cerveza.

—¿Crees que las pagamos? —se ríe Shadrack, pero el sargento le lanza una mirada de advertencia.

—Contadme cómo fue aquí —sigue Mollel—. Contadme qué pasó después de las elecciones.

Un silencio sombrío desciende de pronto sobre el grupo. Nadie parece querer contestar a Mollel. Tampoco parecen querer mirarse unos a otros.

Entonces, lenta, suavemente, Choma comienza a hablar.

—Fue terrible —dice—. Terrible.

—Choma lleva treinta años en Hell —susurra Shadrack—. Para él fue muy difícil.

Cuando estalló la violencia tras las discutidas elecciones en diciembre de 2007, la tranquila Naivasha pensó que había escapado de los horrores que estaban engullendo a ciudades como Nairobi y Eldoret. Pero entonces, en enero, comenzaron los ataques. Fueron sistemáticos y estaban bien planeados. Grupos de hombres jóvenes, organizados por seguidores que permanecían en la sombra. Eran kikuyus; sus objetivos, todos los trabajadores luos que pudiesen encontrar. Estos, para ellos, eran extranjeros, oportunistas, recién llegados sin vínculos en la zona. Por su parte, muchas de las granjas de flores habían desarrollado una política, a lo largo de los años, reclutando a luos solo por ese motivo: apartados de las distracciones de familia y amigos, sus trabajadores eran mucho más obedientes.

Los jóvenes llegaron por la noche, saltando vallas y aplacando a los guardias. Su propósito no era destruir las propiedades, ni robar. Eran disciplinados. Fueron directos a los dormitorios.

—Para cuando llegué había terminado todo —salmodia Choma—. Se trataba de ayudar a los heridos y...

Levanta su botella de cerveza y Mollel se da cuenta de que la mano del viejo está temblando.

—No soy médico —carraspea—. Fue demasiado para mí. Querían mi ayuda, pero yo no sabía qué hacer. Yo solo... solo...

—Está bien, Choma —dice Munene, dándole unas palmadas en la espalda.

Choma parpadea, se lleva la botella a los labios.

—Tú también debiste de ver mierda bastante repugnante en Nairobi —le dice Shadrack a Mollel.

Mollel recuerda las balas silbando alrededor de su cabeza en el suburbio de Kibera el día de las elecciones. El humo y el gas lacrimógeno arremolinándose en torno a él, quemándole los pulmones. La oscuridad que lo envolvía mientras buscaba de manera frenética por el laberinto en llamas. Y después nada.

—Sí —responde Mollel—. Algo de mierda bastante repugnante.

La cabeza le da vueltas con los recuerdos, no solo de ese día, sino de otros. Días de fuego y sangre. Algunos de hace solo unos meses y, otro, un día de hace diez años. Un día tan lejano que parece que ha sido parte de él desde siempre, tan reciente que en realidad nunca se aleja de su mente.

—¿Quién murió?

Kibet ha vuelto de los lavabos y se deja caer en un asiento junto a Mollel. Mira los rostros sombríos alrededor de la mesa.

—Oh, mierda, estamos comparando historias de guerra, ¿verdad?

—Bueno, tú tienes la camiseta —replica el sargento.

Ella baja la vista hacia lo que lleva escrito en el pecho.

—Esa es una clase de guerra distinta^[5] —responde—. Pero, si lo que queréis son historias, tengo una para vosotros. Sucedió precisamente anoche.

—¿Qué es? —pregunta Shadrack—. Sabía que algo te estaba preocupando.

Con la atención de todos centrada en ella, Kibet hace una pausa para tomar un trago.

—Será mejor que sea el último —dice—. Entro de servicio en media hora.

Bebe, y luego se estremece. Shadrack desliza su chaqueta y se la ofrece. Ella se la pone sobre los hombros. Una vez más, Mollel se asombra por el cambio en el comportamiento del joven. Cuando Kibet está cerca, surgen destellos de sensibilidad, en marcado contraste con su zafiedad habitual. Mollel se pregunta cuál es la fachada.

—Hace frío en lo alto de Hell's Gate por la noche —empieza, y se coloca las solapas de la chaqueta de Shadrack sobre el pecho—. Anoche fue inclemente. Una de esas noches en que las estrellas son lo más cálido ahí fuera. Por lo general, en noches así, puedes oír resoplar a un león a ocho kilómetros de distancia. Pero teníamos la calefacción encendida en el coche patrulla, el motor en marcha para mantener la batería cargada. Por eso no oímos los gritos.

A Mollel no le gusta la forma en que se desarrolla esta historia. Exhala despacio. Se ha bebido una cerveza. Solo una. La cabeza no debería darle vueltas de esta manera.

—¿Estás bien, Mollel? —pregunta Shadrack con una risita—. Kibet, quizá deberías moderarte con el chico de ciudad.

—Quiero oírlo —contesta Mollel.

—Sí, cállate, Shadrack —interviene el sargento.

—Así que, estamos en uno de los caminos polvorientos, y veo pisadas. Pisadas humanas. Eso no es tan habitual allí arriba. Algún que otro excursionista, quizá. Pero también hay rastros. Surcos gruesos, anchos, en el suelo. Y salpicaduras pequeñas aquí y allá. Solo unas cuantas gotas. A la luz de los faros parecía aceite sobre la tierra, pero, cuando te acercabas, veías que era sangre.

Las palabras de Kibet retumban en el salón enorme, vacío. Mollel tiene la sensación de que todo el mundo está escuchando: el director, el barman que está limpiando vasos detrás de la barra, el camarero que está esperando que le pidan la siguiente ronda..., incluso las cabezas disecadas de las paredes: todo el mundo está pendiente de lo que la mujer dirá a continuación.

—Teníamos una opción: seguir las pisadas, con la esperanza de pillar a quienquiera que lo hubiese hecho, o rastrear la procedencia, con la esperanza de encontrar supervivientes. Escogimos buscar supervivientes. El rastro conducía al comienzo del bosque, así que bajamos y continuamos a pie. Estaba resbaladizo. No había llovido durante semanas, y sin embargo el barro estaba duro bajo nuestros pies. Duro y rojo.

Ahora la voz de Kibet suena fuerte. Mollel puede ver cómo le brillan los ojos bajo la luz tenue del bar. Mirando las otras caras a su alrededor, ve la emoción de ella reflejada en las suyas. Mungai, el sargento oficioso, combativo, rebosa solidaridad; el semblante de Munene, enorme, como de hormigón, está grabado con preocupación; el viejo Choma asiente de modo alentador. Y Shadrack... Shadrack ha apoyado una mano consoladora sobre el brazo de Kibet, un gesto que Mollel está seguro que ella eludiría de cualquier otro.

Por un momento, siente envidia. Envidia de este grupo, que está lo bastante unido como para airear, y compartir, las cosas terribles que han visto. Saber que cada uno te entiende de forma implícita. La camaradería de los soldados.

Mollel nunca ha tenido esto. Solo ha contado con dos amigos en su vida. Uno fue su hermano y otro fue su mujer. Y ahora ambos se han ido.

Si hubiese tenido esto alguna vez, ¿habría terminado así?

Quién sabe. Quizá una cerveza o dos, hace años, habría hecho de Mollel un hombre distinto.

—Cuando llegamos allí, al claro —prosigue Kibet—, pudimos ver que no quedaban supervivientes. Había sido brutal. Implacable. Incluso los bebés...

Mollel no está seguro de poder con esto.

Se levanta. La silla se desliza hacia atrás de forma ruidosa, y él se tambalea por un momento antes de estabilizarse.

—Había cinco de ellos —sigue Kibet.

Está hablando de forma bastante discreta, pero, con la maldita acústica de este lugar, Mollel todavía puede oírla mientras se dirige a los lavabos.

—Al principio, solo les vimos de espaldas. Algunos estaban tumbados en el suelo. Otros estaban arrodillados. Hasta que no estuvimos más cerca no vimos lo que les habían hecho.

—¿Qué habían hecho? —pregunta Shadrack con la respiración entrecortada.

—Les habían arrancado la cara —contesta Kibet—. A cada uno de ellos.

Mollel se lava la cara en el lavabo, agradecido por la sensación del agua fría sobre su piel. Levanta los ojos para mirarse en el espejo.

Quizá sea la iluminación fuerte. Quizá sea el hecho de que casi nunca se preocupa de mirarse estos días. Mollel solo tiene cuarenta y pocos, pero ve a un viejo devolviéndole la mirada. Más que eso, ve a su propio padre..., un hombre a quien no ha vuelto a ver desde que tenía diez años, pero cuyos rasgos permanecían grabados en su propia mente, dentro y fuera. La misma frente y los mismos pómulos marcados. Las mismas fosas nasales y los mismos finos labios. Los mismos lóbulos serpenteantes, estirados en la infancia, colgando junto a su cuello. La única diferencia: la cicatriz larga, delgada, que sube desde su ceja derecha casi hasta el nacimiento del pelo. Mollel desliza un dedo pensativo sobre ella. Si eso es lo único que lo diferencia de su padre, adora esa cicatriz.

Oye que la puerta se abre y se cierra balanceándose tras él. Coge deprisa un puñado de toallas de papel y se seca la cara de forma enérgica. Cuando levanta la vista, ve a Kibet detrás de él, mirándole en el espejo.

—Este es el baño de hombres —carraspea.

—¿Y qué? Si esos tíos me viesan aquí de todos modos solo confirmaría lo que piensan de mí.

Mollel arruga las toallas y las tira a la papelera.

—No he oído nada de ninguna masacre anoche —dice.

—No podrías haberlo hecho. Es asunto del KWS^[6].

—¿KWS?

Mollel obliga a su cerebro a entender por qué los asesinatos tendrían que ser asunto del Servicio de Fauna de Kenia.

—Seguro. Cinco elefantes asesinados por cazadores furtivos. Claro que es asunto del KWS.

Mollel suelta un breve ladrido al reír.

—¿Qué cojones te pasa, Mollel? No es divertido. Les dispararon a todos, incluso a los bebés. Usaron una motosierra con las madres para llevarse los colmillos.

Mollel niega con la cabeza.

—No sabía que fueses una guardabosques del KWS. Por algún motivo, pensé que eras policía.

Decir eso fue incorrecto.

—Sé que vosotros los *polisi* nos miráis por encima del hombro —contesta—. Pero esas criaturas no pueden protegerse a sí mismas. No contra matones con camionetas y AK-47.

—Yo no te menosprecio —responde Mollel.

—Venga ya. Menosprecias a todo el mundo aquí, ¿verdad, Mollel? Apenas puedes disimular tu desdén por esos tíos. Bueno, déjame decirte algo. Pueden parecer

patanes de campo, pero esos cuatro de ahí fuera son mejores policías de lo que tú serás nunca.

—No estoy aquí por elección —protesta Mollel.

—No —responde ella—. Te han degradado, ¿verdad? Al menos, esa es la historia.

—¿Qué historia? —indaga Mollel.

Pero Kibet ignora la pregunta. Le lanza una mirada indignada y se marcha.

Cuando Mollel regresa al grupo, Kibet no está. Debe de haberse marchado para su turno.

—Llegas justo a tiempo —dice Shadrack—. Mira allí. Ha empezado la atracción principal. —Señala hacia el bar con los labios.

Mollel mira hacia el bar. Hay una mujer, comprobando su móvil. Es blanca, de pelo oscuro y rizado que le cae sobre la espalda. Lleva una especie de americana, falda y zapatos de tacón que parecen caros; es poco probable que vaya de safari, piensa Mollel.

—Está sola —sigue Shadrack, susurrando—. Me pregunto si le gustaría una pequeña compañía.

—No hay nada pequeño en la compañía que yo le daría —ríe alegremente Munene.

—Es espectacular —suspira el sargento.

—Nos está analizando de arriba abajo —susurra Shadrack, con excitación—. *Cheesy kama ndizi.*

Ni siquiera el viejo Choma puede quitarle los ojos de encima. Mollel está entretenido; por lo que puede ver a esta distancia, la mujer parece tener una cara bastante agradable —aunque está un poco rellena para los estándares masáis—, pero no da señal de ni siquiera haberse percatado de la presencia de los policías, mucho menos de estar coqueteando con ellos.

—¿Qué pasa, Mollel? —lo pincha Shadrack—. ¿No te van las chicas blancas?

—Quizá lo suyo no sean las chicas —añade Munene—. Quizá es como Kibet.

Shadrack le lanza a su colega una mirada de advertencia.

Pero para sus adentros Mollel tiene que reconocer que Munene tiene razón. Las chicas no son lo suyo. Desde que su mujer murió en el ataque con bomba a la embajada estadounidense en Nairobi, hace diez años, apenas ha mirado a otra mujer. Después se corrige. Hubo una, pero fue un error.

—Bueno —dice Shadrack—, ¿quién va a acercarse y darle una oportunidad?

—Debería ser yo —responde el sargento—. Soy el oficial de mayor rango.

—Sí —contesta Shadrack—, pero también estás casado. Nosotros, los tipos solteros, tenemos que vivir en esos barracones asquerosos. Es justo que seamos nosotros. ¿Mollel?

Mollel agita la mano para decirle a Shadrack que no encontrará ningún competidor en él.

Munene añade:

—La única persona a quien temo es a mi mujer, así que me quedo aquí sentado. Y en cuanto a ti, sarge, no te ofendas, pero no tendrías posibilidad.

Shadrack suelta una carcajada alegre.

—¡Y supongo que tú eres una estrella de cine! —replica el sargento.

—No tengo quejas —contesta Shadrack.

—¡Excepto cuando les pagas mal!

—Eso me molesta —replica Shadrack—. Nunca pago por nada.

—¡Lo hemos notado!

El viejo Choma, que ha estado siguiendo la conversación riendo en silencio, se seca una lágrima.

—Parece que has perdido la ocasión, de todos modos —dice con respiración sibilante.

Los demás se giran para mirar boquiabiertos hacia el bar, donde la figura de un hombre acaba de unirse a la mujer blanca. Consciente de no querer llamar la atención sobre la forma en que están mirando, Mollel aparta la cara.

—Ese es el tipo de tío que odio —suelta Shadrack.

—¿Qué? ¿Guapo? —pregunta el sargento Mungai.

—No es tan guapo. Soy tan guapo como él.

Choma se sacude al reírse.

—Miradlo —añade Shadrack con indignación—. ¿Qué tiene él que no tenga yo?

—A ella, por lo que parece —suelta Munene.

El sargento deja salir un ¡chsss!

—Se acerca.

Mungai, Shadrack, Munene y Choma sienten de pronto un profundo interés por el techo, sus botellas de cerveza, sus uñas..., todo menos por el hombre que se aproxima. Mollel, que ya está mirando hacia otro lado, no necesita fingir.

—¡Mollel!

Se gira. Mirándolo, con los brazos extendidos y una sonrisa amplia y sincera en su rostro, está Kiunga.

—¡Pensé que eras tú! ¿Qué demonios haces aquí?

—¿Os conocéis? —pregunta el sargento, con desconfianza.

—Sin duda —contesta Kiunga sonriendo abiertamente—. Éramos compañeros en la central de Nairobi.

Se inclina para estrechar la mano del sargento y repite la acción con Munene, Choma y Shadrack, quien acepta el gesto como si le hubiesen pedido que abrazase a una rata muerta.

—Collins Kiunga —se presenta—. Temporalmente adscrito a la Policía Diplomática.

—He oído que ahora eres sargento —dice Mollel—. Felicidades.

A Kiunga se le ensombrece el rostro.

—Sí —contesta—. Y yo oí lo que... te pasó a ti. Lo siento, Mollel.

Mollel se encoge de hombros.

—No tuvo nada que ver contigo.

—Sí, pero... me preguntaron por ti. Les dije lo que pensaba. Les dije que eres un maldito buen policía.

Shadrack se ríe.

—Si es tan buen policía, ¿cómo es que lo han largado aquí con nosotros?

Kiunga niega con la cabeza.

—Mollel es un masái testarudo —explica—. Sus métodos no se llevan precisamente bien con los jefes. Está menos interesado en hacer lo que quieren ellos que en hacer lo que es correcto.

—Sí —dice Munene con voz cansina—. He oído que cree que hacer lo correcto significa quejarse de sus colegas por corrupción.

—Qué bueno que aquí no haya ninguna corrupción que pueda encontrar —añade Mungai a toda prisa.

Kiunga se ríe.

—Es cierto. Él es así de raro. Pero ya sabéis, fueron solo casos en los que los agentes estaban jodiendo al sistema. En lo que se refiere a atrapar a los tipos malos, Mollel tira el reglamento por la ventana.

—Kiunga... —advierte Mollel.

Se percata de que los demás lo están analizando.

—Bueno, es cierto, ¿no? —El rostro de Kiunga se pone serio—. Dejarme decir algo, caballeros. Si alguna vez tuviera que enfrentarme a un marrón serio, ya fuese con los jefes o en las calles, no hay ningún otro agente en el mundo a quien quisiese tener a mi lado. Este tipo —le da a Mollel una palmada en la espalda— es un *noma*.

La palabra en jerga significa que es alguien de confianza, fiable. Mollel se siente halagado de forma extraña por el elogio de Kiunga, pero también irritado por la atención.

—No dejes a tu cita esperando en el bar, Kiunga —le dice.

Alarga la mano sobre la mesa, coge una cerveza fría que alguien ha pedido para él y da un trago.

Kiunga levanta una ceja.

—¿Ahora bebes, Mollel?

Después se gira para echar un vistazo a la mujer blanca, que está mirándose intencionadamente el reloj.

—Tienes razón —añade—. Oye, estoy por la zona un par de días. Nos pondremos al día, Mollel, ¿de acuerdo?

—Claro —contesta este de forma poco fervorosa.

—Mucho gusto, tíos —les dice Kiunga a los demás, que responden con gruñidos igual de evasivos.

Kiunga vuelve al bar e intercambia unas cuantas palabras con la mujer, después se

marchan.

—Ahí tienes un fan, Mollel —apunta Shadrack.

—Pero, al parecer, tú no pareces tan entusiasmado con él —añade el sargento.

—Trabajamos juntos un tiempo, eso es todo —replica Mollel.

La llegada del director evita que se comente nada más.

—¿Qué pasa ahora? —ladra el sargento—. ¿No vas a volver a intentar pasarnos la cuenta, verdad? Creí que habíamos hablado de eso.

—No, no —contesta el director, retorciéndose las manos de forma nerviosa—. Solo es que..., bueno..., tenemos un pequeño problema fuera, en los jardines. Y podríamos resolverlo con una pequeña ayuda de la policía. Ayuda discreta. Si no les importa.

—¿Qué tipo de problema? —pregunta el sargento.

—Un cadáver —contesta el director.

El césped cortado con esmero está iluminado por unas esferas blancas puestas de pie a la altura de la cintura a lo largo del sendero que conduce a cada cabaña, todas imitando una choza masái, con paredes redondeadas, techo de paja puntiagudo y cristaleras. Fuera hay plantado un letrero pequeño, cuadrado, con un número. Excepto una o dos, todas las cristaleras están oscuras y tienen las cortinas echadas. Mollel se pregunta si Kiunga está dentro de alguna de ellas... con o sin su mujer blanca.

El aire está cargado con el perfume de las rosas, siempre presentes en esta ciudad, dulce en exceso y recordando ligera y permanentemente a orines. El chasquido repetitivo, agudo, de un chotacabras vaga por los jardines, aunque para todo el mundo parece el chirrido de la pieza de algún equipo eléctrico funcionando mal.

—Por aquí, por favor —entona el director. Su voz es poco más que un susurro—. Sin linternas, por favor —añade, mientras se adentran en la oscuridad—. Al menos, hasta que lleguemos al borde del agua.

El borde del agua está considerablemente más lejos de lo que solía estar, a juzgar por el barro duro, seco, que tienen que recorrer cuando termina el jardín bajo sus pies. Mollel solo puede distinguir las grietas que trastornan el suelo aquí. El lago está en retroceso.

La silueta de un grupo resulta visible apenas como un parche de negrura más profunda contra el horizonte negro sobre el lago. Al acercarse los policías, el haz de una linterna se enciende y brilla sobre ellos.

—¡Aparten eso! —grita el sargento Mungai—. ¿Qué tenemos aquí?

El haz de luz apunta hacia el suelo, y se refleja en el agua, de solo unos centímetros de profundidad, donde resulta visible entre las tupidas hojas, gomosas, del jacinto de agua. Una de las flores se yergue orgullosa y púrpura, con los pétalos meticulosamente enroscados a lo largo de la longitud del tallo. Al lado hay una mano.

La luz se detiene ahí. Esta mano no lleva mucho tiempo en el agua. Las yemas de los dedos apenas se han hinchado; sin duda no lo bastante como para ocultar las rozaduras y los arañazos que las recorren. La palma también tiene hendiduras profundas.

Ahora Mollel está metido en el agua hasta los tobillos, de pie junto al cuerpo. Un guardia de seguridad con aspecto de estar conmocionado maneja la linterna, temblando, para iluminar la longitud del brazo.

—Los hierbajos irrumpen desde el lago a esta hora de la noche —dice, con una voz sorprendentemente suave—. La deben de haber arrastrado de esa misma forma.

Mollel alarga la mano hacia abajo y aparta una mata de hierbajo que le recorre la nuca. Ve el cuero cabelludo trenzado, reconoce la camiseta pegada a los hombros flácidos. Sabe quién es. Pero para confirmar sus sospechas, coge un hombro y, con un

tirón, le da la vuelta al cuerpo de la mujer. La acción va acompañada de un sonido — el de los hierbajos al deslizarse, el goteo del agua que se escurre debajo de ella, la succión del barro donde ha estado metida—, un sonido suave pero insoportable en el silencio de la noche. Incluso el chillido del chotacabras se ha apagado para hacer una pausa respetuosa.

—¿Quién es? —pregunta el sargento Mungai desde donde está, sobre la tierra seca.

Mollet no puede responder. No porque no sepa quién es.

Sabe exactamente quién es.

Es la mujer de la granja de flores.

Está tendida en el barro debajo de él, tan presente físicamente y tan muerta, y Mollet se da cuenta de que no tiene ni idea de cómo se llama.

—Es alguien a quien entrevistamos esta mañana —consigue decir al final—. Shadrack, tu cuaderno. Debes de haber tomado alguna nota.

—¿La mujer de la granja de flores?

—Sí.

El joven suelta un silbido leve.

—Entonces no llegó demasiado lejos.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, se encuentra a la vuelta de la esquina. ¿No te has dado cuenta, Mollet? Nos encontramos justo donde estábamos esta mañana.

Mollet se queda desconcertado. Su sentido de la orientación, tan bueno por lo general, le falla por completo alrededor de este lago. Debe de tener algo que ver con la manera en que la orilla retraída serpentea de un lado a otro.

—Jemimah Okallo —dice Shadrack, leyendo el nombre de su cuaderno, iluminándolo con el teléfono móvil—. Despedida por robar —continúa, en beneficio del sargento—. Supongo que no podía vivir con la perspectiva de perder su trabajo.

—No tiene sentido —murmura Mollet.

—¿Y eso? —pregunta el sargento.

—La vimos de camino a la ciudad. Iba a coger un bus para ir a casa. ¿Por qué iba a desandar todo el trayecto de vuelta aquí?

—¿Por venganza? —sugiere Mungai—. ¿Quiere que la granja de flores se sienta mal por haberla despedido? ¿Quién sabe? No puedes meterte en la mente de alguien así, Mollet. Ni siquiera merece la pena intentarlo.

Mungai insiste en que una ambulancia llegue justo hasta la orilla del agua para retirar el cadáver, para gran consternación del director. La mirada que les dedica a los policías cuando vuelven a entrar en el hotel implica que de no haber estado ellos ahí él se habría librado de todo ese sufrimiento. Es casi como si ellos hubiesen traído el cadáver consigo. Ahora hay unos cuantos turistas más, incluyendo un grupo de unos

doce chinos. Mollel recuerda los tiempos en que era raro ver un rostro chino en Kenia, cuando esa persona iría por la calle acompañada de niños curiosos estirándose los párpados y gritando «¡Chinooo, chinooo!». Pero ahora se acostumbran rápidamente a los *wazungu* y *wahindi*, los blancos y los indios, que conforman la mayor parte de la clientela en lugares como este. El leve mareo provocado por la cerveza ha desaparecido hace rato. Los demás parecen haberse despejado también. Munene y el sargento están interrogando al guardia que descubrió el cuerpo. Choma espera, en una vigilia silenciosa junto al cadáver, a que llegue la ambulancia.

—Vamos —dice Shadrack—. Tenemos que interrogar al director.

Siguen su figura en retirada hasta un despacho detrás de recepción en el vestíbulo del hotel. El director se hunde en la silla de piel de su oficina, que se inclina y se balancea a su espalda, y se lleva las manos a la cara.

—Esto era lo que nos faltaba —gimotea—. ¿Por qué no podía haber sido arrastrada unos pocos metros más allá de la orilla? Entonces habría sido el problema de otro.

A Mollel le choca que, tanto en la muerte como en la vida, Jemimah Okallo siempre estuvo destinada a ser el problema de otro.

Shadrack se sienta en el escritorio frente al director. Mollel hace lo mismo.

—Quiero los registros de huéspedes —dice Shadrack.

—¿Para qué? Saben que no era una huésped.

—¡Hazlo! —ordena el joven.

El director suspira.

—¿Todos? Llevará un rato.

—Solo los de los últimos días.

—Eso es más fácil —contesta el director, con alivio evidente en la voz—. Como saben, no hemos tenido muchas visitas.

Se acerca un libro de registro, grande y encuadernado en cuero, y lo abre. Va a la página correcta y echa un vistazo rápido a las entradas.

—Aquí está —dice—. Aunque no puedo imaginarme lo que esperan averiguar con esto.

Nunca lo admitiría, pero Mollel también está intrigado respecto a qué espera encontrar Shadrack. Hoy ya ha visto un lado diferente del joven en sus interacciones con Kibet. ¿Puede estar a punto de hacer gala de un arranque de diligencia e imaginación en su investigación sobre la muerte de esta mujer desafortunada?

Shadrack desliza el dedo por las entradas del libro. Mollel se percata de que mueve los labios mientras lee.

De pronto, golpea una de las entradas varias veces con el dedo y exclama:

—¡Ajá!

Intentando no delatar su curiosidad, que ahora es enorme, Mollel se inclina hacia delante para mirar lo que ha descubierto Shadrack.

Hay un número de habitación, un nombre y una dirección de contacto. El nombre

es Justine Oberkampf. La dirección de contacto es un revoltijo de letras con ese desgarrado símbolo en espiral en el medio: una dirección de correo electrónico.

—¿Ves, Mollel? —exclama Shadrack de forma triunfal—. Esto es auténtico trabajo detectivesco para ti.

Mollel y el director intercambian una mirada de asombro.

—Es la mujer del bar —dice Shadrack, como si se lo explicase a un niño—. La *mzungu* con la que estaba tu amigo. Ahora sabemos quién es.

—Discúlpennos un momento —le dice Mollel al director.

Agarra a Shadrack con fuerza por el brazo y lo arrastra fuera del despacho.

—¡Me haces daño!

Mollel ha empujado a Shadrack contra la pared, en un rincón justo al salir del vestíbulo.

—Bueno —responde.

—¿Qué demonios te pasa, Mollel?

—La gente no deja de preguntarme eso. No creo que me pase nada en absoluto.

—¿Entonces por qué... —se estremece mientras Mollel lo agarra más fuerte— haces esto?

—Estoy tratando de entender por qué, cuando tenemos un cadáver todavía tirado ahí fuera, una mujer a quien hemos entrevistado esta mañana, estás perdiendo el tiempo intentando conseguir información de otra mujer que no te miraría dos veces aunque fueses el último hombre sobre la tierra.

A pesar del dolor, Shadrack retuerce la boca hasta sonreír.

—¿Es porque está con tu amigo, Mollel? ¿Es eso? —Se queja de dolor mientras Mollel le retuerce la muñeca de nuevo.

—Simplemente no lo pillas, ¿verdad, Shadrack? Hay cosas más importantes en este mundo que tu polla. Hay un ser humano ahí fuera.

Shadrack mira a Mollel a los ojos.

—Qué pena que te des cuenta ahora, Mollel.

Emite un suspiro de alivio cuando Mollel lo suelta, y se deja caer contra la pared. Gira el cuello y flexiona los hombros.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Mollel, con frialdad.

—Bueno, fuiste tú quien tuvo ocasión de hablar con ella antes. Cuando la viste en la carretera. Quiero decir, podría no estar muerta ahora mismo si te hubieses molestado en parar y preguntarle en qué pensaba.

Si no estuviese tan estupefacto por esta absoluta hipocresía —después de todo, Shadrack le había dicho «no te impliques»—, le habría dado un puñetazo al tipo en sus protuberantes labios.

Pero no es eso lo que le molesta, se percata Mollel. Está molesto porque Shadrack tiene razón. Después de todo, si alguien debería de haberse dado cuenta de que esta

mujer estaba al límite, ese era él. Él mismo había estado antes cerca de ese límite, muchas veces.

Confundió su apatía con orgullo. Tan solo si lo hubiera pensado, una sola palabra podría haberla salvado. Tan solo un gesto de amabilidad. Una amabilidad que él había pensado ofrecerle, pero había descartado. Cierra el puño y lo estampa contra la pared.

—¡Por Dios, Mollel!

Lo invade el dolor, pero lo agradece. Porque el dolor es lo menos que merece.

Está en el bar, de pie donde había estado la amiga de Kiunga. ¿Qué fue lo que pidieron?

—Un *whisky* —dice.

—Claro, señor. ¿De qué tipo?

—Solo póngame un *whisky*.

Mece el vaso pequeño con el puño golpeado. Después se lo lleva a los labios y bebe de nuevo.

Es bueno, con un calor que recuerda al licor hecho con miel y estiércol fermentado que los ancianos solían beber allá en la aldea. Por un momento, un momento dichoso, fugaz, el dolor del puño se calma. Y después, regresa, junto con el recuerdo de la mujer.

La mujer. Tenía nombre. Se llamaba Jemimah Okallo. El sargento Mungai se acerca, la parte superior de su cabeza apenas llega a la altura del hombro de Mollel.

—Voy a necesitar un informe completo de esto por la mañana, Mollel.

—¿Otro *whisky*, señor?

Mungai asiente al camarero, y aparece otro vaso delante de Mollel.

Mungai le da unas palmaditas en la espalda.

—Tan solo asegúrate de que llegas a trabajar a tiempo —le dice, después se va.

A través de la ventana, Mollel ve las luces traseras rojas de la ambulancia cruzando el césped hacia la orilla del lago. Demasiado para salvaguardar la discreción. Se imagina al director, apresurándose por detrás, preocupado por las huellas de los neumáticos.

—¿Un trago duro, eh?

Shadrack aparece por su otro lado. El joven tira de un taburete alto y se sienta, con los codos sobre la barra. Capta la mirada del barman y señala el vaso de Mollel con los labios. El barman lo complace y le sirve uno.

—¿No quieres saber lo que he descubierto, Mollel?

Él niega con la cabeza. Da otro trago.

—Mira, Mollel. Creo que partimos de un mal comienzo. Tan solo escúchame, ¿vale? No soy un acosador o algo así. Quería informarme sobre ella por un motivo. Sospeché en el momento en que ese bastardo afable, Kiunga, dijo que estaba en la Policía Diplomática. Quiero decir, esos tipos no aparecen en Naivasha por capricho.

Tiene que estar acompañando a alguien.

Saca su cuaderno y lo abre sobre la barra. Mollel ve un garabato escrito a lápiz con letras infantiles: la transcripción que Shadrack ha hecho de la dirección de correo electrónico anotada en el libro de registro.

—¿Sabes qué significa esto, Mollel?

No lo sabe. Ni le importa. Pero Shadrack está decidido a captar su atención. Por primera vez, el joven parece estar reclamando la aprobación de Mollel.

—Esta es su dirección de correo electrónico, ¿vale? Sabes lo que es un correo electrónico, ¿verdad, Mollel?

—No seas condescendiente conmigo.

—De acuerdo. Pues mira. Míralo, Mollel.

Mollel baja la mirada hacia el cuaderno. Las desgarbadas letras escritas a lápiz nadan ante sus ojos. Shadrack deja de esperar a que Mollel lo descifre y lo lee en voz alta.

—Justine-Oberkampf-arroba-ICC-punto-org. ¿No ves lo que significa, Mollel? Ella es de la Corte Penal Internacional^[7]. Y por lo que sea por lo que estén aquí, ella y tu buen amigo Kiunga están intentando mantenerlo en secreto.

Le duele la mano. También le duele el orgullo. Kiunga le ha mentido. Shadrack ha demostrado ser un detective, después de todo..., de algún tipo. Mollel todavía sospecha que su intención era demostrar que la mujer no es novia de Kiunga, pero ha descubierto algo incluso más interesante. Sin embargo, Mollel todavía no está seguro de lo que significa.

El guerrero Tonkei lo conduce de nuevo por el túnel de flores. El mismo olor empalagoso, ácido. La misma intensidad de color. Las mismas mujeres recolectando, el runrún de sus manos. O, al menos, parecen las mismas mujeres. No podría saberlo.

—He oído lo de la recolectora —dice Tonkei.

—Jemimah. Se llamaba Jemimah Okallo.

—Claro. Bueno, he oído lo suyo. Es una pena. Podría haber encontrado trabajo en alguna otra parte.

—Tu jefe no le habría dado una referencia, ¿verdad?

Tonkei se encoge de hombros.

Han llegado al final del túnel. Tonkei pregunta:

—Dime, ¿qué quieres ver, exactamente?

—La orilla del lago. Quiero ver por dónde entró al agua.

Tonkei niega con la cabeza.

—Puedo enseñarte la orilla del lago —dice—, pero no entró en el agua por ahí. Debe de haberse metido en el hotel.

—Imposible —responde Mollel—. La seguridad del hotel lleva un registro de toda la gente que entra y sale por la entrada principal.

Tonkei resopla de forma burlona.

—Mollel, las granjas de flores se estaban defendiendo de los ataques de bandas que trepaban por las paredes hace menos de un año. Mataron a docenas de personas. ¿Crees que vamos a permitir que cualquier exempleada simplemente se meta aquí, inadvertida? Diga lo que diga el hotel, ella no pasó por aquí.

—Me gustaría ver la orilla del lago de todos modos.

Se han detenido al borde de un amplio campo verde, que se extiende hasta donde alcanza la vista.

—Aquí es —dice Tonkei.

Mollel baja la mirada hacia las plantas que tiene a sus pies. Reconoce las mismas hojas redondas y carnosas, y los tallos bulbosos, que cubrían el cuerpo de Jemimah anoche. Saca los pies con cuidado y da una patada.

Las plantas se bambolean arriba y abajo con el toque, ensanchándose en una onda que se extiende desde el lugar donde él permanece en pie.

—Jacintos de agua —dice Tonkei—. Están invadiendo todo el lago.

—¿No podéis...? No sé —pregunta Mollel—. ¿No podéis envenenarlos?

—¿Y envenenar el agua que utilizamos para la granja? Por no mencionar el agua potable de toda la zona. No, Mollel. No es una opción. Todo lo que podemos hacer es seguir metiendo nuestras tuberías de entrada más y más al fondo del lago, confiando en que no se atasquen. Eso es nuestro, allá, mira.

Señala hacia el centro del lago, donde apenas se ve una estructura de madera sobre unos pilotes. Una tubería de metal serpentea hacia la estructura.

—Si se atasca eso, tenemos que sacar el triturador.

—¿El triturador? —pregunta Mollel—. ¿Qué es eso?

Tonkei señala un bote de fondo plano de fibra de vidrio con motor fueraborda en la popa, y una batería de aspecto cruel recubierta con cuchillas punzantes sujeta a otro motor en la parte delantera.

—Eso corta para abrir un canal en los hierbajos, al menos. Pero por lo demás es como un bote de repelente para insectos contra una invasión de langostas.

Mollel se inclina y coge un puñado de maleza. Arriba está el tallo erguido, plagado de delicados pétalos color púrpura, que reconoce de la noche anterior. Por debajo, las hojas redondas, en forma de moneda, y los tallos tuberosos. Al final, hilos de cieno que gotea, colgando.

—Es un invasor —dice Tonkei—. Los ingleses lo trajeron de América del Sur. Las mujeres querían que sus estanques decorativos fuesen bonitos. Las flores tienen mucho que explicar, ¿no crees?

Mollel desgarró la masa de tejido vegetal que tiene en las manos. Los tallos se rompen con facilidad entre sus dedos. En el interior, resulta evidente por qué la planta flota tan bien: su tejido es un panal de celdas llenas de aire, como la espuma. Es un triunfo de la adaptación. Y le repugna. Lo deja caer y, al hacerlo, le salpica los pies.

—¿Se puede caminar por encima? —pregunta.

—¿Quieres probar? —responde Tonkei—. No, no lo creo. Soporta su propio peso. Pájaros, ranas. Allá en el centro del lago hay pequeñas islas donde se ha apelmazado, y otras plantas han crecido encima. Incluso árboles jóvenes. Pero no, no aguantaría el peso de un hombre. O de una mujer.

—¿De modo que ella tendría que haberlo vadeado?

De nuevo, Tonkei niega con la cabeza.

—No a menos que tuviese piernas de diez metros. El agua es poco profunda durante un trecho corto, después cae de forma vertiginosa. Esto es un cráter. Ni siquiera podría haberlo recorrido a nado. Nadie podría. Pero estás perdiendo el tiempo, Mollel. Tampoco tendría que haberlo hecho.

—¿Qué quieres decir?

Tonkei hace gestos con la mano, moviéndola hacia el horizonte y luego hacia sí mismo.

—Va y viene. Como la marea.

—Pero no hay marea en los lagos.

—Por eso he dicho como la marea, Mollel. Si en algo podemos confiar siempre aquí es en el viento. Por las mañanas, el sol calienta las faldas de la montaña que tenemos detrás. El monte Longolot. Empuja el aire hasta aquí abajo y despeja la maleza. Mira, puedes ver cómo está pasando incluso ahora.

Tiene razón. De forma apenas perceptible —pero inexorable, sin embargo—, las franjas más alejadas de la masa se están deshaciendo y pequeños parches de agua negra se están volviendo visibles entre la maleza.

—Después, por la noche, entra el viento de la llanura de Gilgil. Vuelve a traerlo todo. Eso es lo que debió de arrastrarla hasta el hotel.

—Salvo que la vi viva por la tarde —contesta Mollel.

—Entonces es como dije. Se metió en el agua por el hotel. Nunca llegó más lejos del lugar donde se ahogó.

Pero eso fue en diez centímetros de agua, piensa Mollel. ¿Era posible, incluso para alguien decidido a matarse, ahogarse en diez centímetros de agua?

Escudriña el borde del lago, resuelto a encontrar algo, incapaz de quitarse de encima la sensación de que aquí hay algo importante que se está perdiendo. Pero se le escapa. Al final, lo deja.

—Enséñame dónde vivía —pide.

Los bloques de la residencia no están mal, para lo que suelen ser. Sin duda alguna son mejores que el alojamiento lúgubre que Mollel y Shadrack comparten en la parte de atrás del puesto de policía. Hay varias hileras de edificios bajos, encalados, con techo de láminas. Cada pocos metros aparece una puerta, pintada de azul descolorido, con un número. El escenario le recuerda a Mollel, por una extraña conexión, el hotel de lujo que hay al lado.

La colada se seca sobre alambres entre los edificios; hay algún niño jugando aquí y allá. Las paredes encaladas se hallan manchadas a la altura de la rodilla por las salpicaduras producidas, año tras año, por la estación de lluvias; las jambas de las puertas están débilmente pulidas por los cientos de yemas de dedos y caderas que se habrán rozado contra ellas al pasar las trabajadoras.

Tonkei guía a Mollel por el callejón central entre dos de los bloques; después se detiene. La puerta con el número 103 está abierta.

—Aquí es —dice—. Pero no encontrarás nada. Se lo llevó todo consigo ayer, ¿te acuerdas?

—Hazme un favor —responde Mollel—. Deja de decirme lo que voy o no a encontrar.

Empuja la puerta y entra. Una cuerda cuelga de un interruptor acoplado a una viga que sujeta el techo de plancha; Mollel tira de ella. Una bombilla acoplada a otra viga se enciende, tenue.

Hay dos literas y un armario. La cama de arriba de una de las literas está desnuda,

mostrando solo el colchón.

No halla nada inusual o inesperado en el aspecto de la habitación. Pero hay un olor que le colapsa a Mollel las fosas nasales. Un olor inaprensible, ligeramente acre. Uno que a Mollel le resulta, al principio, difícil de definir.

El olor a pelo chamuscado.

—Cuatro mujeres por habitación —explica Tonkei—. Es una salvaguarda para que no vuelvan a traer hombres. No es que no lo intenten.

El olor, quizá, se debe al método que utiliza para peinarse alguna de las mujeres. Incluso ahora que está empezando a difuminarse, y que sus ojos se han acostumbrado a la penumbra, Mollel es capaz de distinguir más detalles del entorno.

Se han hecho intentos por personalizar este espacio. En las paredes y en la puerta del armario hay pegadas bastantes fotos raídas.

—¿Son tuyas algunas de estas fotos?

—No lo creo. Si tenía alguna, se las llevó.

Sea lo que sea que se llevase, piensa Mollel, tendría que haber cabido en el cesto que transportaba a la espalda cuando la vio. Ese cesto todavía no lo habían encontrado.

Detiene la mirada en alguna de las fotografías. La mayoría de las trabajadoras aquí son luos, le han dicho. Así que las familias estarán a cientos de kilómetros de distancia, a orillas de otro lago distinto: el lago Victoria. Un lugar más cálido, más húmedo. No apto para granjas de flores, pero mucho más hospitalario para integrantes de esta tribu.

Las fotos muestran niños desgarrados vistiendo sus mejores galas. Padres envejecidos, en tono moteado, con mantones sobre el regazo. La gente allá en casa, que estas trabajadoras migrantes han dejado atrás. Mollel se pregunta cuánta gente dependía del sueldo de Jemimah Okallo, que ella mandaría a casa diligentemente cada mes.

Se le ocurre otra pregunta.

—¿Cómo mandan su dinero a casa?

Tonkei se ríe y se desengancha el móvil del cinturón. Lo mueve delante de Mollel.

—Igual que todo el mundo.

Todo el mundo, menos el técnicamente no muy listo Mollel. Sabe desde hace algún tiempo que se puede mandar y recibir dinero con una llamada, pero él nunca lo ha probado. Sabe utilizar su propio teléfono para llamar y mandar mensajes, pero nada más. Su suegra se quejó de eso la última vez que habló con ella. Desde que está destinado en Hell, ella cuida de Adam. Antes de irse, Mollel le dio una colección de cheques posdatados e instrucciones para que ella hiciese un viaje mensual al banco para hacer uso de su sueldo. Todo era, insistió ella, una pérdida ridícula de tiempo.

Después de hablar con las mujeres que compartían habitación con Jemimah —todas manifestaron estar conmocionadas y tristes, pero no fueron capaces de arrojar mucha luz sobre alguien que, al parecer, era una compañera de cuarto muy solitaria—, Mollel recoge su expediente de personal y se dispone a marcharse de la granja de flores.

De camino a la salida, Tonkei lo guía junto al túnel de poliamida en lugar de recorrerlo directamente por el medio.

—Te estás tomando mucho interés en este caso, Mollel —le dice.

—Es mi trabajo.

—Sí, pero...

Tonkei se para. Están en pie junto a un hoyo ancho, cuadrado. El olor a material vegetal que se está pudriendo y a pétalos descompuestos es aplastante, y las moscas zumban a su alrededor. Parece un lugar extraño para mantener una charla.

—Ayer, cuando nos conocimos, asumí que eras como el resto de ellos. Los otros *polisi*. Los conozco a todos. Holgazanes, se mueven por lo que pueden obtener. Pero la forma en que estás manejando esto... Eres distinto. Te importa.

Demasiado tarde, piensa Mollel. Si me hubiese importado más ayer, no estaría aquí ahora.

—¿Por qué le has dado la espalda a tu cultura, Mollel?

La pregunta lo coge por sorpresa.

—¿Quién dice que lo haya hecho?

Tonkei se ríe.

—Tus pantalones, para empezar. ¿Cuándo llevaste *shuka* por última vez? ¿No sabes que la ropa occidental es mala para la circulación?

Mollel no puede evitar sonreír. Su madre siempre le decía lo mismo.

—Mira —sigue Tonkei, bajando la voz—, puedes llevarte al masái de la aldea, pero no puedes sacarte la aldea del corazón. Eres un hombre de honor, Mollel. Lo sé. ¿Por qué no vuelves a tus raíces? ¿Y te conviertes en uno de los ancianos? ¿Compras unas cuantas vacas, encuentras una hermosa novia masái o dos y dejas atrás este mundo superficial, extraño?

Por un momento, la idea parece casi tentadora..., y entonces Mollel recuerda a Adam. Todo lo que hace, lo hace por Adam. Había sido así incluso desde antes de que naciera. La mujer de Mollel, Chiku, lo había señalado con claridad: «La vida en la aldea no es para nuestro hijo. No crecerá descalzo, cuidando cabras en vez de ir a la escuela. Se convertirá en alguien. Como has hecho tú, Mollel».

Él todavía no dice nada. Tonkei continúa:

—Hay muchos de nosotros que nos sentimos así, Mollel. Muchos de nosotros que sentimos que el mundo moderno ha invadido demasiado, durante demasiado tiempo. Esta tierra solía ser nuestra, ¿te acuerdas?

Ahora Mollel lo entiende. Se trata de un discurso político: el mismo discurso político que ha oído junto a la chimenea desde que, siendo adolescente, se convirtió en guerrero. Hinchados de orgullo por su estatus recién adquirido, los muchachos intercambiaban historias de los grandes héroes masáis, aquellos que habían matado leones y leopardos, que habían derrotado a los kikuyus y a los ingleses. Y la injusticia del destino de los masáis, relegados a ser una atracción turística en su propia tierra, les escocía de forma amarga.

Queriendo cambiar de tema, Mollel dice:

—Llevo fuera demasiado tiempo.

—Nunca te fuiste —replica Tonkei—. Podríamos emplear a alguien como tú, Mollel. Piénsalo.

Antes de que Mollel tenga tiempo de preguntarse quiénes están incluidos en ese «podríamos», Tonkei señala el hoyo con el dedo. Hay una capa reciente de rosas arrancadas, desperdigadas encima de la masa hedionda de espinas y follaje de debajo.

—Quería enseñarte esto —dice Tonkei—. ¿Ves las flores que hay encima? Las han tirado porque son defectuosas.

Mollel entrecierra los ojos para ver mejor. A esta distancia, no ve nada malo en las flores.

Tonkei se arrodilla y mete la mano para recuperar uno de los tallos. Lo levanta para que Mollel lo examine. Los pétalos son luminosos y se acurrucan de manera uniforme alrededor del capullo. Los tallos son largos y rectos.

—Mira más de cerca —le pide Tonkei.

Ahí, cerca de la punta de uno de los pétalos, Mollel ve una dispersión de puntos diminutos: pecas en la cara de la flor.

—¿Es eso? —pregunta—. ¿Por eso dicen que es defectuosa?

—Es lo que quieren los europeos. Todas las flores tienen que ser idénticas, cada flor tiene que ser perfecta. Las que no lo son terminan aquí. Pueden llegar a ser casi la mitad.

—¿No podrían venderse a nivel local? ¿O a un precio más bajo?

Tonkei niega con la cabeza.

—Hundiría el mercado. Para mantener los precios más elevados, tienen que restringir el producto.

—Qué desperdicio —contesta Mollel.

—Eso es lo que pensó Jemimah, también.

—¿Jemimah? —Mollel se sorprende.

—Seguro. Vio cómo tiraban las flores todos los días. Debió de venir aquí, como hemos hecho nosotros, y coger unas cuantas. Y cuando tuvo dos docenas, salió a hurtadillas e intentó venderlas en la carretera. Por desgracia para ella, dio la casualidad de que el encargado de la granja la vio haciéndolo.

—¿Así que quieres decir —pregunta Mollel, que apenas puede contener la indignación que está brotando en su interior—, quieres decir que ni siquiera estaba

robando? ¿Perdió su trabajo por servirse de algo que iban a destruir?

Tonkei le da unas palmaditas a Mollel en el pecho.

—Ahora estás hablando como un masái —contesta.

Marcharse de la granja de flores le produce un alivio que no está solo relacionado con el ambiente cargado, de invernadero. Hay algo en ese lugar que provoca una sensación de opresión en Mollel: una constricción en el pecho, un peso sobre la mente.

«Han tomado el cielo y lo han rodeado».

Respira hondo el aire de Maili Ishirini. Cierra los ojos y, por un momento, podría estar en Nairobi. Un camión al pasar ha lanzado humos del tubo de escape que se mezclan con el olor del maíz cocinándose en una *jiko* de carbón que está cerca. Este es un mundo libre, informal. Una comunidad que ha surgido de la mano de los individuos que pertenecen a ella, en lugar de ser una construcción de la naturaleza.

Echa de menos Nairobi. Echa de menos su hogar.

Si al abrir los ojos hubiese visto a su hijo, ahora lejos, o a su esposa, muerta desde hace mucho, Mollel apenas se habría sorprendido. Cuando los abre, ve una figura casi tan familiar. Pero sabe que esta no la ha evocado su imaginación.

Kiunga está caminando hacia él. Más allá, en la entrada del hotel Lakefront, hay un coche parado, con la puerta del conductor abierta, el motor en marcha y una mujer, Justine Oberkampf, sentada en el asiento del copiloto. No parece contenta.

—Hola de nuevo, Mollel —saluda Kiunga. Se estrechan la mano—. Imagino que nos cruzamos mucho estos días.

—Así es —contesta Mollel—. No me presentaste a tu amiga anoche. —Inclina la cabeza hacia la mujer.

—Oh, claro —responde Kiunga. Está incómodo de forma evidente—. Se llama Justine Oberkampf, es de los Estados Unidos.

—¿Quién es? —pregunta Mollel.

—Oh, una diplomática —dice Kiunga, fingiendo ligereza—. Está haciendo algún tipo de investigación tras las elecciones. No estoy realmente seguro de qué. Yo solo la llevo en coche, la llevo de la mano, ya sabes.

Baja la voz en tono confidencial.

—Entre tú y yo, es una auténtica bruja. Pero no se quedará mucho tiempo. No puedo quejarme. Me hace salir de Nairobi; conduzco un buen coche con aire acondicionado. Hay trabajos peores.

—Estoy seguro —responde Mollel—. Entonces, ¿qué estáis haciendo aquí?

—Oh, nada importante —afirma Kiunga—. Podría hacerte la misma pregunta.

—Y yo podría darte la misma respuesta —replica Mollel.

Echa un vistazo al elegante utilitario deportivo. Oberkampf se está pintando los labios mirándose en el espejo del parasol.

Con un remolino de polvo y un estruendo oxidado, el abollado coche de Shadrack

aparece y frena. La ventanilla del copiloto vibra al bajarse. Shadrack se apoya desde el asiento del conductor para bajar la manivela.

—¿Has terminado en la granja de flores, Mollel? —pregunta. Le habla a Mollel, pero mirando a Kiunga con recelo.

—Sí. No hay pistas.

—No quiero interrumpir vuestra pequeña reunión...

—No estás interrumpiendo nada —contesta Mollel—. Supongo que te irás pronto de la ciudad, Kiunga. Ha sido agradable verte.

Le ofrece un apretón de manos frío, formal.

—Sí, no estaré por aquí mucho más —contesta Kiunga.

Resuena un claxon. Oberkampf se ha cansado de esperar y le está pidiendo a su conductor que regrese al vehículo.

Shadrack no dice nada respecto al hecho de haber visto a Mollel con Kiunga, pero Mollel sabe que el joven policía le da vueltas en la cabeza. Nada de *cheesy kama ndizi* o *Cobra Squad*. Mollel mira de soslayo el perfil de Shadrack mientras circulan por la ciudad haciendo su ronda habitual.

¿Tiene el ceño fruncido por enfado, o por miedo? ¿O solo está entrecerrando los ojos por el sol de última hora de la tarde?

El patrullaje los lleva por caminos polvorientos y atraviesan pueblos sombríos, empapados de apatía. Se detienen con frecuencia, aparentemente para ver al jefe o anciano local, para informarse sobre cualquier delito o problema. Pero en realidad, se trata de una tarea mucho más importante y consagrada: la recaudación de cuotas. Cada dueño de un puesto de verduras en la carretera, cada propietario de un pequeño quiosco, todo jefe e incluso un pastor o dos salen a saludar a Shadrack, le estrechan la mano y le deslizan una pequeña cantidad, mientras Mollel espera en el coche y finge no darse cuenta.

Por lo general esta es la parte favorita del trabajo para Shadrack. Para él, es una especie de vocación, y se mete en el papel con entusiasmo. Da palmaditas en la espalda e intercambia bromas, como si fuese él quien impartiese generosidad. Pero hoy, Mollel se percata, el corazón del joven no parece estar por la labor; apenas habla mientras recoge las cuotas. Y Mollel no es el único que se ha dado cuenta. Las miradas desdeñosas y llenas de odio que la gente normalmente le dedica a Shadrack cuando se da la vuelta para marcharse son sustituidas por miradas fijas y perplejas.

El día se ha arrastrado por el tramo largo y caluroso de la tarde para cuando Mollel y Shadrack regresan a Hell. Para sorpresa de Mollel, pasan con el coche junto al puesto de policía y comienzan a subir la carretera de laterita hacia el Parque Nacional de Hell's Gate.

—Un poco tarde para hacer un safari, ¿no? —pregunta Mollel.

—Relájate, masái —responde Shadrack—. Hoy me has llevado en tu viaje

sorpresa. Es hora de que te lleve yo.

Traquetean y serpentean subiendo la carretera de grava, con el Toyota avanzando lento pero constante, levantando tanto polvo que Mollel tiene que subir la ventanilla, privándose de su único alivio ante el calor.

Tras mucho machacar las marchas y dar acelerones ruidosos al subir la parte más empinada de la cuesta, llegan a un conjunto de chozas de metal y una barrera de postes de acero con contrapeso colocada al otro lado de la carretera.

Este es el acceso lateral a Hell's Gate. No la entrada lujosa para turistas, mucho más atrás hacia la ciudad de Naivasha, donde están ubicadas la taquilla y la tienda de regalos. Esta entrada existe solo para los guardabosques del KWS, para que cuenten con un acceso fácil al extremo más remoto del lago cuando lo necesiten.

Todas las chozas comparten las características de un hogar masái y los chalés del hotel de lujo: son redondas, con techos apuntados. De hecho, no son exactamente redondas, sino octagonales, hechas con paneles rectangulares atornillados en un pastiche herrumbroso imitando el arquetipo de la casa africana. Sobre varias de las chozas, se alzan antenas de televisión desvencijadas, atadas a unos palos para ganar un poco de altura y conseguir mejor recepción.

Las dependencias del personal. Igual que en el puesto de policía, o la granja de flores, en estas zonas la gente tiende a vivir donde trabaja.

Shadrack toca el claxon y un guardabosques del KWS con aspecto cansado, con la camiseta saliéndosele de los pantalones y haciendo ruido con los pies al llevar las botas desatadas, se acerca a la barrera. Asiente con la cabeza a los policías y levanta el poste de metal.

—¿Adónde vamos? —pregunta Mollel.

—Ya lo verás.

El avance por los senderos rocosos dentro del parque es lento, porque Shadrack tiene que parar el coche casi por completo en cada surco y bajada que se encuentran. Pone el coche en primera, haciendo que el motor chirríe y que un olor nauseabundo a grasa quemada se levante desde las entrañas de la máquina.

A su alrededor, árboles candelabro, como tachuelas gigantes, puntean el paisaje, con sus sombras que se alargan y sus ramas ondulantes, sin hojas, volviéndose de color rojo sangre al sol de la tarde.

El camino sigue subiendo y, a veces, Mollel alcanza a vislumbrar el lago que se despliega debajo de él. Brilla de forma seductora. Incluso los hierbajos que atascan las orillas aportan una delicadeza atractiva, plumosa, al contorno del agua.

Con un último esfuerzo, dando una sacudida, Shadrack fuerza al coche a subir y recorrer la última cuesta y, con alivio aparente, el motor ronronea cuando llegan a terreno llano por primera vez desde que dejaron la carretera hace una hora.

Un letrero de madera dice: CAMPAMENTO ESPECIAL. CAMPAMENTO

NOCTURNO SOLO CON PASE DEL KWS. La única estructura es una choza de madera colocada sobre el hoyo de una letrina. Aquí no hay campistas para disfrutar de la vista espectacular. Ahora el sol está descendiendo sobre el lago, que refleja el cielo pintado de rojo y oro. A lo lejos, los recuadros largos de los techos de plástico de la granja de flores resplandecen en respuesta al sol que desciende, como si alargasen la mano para absorber los últimos rayos de calor.

De lejos, la ciudad de Naivasha centellea de un modo cautivador, y por debajo de ellos —casi directamente debajo— la comunidad de Maili Ishirini parece desafiar su epíteto de infierno. Mollel solo puede distinguir figuras en movimiento. Parece un refugio de paz y tranquilidad.

Posiblemente porque los policías del pueblo están aquí.

El otro vehículo del puesto de la policía —una camioneta con chasis alto y neumáticos gruesos que habrán facilitado el trabajo por el camino inclinado que sube aquí— se encuentra aparcado en un ángulo cerca del borde del precipicio. Alguien está sentado en la cabina, de lado, con las piernas colgando por la puerta, que está abierta. Otra figura está sentada sobre el capó, y otra más —la forma gigantesca instantáneamente reconocible de Munene— se halla en pie, como un centinela, a su lado.

Shadrack apaga el motor y tira del freno de mano. Mollel no dice nada. Pero su sensación de desasosiego, que ha estado creciendo todo el día, ahora se ve sustituida por un miedo total.

¿Por qué lo han traído aquí? Shadrack sale del coche.

—¿Vienes?

Mollel echa un vistazo al sol, que ya está a medio camino bajando por el horizonte. Mientras observa, el sol se alarga, se desliza y se encoge.

Después desaparece.

Mollel sale del coche. Una grisura silícea ha invadido el paisaje con la desaparición del sol. En pocos minutos estará completamente oscuro... y, en previsión, las primeras estrellas están empezando a aparecer por lo alto. Abajo, parpadeando uno por uno, como células brotando a la vida, los invernaderos se transforman en tiras y cuadrados incandescentes.

La luz de debajo le hace darse cuenta por primera vez de la precariedad de este borde. No más que unos pocos metros por delante de él, el suelo se corta y cae. Esta es la cumbre de los acantilados rojos, rocosos, que se ven desde el pueblo y que dominan el paisaje. Un águila grita en alguna parte, y, siguiendo el sonido, Mollel ve su revoloteo, una mancha negra contra el cielo azul grisáceo, muy alto por encima del suelo ondulado que hay debajo.

—Me alegra que te hayas podido unir a nosotros, masái —dice el sargento Mungai.

Baja de un salto desde el capó de la furgoneta. Choma, que está sentado dentro, asiente con la cabeza.

—¿De qué va todo esto? —pregunta Mollel, intentando sonar despreocupado.

Pero es consciente de que su voz suena forzada por la tensión. El corazón le martillea en el pecho y, aunque nota el móvil contra su pierna en el bolsillo del pantalón, no puede imaginar en qué podría ayudarlo.

—Relájate, Mollel —le dice Shadrack junto a su codo—. Solo somos amigos teniendo una pequeña charla. ¿Una cerveza?

Mollel se siente de cualquier forma menos relajado, y el ambiente es de todo menos amistoso. Pero acepta la cerveza que Shadrack le ofrece de una nevera portátil que hay en la parte trasera de la furgoneta. El sonido de la tapa al abrirse y el tamborileo metálico cuando cae sobre el suelo pedregoso solo sirven para aumentar la tensión.

Munene da un trago de su propia botella.

—Llevamos un rato esperando —dice.

—Este trasto viejo casi no lo consigue —contesta Shadrack.

—No me refiero a eso —responde Munene—. Llevamos un tiempo esperando esta pequeña charla, aquí con nuestro amigo masái.

—Más de un mes —añade el sargento Mungai.

—Cinco semanas y seis días —interrumpe Shadrack—. Es el tiempo que he tenido que vigilar a este tipo raro.

El enfado ocupa su lugar junto al miedo dentro de Mollel.

—¿Me has estado vigilando? Hubiera pensado que podrías estar aprendiendo algo.

—Oh, he aprendido mucho —contesta Shadrack—. Como que eres un espía.

En la penumbra, Mollel mira todas las caras una a una, pero no puede leerlas. Apenas se muestran como algo más que siluetas..., excepto Choma, que sigue sentado en la cabina iluminada de la furgoneta. Le guiña el ojo a Mollel y, por primera vez, se da cuenta de que no es un gesto amable, sino un tic facial.

Da un trago a su cerveza. Quiere tener una botella vacía en la mano cuando finalmente se enfrente a lo que tenga que enfrentarse.

—Has estado viendo demasiados episodios de *Cobra Squad* —responde, ganando tiempo.

—¿Ah, sí? —El sargento Mungai camina pavoneándose hacia donde está Mollel. Está borracho. Sospecha que los demás también lo están. Incluso Shadrack está dando tragos a una botella como si quisiera ponerse al corriente desesperadamente—. Te tomamos por espía desde el momento en que me llegó tu orden de traslado desde Nairobi. Simplemente no sonaba real. ¿Un sargento detective degradado a agente? Quiero decir, si hubieras ofendido a la Vigilance House de forma tan grave, estarías fuera del cuerpo.

Vigilance House: el Cuartel General de la Policía.

Mollel niega con la cabeza y trata de ofrecer una sonrisa triste.

—Me habrían despedido hace mucho, si pudiesen. Pero no pueden.

Shadrack se burla.

—¡Se cree Superman!

—No pueden despedirme —sigue Mollel— porque ya he dicho demasiado. Ya conocéis mi historia. Cerré de golpe un gran fraude de contratación. Como recompensa me mandaron a vigilar el tráfico.

—Sin embargo, tu colega Kiunga habló acerca de que estabas en la central de Nairobi.

—Durante un mes más o menos —insiste Mollel—. Estaba de traslado temporal. Y terminé rompiendo más narices. Intenté arrestar al compañero de golf del comisario. Tan pronto como pudieron, eligieron el lugar más olvidado de Dios que pudieron encontrar y me destinaron aquí.

—Sí, aquí —dice Mungai—. Es curioso, ¿verdad?, Mollel, que hayas tenido que terminar aquí.

—¿Lo es? —pregunta Mollel—. Tú dirás.

Mungai ahora se ha puesto a su altura y están de pie cara a cara. Levanta la barbilla.

—¿Por qué aquí, Mollel? ¿Por qué nosotros? No es por la pequeña recogida de propinas de Shadrack. Las damas del *chai* de Vigilance House tienen en marcha operaciones más lucrativas que esa. Así que alguien de allí debe pensar que alguien de aquí está metido en algo grande. Y queremos que nos digas, Mollel, qué creen que es.

—Quizá tan solo han decidido que es hora de que tengáis a un policía de verdad por la zona.

El dolor lo pilla por sorpresa. Mungai le ha dado un puñetazo bajo las costillas. Para ser un tipo menudo lanza una pegada poderosa, y Mollel se tambalea. Mientras amaina la impresión inicial, y las estrellas dejan de girar a su alrededor, ve el contorno diminuto, redondo, de Mungai y piensa que, si se abalanzase sobre él, sería capaz de levantarlo y arrojarlo por el precipicio sin esfuerzos. Y entonces ve la figura enorme de Munene rondando cerca y piensa que, si lo hiciese, su propio cuerpo sacudido sería el siguiente.

Si no es eso lo que ya tienen en mente para él.

—No sé por qué eligieron mandarme aquí —refunfuña—. No soy ningún espía. En serio. No tenéis nada que temer de mí.

Ahora Munene se tambalea hacia él.

—Podríamos haber creído eso antes de anoche, Mollel. Antes de que tu colega apareciese con una investigadora internacional a remolque. Debes de pensar que somos estúpidos.

Ahora mismo, Mollel no maldice su estupidez, sino la de Kiunga.

Nota cómo las manos gigantescas lo agarran por la camisa y lo llevan rápidamente hacia el precipicio. Por un momento, le reza a un Dios en quien no cree para que sus botones aguanten. Oye el leve tintineo del cristal..., la botella, que debe

de haber salido volando de su mano mientras Munene lo empuja hacia el borde, ha aterrizado en el suelo. Debajo de él hay una oscuridad absoluta, pero puede sentir el calor elevándose desde el suelo cien metros por debajo; puede oler la hierba y la tierra y confía en que, en cuestión de segundos, no esté precipitándose para encontrarse con ellas.

—Sea lo que sea —dice Mollel, con la voz aguda por el pánico—, no me importa. Así que cogéis un poco de dinero *chai*^[8] aquí y allá. ¿Quién no? Bienvenidos. Os he visto trabajando. No sois malos tipos. Solo tratáis de ganaros la vida. No voy a quitaros eso.

Por un momento, parecen mantener un debate silencioso entre ellos. Mollel casi puede sentir las emociones contradictorias dentro del grupo. Por un lado, sospechan que Mollel sabe más de lo que suelta. Sin embargo, es difícil para ellos descubrir qué es sin revelar su juego. Él no se dispone a hacerlo: entonces ellos no tendrían nada que perder. La ignorancia es la mejor defensa, ahora mismo.

—¿Qué hay de Kiunga? —quiere saber Mungai.

—Sí —se suma Shadrack—. Y su zorra *mzungu*. Estabas hablando con él hoy otra vez.

—Nos encontramos —protesta Mollel—. Es una ciudad pequeña.

Munene lo empuja hacia delante y Mollel nota que se le revuelve el estómago. Todavía está sujeto..., apenas.

—Mira, Mollel —dice Munene—, ahí está tu mujer. —Los demás se ríen.

¿Su mujer?

¿Chiku?

A Mollel le da vueltas la cabeza. ¿Es alguna especie de broma morbosa?

Entonces sus ojos se fijan en el eje alto de una roca que se eleva en paralelo a los acantilados. En algún momento debieron estar unidos, pero el paso del tiempo y el clima los han partido y ahí está, solo, aislado, distante.

Los *wazungu*, con esa costumbre que tienen de bautizar las características geográficas con el nombre de alguno de los suyos, lo llaman Fischer's Tower. Pero todos los demás lo llaman Maasai Bride^[9].

—¿Cómo te gustaría caer a sus pies!, ¿verdad, Mollel? —gruñe Munene—. Si los guardabosques encontrasen tu cuerpo ahí por la mañana, nadie haría preguntas.

Con una sensación vacía y enfermiza, Mollel se percata de que Munene tiene razón. Si se descubriese su cuerpo destrozado a los pies de Hell's Gate, Otieno negaría todo conocimiento de la operación para la que lo habían enviado. Nadie quiere estar relacionado con el fracaso. Y luego, cuando sacasen su archivo médico, pintar su muerte como suicidio sería lo más sencillo del mundo.

Llevaba mucho tiempo intranquilo, diría la gente. Desde la muerte de su esposa.

Quizá Kiunga lo sabría. Quizá le contaría a Adam, algún día, que su padre no se mató. Kiunga sí lo sabría. Como Mollel sabe lo de Jemimah Okallo.

Mientras pende sobre el borde del precipicio, a Mollel lo asombra la capacidad de

su mente para divagar. Tal vez, piensa, necesita aumentar la dosis de pastillas.

Y eso le da una idea.

—Mi bolsillo —dice jadeando.

—¿Qué? —pregunta Munene.

El cerebro de ese grandullón puede ser lento, pero tiene bastante astucia como para esperar trucos de los demás.

—Dejad que os enseñe lo que tengo en el bolsillo. Eso lo explica todo.

Debe de haber algún tipo de señal para que Munene consienta, porque Mollel nota cómo le arrastra hacia atrás para apartarlo del borde. Aunque sabe que puede ser solo un aplazamiento temporal, lo invade una oleada de alivio.

Le suelta los brazos, y Mollel busca en su bolsillo.

—Ahora, despacio —dice Munene.

—¿Qué voy a hacer, sacar un cuchillo contra vosotros tres? —Saca la mano y la levanta, con la palma bocarriba, hacia ellos.

Ahí, de forma inofensiva, hay un bote de plástico con píldoras.

Sin levantar el brazo, Mollel se lo lanza a Mungai, que lo atrapa. Entrecierra los ojos para leer la etiqueta, después se mueve para colocarse a la luz de la cabina de la furgoneta.

—Duloxetina —lee, tropezando con la palabra desconocida.

—Le he visto tragárselas —dice Shadrack—. Lo hace cuando cree que no lo miro.

—No estoy precisamente orgulloso de ello —replica Mollel.

—¿Para qué son? —pregunta Mungai—. ¿Sida?

Mollel niega con la cabeza.

—Es otra cosa —contesta.

Nota un cambio en la actitud de quienes lo rodean. Un miedo... ligero, pero palpable.

—No estoy enfermo —continúa—. Al menos, no físicamente. Pero según el servicio médico de la policía, necesito tomar estas pastillas para mantenerme estable. He tenido... problemas en el pasado. Podéis buscar el medicamento y comprobarlo.

Mungai suelta una risita nerviosa.

—Así que estás loco —suelta con desprecio—. Chalado. *Wavuvu. Kichizi*.

Munene se echa hacia atrás para alejarse de él ligeramente, como si temiese el contagio.

—*Kichizi kama ndizi* —murmura Shadrack, de forma automática.

Todos lo miran, como buscando señales externas de su malestar. Y él ve, incluso con esta oscuridad, un cambio en su actitud hacia él. Una reevaluación.

—¿Lo entendéis ahora? —pregunta Mollel—. No soy ningún espía. ¿Quién confiaría en un tipo loco para guardar un secreto así? No me mandaron aquí para espiaros. Me mandaron aquí para que no pudiera causar daños.

Una voz ronca, seca, como el crujido de las hojas, se abre paso por el aire

nocturno.

—Traedlo aquí —dice Choma.

Munene empuja a Mollel, va a tropezones hacia la furgoneta. Dentro, la cabeza entrecana de Choma está iluminada por la luz de la cabina. Mollel solo puede distinguir la cara del viejo. Comprende, ahora, que sea cual sea el estatus de Mungai en cuanto al rango, es Choma quien lleva la voz cantante aquí.

El viejo parece estar analizándolo.

—Me da la sensación de que tenemos eso en común, masái —dice—. Te has arriesgado mucho, ¿lo sabes?

Mollel lo sabe. También sabe que no tenía opción.

—¿Cuál era el riesgo? —pregunta Mungai.

—Dejarnos saber que está enfermo —responde Choma—. Pensadlo. Con esa información en el expediente, si termina en el fondo del precipicio, nadie hará preguntas. Vale tanto como darnos permiso para hacerlo. Y lo sabías, ¿verdad, Mollel?

—De modo que está loco de verdad —apunta Shadrack.

—Quizá no tan loco —replica Choma.

Hace unos minutos, estaba al borde de un precipicio. Ahora está esperando pacientemente mientras Choma, Shadrack, el sargento Mungai y Munene hablan en voz baja cerca de la furgoneta.

No se supone que pueda oír lo que están diciendo, pero de cuando en cuando le llega un fragmento de conversación. Munene parece ser quien se opone más bruscamente a su presencia, gesticulando hacia donde él está, levantando la voz a veces.

—Ha jodido a sus colegas antes, ¿quién dice que no volverá a hacerlo?

Esta vez, Mollel también oye la respuesta de Choma.

—Podemos usarlo.

—¿Usarlo? —se mofa Munene.

Miran en su dirección y Mollel aparta la vista. De nuevo, ellos bajan la voz. Después de unas cuantas discrepancias murmuradas más, parece que llegan a algún tipo de acuerdo.

El sargento Mungai llama a Mollel.

—Tenemos un trabajo para ti —dice.

Es interesante, piensa Mollel, que Choma todavía permita que el sargento dé las órdenes. Incluso cuando resulta perfectamente evidente de dónde proceden esas órdenes.

—Tu amigo Kiunga. Dijo que eras un *noma* —sigue Mungai.

—No es mi amigo —murmura Mollel.

—Dice que haces lo correcto. Incluso si eso significa saltarse las reglas.

Mollet se encoge de hombros.

—Nunca he considerado que las reglas sean lo mismo que lo correcto.

—Pues parece que podríamos trabajar juntos después de todo —responde Mungai—. Pero primero, tenemos una prueba para ti, masái.

Señala hacia la choza que alberga la letrina. La puerta está cerrada, y Mollet se pregunta qué significa eso.

—Vamos. Echa un vistazo.

Mollet se dirige hacia la choza. Siente las miradas de los demás centradas en él mientras recorre el trecho de hierba hasta la letrina. La puerta tiene un pestillo por fuera para evitar que entren los babuinos o los monos. Desliza el pestillo y abre la puerta.

Dentro hay alguien.

Detrás de Mollet, el haz de una linterna se enciende y enfoca el interior de la choza. Desplomado en el suelo en la parte trasera, con el agujero de la letrina delante de él, hay un hombre. Mueve los ojos con cara de espanto y tiembla de miedo. Tiene las muñecas y los tobillos atados. También tiene la boca amordazada, pero Mollet sabe lo que hay debajo: una serie de dientes brillantes, de oro. Es Raphael Gachui. Y la última vez que Mollet lo vio estaba de pie en los escalones del juzgado, tras haber quedado en libertad por una acusación de violación.

Munene empuja a Mollet a un lado y mete las manos en la choza. Tira de Gachui para levantarlo y le arranca la mordaza que le cubre la boca. Los dientes de oro relucen mientras él tose y escupe. Gachui intenta estirar sus músculos agarrotados, pero, atado de pies y manos, tan solo tropieza. Munene tira de él para ponerlo en pie otra vez. De nuevo, a Mollet le impresiona la fuerza de este gigante.

—¿Recuerdas a Raphael Gachui, Mollet? —pregunta Shadrack—. ¿El violador?

—¡Fui absuelto! —grita Gachui.

—Los cargos fueron desestimados —dice Choma—. Todavía tenemos que decidir si estás absuelto.

Mira a Mollet.

—¿Y bueno, masái? —pregunta—. Dices que no piensas que la ley y la justicia sean lo mismo. ¿Qué te parece hacer un poco de tu propia justicia?

Mollet mira al tipo que lloriquea delante de él. Parece a millones de kilómetros de distancia del tipo despreciativo y sarcástico que se había mofado de la multitud en los escalones del juzgado justo el día anterior.

Y sin embargo todavía tiene un destello de ímpetu en su interior, que Mollet percibe cuando Gachui lo mira a los ojos. No está, todavía, hundido.

—No sé qué ha hecho —contesta Mollet.

—Te lo hemos dicho —replica Shadrack—. Es un violador.

—Ha sido absuelto por un tribunal de justicia.

—¡Ha sido absuelto por el juez Singh! —farfulla Munene.

Eso hace que Gachui incluso se ría. Mollet lleva en Maili Ishirini lo bastante

como para saber la confianza que tiene la población local en las condenas del juez Singh.

Munene le da una patada a Gachui y este cae al suelo.

—¡Cállate! —grita—. ¡El acusado no hablará a menos que le hablen!

Mollet mira el círculo que se ha formado alrededor de la figura postrada de Gachui. Choma, todavía en la furgoneta, está observando, distante.

—Oh, lo hizo bien —dice Shadrack.

Al parecer, él va a ser el fiscal; Mollet, el juez.

—Sigue —pide Mollet.

—Era febrero. Justo después de la violencia. Teníamos muchos recién llegados del valle del Rift, de Nakuru. El campamento de PDI acababa de instalarse a las afueras de Naivasha.

PDI. Personas Desplazadas Internas. Qué cúmulo de tragedia humana se oculta tras esas tres letras.

—Todavía no has estado allí, Mollet. Bueno, imagino que has visto condiciones de vida bastante malas en Nairobi. Pero ¿tres familias por tienda de campaña? Veinte personas, o más, en un espacio del tamaño de nuestra habitación en el barracón. Sin agua corriente. ¿Letrinas? Olvídalo. Dos semanas antes, todo ese lugar era campo. Apenas tuvieron tiempo de derribar los montículos de las termitas antes de empezar a montar las tiendas.

Shadrack pega a Gachui con una piedra.

—Era gente kikuyu, Mollet. Mi gente. Su gente.

Gachui niega con la cabeza, como para renegar de cualquier sangre compartida entre el policía y él.

—Solo que él no le guarda lealtad a nadie —continúa Shadrack—, excepto a Mdosí y sus secuaces. A esta gente la echaron de sus casas sin aviso. Los kalenjins vinieron a por ellos, y vinieron con fuego.

—Cortad la hierba, dijeron, que crece bajo nuestros pies. Matad al chacal que se alimenta de nuestras gallinas.

Era gente que había convivido durante décadas. Generaciones. Y sin embargo, el conflicto se extendió. Cuando se hizo público lo que había ocurrido en Eldoret...

Eldoret. Cuando el presidente en funciones, Mwai Kibaki, fue declarado ganador en los sondeos, la mayoría kalenjin en el valle del Rift se volvió contra su tribu kikuyu. Doscientos de ellos buscaron asilo en una iglesia; los quemaron junto con el edificio, a los que huyeron de las llamas los abatieron jóvenes con *pangas*. Hombres, mujeres, niños, bebés.

Mollet sabe todo esto por las noticias que se filtraron en los días posteriores a que sucediese. En los meses que han transcurrido, no ha habido escasez respecto a los detalles espantosos que han ido surgiendo. Pero no ha habido justicia.

—Lo más triste —continúa Shadrack— era lo que las familias llevaban consigo. Esa gente estaba dejando sus hogares, sus vidas. Les recuerdo llegando aquí, a la

ciudad. Todo lo que sabían era que estarían a salvo si se dirigían hacia el este. Hacia la tierra kikuyu.

Maasailand, piensa Mollel por un momento, mientras las palabras de Tonkei le resuenan en la cabeza. Casi tan pronto como lo piensa, descarta la idea como tribalista. Y sin embargo, la eventual apropiación de este lugar como tierra kikuyu todavía le duele.

¿En esto nos hemos convertido?, piensa. ¿Es esto lo que significa ser keniano hoy en día? ¿Pelearse constantemente por la lengua, la tribu y la tierra?

Shadrack continúa hablando. La acusación: obviamente ha pensado mucho y a fondo sobre esto. Quizá esta era también la razón por la que fruncía el ceño, antes, mientras traía a Mollel en coche hasta este lugar. Porque debía de saber que alguien sería declarado culpable esta noche... y, ahora mismo, parece que no va a ser Mollel.

—Allá en Eldoret, su riqueza era su tierra. Mil metros cuadrados. Algo de maíz. Una cabra. Unas cuantas gallinas. No tuvieron tiempo de traer nada útil, así que llegaron a Naivasha ¿con qué? Televisores. Debía de haber cientos de televisores apilados cerca de la verja del campamento de PDI. Todos inútiles. No había electricidad para que funcionasen. Ni espacio para ellos en las tiendas. Pero en la mayoría de los casos, después del dinero en efectivo, era su posesión más valiosa. ¿Qué iban a hacer, dejarla atrás?

La voz de Shadrack se quiebra de pena, o de rabia.

—Una vez que están en el campamento, ya está. Nadie va y viene. Se registran como desplazados internos, lo que significa que tienen alojamiento y comida, pero, si se marchan, pierden su estatus. Están atrapados.

Gachui está poniendo los ojos en blanco mostrando desinterés. Es evidente que tiene tanto respeto por este tribunal improvisado como por la versión más formal. Mollel no puede evitar sentir, sin embargo, que cualquier manifestación patente de desprecio es de lo más imprudente.

—Así que —prosigue Shadrack—, tienes una concentración de quinientas personas, desarraigadas, asustadas, traumatizadas. ¿Y qué ven ahí Mdosí y este matón suyo? Una oportunidad.

Gachui se encoge de hombros y ofrece una ligera sonrisa.

—De no haber sido nosotros —dice—, habría sido cualquier otro.

Shadrack se acerca, levanta la bota y le da a Gachui una patada que lo tira al suelo.

—Pero fuisteis vosotros, ¿verdad? —espeta—. Los primeros en llegar. Cuando otra gente huele el miedo, tipos como vosotros oléis el dinero.

—¿Cuál fue la estafa? —pregunta Mollel.

—¿Cuál no? Cualquier cosa que estas personas necesitasen. La mayoría de ellos había traído sus ahorros, había asaltado sus colchones. Pero no habían traído los colchones. O en esa línea, polvos para lavar, alimentos básicos, pañales para los bebés. Juguetes, libros, lápices. Calzoncillos. Jabón. Cuchillas de afeitar. Tampones.

Lo que se te ocurra, los desplazados internos lo necesitaban. Y Mdosí y sus hombres estaban ahí para proveerlos de mercancías. A un precio.

—¿Un gran aumento de precio?

—Mejor que eso. Ningún aumento de precio en absoluto. Ellos solo compraban las mercancías en Naivasha y las vendían en el campamento al mismo precio.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ninguno. Hasta que el efectivo de la gente empezó a agotarse. Entonces, Mdosí estuvo tremendamente encantado de concederle crédito a su público cautivo... a un interés del cien por cien cada semana.

Mollet mira a la figura arrodillada que tiene delante. Gachui parece resignado a su destino, pero completamente carente de arrepentimiento.

—La gente que dirigía el campamento también estaba involucrada —continúa Shadrack—. Se llevaban su parte. En especial cuando eran lentos repartiendo los suministros de ayuda.

—¿Qué tiene que ver esto con la violación? —pregunta Mollet, molesto por haber adoptado el papel judicial, aunque su curiosidad lo fuerza a ello.

—Porque ¿qué son los préstamos ilegales sin imposición? —contesta Shadrack—. Hubiera bastado que un solo cliente incumpliese, y entonces todos lo habrían seguido..., y el pequeño y agradable negocio de Mdosí se habría ido a la quiebra. Así que un tipo..., era profesor, allá en Eldoret..., estaba esperando a que le llegase su nómina. El problema era que los administradores de la escuela eran todos kalenjins. Afirmaron que él había abandonado su puesto. El cheque nunca llegó. Y cuando Gachui fue a cobrar, le gustó el aspecto de la esposa del tipo y decidió reclamar el pago en especie.

Para sorpresa de Mollet, Gachui empieza a reírse. Lo hace. Se ríe con intensidad, a carcajadas.

—¿De qué te ríes, cerdo? —pregunta Munene.

Gachui levanta la cabeza.

—De vosotros. De esto. ¿Os atrevéis a juzgarme, vosotros *polisi*, cuando estáis detrás de todas las estafas relacionadas con protección en la ciudad? ¿Vosotros, que os lleváis un porcentaje de todos los burdeles, una tajada de todos los bares y una comisión de todo *matatu* de ruta?

—Cállate —le advierte Munene, lanzándole una mirada a Mollet.

Pero Gachui sigue riéndose entre dientes.

—Haced lo que tengáis que hacer —dice—. Hacedlo de una maldita vez, ya.

—¿Hacer qué? —pregunta Mollet.

Gachui levanta los ojos para encontrarse con los de Mollet. El humor se aleja de su rostro.

—Lo que les hicisteis a los otros —contesta—. Matadme.

—¡Cállate! —grita Munene, y lanza una patada a la cabeza de Gachui, haciéndole caer sobre la tierra.

Mollet se adelanta deprisa y agarra a Gachui por la camisa, arrastrándolo para levantarlo. La sonrisa de dientes dorados reluce negra por la sangre a la luz de la luna.

—¿Qué quieres decir? —exige saber Mollet—. ¿A qué te refieres con «los otros»?

Gachui pone los ojos en blanco. Murmura algo, demasiado bajo para que Mollet lo oiga.

—¿Qué? ¿Qué dices?

Mollet baja la cara para acercarla a la de Gachui. Nota el calor que emana de la piel del hombre, nota la humedad de su respiración, huele el hedor de su miedo.

Gachui carraspea algo como «Ahórrame».

—¿Que te ahorre? ¿Es eso lo que dices? ¿Que te ahorre?

—Ahórrame —dice Gachui. Sus ojos se centran de nuevo en Mollet—. Ahórrame tu mierda.

Mollet le suelta y Gachui casi cae al suelo de nuevo, pero le queda bastante fuerza como para impulsarse hacia arriba en el último momento.

—Sé de qué va todo esto —continúa—. Va de daros a vosotros mismos la justificación para hacerlo. Así que me acusáis de violación. Bien. Decid lo que queráis. Indignaos cuanto necesitéis para matarme. Pero no os engañéis. En el fondo, sabéis por qué lo estáis haciendo. De verdad. Porque la violación no tiene nada que ver. Simplemente estáis eliminando a la oposición.

Mollet levanta la vista hacia los demás. Ellos le evitan la mirada. Puede ser porque lo que dice Gachui es verdad. Y también puede ser porque nadie quiere mirar a otra persona a los ojos justo antes de cometer un asesinato.

Munene levanta el rifle que lleva en la mano.

Mollet camina hacia delante y le da un puñetazo a Gachui en la cabeza. Inicia una lluvia de golpes, y encuentra menos resistencia con cada uno. Gachui está en el suelo. Con los puños doloridos, Mollet se endereza y le propina una patada en el abdomen al hombre postrado. La luz blanca de la luna permite ver sangre sobre la tierra. Aun así, la bota de Mollet sigue dirigiéndose a esa figura.

La luz de la luna gira y da vueltas a su alrededor, las sombras alargadas se arremolinan ante él.

Entonces nota unas manos sobre sus brazos, brazos alrededor de su cintura. Tiran de él para apartarlo del cuerpo que está a sus pies, que no se mueve.

Y con la acción, un sonido. El sonido de la gravilla bajo los neumáticos de un coche. Un motor que se para. Puertas que se abren.

—¡Mollet!

Es la voz de Kibet.

Por primera vez, Mollet aparta la mirada de la figura postrada debajo de él. Por primera vez se percata de las luces que lo alumbran: los faros de un coche. Haces de linterna se dirigen hacia él. Y detrás de los haces, guardabosques del KWS y las

bocas precisas de sus pistolas.

—¡Somos agentes de policía! —grita Munene.

—Bajad vuestras armas —ladra Mungai.

—Vimos las luces —dice Kibet, con la voz llena de espanto—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Mollel? ¿Qué está pasando?

Era la hija de Ole Samante, dice el mito. Él era un anciano sencillo de un pueblo pequeño bajo los acantilados rojo sangre junto al lago brillante. No tenía riqueza — apenas una docena de vacas— y no se atribuía destrezas como guerrero. Pero tenía una hija y la quería con todo su corazón.

No recuerda su nombre pero sí su belleza; tal belleza que los pretendientes llegaban de todos los clanes para pedir su mano. Entre los masáis, la tradición exige que la novia aporte la dote, pero la hermosura de la joven puso la tradición patas arriba. Uno tras otro, los hombres, jóvenes y viejos, llegaban con recompensas cada vez mayores.

—Oh, padre —suspiraba ella—. No amo a estos hombres. No me hagas dejarte.

Y Samante, padre leal, prometió que la chica no tendría que tomar como esposo a ningún hombre al que no amase.

Un día, llegó un guerrero hermoso e imponente. Lucía una piel de león, y una lanza con punta de bronce. Su padre era uno de los ancianos masáis más ricos y poderosos entre la montaña nevada y el lago brillante, y él llevaba consigo una dote sin comparación: un rebaño tan grande que su llegada era anunciada por una nube de polvo que tapaba el sol.

Se llamaba Yandani, y la chica empezó a cuestionarse si tomar esposo podría no ser tan malo. Él la cortejó con las pieles más finas y amuletos de oro trabajado, con rollos de tela tejida y un arcón repleto de hierbas medicinales.

Finalmente, Yandani le habló de los hijos que tendrían, príncipes altos y orgullosos, que llegarían para unir a los masáis y conquistar a sus enemigos, e hijas, princesas que, como su madre, deslumbrarían a todos con su belleza.

Así que se fijó el día de la boda. Como todo el mundo sabe, una novia masái ha de ser conducida, por las parientes femeninas de su esposo, hasta el lugar de la ceremonia fuera de su aldea natal.

Se vistió con su mejor shuka azul —un regalo de su prometido— y un collar de cuentas de conchas blancas relucientes. Llevaba la cabeza recién afeitada y el cuero cabelludo le brillaba por el aceite. Las cicatrices ceremoniales de sus mejillas ardían mientras su rostro se ruborizaba de orgullo y placer. Todos estuvieron de acuerdo en que era la novia más espléndida que habían visto nunca.

La madre de su prometido le dio la bienvenida, y sus hermanas la besaron y se rieron con nerviosismo.

—Serás una estupenda incorporación a la familia —le dijeron.

Pero ella se fijó en dos mujeres que no compartían la alegría de las otras. La

expresión de sus rostros era dura como una piedra y los ojos les brillaban de rabia y celos.

—No te preocupes por ellas —le dijo la madre—. Tus hermanas-esposas^[10] llegarán a quererte también.

Hermanas-esposas. La chica no había pensado en preguntar; y sin embargo ahora lo veía muy claramente. Una sujetaba a un niño sobre la cadera, otra llevaba un bebé en su interior. Los hijos de quien iba a ser su marido. ¿Cuántos niños más podría haber? ¿Y cuántas hermanas-esposas más podrían llegar después, cuando ella, como las otras, perdiese la flor de su condición de doncella?

No pudo evitarlo: la chica hizo lo que ninguna novia debe hacer jamás en esos últimos momentos, mientras la llevan a casarse. Pensó en su hogar. Pensó en su padre, en su padre leal, que la adoraba, y en la protección de su corazón. Miró atrás.

Y se convirtió en una torre de piedra.

Mollet reflexiona sobre el relato de Maasai Bride al pasar por su lado, sentado junto a Kibet en la parte de atrás de la camioneta del KWS.

Chiku, su esposa, había sido una buena católica.

—Es la historia de la mujer de Lot —le dijo—. De la Biblia.

Mollet dejó que lo creyese, pero sentía, de forma instintiva, que el mito masái era anterior a ese libro. A él lo habían criado con historias de serpientes y manzanas, inundaciones y monstruos, noches en el monte y cuerpos que volvían a la vida. Cuando Chiku empezó a llevarlo a su iglesia todos aquellos domingos incómodos, vestido con pantalones, volvió a oír los mismos relatos, solo que con nombres distintos. La lección que aprendió no fue, como ella sugirió, que los masáis habían robado las historias. Sintió que estos relatos existían dentro de las personas, como el amor, y la sangre, y el odio, y la pasión. Inevitablemente, surgían. Los detalles podían cambiar, pero las historias permanecían.

La historia de Maasai Bride, Mollet estaba seguro, surgió de un hombre que miró aquel fragmento de roca solitaria y evocó un relato de soledad y traición.

Esta noche, él es ese hombre.

Kibet no va a mirarlo a los ojos, y él no tiene palabras. La expresión de horror en el rostro de ella cuando lo interrumpió mientras arremetía contra Gachui está grabada en la memoria de Mollet.

Solo un día antes él la había sujetado por la espalda en los escalones del juzgado. ¿Ella no hubiera atacado a Gachui, también, de haber tenido ocasión?

Pero él sabe que no es lo mismo. Aquello fue en caliente. La ira de ella tenía tanto que ver con el fracaso de la justicia como con el hombre en sí. El ataque de Mollet ha sido a sangre fría.

Más de lo que ella imagina, y más de lo que él podría contarle jamás, anhela decirle la verdad. Kibet, ansía decirle, lo hice para salvarle la vida. Estaban a punto

de dispararle.

Pero no le puede contar eso, por dos motivos.

Primero, todavía no sabe si ella es parte de esta banda o no.

Y la segunda razón apenas se atreve a admitírsela a sí mismo.

Por debajo de todo —la necesidad de ser aceptado por el grupo, la necesidad de pasar la prueba, la necesidad de salvar la vida de Gachui— había algo más. Algo en cada puñetazo, cada patada.

Lo disfrutó.

El amanecer suave, de fondo grisáceo, se rinde a los rayos delgados del sol que entran inclinados a través de los árboles, revelando telarañas todavía intactas, relucientes y pesadas por el rocío, con arañas gordas colgando de ellas.

El sol lanza destellos sobre las ramas bruñidas, de corteza dorada, de las acacias, a la vez que su calor se propaga sobre la piel incluso mientras el aire enfría los pulmones y reaparece en columnas de vaho.

Más allá, el lago brilla con claridad. Solo una línea teñida de negro en el horizonte insinúa los hierbajos malignos, asfixiantes, que van a la deriva de acá para allá con tal regularidad.

—¿Disfrutando del jardín?

Mollet mira a su alrededor. Es el director del hotel.

—Es muy hermoso.

—Me alegra que le guste —dice el director con amargura—. Es una pena que nuestros huéspedes no disfruten de la vista esta mañana.

—¿Por qué no? Hemos hecho todo lo que necesitábamos hacer aquí.

—Les pedí que fuesen discretos —sisea el director—. Media docena de policías paseándose por todas partes durante toda la noche, luces por todos sitios. Los huéspedes suelen darse cuenta de ese tipo de cosas. ¿Quién quiere pasar el tiempo en un jardín donde han encontrado un cadáver? Ya se han marchado cuatro, y el desayuno ni siquiera ha terminado.

—Lamento las pérdidas en su negocio —contesta Mollet, a regañadientes—. Pero estamos hablando de la vida de una mujer.

—¿Y qué hay de las vidas de las sesenta personas que trabajan aquí? Ya hemos reducido el personal a la mitad desde la violencia electoral. Si seguimos bajando, ¿qué va a hacer esa gente? Los muertos ya no están, agente. No hay nada que pueda hacer para ayudarlos. Tiene que cuidar de los vivos.

Es un estribillo que Mollet ha oído antes, y lo comprende... hasta cierto punto. Si se hubiese preocupado más por Jemimah Okallo cuando vivía, podría no estar investigando su muerte ahora. Pero siempre le ha resultado más fácil tratar con los muertos. Los muertos pueden mostrarse tan reticentes a conceder sus secretos como los vivos, pero siempre lo hacen, al final.

Solo necesitas saber cómo preguntar.

—¡Weh! —grita el director hacia el otro lado del césped, y Mollel siente vergüenza ajena.

Weh es la forma más despectiva de dirigirse a alguien en lengua suajili, y él nunca la emplearía. Sugiere que la sílaba extra de *wewe* —tú— implica realizar demasiado esfuerzo para referirse a alguien tan humilde. Mollel echa un vistazo para ver quién es el objeto del desdén del director. Hay un jardinero encorvado en los arbustos a cierta distancia, los años de práctica le han enseñado a volverse casi invisible.

—¿Por qué no están encendidos los aspersores? ¡Esta hierba se chamuscará rápido en cuanto salga del todo el sol!

El jardinero se aproxima, secándose las manos con un paño mugriento.

—Es la presión, señor —tartamudea—. Los hierbajos deben de haber bloqueado el tubo de entrada otra vez.

—¡Bueno, arréglalo! —ladra el director, señalando el lago—. Solo tienes unas cuantas horas hasta que vuelvan los hierbajos, y no podrás abrirte paso con el bote.

Niega con la cabeza y se gira de nuevo hacia Mollel.

—Ocúpese de los vivos —repite.

Dirige la mirada más allá de Mollel, y un destello de irritación le recorre el ceño.

—Uno de sus colegas —comenta—. Al menos es cliente de pago.

El jardinero se escabulle y el director se da la vuelta, deseándole un brusco «Buenos días» a Kiunga, que se acerca a Mollel con sonrisa burlona.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh, Mollel? —dice, dando unas palmaditas al masái en la espalda.

—Excepto porque yo soy ahora el agente y tú el sargento.

Kiunga se ríe. Mollel continúa mirando el lago.

—Puedes dejar la hostilidad, Mollel. No hay nadie por aquí.

—No esperaba que aparecieses tan pronto —contesta Mollel.

—Cambio de planes —responde Kiunga—. Además, hice un buen trabajo. Esos tipos no parecían especialmente cordiales contigo.

—Me iba bien. Habían empezado a aceptarme. Lo último que necesitaba era que apareciese otro poli de Nairobi, con una investigadora internacional a remolque.

Kiunga se ríe.

—Tus habilidades como detective siguen tan agudas como siempre, por lo que veo. ¿Lo saben ellos?

—Lo averiguaron. Y casi me matan anoche por eso mismo. Y a alguien más, también. Raphael Gachui.

—¿El hombre de Mdosí?

—El KWS apareció justo a tiempo. He venido con Kibet, pero Gachui se quedó con la policía. Necesito que descubras qué le ha pasado.

—Claro, jefe. Todavía puedo llamarte jefe, ¿verdad? Quiero decir, sabes que ahora tengo más rango.

—Solo sobre el papel —responde Mollel—. Solo para esta misión.

Si sale bien..., reflexiona. Su degradación era parte de la tapadera para permitirle infiltrarse en la policía de Maili Ishirini. Demasiadas desapariciones de personajes indeseables habían empezado a llamar la atención. Pero si Mollel fracasaba a la hora de descubrir quién movía los hilos, no habría vuelta atrás.

—Háblame de este cambio de planes —dice Mollel—. Se suponía que ibas a mantenerte alejado hasta que descubriese más acerca de cómo funciona el grupo.

—Nos hemos visto obligados —responde Kiunga—. Desde la violencia tras las elecciones, se supone que estamos cooperando con la ONU. De modo que se presenta esta investigadora. Dice que está estudiando ejecuciones extrajudiciales. Y menciona Maili Ishirini como «lugar de interés», creo que dijo.

—¿Cómo lo sabía?

—Eso es lo que queremos averiguar. Por eso Otieno me asignó para hacerle de canguro.

Otieno. Tiene todo el sentido que esté tras esto. Desde que lo ascendieron de la central de Nairobi al cuartel general de la Policía Nacional en Vigilance House, Otieno ha querido ganarse la reputación de ser quien limpiaría el cuerpo. Por eso acudió a su antiguo hombre de la limpieza, Mollel. No iba a permitir que alguien de fuera le robase el éxito. Si hacer limpieza significaba jugar sucio, él sería el primero en hacerlo.

—Posiblemente solo nos metieron en esto porque la investigadora estaba en marcha —apunta Mollel, con un suspiro de resignación—. Nunca juzgué probable que a Otieno le importase mucho la desaparición de unos cuantos canallas.

—Le debieron de dar el soplo desde el Ministerio del Interior en cuanto ella presentó la solicitud de visado —concuerta Kiunga—. Pero la pregunta es ¿quién le dio el soplo a ella? ¿Cómo supo que tenía que venir a Maili Ishirini?

—¿El propio Mdosí? —aventura Mollel.

—Si él es su fuente, están siendo muy sutiles al respecto —murmura Kiunga—. Ella no ha estado en ningún lugar cerca de la cárcel en todo el tiempo que llevamos aquí.

—¿Podría estar yendo a tus espaldas?

Mollel ve un destello de irritación —y algo más que eso— que cruza el rostro de Kiunga. Este vacila, y después niega con la cabeza.

—¿No hay terceras partes? —sigue Mollel—. ¿Ni intermediarios que entreguen mensajes de la cárcel?

—No —contesta Kiunga, enérgicamente.

Mollel reflexiona sobre la red de espionaje que ha envuelto a esta ciudad pequeña, insignificante. Mollel sobre la policía. Kiunga sobre Oberkampf. Mollel, supuestamente, sobre Kiunga. ¿O es al revés? Y la banda policial solo estará dispuesta a mantener a Mollel con vida si creen que puede descubrir lo que ellos necesitan saber.

¿Quién es el informante de Oberkampf?

A Kiunga le pita el teléfono.

—Es ella —dice, comprobando su mensaje—. Me está buscando. Será mejor que no nos vea juntos.

Da unas palmaditas a Mollel en el hombro y se va. Le alivia estar solo otra vez. Observa una bandada de pelícanos blancos, a lo lejos, contra la escarpadura. Mientras vuelan en espiral sobre una columna ascendente de calor de primera hora de la mañana, sus alas extendidas alcanzan el sol de perfil, y desaparecen cuando están de frente. Su presencia entra y sale con un destello.

Oye un susurro cercano y frunce el ceño con irritación. ¿Es que no van a dejarlo ni un momento en paz? Se gira, esperando ver a alguien, y de inmediato se encuentra levantando la vista hacia una figura amenazante que le dobla en estatura.

La jirafa inclina su enorme cabeza hacia él y mira a su alrededor buscando algo más que explorar. Es del tipo que se conoce como jirafa masái, se percata Mollel, con una explosión de manchas pardas sobre marrón, más que la malla geométrica de su prima más grande y reticulada. Esta es mayor, además; su piel está parcheada con una muda gris azulada y sus ojos grandes, conmovedores, están empañados. Es un ser completamente artificial, pues ninguna criatura de esta edad sobreviviría en estado salvaje; la habrían despedazado los leones o los perros hace mucho, o incluso una de su misma especie la habría acosado hasta el punto de partirle una de esas delicadas piernas.

A Mollel ya no le importa la interrupción. Siente una especie de conexión con esta cautiva envejecida, empleada para entretener a los turistas. De hecho, es la mejor compañía: no pregunta nada, pero su presencia presta cierta atención amigable. Los ojos de Mollel regresan al lago. Un pelícano solitario ha hecho un aterrizaje forzoso junto al tubo de entrada del agua y está aleteando ruidosamente contra la jaula flotante que hay en el extremo final, porque sin duda ha visto algún pez o alguna rana en el interior.

Mollel recuerda que el jardinero se ha quejado de que el tubo estaba atascado, y camina hacia la orilla del lago para intentar echar un vistazo más de cerca. Pesadamente, como si por puro capricho se dirigiese en la misma dirección, la jirafa lo sigue.

Desde ahí, Mollel puede distinguir el tubo metálico, de unos cuarenta y cinco centímetros de diámetro, que va desde un cubo pequeño hecho con ladrillos en los jardines —para albergar un surtidor, imagina— hasta la jaula que flota en el lago, que se mantiene a flote con un par de bidones de aceite de plástico azul. Bidones parecidos golpean el tubo a intervalos. Debe de estar a treinta metros de la jaula. Supone que la intención había sido mantener la entrada del tubo alejada de la posibilidad de que la atascasen los hierbajos cuando irrumpiesen hacia la orilla. Pero eso fue antes de que el nivel del agua hubiera descendido, y su preciado recurso fuese engullido de forma tan voraz para alimentar jardines como este y la sed insaciable de

las granjas de flores.

Al recordar la granja de flores, Mollel mira al otro lado, a los túneles de poliamida vecinos. Invisibles tras un seto elevado del hotel, en la orilla queda claro que los dos usos habitan en gran medida el mismo espacio..., incluyendo, al parecer, algunas de las mismas instalaciones. Un tubo, aparentemente idéntico al que llega desde el hotel, va desde las dependencias de la granja de flores hasta la misma jaula en la que el pelícano sigue molestando con tanta determinación.

La granja de flores y el hotel. Donde Jemimah Okallo trabajaba, y donde se encontró su cadáver. Los dos lugares tan discretos... hasta que la bajada del agua los dejó expuestos.

En la toma, el pelícano sigue luchando vigorosamente con algo que está atrapado en la rejilla. Mollel se hace sombra sobre los ojos para protegerlos del resplandor de la luz del sol en el agua.

Suelta un repentino «¡Ja!» que indica un descubrimiento. La jirafa le lanza una mirada llena de reproche por romper el silencio, y se aleja a paso largo. Ansioso por probar su teoría, Mollel se acerca al tubo. El calor del sol implica que el barro en la orilla del agua estará seco y duro, hasta una distancia de unos cuantos centímetros de las olas diminutas que lamen la orilla. Coloca una mano sobre el metal; está frío, pero nota la tensión entre los rayos del sol que caen sobre él y el agua fría que hay debajo.

Mollel cree saber, ahora, cómo el cadáver de Jemimah Okallo terminó en la orilla del hotel, en el lado equivocado de los hierbajos, cuando nadie la había visto entrar por la puerta. No tenía nada que ver con el ritmo de la migración diaria de los hierbajos cruzando el lago. Tenía todo que ver con este tubo.

Envalentonado, Mollel se sube al tubo. No es de pie tan firme como cuando era niño y bailaba descalzo en las laderas rocosas y los espinosos caminos de cabras. Pero siente la suficiente confianza en la capacidad del tubo para soportar su peso como para aventurarse hacia delante, a pesar de saber que el suelo desaparecerá de pronto delante de él. Y a pesar del hecho de que, como cualquier masái que haya conocido, nunca aprendió a nadar.

Nota la herrumbre del tubo, aterciopelada contra las plantas de sus pies, y da las gracias porque no sea suave y resbaladiza; coloca un pie con cuidado delante del otro y empieza a andar sobre él, sigilosamente, como un equilibrista.

La primera parte es sencilla. Llega con facilidad hasta el bidón flotante de aceite, se detiene un momento y después avanza hacia el siguiente.

Así, está seguro, es como Jemimah Okallo tuvo que haberse adentrado en el lago. Ahora está siguiendo sus pasos.

Por delante de él, sobre el tubo, una rana se escabulle y salta con destreza sobre una hoja de nenúfar. Aunque sabe que no es un peligro para él, Mollel no puede evitar estremecerse. Intenta controlarse: es muchísimo mejor preocuparse por los hipopótamos, cuyos gruñidos puede oír a lo lejos. Uno de ellos podría partirle en dos de un bocado, y lo haría, de hecho, si se sintiese amenazado o tuviese a su cría cerca.

Pero incluso así, es la araña lo que le llena de una sensación de repugnancia casi visceral. Siempre ha detestado a las arañas. Desde la adolescencia.

Fue uno de los días, poco frecuentes, en que Mollel había elegido llevar a pastar a su ganado cerca de donde Lendeva estaba ocupándose de las cabras de la familia. Había algo de buen pasto bajo la cumbre de un montículo, y Mollel estaba tumbado de lado escuchando el tranquilo sonido de los cencerros de madera de su ganado, mezclándose con el tintineo más agudo de los cencerros metálicos de las cabras y sus balidos y llamadas por encima de él. Se alegraba de no tener que atender más a las cabras; eran bestias latosas, y era un trabajo para los niños pequeños. Ahora que había pasado a ocuparse de las vacas, solo faltaban unos pocos años para que se convirtiese en *moran*, y, después de eso, llegara el día en que tuviese sus propios hijos, que saldrían y se ocuparían de los rebaños por él.

Cerró los ojos y soñó con un rebaño de mil cabezas de ganado. Sería el hombre más rico de la región de Kajiado. Pues, con una fortuna como esa, sería capaz de permitirse una mujer o dos...

Una piedra aterrizó cerca de él y levantó un chaparrón de mugre. Se puso en pie de un salto y se tapó los ojos para protegerse del sol. Encima de una roca sobre él, agazapado como un lagarto agama, estaba Lendeva. Mollel lanzó una sarta de insultos, pero su hermano simplemente se rio burlón y desapareció de la roca. Reapareció, abriéndose paso por la maleza que crecía alrededor de la base, y caminó hacia el lugar donde había aterrizado la piedra.

Mollel estaba a punto de intentar sacudir a su hermano pequeño en la oreja, pero, como de costumbre, el muchacho se paseó con aire resuelto, lo que hizo que su enfado se disipase y fuese reemplazado por una sensación de intriga. Mollel observó a Lendeva agacharse para recoger la piedra. Le echó un vistazo a la tierra que había debajo, después levantó la piedra y examinó la parte inferior, que giró y mostró a Mollel con una sonrisa.

Pegada a la piedra, aplastada y untada de jugo negro, había una araña babuino.

—La vi yendo directa hacia ti —dijo Lendeva—. No quería que confundiese tu boca abierta con un buen nido.

Sin duda, eso habría sido un despertar desagradable. La criatura era casi tan grande como su propia mano y poseía una picadura debilitante. Mollel miró con asombro, y no poco asco, el cuerpo redondo y las patas gruesas, cubiertas del pelo verde oliva como de babuino, que daba nombre a la araña.

—No te gustan, ¿verdad? —preguntó Lendeva, con ese aire insolente que ponía tan furioso a Mollel.

—No me importan —mintió.

—¿Ah, sí? Bueno, entonces ven a echar un vistazo a lo que he encontrado.

Colgaba como si estuviese levitando, justo por encima de la altura de la cabeza.

Cuando se produjo un soplo de brisa, se columpió y se zarandeó, pero volvió a su sitio entre dos arbustos espinosos. Lendeva se acercó y se quedó de pie justo debajo, y por primera vez Mollel pudo divisar el arco, en forma de ancla de seda ligeramente más gruesa, que sujetaba la parte inferior de la telaraña al suelo, mientras la parte superior navegaba por el cielo. Un escalofrío de luz recorrió toda la estructura en ese momento, y Mollel vio sus filamentos extenderse y subir en espiral para alcanzar la parte superior de los arbustos de encima.

Esta era *ol kedi*, la araña dorada. Más esbelta y flacucha que la babuino, pero, con una envergadura todavía mayor, se agazapaba con la punta de cada una de sus patas inclinadas sobre uno de los puntos de referencia desde los que se expandía el resto de la telaraña.

Mollel intentó que no se trasluciese ninguna emoción en su rostro, pero todos sus instintos le decían a gritos que corriese. Sabía que estas arañas, al detectar una amenaza, podían saltar sobre cualquiera que estuviese cerca y picar de inmediato. Había oído historias de niños que, sin darse cuenta, habían caído en una de esas telarañas y los habían encontrado muertos, el rebaño suelto y desatendido, y un verdugón en la cabeza donde la *ol kedi* había golpeado.

Mollel aparentó un aire de despreocupación y analizó a la araña. Parecía componerse de formas geométricas y ángulos rectos, como un alambre doblado con dureza. El abdomen dominaba el cuerpo, una tableta rectangular de la longitud y espesor del pulgar de Mollel. Era negra, con una serie de manchas doradas. Debajo, una cabeza con aspecto de escudo terminaba en una hilera de esferas relucientes, cada una era un ojo vigilante. Y ahí, las fauces. Dos mandíbulas crueles que dejaban poca duda respecto a su poder para devorar a una presa o infligir dolor.

Lendeva cogió la calabaza para beber que llevaba sujeta al cinturón y la agitó. Más que echar agua, sonó como un cascabel. Levantó la vista hacia su hermano mayor de forma pícara.

—Hora de cenar —dijo.

Sacó el tapón de corcho del cuello de la calabaza y lo inclinó sobre su mano. Algo salió disparado y cayó sobre su palma abierta. Era un grillo. El insecto estiró sus patas traseras y ondeó sus antenas con cautela.

Sin embargo, no tuvo demasiado tiempo para adaptarse a esta libertad recién encontrada. Lendeva cerró los dedos a su alrededor con suavidad, después levantó el brazo y lanzó a la criatura hacia el cielo.

Runroneó alegremente por el aire, produciendo un zumbido difuminado con las alas, arrastrando las patas. Su vuelo duró aproximadamente un segundo, antes de que el grillo viese su avance detenido por la telaraña.

Por un momento, Mollel pensó que seguramente conseguiría liberarse. El grillo parecía mucho más fuerte que la estructura etérea en la que se había enredado. Golpeó con sus poderosas patas, pero todo lo que logró fue enrollar los filamentos de forma más estrecha alrededor de sus extremidades al sacudirlas.

Ol kedi, mientras tanto, permanecía inmóvil, aparentemente poco impresionada por la presa. Solo se movía con la vibración de la propia telaraña. Mollel se preguntó si estaría muerta. ¿Cómo podía saberse, se preguntaba, si para empezar era casi imposible considerar que tal cosa estaba viva?

Y entonces, de pronto, se movió. Cualquier duda sobre si estaba viva quedó disipada de inmediato por el movimiento resuelto, veloz, de sus patas sobre la superficie de la telaraña. Igual que un cocodrilo espera a que su presa se agote, la araña había estado esperando el momento oportuno, hasta que el grillo estuviese atado con tanta fuerza que sus intentos por escapar ya no pudiesen dañar a su atacante.

La araña elevó la cabeza desde su cuerpo y hundió sus dos mandíbulas afiladas justo en el tórax del grillo que estaba ahí tendido, y las apretó sin piedad contra su caparazón. La lucha del grillo y el avance de la araña se detuvieron de inmediato en ese momento, y una especie de serenidad descendió sobre ellos, como si las dos criaturas compartiesen algún tipo de comunión.

—¿Bonito, verdad? —sonrió Lendeva.

No aguardó una respuesta de Mollel, pero cogió una ramita del suelo y la usó para señalar tan solo la punta del abdomen con manchas doradas de la araña.

Por primera vez, Mollel vio una diminuta araña marrón, no más grande que una semilla, las patas más delgadas que los pelos, corriendo de acá para allá con excitación sobre la espalda de la criatura más grande.

—¿Un bebé? —preguntó Mollel con sorpresa.

Había visto crías de escorpión, como réplicas relucientes, montadas sobre la espalda de sus madres. Pero había cientos de ellas, no solo una.

Mollel miró más de cerca a aquella araña pequeña y frenética corriendo en círculos sobre su compañera gigante. Su repugnancia había disminuido ahora que la araña parecía estar ocupada con su comida.

—Su esposo —se mofó Lendeva—. Ella es la fuerte. La que hace todo el trabajo. Todo lo que tiene que hacer él es tener sexo con ella.

—Me recuerda a Tío —bromeó Mollel.

Lendeva se rio a carcajadas y dio unas palmaditas a Mollel en el brazo en agradecimiento. Al poco, incluso le caían por las mejillas lágrimas de tanto reír.

Mollel, también, sintió la tentación de las lágrimas. Había pasado mucho tiempo desde que se habían sentido como hermanos.

Al final, Lendeva paró de reír y se secó los ojos. Cuando levantó la vista para volver a mirar a Mollel, tenía el rostro serio.

—Me había olvidado de Tío —dijo.

Mollel también. Absortos por la araña, no se habían dado cuenta de que la oscuridad se había ido apoderando del paisaje a su alrededor. Tío estaría esperándolos para llevar el rebaño a casa antes de que cerrasen con ramas la entrada al *boma* comunitario. Si tuviese que salir para volver a abrirlo él mismo, su enfado no sería

una visión agradable. Y aunque era menudo, como la araña macho, era capaz de soltar un mordisco tan fiero como cualquiera de la especie.

El avance sobre la tubería de agua es lento, pero seguro. Mollel va bordeando, con el cuerpo inclinado hacia un lado, envolviendo la curva del tubo con las plantas de los pies, los brazos estirados, agitándolos de vez en cuando para restablecer el equilibrio un poco perdido.

Pronto, el número de jacintos de agua que hay por todas partes empieza a disminuir. Un martín pescador blanco y negro se zambulle en el agua oscura y Mollel ve su estela espumosa en la profundidad por debajo de él. El agua está tan despejada, y aparentemente sin fondo, que tiene una repentina sensación de vértigo. Se tambalea, se agacha, y apenas logra recuperar el equilibrio. Da un suspiro de alivio.

Ahora el martín pescador ya no está, pero hay algo más moviéndose ahí abajo. ¿O es solo su imaginación? Piensa que ha visto una forma, pero quizá solo haya sido la sombra de una nube.

No. Ahí está. Inequívocamente, hay un hipopótamo nadando, muy por debajo del tubo. Sus movimientos son al tiempo elegantes y cómicos, mientras da puntapiés con las patas como si caminase a cámara lenta. Después gira y se coloca sobre su espalda, con su enorme panza rosada hacia arriba. Una pequeña corriente de burbujas se escapa de su boca y centellea todo el camino hasta la superficie.

Y después la bestia desaparece, muy lejos del tubo. Mollel está pasmado. Ha visto a los animales moverse sobre la superficie del agua con anterioridad, así como sobre la tierra, y sabe que su figura pesada contradice su capacidad para adoptar un cambio de velocidad demoledor, si se lo propone. Pero jamás había pensado en que un hipopótamo pudiera ser grácil.

Continúa avanzando por la tubería. Aquí fuera, se sumerge mucho más con su peso y no puede volver a ponerse en pie. Avanzando muy despacio sobre sus manos y rodillas, se acerca a la jaula en la que el pelícano sigue incordiando a algo que permanece dentro.

Un resoplido le hace sobresaltarse. El hipopótamo ha vuelto a la superficie al otro lado de la tubería y tiene sus orejas, ojos y orificios nasales alineados en su dirección a solo unos pocos metros de distancia. Caben pocas dudas sobre su hostilidad, pero por ahora parece satisfecho simplemente con observar al intruso en su territorio. Eso le parece bien a Mollel... siempre que no se acerque más.

Cuando llega al final de la tubería, ve que su suposición era correcta: el tubo de entrada desde la granja de flores desemboca en la misma jaula. El pelícano, interrumpido por el acercamiento de Mollel, lanza un grito de reproche y se va volando.

Mollel mira lo que el ave estaba tratando de atrapar del interior de la tubería. Hay un nudo de hierba amarilla, o juncos. No..., es algo más. Ve una trama de tejido. Es

una cesta.

Alarga la mano. La cesta está lejos de su alcance. Lo vuelve a intentar, retorciendo y girando el brazo entre las barras de protección. En cada ocasión está a punto de cogerla. Sus dedos incluso la rozan. Tiene la sensación de que con un último esfuerzo más...

Y entonces resbala.

Se sumerge profundo en el agua. Lo absorbe la luz verde.

El frío lo rodea.

Nota cómo se hunde, se hunde. Agita brazos y piernas, pero no sabe nadar; ignora si esto sirve de algo. La sensación de ser arrastrado hacia abajo es espeluznante e imparable.

Siente los pulmones como si estuviesen a punto de reventar. Y entonces, justo cuando piensa que está destinado a hundirse para siempre, nota el aire en la cara.

Coge una bocanada de aire enorme, aliviada, antes de que su cara vuelva a hundirse. No ha podido distinguir ni la jaula ni la tubería en ese momento desesperado, pero ha visto algo que le da esperanza: una mata de hierbajos.

Cuando sube la siguiente vez, arquea la espalda y empuja las manos hacia los hierbajos. Aunque el bendito aire le llena los pulmones, siente que la consternación y el terror lo invaden: los hierbajos simplemente se hunden debajo de él.

Otro intento. Patea con más violencia que nunca, y logra agarrar más puñados de hojas espesas, gomosas. Esta vez cree notar cierta resistencia. Cuando su cabeza se hunde en el agua una vez más, parece no hundirse tan profundo.

Sale de nuevo a la superficie. De nuevo se estira para asir hierbajos. Su caída disminuye de nuevo: esta vez tiene hierbajos alrededor y bajo su cuerpo. Un esfuerzo más le permite arrastrarse a un lugar donde hay hierbajos que, aunque no soportan completamente su peso, al menos impiden que se hunda otra vez. Tiene ocasión de recuperar el aliento.

Un bufido le devuelve a la realidad. Ahora el hipopótamo está cerca. Y hay más de uno. Gira la cabeza con desesperación. ¿Dónde está la tubería?

Uno de los hipopótamos se da la vuelta y le presenta a Mollel su amplio trasero gris. Dando un latigazo con el rabo, desaparece. Los demás siguen su ejemplo.

El ruido de un motor es lo que los ha ahuyentado. Con una especie de éxtasis, Mollel levanta la vista y ve la forma negra de un bote aproximándose a él.

Cierra los ojos, aliviado.

Cuando los abre, el bote está más cerca. Pero el alivio de Mollel se acaba rápidamente. Lo que había pensado que era el chapoteo de una ola producida por el bote al desplazarse es en realidad una turbulencia que golpea, haciendo espuma. Es el triturador en la parte delantera del bote, dirigiéndose directo hacia él.

—¡Eh! —logra gritar—. ¡Eh! ¡Eh! ¡Estoy aquí!

Pero no hay ningún piloto a la vista, y la rueda que gira, con cuchillas, sigue avanzando. A costa de resbalar desde su precaria percha sobre la balsa delgada de

hierbajos, Mollel levanta los brazos. Consigue agitarlos un par de veces, todavía gritando, antes de caer al agua.

Y sin embargo lo tiene.

La altura momentánea que ha ganado sobre la superficie mientras agitaba los brazos ha permitido que Mollel se oriente. La jaula metálica no está lejos de él, apenas a unos metros..., pero bien podría estar a dos mil metros para alguien como él, que no sabe nadar. Solo tiene unos segundos antes de que la máquina esté encima de él, haciéndolo trizas.

Entonces se acuerda del hipopótamo que había nadado por debajo de él. Llena los pulmones con una enorme bocanada de aire, echa un vistazo rápido a las cuchillas castigadoras y se deja hundir.

Se queda abajo tanto como se atreve. Es una sensación extraña, reflexiona — incluso en ese momento tan insólito—, que pocos minutos antes estuviera desesperado por volver a la superficie mientras que ahora querría alargar el tiempo que podía pasar aquí tanto como fuera posible. Lo último que quiere es levantar la cabeza como un corcho delante de las fauces del triturador.

Una sombra pasa por encima de él, justo cuando la falta de claridad empieza a nublarle los ojos. No puede aguantar más. Tiene que salir a la superficie, tanto si eso significa que le corten a trozos como si no.

Su cabeza golpea contra algo metálico, y él se desliza a lo largo de ello. Distingue con la mano el lateral del bote, y se agarra con gratitud.

—¡Aguanta! —grita una voz. Como si Mollel tuviera intención de hacer alguna otra cosa.

Nota que el bote se tambalea y se inclina, y ve la figura de un hombre aparecer encima de él. Extiende una mano, que Mollel sujeta, y al momento tira de él para subirlo a bordo.

Mollel se percata de un ruido chirriante, agudo. El triturador está pulverizando la jaula, lanzando trizas al aire. Shadrack, chorreando agua, jadea con furia. Alarga la mano alrededor de Mollel hasta un interruptor, lo apaga, y el triturador detiene su ataque.

La jaula está abierta. Mientras Shadrack se dispone a intentar arrancar de nuevo el motor fueraborda, Mollel aprovecha la oportunidad. Estira la mano y saca de un tirón la cesta empapada de la boca de la tubería de entrada.

En el momento en que el bote llega a la orilla, Shadrack baja de un salto. Tiene la ropa empapada, pegada a la piel, parece más delgado que nunca, pero de inmediato va corriendo hasta Tonkei y agarra al masái por la *shuka*. Tonkei, aunque considerablemente más alto, no ofrece resistencia.

—¿Quién ha encendido eso? —grita Shadrack—. ¡Podías haberlo matado!

—¡Calma, calma! —chilla Tonkei—. No fui yo. Estaba al otro lado de los invernaderos.

—Puedo garantizarlo —retumba una voz. Es De Wit—. Ahora aparta las manos de mi guarda. Has venido buscando pelea; meteré tu culo en la cárcel, seas policía o no. El juez Singh es mi compañero de golf y, casualmente, conozco su opinión sobre los patosos que se dan importancia.

Shadrack suelta a Tonkei, con indignación. Se ha congregado una multitud: otro par de guardias masáis y aproximadamente una docena de recolectoras de flores. Kiunga está ahí también. Está resoplando con fuerza, probablemente por haber estado corriendo desde el coche sin parar. Sin arriesgarse a entrar en el agua, la única forma de llegar aquí desde el hotel es dando un rodeo largo por los jardines del hotel, salir a la carretera de Maili Ishirini, volver atravesando las verjas de seguridad de la granja de flores y recorrer la extensión de los invernaderos. En ese último tramo debió correr: no es de extrañar que esté jadeando.

—¿Estás bien? —le pregunta a Mollel, ayudándolo a salir del bote.

—Bien —contesta Mollel. Pero es consciente de que hay un temblor en su voz.

—Estás helado —dice Kiunga—. Vamos a cambiarte la ropa. Pásame eso.

Se refiere al cesto empapado que Mollel ha recuperado de la rejilla al final de la tubería de entrada. Pero Mollel lo aprieta contra su pecho.

—Yo lo guardaré —contesta.

Mientras tanto, Shadrack se acerca a ellos, negando con la cabeza.

—Es inútil —dice—. Todos afirman que no había nadie. ¡Imagino que un fantasma encendió la máquina!

—Qué bien que estuvieses aquí —contesta Kiunga—. Eres un nadador bastante hábil.

—Medalla de plata para menores de dieciséis de la región de Kiambu —sonríe Shadrack—. Podría haber sido primero entonces, también, si hubiese habido hipopótamos en la piscina.

Mollel es consciente de que es normal darle las gracias a la persona que acaba de salvarte la vida. Pero maldito sea lo normal. Anoche, Shadrack y los otros casi lo mataron, o amenazaron con hacerlo. Todavía no sabe si creyeron su historia sobre las pastillas, o creen que podría ser útil de alguna forma por su conexión con Kiunga y, a

través de él, con la investigadora.

Afortunadamente ese momento incómodo se ve interrumpido por la llegada de alguien desde los invernaderos con una manta para Mollel y otra para Shadrack, con las que se envuelven agradecidos. Una de las recolectoras le pone a Mollel en las manos una taza humeante de *chai*.

—¿Y qué hacías aquí, de todas formas? —le pregunta Kiunga a Shadrack.

—Investigando el ahogamiento.

Mollel levanta una ceja.

—Pensé que habías dicho que era un caso claro.

Shadrack se encoge de hombros.

—Tú mismo has debido de estar cerca de la orilla —sigue Kiunga—. ¿No viste a nadie poner en marcha el bote?

—Estaba a la vuelta de la esquina. Me trajo aquí el ruido del motor. Lo primero que vi fue la máquina en movimiento sin nadie a bordo. Entonces me di cuenta de que se dirigía directamente hacia alguien que estaba en el agua. No me paré a pensar.

—Volved al trabajo, vosotras —les ladra Tonkei a las recolectoras.

—Yo también tengo que volver —dice Kiunga lanzándole una mirada a Mollel..., una mirada que Mollel ve captar a Shadrack—. ¿Necesitáis que os lleve a alguna parte?

—No, gracias —contesta Mollel, inyectando un deje de hostilidad en su voz—. Caminaremos.

Tras una parada rápida en el cuartel para cambiarse de ropa, Mollel y Shadrack están junto al único escritorio de la estancia principal del puesto de la policía en Maili Ishirini. Mollel coloca el cesto empapado sobre el escritorio y sus contenidos se desparraman. Primero cae un chal mojado, después, con un estrépito que suena a plástico, un teléfono móvil.

Mollel lo coge. El móvil es barato, está erosionado, hasta el punto de que muchos de los números se han desgastado y los bordes están lisos, como un guijarro. Hay gotas de agua tras la pantalla en blanco. Mollel aprieta una tecla, manteniendo el botón de encendido.

Nada.

Se saca su propio teléfono del bolsillo y quita la tapa trasera. Extrae la batería y desliza la tarjeta SIM, que coloca con cuidado encima del escritorio. Después repite la operación con el teléfono de Jemimah Okallo, esta vez secando la tarjeta SIM en su manga antes de colocarla en su propio aparato.

Vuelve a montar su móvil, le da la vuelta y lo saluda un timbre musical irritante. Shadrack se mueve para mirar por encima de su hombro.

De inmediato empieza a desplazarse por los contactos. Solo hay unos cuantos nombres. Uno, se percata con una punzada, es «Cariño».

Ahora va a los mensajes de texto. Hay una lista de mensajes en la bandeja de entrada. Casi todos de Cariño. Tras un momento de vacilación y un ligero pinchazo en la conciencia, abre el primer mensaje.

—¿Hablas jalu? —le pregunta a Shadrack.

Shadrack suelta una risa despectiva.

—Es bastante fácil conseguir que alguien lo traduzca —contesta.

Por suerte, hay suficiente suajili en los mensajes para que Mollel capte lo esencial. Son cariñosos, ligeros: mensajes enviados sin pensar pero transmitiendo que se piensa en esa persona de manera constante. Mensajes de amor. Mollel no tenía móvil cuando estaba casado —la idea de tener uno a finales de los noventa hubiera parecido tan remota y absurda como poseer un yate—, pero de haber tenido uno, este era el tipo de mensajes que sin duda habría recibido de Chiku.

—Imagino que tenemos que contactar con quienquiera que sea —dice Shadrack—. Comprobaré el archivo de personal y veré si hay un marido.

Mollel sigue revisando los mensajes. Se detiene cuando ve uno de un número que no tiene nombre asociado a él. Hay algo siniestro en esta cadena anónima de dígitos, y se para un momento antes de abrirlo.

namba 103. lipa bei elfu asha kwa namba hii ama tutaku rape helafu tutakuoa.

Apenas puede tomarse aquello por suajili, incluso apenas por sheng. Pero el mensaje está bastante claro.

número 103. paga diez mil chelines a este número o te violaremos y te mataremos.

El número 103 era el número de la habitación de Jemimah. Y lo de «este número», que aparecía después en el mensaje, debía de referirse al número de teléfono anónimo. Se esperaba que ella mandase el dinero a través de la red del móvil.

—Bastardos —bufa Shadrack.

No es de extrañar que estuviera lo bastante desesperada para robar flores e intentar venderlas en la carretera. ¿Cuánto dijo De Wit que habría obtenido por las rosas que la vio vender? ¿Un par de miles? Habría tenido que vender muchas más para conseguir la cantidad que necesitaba.

Mollel sabe de qué forma puede utilizarse el miedo para controlar. Había crecido observando esa táctica de primera mano. Tío era experto en ella.

Lendeva y él llamaban Tío a su tío precisamente porque les estaba prohibido hacerlo. Desde que su padre desapareció, dejando tras él nada más que una peste a

alcohol y a enfermedad, habían pasado cuatro estaciones secas, y, según la ley tradicional, ahora se daba por sentado que estaba muerto. Eso significaba que todo lo que había dejado pertenecía a su hermano menor.

El ganado de su padre era ahora el ganado de su tío. Las cabras de su padre eran las cabras de su tío.

Su madre era ahora la esposa de su tío. Ahora él era su padre.

Por eso Lendeva y Mollel seguían llamándolo Tío de manera inflexible, a pesar de los frecuentes accesos de ira y golpes que suscitaba este acto de desafío.

Asimismo, aunque las vacas y cabras se adaptaron a sus nuevos rebaños, la madre de Mollel se negó a someterse con docilidad al papel tradicional atribuido a la viuda de un hermano mayor.

—Me casaron con ese borracho cuando yo tenía trece años —solía decir—. Puede que no me haya convertido en la esposa que él quería, pero fui su única esposa todo el tiempo. Y eso es algo de lo que sentirse orgullosa. ¿Así que por qué debería asumir el lugar de esposa de menor antigüedad con dos chicas que apenas tienen edad de ser hijas mías?

Sin duda, las tías de Mollel no deseaban tener una nueva hermana-esposa. Especialmente una que fuera resuelta. Y tan hermosa, pues su madre todavía era joven; estaba rolliza, y con su dignidad manteniendo las distancias tenía más que una buena cantidad de admiradores. Incluyendo, como bien sabían ambas esposas, a su marido. Pues aunque la madre de Mollel lo excluyó de la casa que todavía compartía con sus hijos —que ahora era, legalmente, su casa también—, no podía ocultarse el hecho de que Tío, con su sonrisa lasciva y lamiéndose los labios, estaba siendo desafiado más allá de la razón por esta mujer a quien poseía y sin embargo no poseía, que le pertenecía y no obstante lo mantenía a la distancia de un brazo, y a veces de una lanza.

Sabiendo de forma instintiva que sería una tarea infructuosa, Mollel le pide a Shadrack que intente obtener información del proveedor del móvil. Escuchando hablar al joven, que utiliza el teléfono de la oficina, puede seguir una parte de la conversación. No, no pueden decirle quién envió el mensaje..., fue desde un número anónimo, de prepago. No, no tienen registros de dinero enviado a esa dirección. No, no pueden decirle qué otras llamadas o transacciones puede haber hecho esa dirección, dónde se compró la tarjeta SIM o desde qué ubicación se mandó el mensaje..., no sin una orden judicial.

—Bueno —contesta Shadrack—, conseguiré una orden.

Cuelga el teléfono de golpe. Ambos policías saben que el gesto es casi tan inútil como la amenaza. Conseguir una orden implicaría ir al juzgado de Naivasha y rogarle al juez Singh que expidiese una... Y la historia era que el juez Singh no haría nada a menos que estuviese motivado para hacerlo. No podían permitirse esa clase de

motivación.

Mollet deja a Shadrack echando pestes en la oscuridad del puesto de la policía y sale a la que se considera la calle principal de Maili Ishirini. Sobre la carretera, la entrada principal de la granja de flores, con sus techos altos, de plástico blanco asomándose por encima de setos pulcramente podados. Ligeramente más arriba, la entrada al Hotel Lakefront, con su puesto de vigilancia.

Es día de mercado. En los puestos de *mitumba*, de ropa de segunda mano, hay montones altos de ropa recién lavada y bien doblada de todos los colores. Sábanas y toallas están tendidas en cuerdas que cuelgan entre las acacias achaparradas que crecen frente a la carretera. Algunos de los puestos se han colocado en caballetes, pero muchos más están simplemente extendidos sobre mantas en el suelo.

Al menos el mercado impregna a la ciudad de un poco más de vida de lo habitual. Buscadores de gangas vagan de puesto en puesto, parándose para examinar los montones con cuidado. Las madres arrastran a sus hijos, sujetando prendas sobre sus cuerpos para comprobar la talla. El aire se llena del sonido de los gritos de los vendedores anunciando sus mercancías; se llena de risas, chismorreos y regateos.

Las únicas tiendas fijas del pueblo están dispuestas en una fila de cinco, cada una con una puerta y una ventana. Hay una *duka la dawa*, una farmacia, que vende analgésicos sueltos o por docenas, botes polvorientos de jarabe para la tos, antiácidos y condones. A su lado, en la fila, hay un bazar, con cubos de plástico y cuencos apilados en la parte delantera, letreros anunciando detergente y leche en polvo, tiras de cuchillas de afeitar, cerillas y bolsas de té cuelgan del marco de la ventana. Los últimos dos centros son una peluquería y una cervecería, ejes sociales para la población femenina y masculina de Hell.

En medio de este desfile de tiendas hay un punto de venta de ofertas de móviles. Está engalanado con carteles multicolor que incluyen todas las redes. Un cartel escrito a mano junto a la puerta enumera los servicios que ofrecen: venta de teléfonos, reparaciones, llamadas para 2/-, tarjetas para llamadas internacionales, cambio de batería, internet, textos en Word, fotocopias, impresiones, envíos de dinero...

Mollet se adentra en el interior frío.

—No hay red —dice una voz.

—¿Qué? —pregunta Mollet.

—Que no hay red, si has venido por eso. El servidor ha caído.

—No es eso lo que quiero —contesta—. ¿Puedes ayudarme a hacer un envío de dinero con un móvil?

La mujer que hay detrás del mostrador lo mira divertida.

—Claro. ¿No lo has hecho nunca?

Mollet niega con la cabeza.

—Me sorprende. Algunas de las personas que más lo usan son masáis. Sus aldeas normalmente son las más lejanas. Tengo un cliente, un masái, que viene aquí cada

mes para mandar parte de su salario a casa. Su esposa tiene que caminar dos días solo para tener cobertura de teléfono. Pero a él solo le dan una semana de permiso al año, así que es la mejor forma de hacerlo. Imagino que quieres mandarle algo de dinero a tu esposa...

—No tengo esposa —responde Mollel.

—¿En serio? —La mujer, una dama rolliza en la treintena, con una sonrisa dientuda, agradable, le echa un vistazo—. Habría pensando que ya tendrías tres o cuatro. Pero me atrevo a decir que eres un buen caballero cristiano, por la forma en que vistes. No te he visto por el pueblo, ¿verdad? ¿Por qué no llevas uniforme?

Mollel está empezando a resignarse al hecho de que tratar con esta mujer va a poner a prueba su resistencia, tanto como su capacidad para conversar. No tiene ningún deseo de hablar de su baño matutino en el lago Naivasha. Así que le explica que está fuera de servicio, y que quiere mandarle dinero a un amigo para saldar una vieja deuda.

La mujer —ya se ha presentado como Beatrice— accede de buena gana a prestarle la ayuda que necesita.

—Pero deja que me ponga a tu lado —dice—. Así los dos podemos ver lo que hacemos.

Es una tienda pequeña y ella es una mujer grande. Coge el teléfono de Mollel, que lleva la tarjeta SIM de Jemimah Okallo, y lo sujeta cerca de su pecho generoso.

—Mira esto —sigue—. Si voy demasiado rápido, me avisas.

Mollel arrastra los pies con inquietud mientras ella le lanza una mirada de reojo y una amplia sonrisa. Ella aprovecha el movimiento para, furtivamente, aumentar su proximidad.

—De acuerdo —dice—. Estamos listos para empezar.

—¿Qué pasa en el otro extremo, cuando he mandado el dinero?

—Reciben un mensaje de texto —contesta Beatrice—. Contiene un código, que pueden presentar en una tienda como esta, y llevarse el efectivo.

—¿Tan simple como eso?

—Tan simple como eso.

—Antes de venir a recoger su dinero, ¿saben cuánto he mandado?

—No con esta red. No sabrán eso hasta que no vengan a la tienda. Yo introduzco el código en mi terminal, aquí, y entonces salen los detalles de la transacción. Tan pronto como se reclama el dinero, quien lo envía recibe un mensaje de confirmación.

—Así que no tendría que mandar diez mil chelines —dice Mollel, tanto para sí mismo como para Beatrice—. Podría mandar solo cien.

Beatrice levanta las cejas.

—Sé qué tramas —dice.

—¿Lo sabes?

—Sí, chico malo. Estás ganando tiempo. Quieres que tu amigo piense que le has devuelto su préstamo al completo, cuando solo estás saldando una parte. ¿Imagino

que vive lejos de algún lugar donde poder cobrar la transacción?

—Imagino que sí —responde Mollel.

—Sois astutos, vosotros los masáis —sigue. Después le aprieta el brazo—. Pero me gusta cómo pensáis.

Habiendo comprobado que no hay crédito almacenado en la cuenta de Jemimah, Mollel saca de su cartera un billete de cien *bobs* y Beatrice hace la operación con el teléfono. Cuando llega el momento de identificar al destinatario, Mollel le coge el teléfono —con cuidado para no revelar el mensaje— y se lo devuelve con el número del emisor en pantalla.

Todo el asunto es sorprendentemente rápido y sencillo. Mollel se pregunta si su suegra no tendría razón después de todo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, esperas a que te llegue un mensaje diciendo que han recogido tu pago —le dice Beatrice—. Confío en que eso haga que te quites de encima a tu amigo por un tiempo. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti mientras estés aquí?, ¿cualquier cosa?

—No, gracias —contesta Mollel.

Lanza una mirada al espacio brillante y blanco de la entrada... Está deseando irse, por más de un motivo.

Beatrice se inclina hacia delante y le mete el móvil a Mollel en el bolsillo del pecho. Le da una palmadita.

—He guardado mi propio número en tus contactos —arrulla—. Solo por si necesitas ayuda alguna vez. Puedes llamarme a cualquier hora. Día o noche.

Y le guiña el ojo despacio, de forma pausada.

Al salir por la puerta, Mollel está tan desconcertado que contesta:

—*Cheesy kama ndizi.*

Pasea entre los puestos de *mitumba* durante un rato, fingiendo mirar la ropa que está expuesta. Pero de hecho, está observando con impaciencia la tienda que acaba de dejar. Los clientes van y vienen, y él se mira el móvil cada vez, confiando en recibir el mensaje de texto que le dirá que han recogido su pago.

Pero no llega ningún mensaje. Se pregunta cuánta dilación tiene el sistema. Necesita saber el momento en que se cobra el dinero.

En caso, por supuesto, de que el dinero se recoja aquí. Beatrice le ha explicado que podrían cobrar el dinero en cualquier parte de Kenia. Habrá miles de estas tiendecitas, desde Mombasa a Mandera, y quienquiera que le enviase la amenaza a Jemimah podría estar entrando en cualquiera de ellas ahora mismo. Pero tiene la sensación de que van a recogerlo aquí. El hecho de que nombrasen el número de habitación de Jemimah sugiere que era alguien que la conocía... o, al menos, tenía suficiente información sobre ella como para verificar su número de teléfono con el

del alojamiento. Eso posiblemente apunta a alguien de la propia granja de flores. Y este es el único sitio en Maili Ishirini donde puede recogerse dinero de una transferencia por móvil. Y si alguien de la zona pensaba que le estaban esperando diez mil chelines, ¿se molestaría en hacer el largo viaje a Naivasha solo para cobrarlos?

Mollet vuelve a echar un vistazo a la tienda. Beatrice aparece en la puerta y le ofrece una sonrisa reluciente y un coqueto movimiento con los dedos. Él asiente y se gira, agradeciendo la distracción proporcionada por la llegada de una moto que va zumbando, abriéndose paso entre los puestos. Se para con estrepito en un *stop* delante de la fila de tiendas. El motorista pone el caballete y se baja, para dirigirse directamente a la tienda de Beatrice. Mollet trata de verlo, pero todavía lleva el casco: uno amarillo. De baja estatura, va vestido con un mono negro y botas de goma.

No pasa mucho tiempo dentro. Se marcha justo cuando una enorme sábana floreada tendida en una de las cuerdas ondea ante la vista de Mollet. Contrariado, la empuja para apartarla, pero el tipo ya está subido de nuevo en su moto y se marcha a toda prisa.

Entonces el móvil de Mollet emite un pitido:

su pago se ha recogido. gracias por utilizar este servicio.

Sale disparado hacia la tienda. Beatrice ha salido a la puerta.

—Pensé que volverías muy pronto —dice con una sonrisa—. Una chica nota estas cosas...

—¿Quién era? —pide saber Mollet, de forma abrupta.

—Solo un cliente. ¿Estás celoso?

—¿Lo conoces? ¿Dijo quién era?

Su sonrisa desaparece.

—No voy interrogando a cualquiera que conozco. Al parecer tú sí.

—Por favor —contesta Mollet—, es muy importante.

Ella lo examina nuevamente.

—Me dijiste que estabas fuera de servicio —dice.

—Nunca estoy fuera de servicio.

Una expresión decepcionada cruza su rostro. Mollet ve cómo procesa la información, reconsiderando su conversación. Todas las preguntas, la espera fuera, las miradas significativas..., se da cuenta, ahora, de que no estaban destinadas a ella.

—Pues bien —contesta—, es un colega tuyo.

—¿Un colega?

Sin duda no era uno de los cuatro de este puesto policial; ninguno conducía una moto, y Mollet los habría reconocido, aunque llevaran casco.

—Una especie de colega —sigue—. Pareció bastante descontento cuando solo le di cien chelines. Insistió en ver la transacción en la pantalla de la terminal. Y mientras

se metía el dinero en la cartera, vi su tarjeta de identidad. No me fijé en el nombre, pero reconocí el logo. Trabaja para el servicio penitenciario.

Saliendo de la tienda, Mollel es recibido por Shadrack, que está recostado contra la puerta, mascando un pedazo de caña de azúcar.

—Cualquiera pensaría que me estás siguiendo —dice Mollel.

—Qué divertido, eso —responde Shadrack.

Por segunda vez hoy, aunque por motivos muy distintos, a Mollel le alegra ver a su colega, agradecido por la oportunidad de aprovechar su conocimiento local.

—Dime —empieza Mollel—, ¿conoces a alguien del pueblo que lleve una moto y un casco amarillo?

Shadrack entrecierra los ojos y escupe una bolita de fibra de caña de azúcar.

—Podría ser —contesta despacio.

Trabajar con Shadrack las últimas semanas ha permitido a Mollel tener cierto acceso al funcionamiento de su mente. No ha sido la experiencia más edificante. Incluso ahora, Mollel nota cómo su cerebro está procesando la información, pasando por potenciales correspondencias con la descripción.

—Trabaja en la cárcel —apunta Mollel.

Y entonces ve una sonrisa pequeña, pícara, que se contrae en las comisuras de la boca de Shadrack. Mollel casi se estremece anticipando la exclamación, *cheesy kama ndizi*, pero no se produce.

—No —responde Shadrack, negando con la cabeza, con pesar—. No suena a nadie que conozca. Mira, deja que haga una o dos llamadas. Puede que alguno de los otros sepa algo.

Saca su teléfono y le da la espalda a Mollel, apartándose con aire despreocupado. Mollel lo oye murmurar, tapando el teléfono con la mano, pero no llega a escuchar lo que está diciendo. Un presentimiento empieza a formarse en su interior. Shadrack, con su escasa astucia, por lo general es relativamente cándido en presencia de Mollel. ¿Por qué una pista en el caso de Jemimah Okallo hace que se comporte de repente de forma tan cautelosa? ¿Qué ha cambiado desde anoche?

Anoche.

De pronto, Mollel nota en el estómago una sacudida tan violenta como si volviesen a empujarlo hacia el borde del precipicio. Lo han dejado en paz por un motivo.

El joven ha terminado su llamada y vuelve tranquilamente hacia Mollel.

—Era el sargento —dice, mientras una sonrisa aparece en sus labios—. Cree que sabe quién es tu motero. Viene a recogernos.

—Espera —contesta Mollel, ganando tiempo—. ¿No quieres saber cómo está relacionado con la muerte de Jemimah Okallo?

La sonrisa de Shadrack se difumina. Mira a Mollel a los ojos como si lo estuviese

evaluando.

—Me lo puedes contar en el coche —contesta.

La respuesta disipa cualquier duda que pudiera quedarle a Mollel. Evidentemente, Shadrack cree que Mollel ha obviado la identidad del informante de Oberkamp, el intermediario que le da información de Mdosí, en prisión, sobre la desaparición de sus hombres. Y, si Shadrack y los demás creen saber esto, la Fuerza Rino ya no tiene ninguna utilidad para Mollel. Sigue siendo lo que era antes. Un presunto espía. Y un inconveniente.

El rugido de un motor le hace levantar la vista: la camioneta de la policía se para justo delante de donde están Mollel y Shadrack. El sargento Mungai está al volante, Choma a su lado. Munene está de pie en la parte de atrás, con las manos extendidas sobre el techo de la cabina.

—Bueno, masái —lo llama Munene—, *kuja*. Sube.

Shadrack apoya un brazo sobre la manga de Mollel.

Nota cómo se le ensombrece la vista.

Mollel está seguro de que subirse a ese coche podría ser una de las últimas cosas que haga.

—Esperad —dice, intentando mantener lejos de su voz un deje creciente de miedo. Se da unas palmaditas en la ropa de forma exagerada—. He perdido algo.

—Sea lo que sea —contesta Mungai—, puede esperar, ¿verdad?

—En realidad no —replica Mollel, negando con la cabeza de forma enérgica—. Son mis pastillas.

Los otros policías se miran unos a otros. Mollel añade:

—Necesito mis pastillas.

Nota que la estratagema funciona. Si hay algo seguro que produce incomodidad en los demás, lo sabe muy bien, es el fantasma de la locura.

—Bueno —responde Mungai—, giramos en el cuartel, coges tus pastillas...

—La granja de flores —contesta Mollel, de prisa—. Las dejé en la granja de flores. Ahora que lo pienso, me parece recordar que cayeron en el bote cuando salía. Estaba demasiado impactado para prestar atención en ese momento.

—De acuerdo —dice Mungai, con un tono de exasperación apenas disimulada—. Iremos a la granja de flores, a ver si alguien ha encontrado tus pastillas. ¿Y después vendrás con nosotros?

—Claro —responde Mollel.

Sabe que, si acaso, ha ganado unos cuantos minutos. Había confiado en que, en alguna parte entre la fila de tiendas donde los habían recogido y la granja de flores, podrían encontrarse con Kiunga. O incluso con Kibet; ella lo había salvado antes una vez. Pero no se la veía por ninguna parte, ni nadie parecía mirar a los policías mientras recorrían la carretera principal y se dirigían a la granja de flores.

¿Qué podía hacer? ¿Apelar a la ayuda de Tonkei o De Wit? Podía imaginar su respuesta divertida, burlona. Shadrack y los demás se reirían, sin duda, y Mungai se

tocaría la frente: «Está loco». Después, el apretón de acero de Munene lo aferraría por el antebrazo y lo conduciría, de forma inexorable, a la camioneta. Y a lo que fuera que viniese después.

—¿Nada? —pregunta Munene.

—Sigo buscando —contesta Mollel, agachándose para mirar bajo el asiento. El bote es poco más que un caparazón de fibra de vidrio. No puede seguir fingiendo mucho más. Siente una sensación enorme de alivio cuando oye la voz retumbante, de *staccato*, de De Wit.

—Maldita sea. No puedo manteneros lejos, ¿eh, chicos?

Mollel se levanta y sale del bote.

Está empezando a dar forma a un plan. Duda que resulte, es consciente, pero puede ser su mejor oportunidad para sobrevivir.

Se dirige hacia De Wit.

El hombre lo observa acercarse con expresión divertida en sus ojos grises. Cruza los antebrazos anchos, pecosos, sobre la extensión de su pecho a cuadros.

Mollel se para directamente delante de él. Vigilando, la Fuerza Rino camina arrastrando los pies con inquietud. Tonkei, que los ha acompañado hasta el borde del agua, pone la mano de forma instintiva sobre la porra que cuelga de su cintura.

—¿Qué has dicho? —pregunta Mollel, con tranquilidad.

—He dicho que pensaba que ya habíais tenido bastante aquí por hoy.

—Eso no es lo que has dicho —replica Mollel—. Creo que has mencionado a unos chicos. No veo ningún chico aquí.

—Déjalo, Mollel —advierte Mungai.

—Es solo una forma de hablar, *bwana*. —De Wit se ríe entre dientes.

—Quizá en tu país —contesta Mollel—. Pero aquí, a los hombres adultos no les gusta nada que los llamen chicos.

—De acuerdo —responde De Wit, encogiéndose de hombros—. Entonces lo siento.

—¿Y qué hay de Jemimah Okallo? ¿Lo sientes por ella, también?

De Wit lo mira sin comprender. Tonkei murmura:

—La chica muerta.

—¡Ni siquiera sabes su nombre! —dice Mollel con indignación.

Shadrack se adelanta y pone una mano sobre el brazo de Mollel.

—Vamos, colega, tenemos un trabajo que hacer.

Encogiendo los hombros, Mollel se desprende de la mano de Shadrack. Ahora señala con un dedo directamente a la cara de De Wit.

—Estaría viva si no la hubieses despedido.

—Por robar —gruñe De Wit.

—¿Por robar qué? —pregunta Mollel—. Nos dijiste que esas rosas valían cientos

de chelines. ¡Después descubrí que no valían nada! Eran descartes. ¿Sobre qué más nos has estado mintiendo, señor De Wit?

—Bueno, es suficiente —replica De Wit, distanciándose de Mollel—. Quiero que todos vosotros salgáis de mis instalaciones ahora. —Saca su móvil del bolsillo y lo levanta como advertencia.

Mollel alarga la mano y le da un manotazo al móvil. Cae al suelo ruidosamente.

—¡No nos digas lo que tenemos que hacer! —grita.

—¡Mollel! —ladra Mungai.

Este no le hace caso, tampoco atiende a las voces que se alzan de los demás. Trata de apartar a golpes sus intentos por contenerlo, mientras embiste hacia delante. Su puño contacta con la cara de De Wit. Es como propinarle un puñetazo al tronco de un árbol. Una oleada de dolor le sube de forma vertiginosa por la mano y el brazo. No tiene ocasión de dar un segundo golpe: ahora están todos encima de él. Todos excepto De Wit, quien, mientras le sale sangre por la nariz, se aparta tambaleándose y busca a tientas su móvil, que después maneja con dedos rollizos, temblorosos.

—Lo has conseguido, *bwana* —dice con voz pastosa—. ¡El juez Singh te va a encerrar por esto!

—¡Orden! ¡Quiero orden! ¡Orden en la sala!

El juez Singh golpea con su mazo, pero el ruido solo se añade al alboroto de la sala repleta, sudorosa. Los ventiladores que giran en el techo no hacen nada para aliviar el calor denso, sino que parecen revolverse en solidaridad con la confusión de debajo.

No todos los días se ve a un policía arrastrado hasta el juzgado de Naivasha.

—¡Mollel! ¡Mollel!

El detenido levanta la vista desde una posición desconocida para él en el banquillo de los acusados. Kiunga está intentando llegar hasta él en medio de la aglomeración. Al final se abre paso y apoya las manos en las barras de hierro que lo separan de Mollel y del grupo dispar que conforma el resto de acusados que se hallan hacinados en ese espacio.

—He venido en cuanto me he enterado —dice Kiunga, inclinándose hacia delante—. Llamaré a Otieno. Que te saque de aquí.

—No —susurra Mollel con urgencia—. Otieno no. Haz solo una cosa por mí, Kiunga.

—¿Qué? —pregunta—. ¡Lo que sea!

—¡No se habla con los acusados! —ladra el juez Singh, martilleando con el mazo de forma frenética.

Su voz se alza hasta ser casi un grito. Al final, parece haberse abierto paso entre el caos, y el parloteo de voces empieza a disminuir.

—Di la verdad. —Mollel insiste—: Te pregunten lo que te pregunten, di la verdad.

—¡Por fin! —jadea el juez Singh en respuesta al silencio que ha descendido sobre la sala. Deja el mazo y se seca la frente con el puño de su toga.

Kiunga mira a Mollel con expresión asombrada, después se mueve para tomar asiento en los bancos para el público.

—Debería echar a toda la ciudad —murmura el juez Singh, negando con la cabeza.

Con barba, gafas, turbante, toga. Es keniano de tercera generación... Todo el mundo conoce la historia de cómo su abuelo colocó las primeras vías de la Lunatic Line^[11] en Uganda..., pero el juez Singh conserva sus vocales indias bien acabadas.

—¿Quién va primero? —suspira.

Su secretario se acerca al tribunal y le susurra algo tapándose la boca con la mano.

—Ah, sí —frunce el ceño—, Mollel. ¿Quién es Mollel?

Este se pone en pie. El juez Singh hace alarde de mirarlo a través, y después por encima, de sus gafas.

—Mollet —vuelve a decir, con aire pensativo. Mira sus apuntes—. Agresión común. Un delito muy penoso. ¿Tiene algo que decir antes de que dicte sentencia?

El secretario tose y se apresura para volver al tribunal. Intercambian algunas palabras.

—Bueno, ¿por qué no lo has dicho? —regaña el juez.

Después se gira hacia el acusado.

—Esto es una lectura de cargos, agente —dice lanzando una mirada feroz, como si Mollet hubiese intentado despistarlo de alguna forma.

—Sí, su señoría.

—No era una pregunta, agente. Tenga la amabilidad de no hablar a menos que se dirijan a usted directamente. Espero que quede claro.

Silencio. El juez levanta las cejas. Mollet cambia de posición con incomodidad.

—Sí, su señoría —se arriesga a decir.

El juez emite un hum de satisfacción, y vuelve a sus apuntes.

—Está acusado de agredir a Michael De Wit, un hombre muy conocido en esta comunidad por su excelente carácter. ¿Cómo se declara?

—Culpable, su señoría.

—¿De veras...? —responde el juez, en tono aburrido. Y a continuación—: ¿Qué? ¿Qué ha dicho?

—Culpable, su señoría.

—¿De veras? —pregunta el juez, esta vez con sorpresa en la voz—. Asumo que entiende los cargos...

—Sí, su señoría.

El juez Singh parpadea tras sus gafas gruesas. Después chasquea los dedos para llamar al secretario. Se produce un cuchicheo más intenso entre ambos.

—El caso es serio —dice el juez, cuando el secretario ha regresado a su asiento—. Cobra más gravedad por su posición como agente de policía. Sin embargo, teniendo en cuenta su historial intachable...

Mollet mira a su alrededor en la sala. En la tribuna del público está sentada la Fuerza Rino: Shadrack, Mungai, Munene y Choma. En la fila de detrás está Kiunga, que le indica con el pulgar que todo va bien.

—No del todo intachable —suelta Mollet de sopetón.

—¿Qué?

—Que no es intachable —repite Mollet, acordándose de añadir—: Su señoría. Como no tengo abogado, ¿puedo llamar a un testigo?

El secretario del juez se encoge de hombros haciendo un gesto con las palmas de las manos hacia arriba. El juez Singh desliza las gafas para bajarlas y se pellizca el puente de la nariz.

—¿Por qué no? —suspira, con resignación.

—¿Es usted el sargento Collins Kiunga, de la policía de Nairobi? —pregunta Mollel.

—Lo soy —responde Kiunga, asintiendo.

—¿Desde cuándo conoce al acusado?

—¿El acusado? —Kiunga parece perdido por un momento. Después se percata de que Mollel se refiere a sí mismo—. Oh, sí, ah. Comprendo. Bueno, te conozco..., quiero decir, conozco al acusado desde hace casi un año. Justo antes de las elecciones.

—Gracias —contesta Mollel—. Y en ese tiempo, ¿diría que el acusado siempre se ha comportado de forma profesional y coherente?

—Oh, sí —responde Kiunga, de forma rotunda—. Eres...

Se harta de referirse a Mollel como el acusado, y se gira para dirigirse directamente al juez Singh.

—Mollel es uno de los mejores policías que conozco, su señoría. Le confiaría mi vida.

Se gira hacia Mollel con una amplia sonrisa, que se desvanece de inmediato cuando ve a Mollel poner los ojos en blanco con exasperación. Te pregunten lo que te pregunten, di la verdad, piensa Mollel, como si intentase transmitirle las palabras mediante telepatía a Kiunga.

—He oído bastante —dice el juez Singh—. Mollel, en espera de la sentencia, me inclino a dejarlo en libertad con sus colegas.

Mollel ve que Shadrack aprieta el puño de forma victoriosa.

—¡Espere, espere! —exclama—. Su señoría, tengo unas cuantas preguntas más.

—Ya ha demostrado su argumento, agente —dice el juez con brusquedad—. Incluso para un delito cometido en una granja de flores, hay algo que es rizar el rizo y embellecer la flor que ya es perfecta.

Sonríe con satisfacción y mira a su alrededor en la sala buscando aprobación a su broma. Nada, excepto una sonrisa servil del secretario.

—Sargento Kiunga —continúa Mollel, antes de que el juez tenga ocasión de pararlo—, ¿puede, por favor, decirle al tribunal si, cuando trabajaba con el acusado, este mostró señales de un comportamiento imprevisible y violento? ¿Interrogando a un sospechoso, por ejemplo?

«Di la verdad. Te pregunten lo que te pregunten».

Kiunga lo mira. Una pugna le recorre la cara, franca, cándida. Su desasosiego cautiva a la sala, ya paralizada por el espectáculo extraño que se está desarrollando ahí.

—Responda a la pregunta, si es tan amable, sargento —insiste el juez.

—Bueno —dice Kiunga, en voz baja—, era una época difícil...

—¿El acusado —pregunta Mollel, sin rodeos— alguna vez amenazó o intimidó a testigos?

—Lo hizo —responde Kiunga entre dientes.

—¿Se comportó en alguna ocasión de forma imprevisible?

—Puede que lo hiciera.

—Lo hizo, ¿verdad? Sufría desmayos. ¡Ataques de ira!

Kiunga mira a su antiguo compañero con incompreensión.

Mollet lo está fulminando con la mirada, los nudillos apretados con fuerza a las barras del banquillo.

—Sí —admite Kiunga—. Todas esas cosas.

Shadrack se pone en pie y se enfrenta a Kiunga.

—¡Traidor!

Arremete contra él, solo para ser contenido por el poderoso Munene para que vuelva a sentarse. El juez Singh golpea con su mazo con furia.

—¡Orden en mi sala! —grita—. ¡Bien puedo enviar a la cárcel a dos policías hoy!

Cuando la confusión vuelve a amainar, el juez niega con la cabeza.

—Ya he tenido bastante con este caso —dice—. Soy muy consciente de que el cuerpo de policía en esta ciudad parece considerarla su feudo privado. Bueno, no van a burlarse de mi tribunal. Usted, agente Mollet, ha logrado convencerme de que representa un peligro para la ciudadanía, y debe ser puesto en prisión preventiva. ¡Siguiente caso!

Mientras se llevan a Mollet del banquillo, él echa un vistazo a las caras en la sala. Un grupo de personas, a quienes reconoce como los gorilas de Mdosí, sonrían con satisfacción; son los mismos que recibieron a Gachui cuando le pusieron en libertad en este mismo juzgado solo dos días antes. Delante de ellos está Kiunga, mirando a Mollet con expresión devastada. Pero el viejo Choma le guiña el ojo cuando pasa, y Shadrack grita:

—¡No te preocupes, Mollet! ¡Aún cuidaremos de ti!

Hay otro rostro, también. Uno que ve, pero que no detecta por completo hasta que es demasiado tarde. Un rostro triste, escondido entre los otros al fondo de la sala.

Kibet.

Mollet reunió a su ganado y después se apresuró para ayudar a Lendeve a juntar a sus cabras. Normalmente, no se rebajaría a hacerle este favor, y Kep, su pequeño perro blanco, lo miró con una cierta sensación de afrenta cuando le ordenó que diera vueltas alrededor de esos animales ordinarios. Pero mientras agitaba su bastón, silbando y fustigando a las cabras para ponerlas en orden y llevarlas a casa, Mollet le lanzó una mirada a Lendeve y ambos compartieron una sonrisa amigable.

La oscuridad había descendido sobre el *manyatta* para cuando llegaron, y el *boma* estaba cerrado. No había señales de Tío, de cuya ausencia los rezagados se percataron tanto con alivio como con inquietud. Alivio, porque no estaba allí para regañarles con un palo o una correa. Inquietud, porque, si había esperado tanto que se había cansado, estaría mucho más furioso cuando asignase un castigo.

Los dos muchachos se ayudaron mutuamente a levantar y poner a un lado las ramas pesadas, con matas de espinas, de la puerta de acceso del *boma*, para que los animales pudiesen entrar. Después las volvieron a colocar con cuidado, asegurándose de que no había resquicios más anchos que el grosor de un brazo, y que ningún punto era más bajo de adonde Mollet podía llegar estirándose del todo. Ese era el requisito mínimo para protegerse de los leones, y aunque cualquier leopardo despacharía tales defensas, incluso para una criatura tan resuelta sería imposible sacar a rastras su caza después de haber conseguido entrar.

Sin saber todavía si habían escapado de una paliza, o si solo quedaba pospuesta hasta la mañana, los dos hermanos se dirigieron de vuelta a su casa.

Era la *enjaki* semipermanente, no la construcción nómada de estacas, cuerda y pieles que la familia habitaba siempre que hacían una expedición al interior en busca de pastos en la estación seca. La *enjaki* estaba hecha de malla embadurnada de estiércol, con un techo de paja, un par de ventanas estrechas, con la abertura del tamaño de una mano, como ojos verticales —en maa se usaba la misma palabra para ventana y para ojo—, y una entrada baja, arqueada, cubierta con un colgajo de piel.

Solo que, esta vez, no estaba cubierta solo con el colgajo de piel. Cuando Lendeve lo levantó, se encontró con una pared de tablones. Mollet oyó su chillido de sorpresa e indignación, y quienquiera que estuviese dentro también lo oyó, porque sonó un grito repentino desde el interior: el grito de su madre.

Lendeve golpeó la madera, y Mollet se percató incluso en ese momento de que era la plataforma, volcada, de la cama que ambos compartían. Apartó a su hermano pequeño a un lado y dio una patada, que lanzó la estructura al suelo a toda velocidad.

Lo primero que salió fue una masa de humo. No había chimenea en estas *enjakis*, para alejar a los insectos de una vivienda que, a menudo, compartían con ganado recién nacido o enfermo.

Lo siguiente en salir, farfullando, fue Tío. Estaba desnudo, y Mollel tuvo que agarrar a Lendeva para evitar que el chico se lanzase sobre él.

—Bien hecho, muchachos —dijo con voz entrecortada—. Gracias a Enkai que habéis venido. Vuestra madre y yo...

La madre de Mollel apareció inmediatamente después en la entrada. Estaba medio vestida, apretando su *shuka* para envolverse con ella, su postura doblada expresaba vergüenza y angustia. Incluso a la luz de las brasas del hogar, pudieron ver que tenía la cara hinchada y magullada.

De nuevo, Lendeva se tensó hacia delante, como Kep tras una serpiente. Mollel casi perdió el equilibrio intentando evitar que el chico golpease a Tío para tirarlo al suelo. Ninguno de los dos tenía duda alguna respecto a que había ido a reclamar sus derechos. Pero golpear a un padre —y fuese cual fuese la realidad de la situación, este hombre era legalmente su padre— estaba entre los delitos más atroces en el código masái.

No mucho después de intentar violar a su madre, Tío estaba muerto.

Su propia hija, una de su prole verdadera, lo encontró. La chica estaba cogiendo agua al amanecer cuando se topó con su cadáver, retorcido de una forma poco natural, con la boca abierta y salpicada de espumarajos, los ojos mirando fijamente, sin ver.

El consenso en el *manyatta* era que lo había matado la madre de Mollel.

—Llevaste a uno de mis hijos a la bebida y a la muerte —gritó Abuela, mientras metían la figura agarrotada, retorcida, en el *boma*—. ¡Ahora has asesinado al otro! ¡Eres una *laibon*! ¡Una hechicera!

Cayeron sobre su casa, haciéndola pedazos. Volcaron la cama de Mollel y Lendeva, rompieron la olla para cocinar, cavaron agujeros en el suelo de tierra. Encontraron lo que buscaban y salieron cargando hierbas, hojas, un cuchillo, fragmentos de hueso. No importaba que pudiesen encontrarse cosas parecidas dentro de cualquier casa: era la prueba que necesitaban para respaldar su afirmación en cuanto a que la brujería era la única explicación. ¿Por qué si no habría salido él de casa en medio de la noche, y se habría encontrado su cuerpo con indiscutibles indicios de magia?

Se convocó una reunión de ancianos, pero no podía llegarse a ninguna conclusión hasta que subieran el cuerpo de Tío a la montaña. Mollel de inmediato se presentó voluntario, así como a Lendeva, para la tarea.

—¿Estás loco? —preguntó su madre—. Nunca lo permitirán.

—¿Por qué no? Somos sus hijos mayores —insistió Mollel.

Pero el argumento legal, tan vinculante en vida, fue rechazado rápidamente en la muerte. No se permitió a nadie de la familia de Mollel acercarse al cuerpo, y al final fue un grupo de *morans* quien lo llevó al lugar lejano, secreto, donde el alma de un

hombre muerto se uniría con Enkai.

A la espera de la decisión de los ancianos, los animales que habían sido suyos pasarían a las otras esposas y familia del fallecido, de forma que Mollel y Lendeva quedaban eximidos de todas las obligaciones del pastoreo para que no se viesan tentados a dejar la aldea con los rebaños que antes cuidaban.

Quizá fue una suerte que los condenasen al ostracismo, porque eso le dio a Mollel la oportunidad de llevarse aparte a Lendeva y proponerle su plan.

—Tenemos que encontrar el cuerpo de Tío.

A uno de los *morans* más charlatanes, a cambio de la promesa de un buen cabrito si les devolvían su rebaño, se le escapó dónde habían llevado el cadáver.

—Está sentado frente a la puesta de sol, bajo un saliente de la roca en la que están las pinturas de los ancestros. Pero si queréis verlo, será mejor que os deis prisa. No quedará nada por la mañana. Las hienas se asegurarán de eso.

Tenía sentido que hubiesen depositado el cuerpo en el lugar que los ancestros consideraron tan sagrado. Los masáis casi nunca se atrevían a ir allí, asustados por las extrañas rayas y manchas de pigmento en las paredes y el techo del hueco esculpido por el viento en el costado del acantilado de granito. Todavía podía verse el ennegrecimiento causado por los fuegos que encendían aquellos ancestros hace tantas generaciones: mucho antes de que los masáis vinieran a esta tierra. Todo lo que Mollel sabía de ellos era que no encajaban en ninguna de las categorías que se empleaban con la mayoría de la gente. No habían sido ni pastores ni agricultores. Eran gente bajita, eso se decía, y apenas conocían el metal. Cuando los masáis, altos, disciplinados, aparecieron ante ellos con sus guerreros y lanzas, ellos desaparecieron, dejando poco atrás, más allá de la leyenda y estas inscripciones indescifrables. Significasen lo que significasen, los ancestros obviamente les conferían algún tipo de protección. Y por ello allí fue donde se colocó el cuerpo de Tío, como solicitando un antídoto a la magia que se había cobrado su vida.

Se tardaba un rato en subir ahí, por un camino que apenas era más que un sendero para antílopes diminutos, *dicdics*, y a Mollel le dio por pensar en que probablemente fue bueno que le hubiesen prohibido llevar el cuerpo a él mismo. Por otro lado, nunca se habría molestado en tratarlo con tal reverencia, y se habría sentido bastante satisfecho dejando que se pudiese donde lo encontraron, de no ser por su deseo candente de examinar los restos por sí mismo.

Por delante de él, Lendeva saltaba sobre las rocas como un antílope saltarrocas. Al llegar al lugar sagrado, Mollel lo oyó exclamar «¡Ho! ¡Chs!».

Rodeó un arbusto y vio a Lendeva alejándose de él, agitando los brazos como un loco. Como si imitase al muchacho, un enorme buitre marrón se había alzado sobre sus patas escuálidas, con las alas extendidas, y estaba batiéndolas de manera parecida. Cuando Lendeva se acercó más, el animal por fin cedió ante lo inevitable y se elevó

por el aire, alejándose del costado del acantilado con movimientos perezosos, pesados. Llevaba algo en el pico; algo redondo, que colgaba al final de un pedazo de tendón.

Un ojo.

El cuerpo había quedado derribado hacia atrás a causa de los estragos del ave, pero seguía sentado, con las piernas dobladas y las manos colocadas sobre las rodillas. Lendeva se quedó de pie sobre él.

—*Supai*, Tío —saludó al cadáver con una sonrisa.

Tío se la devolvió.

Su sonrisa de dientes marrones era más espantosa que el agujero enorme que había dejado su ojo arrancado. Los labios estirados seguían salpicados de restos de espumarajos y su rostro dejaba pocas dudas respecto a las contorsiones que debió sufrir en aquellos momentos finales. Aparte de disponer el cuerpo retorcido para colocarlo sentado, se había cuidado poco su presentación. También había un fuerte olor, que indicaba que el proceso de filtración había comenzado. Mollel estaba bastante familiarizado con ello a causa del ganado, pero nunca antes lo había visto en un cadáver humano.

—Ahora, hermano mayor —dijo Lendeva—, ¿vas a explicarme por qué estamos aquí?

—Tú empieza por la cabeza —contestó Mollel—. Busca una herida. Una magulladura.

Cualquier cosa, en otras palabras, que varase su muerte en el mundo físico.

Mientras las manos de Lendeva rastreaban en el cráneo abovedado, Mollel centró su atención en los pies. Eran sencillos de examinar, gracias a la manera en que había caído el cuerpo: eran cosas pequeñas, duras, marcadas con lesiones en forma de anillo que continuaban por las piernas. Pero la tiña no era nada fuera de lo normal. De hecho, mientras Mollel avanzaba hacia arriba, había una decepcionante falta de algo que pudiera explicar aquel fallecimiento repentino.

—¿Has encontrado alguna cosa? —le preguntó a Lendeva, que había bajado hasta el torso.

Un cuello roto o una hendidura en el cuello cabelludo, por misteriosa que fuese su procedencia, al menos habría excluido la magia. Pero Lendeva negó con la cabeza.

No había forma de evitarlo; Mollel tendría que quitarle la *shuka*. Con cautela, desató el nudo que había sobre el hombro derecho y la abrió por un lado. Mientras Lendeva levantaba el cuerpo... en su rigidez, pivotó sobre el trasero... Mollel continuó desenrollando la tela. La última parte, alrededor de la cintura, se aflojó con otra ráfaga de hedor pestilente.

Lo primero que Mollel vio fue el pene diminuto, marchito. Estaba, así como la zona de alrededor, cubierto de unos bultos pequeños, redondos; algunos casi del tamaño del patético órgano en sí mismo. Lo que fuera que causó la dolencia, y Mollel no deseaba especular demasiado sobre ello, era poco probable que fuese magia. Pero

tampoco, desafortunadamente, era una causa de muerte probable. Parecía algo con lo que Tío había vivido mucho tiempo... De hecho, al pensarlo entonces, Mollel se dio cuenta de que los bultos explicaban la costumbre de rascarse la entrepierna, cada vez que tenía ocasión, que aquel hombrecillo mostraba desde hacía tiempo.

Intentando respirar tan levemente como pudiera y por la boca, Mollel centró su atención en la nalga izquierda. Ahí también había señales tanto de tiña como de bultos similares a los de los genitales. Para examinar la nalga derecha, tuvo que ponerse de pie, pasar por encima del cuerpo y volver a arrodillarse al otro lado.

Dio un grito ahogado.

Ahí. La nalga derecha estaba manchada de un color negro violáceo, intenso. La mancha se extendía bajo la piel, haciendo que se hinchase como fruta podrida.

Acercándose más —ni siquiera el olor nauseabundo podía impedirselo entonces—, Mollel deslizó la punta del dedo sobre la carne. Estaba fría y dura como una piedra. Más dura, incluso, que la zona que no estaba manchada, la cual mantenía un poco de elasticidad al tocarla.

Sus dedos lo encontraron antes de que lo hicieran sus ojos: un agujero diminuto. Entrecerró los ojos para mirar más de cerca. Ahí estaba, sin duda. Un agujero diminuto, redondo. Nada más.

Mollel avisó a Lendeva y ambos lo miraron.

—Deberíamos de haber sabido que a Tío le morderían en el culo algún día —dijo Lendeva.

—¿Es lo que hizo esto, verdad? —preguntó Mollel, buscando confirmación a sus sospechas—. ¿*Ol asurai*?

Lendeva estaba de acuerdo en que fue una víbora bufadora. Nada más podría haber provocado esa herida.

—El único problema —reflexionó Mollel— es que solo está la huella de un colmillo. Debería haber dos. Por supuesto, puede deberse a muchos motivos. La serpiente podría estar herida. El otro colmillo podría haberse enganchado en los pliegues de la *shuka*. Pero va a acarrear problemas cuando expliquemos esto a los demás. Cualquier cosa que parezca poco normal va a respaldar su afirmación de que fue cosa de magia.

Mientras Mollel hablaba, Lendeva caminó hasta un arbusto espinoso que había cerca. Rompió una espina larga, recta, de una de las ramas, y volvió con ella hasta el cuerpo, acuclillándose de nuevo.

Con una fuerza brutal, repentina, clavó la espina en la carne del hombre muerto justo al lado de la primera herida. Al sacarla, mostró un agujero perfecto, exactamente del mismo tamaño, y ahora ambas heridas eran reconocibles sin duda como una mordedura de serpiente.

—Ahí esta —dijo Lendeva, con satisfacción—. Veamos cómo discuten con esto.

Los ancianos llegaron a la ladera cuando el sol se estaba poniendo: Lendeva había corrido a toda velocidad para llamarlos mientras Mollel se quedó sentado velando al cuerpo. Su misión era proteger la prueba de las hienas, los buitres, o cualquier otro carroñero que pudiera sentirse atraído por aquel bulto que se pudría con rapidez.

Esta vigilia era lo que se suponía que tenían que haber hecho los *morans*, pero las denuncias de magia, el lugar sagrado, o, lo más probable, la pereza, les habían llevado a rehuir su deber. Mollel se sintió extrañamente contento de hacerlo en su lugar. No sentía ni la menor señal de dolor o pena por la muerte de su tío... De hecho, hasta tal punto no sentía ninguna emoción que le agradaba... Pero el muchacho de catorce años era riguroso con la tradición, y la tradición mandaba que debía velarse el cuerpo.

También sentía cierta satisfacción por haber descubierto el misterio. No solo porque significaba librar a su madre de ser acusada de haber provocado la muerte de su tío con brujería, sino también porque él había cumplido con su obligación con la verdad.

Y con Tío. Pues aunque pocos sentirían la muerte de aquel hombrecillo, ni siquiera las esposas y los hijos que le sobrevivían, seguramente le llorasen durante mucho tiempo... y merecía que la historia de su muerte se contase con exactitud.

Y aunque siempre había sentido que su futuro estaba planificado —niño, guerrero, anciano menor, anciano mayor y, al final, quizá, jefe— por primera vez Mollel era consciente de otro imperativo. Era la sensación de algo ajeno al destino. Era el propósito.

El veredicto de los ancianos fue unánime: muerte por la mordedura de *ol asurai*, la víbora bufadora. Nadie podía entender por qué Tío salió de casa a altas horas de la noche. Quizá salió a orinar y se desorientó. Lo que importaba era que la madre de Mollel y Lendeva ya no sería sospechosa de ser una *laibon*, y recuperarían el ganado y las cabras. Además, el marido desaparecido ya no tenía más hermanos menores, de modo que ahora era libre.

—Lo hicisteis bien —le dijo la madre a sus hijos—. He estado pensando. Los dos deberíais entrar en la policía. Seríais grandes detectives.

Mollel se rio, pero Lendeva no.

—¿De verdad, madre? —preguntó el más pequeño—. ¿Lo dices en serio? ¿Quieres que dejemos el *manyatta*? ¿Que vistamos *iloridaa enjekat* como la gente de ciudad?

Madre soltó una risita ante la referencia vulgar a los pantalones —la expresión en maa significaba «receptor de pedos»—, pero Mollel estaba enojado.

—Claro que no quiere —le regañó Mollel—. Vamos a convertirnos en guerreros,

Lendeva. Entonces podremos cuidarte como es debido, ¿verdad, madre?

Ella lo miró con lágrimas en los ojos, después los estrechó a ambos.

—Oh, mis niños, mis niños —murmuró—. Marchaos. Marchaos de aquí. Marchaos tan lejos como podáis. Y no os detengáis.

—Así que —dice Mdosi— eres el famoso Mollel.

Él no es como Mollel imaginaba. Es alto, sí, pero no enorme. El apelativo de Gran Hombre deriva de su estatus, no de su altura. Tiene los rasgos redondeados, aniñados; los ojos un poco inclinados hacia arriba de forma agradable, como si se divirtiese.

Su rostro, sin embargo, no se divierte.

La puerta de la enfermería se cierra tras Mollel. No tiene ninguna duda acerca de que los guardias que le han traído aquí están esperando justo al otro lado, bloqueando la salida. Mdosi ha bajado el trozo de cristal que sacó del cubo, y está examinando con atención al masái.

—Me he enterado de tu pequeña interpretación en el juzgado. Hay cuatro mil hombres en esta cárcel, Mollel, y somos los dos únicos que estamos aquí por elección.

—Eso pensaba —contesta Mollel—. Un hombre como tú no termina en la cárcel por un delito menor, a menos que quiera.

—Imagino que es el lugar más seguro para mí ahora mismo —responde Mdosi—. Como puedes ver, no es demasiado cómodo.

Mollel echa un vistazo a la única estancia de la enfermería, que se ha convertido en la residencia privada de Mdosi, con las cortinas en la ventana, la alfombrilla, el calendario con paisajes del monte Kenia nevado, la pequeña televisión que parpadea en silencio sobre un taburete. Y, quizá lo más envidiable de todo, hay una cama. Una cama de tamaño normal, adecuado.

De nuevo le choca la semejanza en la forma de vivir de la gente.

Jemimah Okallo en su cuarto en la residencia de la granja de flores. Él y Shadrack en sus barracones en el puesto de la policía. Y ahora Mdosi, el hombre más rico de Naivasha y enemigo público número uno. Todos en sus pequeñas habitaciones. Todos prisioneros.

—Bueno, Mollel, ¿qué te trae aquí?

—Quería verte. Y oí que no recibías visitas de agentes de policía.

Mdosi resopla.

—¿Puedes culparme? Mis hombres han estado recibiendo visitas de tus colegas. Les proponen salir a dar un pequeño paseo, y nunca vuelven. Gachui es el último. Nadie sabe nada de él desde hace días.

Mollel recuerda la figura postrada y ensangrentada de Gachui tirado a sus pies. ¿Qué le había pasado después de que Shadrack se llevase a Mollel a la fuerza?

Después piensa en los otros, intentando hacer que se subiera al coche ayer. Si se hubiera ido con ellos, está seguro de que habría descubierto exactamente qué le había

pasado a Gachui. Mollel reprime un escalofrío.

—¿De modo que van detrás de ti también, masái? —pregunta Mdosí, adivinando al menos la mitad de lo que está pensando Mollel—. No envidio tu elección. Por lo menos aquí estoy rodeado de mi propia gente. ¿Y tú? Tú no tienes nada.

—¿Quieres acabar con esta gente que se está fumando a tus hombres? —dice Mollel—. Lo creas o no, yo también. La diferencia es que en realidad yo tengo esperanzas de conseguirlo.

—¡Ja!

—Hablo en serio. No puedo desarticular esta banda hasta que sepa qué están haciendo con los cuerpos. Y no puedo descubrirlo hasta que confíen en mí.

—Bueno, has reventado eso, ¿verdad, Mollel? ¡Confían en ti tanto como quieren matarte!

—Por el momento, sí —replica Mollel—. Y por eso estoy aquí. Necesito darles un motivo para pensar que pueden confiar en mí.

Se lleva la mano a la espalda, se levanta el uniforme y saca un cuchillo improvisado de la cinturilla de sus pantalones cortos. Lo levanta.

Los ojos de Mdosí lanzan una mirada rápida a la puerta, pero él ya está preparado con su propia arma.

—No llames —advierte Mollel—. Todavía no.

Mdosí muestra un destello de sus dientes.

—Así que eres igual que ellos después de todo, Mollel. Supongo que piensas que me lo merezco. Bueno, puede que sí. Pero te diré algo. Mátame y nunca saldrás vivo de esta prisión.

Los dos están en pie frente a frente bajo la luz parpadeante de la televisión. De forma extraña, Mollel no puede evitar darse cuenta de que el programa que hay en la pantalla es un episodio de *Cobra Squad*.

Mdosí se precipita de pronto hacia él, pero Mollel lo esquiva, apartándole la mano de un golpe con el antebrazo. En ese espacio reducido, Mdosí choca con la pared, haciendo que el calendario caiga revoloteando al suelo.

—¿Estáis bien ahí? —pregunta una voz desde fuera.

Mollel está sujetando el cuchillo contra la garganta de Mdosí.

—Estás bien —sisea Mollel.

—¡Estoy bien! —grita Mdosí.

—Ahora escucha —sigue Mollel—. Esto es lo que vamos a hacer.

Mdosí se sienta en el borde de la cama. Mollel se arrodilla delante de él, con el cuchillo en la mano.

—¿Estás preparado? —pregunta.

—Tan solo hazlo —responde Mdosí.

Mollel levanta la mano izquierda y desliza las puntas de los dedos sobre la sien de

Mdosi. Lo hace con delicadeza: tanta como su madre cuando le afeitó la cabeza para la ceremonia que marcó el final de sus días como *morán* y el inicio de su tiempo como anciano.

Aunque no puede saber los entresijos del ritual, Mdosi no se estremece. Para un masái, estremecerse en ese punto significaría una vida de vergüenza. Los dedos de Mollel encuentran lo que busca: la vena que va desde el borde de la ceja hasta el cuero cabelludo. La sigue hasta el nacimiento del pelo donde, invisible para la vista, pero no para el tacto, forma una ondulación diminuta sobre el cráneo duro, redondo, que hay debajo.

Aprieta y fricciona el lugar. Después, con un movimiento veloz, hábil, clava la cuchilla de forma horizontal en la vena. Por un momento no pasa nada. Luego unas diminutas gotas de sangre salpican y relucen entre el pelo corto y oscuro sobre la frente de Mdosi.

—¿Ya está? —pregunta Mdosi.

Mollel no contesta, pero se pone en pie para presionar en el corte. Deja el cuchillo, y empieza a masajear el cuero cabelludo sobre la hendidura con ambos pulgares. Por un momento duda de su propia pericia. No desea volver a hacer esto. Y entonces surge, rápida, repentinamente. Un chorro palpitante.

Mdosi escupe el riachuelo que se le mete en la boca y levanta la mano para recibir la humedad cálida que le baja por la mejilla.

—Deja que fluya —le dice Mollel.

Pasa su propia palma por la mejilla de Mdosi y deja la huella manchada de rojo sobre las rayas de su uniforme. Repite la acción unas cuantas veces. El uniforme del propio Mdosi está empapado de rojo intenso en el hombro izquierdo. Oreja, nariz, mentón, todo ensangrentado.

Mollel vuelve a centrarse en el corte y lo aprieta con el pulgar. Por primera vez, Mdosi se estremece.

—Tengo que hacer esto —susurra Mollel, atento—. Ahora, vamos al suelo.

Con los dedos todavía presionando fuerte contra el corte escurridizo, Mollel baja a Mdosi hasta el suelo.

—Ya no sangra —dice—. Ahí la pared venosa se sella con bastante rapidez. Parece mucha sangre, pero estarás bien.

—Mejor que así sea —responde Mdosi—. No estaré nunca lejos de ti, Mollel. Ahora tenemos un vínculo.

—Confía en mí —contesta.

Mdosi cierra los ojos. Entonces Mollel aporrea la puerta.

El ruido crece y se expande. Llena todos los espacios abiertos y cruza todas las puertas cerradas. Hace traquetear los barrotes y sacude las paredes. Un ruido que notas en los pies y en el pecho. Un ruido tanto animal como mecánico, mientras los presos braman y aporream las puertas.

El miedo brilla en los ojos de los guardias. Vibra en los trofeos y en las copas que se tambalean tras las puertas de cristal de las vitrinas. Rebota desde la placa que contiene el nombre dorado de cada director —que en los años sesenta pasó de pronto de Anderson y Dickinson a Okewmba y Olouoche—, y agita las banderas que cuelgan desde unos palos cruzados sobre la pared: banderas de Kenia, de la provincia del valle del Rift, del servicio penitenciario. Incluso el monitor de pantalla plana del ordenador del director tiembla sobre su escritorio.

—Tenemos que llamar al ejército, señor —insiste uno de los funcionarios.

El director, a quien han sacado de la cama, o de la cama de alguien, levanta un dedo que no admite disconformidad.

—Tres meses en este cargo —dice, con desaliento—. Tres meses. No voy a ser el director que llama al ejército para hacer un trabajo que sus propios guardias están demasiado asustados para hacer.

—Con el debido respeto, señor —sigue el funcionario—, no es que estén asustados. Si mandamos a nuestros chicos ahí dentro, ahora,... los despedazarán.

El director cierra los ojos y escucha el sonido del motín como si fuera el canto lejano de un pájaro transportado por una brisa cálida.

—¿Por qué no podemos decirles simplemente que este tipo, Mdosí, no? ¿Por qué no podemos decirles que no está muerto?

—No nos creerían, señor. Sus hombres lo vieron cubierto de sangre, inmóvil. Permaneció así todo el trayecto hasta la ambulancia.

El director suspira.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer con él?

Por «él» se refiere a Mollel, que está sentado entre dos de los innumerables guardias que atestan el despacho del director, en apariencia para protegerlo, pero en realidad para protegerse a sí mismos.

—¿Puedo hacer una sugerencia, señor? —pregunta Mollel.

No esperan que hable, y su voz eriza los pelos de los guardias.

—Una llamada rápida al juez Singh podría dejarme bajo la custodia de mis colegas en la policía local. Comprobará que tan solo con sacarme del edificio la situación se calma.

—Oh, ¿te gustaría eso, verdad, Mollel? —contesta el director—. ¿Tal vez te gustaría que te organizase un vuelo a Cuba, ya que estoy? No tenemos tratado de

extradición con Cuba, ¿verdad, chicos?

—No lo creo, señor —responde uno de los funcionarios, sin captar su sarcasmo.

—No, Mollel —suspira el director—. No voy a tener a un prófugo entre mis manos, además de un total... —Se detiene antes de decir la palabra «motín», y la sustituye por «tumulto».

Mollel se mueve con inquietud. Sabe que una llamada a Otieno en Vigilance House, o dondequiera que pueda estar su jefe a estas horas de la noche, lo liberaría de inmediato. Pero el hecho de llamar se filtraría, sin ninguna duda. La misma red de rumores y chismorreos en la que confía para que propague la noticia de su ataque a Mdosí, para así ganarse de nuevo la confianza de la Fuerza Rino, también le pintaría de forma indeleble como un espía de la policía. Va a tener que esperar al momento oportuno.

Otro funcionario pronuncia un «Ehhh».

—¿Bueno? ¿Qué pasa?

—El preso tiene razón, señor. Tenerlo aquí no ayuda. Y difícilmente podemos mantenerlo en su despacho para siempre, ¿no?

El director cede ante el argumento.

—Hablad con el oficial al mando en Kamiti. Decidle que tenemos un traslado de emergencia. Pero no contéis nada del altercado. Mientras tanto, abrid las mangueras. Un buen remojo debería calmarlos. Y si alguien pregunta, hay un pequeño incendio en la cocina. Nada por lo que tenga que preocuparse nadie más.

La prisión de Kamiti. Es una vuelta a Nairobi, después de todo, para Mollel. Cerca de casa..., cerca de su hijo. Pero todavía tras los barrotes. Y lejos de este caso.

Desde el despacho del director, esposado y todavía empapado con la sangre de Mdosí, se lo llevan y lo hacen pasar por el postigo pequeño, grueso, de la enorme entrada del edificio principal de la cárcel. Los ruidos del motín todavía resuenan a su alrededor, y ve a un grupo de guardias corriendo para hacerse cargo de un tanque con bomba y manguera. No envidia a quienes están a punto de recibir ese lavado. Pero se da cuenta de que su situación apenas es más envidiable.

Por primera vez, se pregunta si Otieno no renegaría de él. Después de todo, se suponía que esta era una operación secreta. ¿Cómo explicaría que uno de sus agentes atacase a un civil y a otro preso en la cárcel? ¿Le preocuparía siquiera? La misma historia de comportamiento imprevisible que Mollel había invocado para asegurarse de ser apartado en primer lugar podría ahora jugar en su contra. «Solo es Mollel. Iba a terminar encerrado, de una u otra forma».

Todo sonó muy claro y lógico cuando Otieno le asignó este caso al principio. «Evitaremos el papeleo», dijo. «Mantengámoslo confidencial».

En otras palabras, incluso entonces estaba protegiendo su propio culo.

—Entra.

Un empujón en la espalda impulsa a Mollel a meterse en el bus de la cárcel. Sube el escalón y recorre el pasillo. Las cuatro primeras filas del bus, aproximadamente un tercio de su longitud, son iguales a cualquier otro autobús: asientos desvencijados y peste a sudor. Tras la cuarta fila, sin embargo, hay una celda: la puerta está formada por barrotes gruesos de hierro y las ventanas opacas son rejillas de malla.

Los funcionarios de la cárcel, al parecer, no pueden ver una puerta sin empujar a alguien para que la cruce, sin importar lo colaborador que sea. Empujan a Mollel para cruzar la última puerta hasta la parte trasera del bus, donde tropieza con uno de los asientos, sin poder cogerse con las manos esposadas para evitar caerse.

Cierran la puerta interior tras él y ve al guardia pasándole la responsabilidad a otro, que lleva un abrigo grueso y carga una AK-47 maltrecha. El guardia toma asiento en la parte delantera, con cansancio, hunde el cuello, se cruza el fusil sobre el pecho y da toda la impresión de estar dormido. Antes de que pase mucho rato aparece un conductor, frunciendo el ceño y frotándose la barba incipiente. Intercambia unas pocas palabras bruscas con el guardia, va a su asiento, y, tras un par de intentos traqueteantes por arrancar, el motor vuelve a la vida con un chisporroteo. Suelta el freno de mano y el vehículo empieza a moverse.

Con las muñecas atadas, a Mollel solo le resulta posible agarrarse ligeramente al respaldo del asiento de delante, de forma que en cada esquina se desliza hacia el pasillo o choca con la malla que hay sobre la ventana. A través del cristal opaco contempla cómo van quedando atrás las luces de la ciudad. Es una sensación curiosa y nauseabunda, mirar la longitud del bus, incapaz de ver lo que hay fuera excepto lo que vislumbra a través del parabrisas lejano, donde algún que otro destello, como la parte de atrás de los camiones y vallas de la carretera, aparece iluminado momentáneamente por los faros. Es como estar al fondo de una versión en marcha del túnel de poliamida de la granja de flores.

Por el movimiento del bus, Mollel percibe el avance. Primero, la carretera larga, recta, recorriendo la llanura —en ese tramo hay pocas luces— hasta la colonia de Mahi Mahiu, donde la carretera se bifurca hacia Narok y donde una serie de baches a velocidad maliciosa casi hacen que Mollel choque contra el techo.

Siguen recto y, a poca distancia de la ciudad, la parte delantera del bus empieza a inclinarse mientras la pendiente aumenta. Están empezando a subir la escarpadura kikuyu, un ascenso espeluznante de un kilómetro de altura en el espacio de menos de diez kilómetros por carretera. Mollel se alegra, por una vez, de no alcanzar a ver las vallas protectoras rotas o desaparecidas en cada curva cerrada, los incontables lugares donde conductores desafortunados o impacientes se habían arrojado a su destino funesto por el acantilado boscoso, tan abrupto que incluso los saqueadores de ese tipo de restos se muestran reacios a bajar para llevarse su cosecha.

El bus, antiguo y mal mantenido, sube con dificultad la pendiente. El motor refunfuña, cada cambio de marcha es como una boqueada para respirar, un instante exasperante en el que el bus parece deslizarse hacia atrás sin remedio antes de

recuperar su sujeción a la carretera.

A pesar de sus mejores esfuerzos, Mollel no puede evitar imaginar que el bus derrapa en alguna curva mal calculada, tambaleándose sobre el precipicio y, después, la caída libre hacia la negrura de debajo.

Se haría trizas como un tomate en una jaula.

Se percata vagamente del destello de una luz blanca, y tarda un momento en darse cuenta de que el origen está fuera de su propia cabeza.

La opacada ventana trasera del bus se ve iluminada a ráfagas intermitentes, rápidas. Mollel puede distinguir dos puntos difusos de luz: faros. Algún idiota, ansioso por restar unos pocos minutos en su viaje de regreso a la gran ciudad, se ha frustrado con el bus de la cárcel, soltando humo, acaparando la carretera, y quiere forzarlo a meterse hacia el fondo de la enorme pared rocosa que linda con el carril interior, para así poder adelantarlo. Mejor eso, supone Mollel, que el precipicio.

Ahora, oye las hojas y ramas fustigando el lateral del vehículo mientras el conductor del bus intenta cumplir con el impaciente que lo sigue de cerca. Pero aun así las luces lanzan destellos, y los bocinazos acompañan a las señales de urgencia.

Mollel nota que deben de estar en una parte más llana de la escarpadura. Con un gruñido repentino, el coche intenta adelantar, y ve cómo las luces blancas cambian a luces rojas en las ventanas laterales mientras el coche pasa deprisa.

Espera que el viaje vuelva a su antiguo ritmo, pero sabe que sucede algo. Por encima del resoplido del motor diésel, se da cuenta de que se están intercambiando palabras. Se levanta y se sube al lateral del asiento del pasillo. Agarrándose a la puerta de la celda, ve que el conductor tiene la ventana abierta y está mirando al coche de al lado. El guardia está ahí también, con el arma lista. Después hay un cambio de marchas y el bus gira a la derecha, sobre terreno plano, se echa el freno de mano y el motor emite un gruñido al ponerse a ralentí.

¿Ahora qué?, piensa Mollel.

El guardia, despacio y con cautela, baja el fusil del hombro. Le da la vuelta y lo sostiene, con la culata primero, por delante de él. Después, como si se acercase a un perro desconocido, avanza muy lentamente hacia la puerta.

La puerta del bus se abre con un sonido metálico rasposo, y aparece una mano. De mala gana, el guardia coloca el fusil hacia delante y se lo arrebatan. De inmediato se lleva las manos a la cabeza. También el conductor copia esta acción con rapidez, y ambos bajan del vehículo arrastrando los pies.

Mollel se mueve y se esfuerza por divisar qué está pasando. Oye voces, y ve figuras moviéndose ante los faros del bus.

Está seguro de dos cosas: primera, que quien haya hecho parar al bus y haya desarmado al guardia será sin duda la próxima persona en aparecer por la puerta.

Y segunda, que se proponen matarlo.

Le sorprende encontrarse considerando qué destino sería preferible: encogerse bajo los asientos traseros mientras arrasan la jaula con disparos automáticos, o rebotar contra el techo cuando suelten el freno de mano y el bus caiga en picado por el precipicio hasta explotar de manera brutal allá abajo.

Lo más probable es que sean ambos.

Como justo a tiempo, una figura sube al bus y se inclina sobre el asiento del conductor. En lugar de poner la marcha o quitar el freno de mano, que es lo que Mollel ha estado esperando, simplemente apaga el motor. Al cabo de un rato tan largo, la ausencia de ruido hace que a Mollel le zumben los oídos. El hombre empieza a recorrer el pasillo con decisión hacia la celda. Lleva una AK-47 y la cabeza cubierta por un pasamontañas de lana que deja ver sus ojos. Así sea. Al menos que resulte rápido. Mollel se agarra a los barrotes de la puerta de la celda y cierra los ojos. Oye un chasquido metálico y nota que los barrotes se apartan de él.

—Vamos —dice Shadrack—. Salgamos de aquí.

Bajan del bus y lo recibe la visión de otras tres figuras encapuchadas, todas con armas. No hay duda respecto a que la gigante es Munene, la corpulenta Mungai y la que tiene las rodillas arqueadas pertenece a Choma. Sobre el suelo, con las manos tras la cabeza y la cara en la tierra, están el guardia de la prisión y el conductor del bus. Mollel siente alivio al ver que, al parecer, están ilesos..., aunque no está tan aliviado como imagina que deben estar ellos.

El bus se ha hecho a un lado junto a un puesto de *souvenirs*, uno de los muchos encaramados al borde del precipicio aquí, diseñados para atraer a los turistas impresionados con el amplio panorama del Gran Rift. De día, los caballetes de madera estarían amontonados con tallas, sombreros de piel de oveja y *shukas* masáis. Un letrero pintado a mano proclama: FIN DEL MUNDO. LA MEJOR VISTA. FOTOS GRATIS.

El coche en el que ha llegado la Fuerza Rino está ronroneando junto al bus. Mollel no lo reconoce: supone que lo han tomado prestado para la ocasión. Shadrack pone una mano sobre la cabeza de Mollel cuando lo conduce, todavía esposado, al asiento trasero.

Tan pronto como llegan a la carretera larga, recta, en lo alto de la escarpadura, los policías se quitan los pasamontañas y empiezan a reírse con fuerza. A carcajadas. Mungai se da la vuelta en el asiento delantero y pellizca a Mollel en la mejilla, haciéndole daño. Munene, que conduce, golpetea el volante con regocijo. Incluso los hombros del viejo Choma se agitan con alegría.

Mollel empieza a sentirse nervioso por los tres AK-47 cuyos cañones se agitan de forma peligrosa cerca de su cara. Habiéndose librado de una bala tan recientemente, no le entusiasma la posibilidad de recibir una por descuido.

Salen de la carretera y entran en un camino arbolado. Allí, esperándolos, está el leal y viejo Toyota de Shadrack.

Así que aquí es. Este sendero estrecho, lleno de baches, con árboles altos, oscuros, que se alejan a ambos lados, va a ser el último lugar que vea en la tierra.

Aquí, el bosque denso forma el margen de la meseta, finalmente dando paso a un mosaico de granjas pequeñas, plantaciones de té y alguna aldea aislada que se fusiona con otra, y luego otra, hasta que ya no hay aldeas, sino la extensión continua, deshilvanada, que anuncia el comienzo de las afueras de la gran ciudad de Nairobi.

Mollel siente una punzada de nostalgia. Esto es lo más cerca que ha estado de su casa... y de su hijo... en semanas. Podría ir caminando desde aquí; cincuenta kilómetros es poco más que un paseo para un masái.

Podría llegar a la casa pequeña y rara de Faith en Kawangware a tiempo de ver a Adam saltando al llegar de la escuela.

Incluso mientras compone la imagen en su mente, se obliga a expulsarla. Esos pensamientos solo son una tortura, porque no habrá vuelta a casa. No para Mollel.

—¿Ves, Mollel? —pregunta Shadrack—. La Fuerza Rino cuida de los suyos. No como ese Kiunga colega tuyo. Menudo amigo ha resultado ser.

—Nunca fue mi amigo —contesta Mollel—. Solo alguien con quien solía trabajar.

A lo lejos, oye a un gallo dar la bienvenida a los primeros rayos grises del amanecer.

—Dime algo, Mollel —le pide Shadrack, en voz baja. Mollel se gira para mirarlo de frente. Bajo la luz que va creciendo, con ojeras oscuras bajo los ojos y un indicio de barba incipiente en la barbilla, el muchacho parece mayor de lo que es—. ¿Lo hiciste por alguna razón, verdad? Quiero decir, ¿te estaba amenazando o algo?

—Sí —contesta Mollel—. Algo así.

—Lo sabía —dice Shadrack—. Sabía que tenía que haber una razón. Quiero decir, incluso en *Cobra Squad* nunca disparan a alguien a sangre fría. No a menos que ese alguien esté apuntándolos con una pistola.

Una oleada de esperanza sube por el pecho de Mollel. Hay una sombra de humanidad en las palabras de Shadrack que no concuerda con su ejecución inminente.

Y sin embargo, ¿por qué otro motivo lo ayudarían a fugarse de la cárcel si no era para ponerlo en un lugar donde nunca podría testificar contra ellos?

—Fue bastante valiente lo que hiciste allí, Mollel —apunta Mungai—. Valiente o estúpido. Si no te hubiésemos sacado, no te habría dado ni veinticuatro horas. Aunque te hubieran trasladado a Kamiti, las conexiones de Mdosí son profundas.

La luz empieza a resaltar detalles de este paisaje anónimo: primero, árboles aislados; después, ramas y hojas. Y Mollel empieza a permitirse creer que este amanecer puede no ser el último para él.

Se atreve a conversar.

—¿Qué se sabe de Mdosí? La última vez que lo vi no tenía muy buen aspecto.

—Ahí sigue —responde Munene—. Pero ahora sabrá que incluso dentro no tiene protección.

—Hiciste bien, Mollel —dice Shadrack—. Has demostrado lo que vales.

Antes de que Mollel pueda sopesar esta afirmación, Mungai le pone en las manos una manta gruesa de cuadros rojos y negros.

—Toma —dice—. Siento que no sea un traje de tres piezas de Biashara Street, pero creo que, en estas circunstancias, es tu mejor opción.

Shadrack saca las llaves que le cogió al guardia y le quita las esposas a Mollel. Después abre la puerta del coche y sale. El viejo Choma hace lo mismo al otro lado de Mollel, dejando que se deslice por el asiento y coloque los pies descalzos sobre la hierba mojada.

—¡Santo Dios, Mollel! —exclama Shadrack—. Te daría mis zapatos. Pero estás mejor sin ellos.

Mollel despliega la manta roja y la coloca alrededor de sus hombros frente al frío del amanecer. Es un movimiento que resulta instintivo, evocador, y que no ha hecho en años. La última vez que vistió una *shuka* debió de ser antes de que fuese un hombre casado, y antes de ser policía.

Y ahora mismo, no es ninguna de las dos cosas.

—¿Qué hago ahora? —pregunta, para sí mismo tanto como para cualquier otro.

—Desaparecer.

Como por lo general está tan callado, la voz de Choma... ligera, y sorprendentemente juvenil... siempre coge a Mollel por sorpresa.

—Tan solo desaparece, Mollel —continúa Choma—. Ahora eres un masái de nuevo. Puedes ir adonde quieras. Camina rumbo al sur desde aquí y estarás en Tanzania en pocos días. Encuentra una aldea que necesite un anciano. Búscate una esposa.

Shadrack pone un sobre en la mano de Mollel.

—No es mucho —dice—. Pero es de todos nosotros. Debería bastar para comprar

algo de ganado.

—O una esposa —ríe Mungai.

—Necesitarás también esto.

Shadrack le pasa un puñal con una funda de piel bastante fina. Un cinturón. Un bastón amarillo.

—Avísanos cuando estés instalado —continúa Shadrack—, y lo arreglaremos para que te lleven a tu hijo. Volveréis a estar juntos, Mollel. En un lugar lejos de aquí.

—Un nuevo comienzo —dice Mungai—. Nunca tuviste madera de policía, en cualquier caso.

—Y todo esto —murmura Choma, agitando la mano como si estuviese lanzando un hechizo—, todo esto nunca ha ocurrido.

El dinero significa poco para Mollel. Coches, bebida, estatus, mujeres: las cosas que el dinero puede comprar, que a sus colegas policías siempre se les habían antojado, significan incluso menos. No conduce, no bebe. Ha dejado los únicos dos tratamientos que significaron algo para él alguna vez —sargento y anciano—, y perdió a la única mujer a la que amó.

A lo largo de su carrera, siempre se ha sentido insobornable. Es parte de su identidad. Su autoestima. Su orgullo.

Su vanidad.

Mientras todos los que lo rodeaban se metían mordidas en el bolsillo por aquí, dinero *chai* por allá, hacían la vista gorda aquí, apretaban los tornillos allá, trampeaban, regalaban, encumbraban, extorsionaban; conseguían *kitu kigodo* por aquí, aguinaldos por allá, esto y lo otro, dar y tomar, timando, allanando el terreno, untando, forrándose, exigiendo, provocando, mojándose, manoseando, apartando un poco por arriba, ganando un poco por otro lado..., mientras todos hacían eso, Mollel se mantenía aparte.

O eso pensaba.

Quizá no era tan insobornable. Tal vez nunca le habían ofrecido el soborno adecuado.

Hay un atractivo innegable e intenso en la perspectiva que de repente se le ofrece. Desaparecer; esfumarse. Dejarlo todo atrás: Otieno, el departamento, el peligro, el estrés, el hastío. Y todo lo que tendría que hacer es caminar.

Shadrack le tiende la mano.

—Adiós, Mollel. Buena suerte.

Se meten en el Toyota, dan marcha atrás por el camino, giran para entrar en la carretera y se van.

Mollel empieza a caminar. Evita la carretera a favor del camino del bosque. Como había previsto, no pasa mucho tiempo antes de que los espacios entre los árboles que hay por delante empiecen a resplandecer. Casi antes de darse cuenta, las suaves

agujas de pino bajo sus pies se desmoronan y se detiene, sujetándose a un tronco serrado, mirando la extensión de abajo. El suelo del Gran Valle del Rift. Una composición verde y dorada, salpicada por las sombras de las nubes que pasan rápidas en lo alto, y que, sin embargo, aún se hallan por debajo de donde está Mollel.

A lo lejos se alzan montañas azules. Suswa; Longonot. Volcanes, una vez. Montañas de Dios. Hacia el sur, Tanzania. Hacia el norte, la franja estrecha de carretera que lleva de regreso a Naivasha y Maili Ishirini.

¿Cuántos masáis habrán estado aquí de pie, como él ahora, contemplando esta tierra? Hubo un tiempo en que la poseían de forma completa e incontestada. Ninguna frontera ni carretera la dividía. Incluso los mapas del hombre blanco reconocían Maasailand. Ningún kikuyu se atrevía a cruzar este territorio sin rendir homenaje a los masáis, para no terminar erizado con flechas como un puercoespín.

Invisibles desde aquí, los filamentos del alambre de espino que segmentan este paisaje. Invisibles, las granjas y casas de labranza que la salpican ahora.

Tras buscar un poco, Mollel encuentra un camino que baja zigzagueando por la escarpadura. Cada paso, al parecer, va acompañado por un ligero aumento de la temperatura, un cierto espesamiento del aire. El cambio en la vegetación resulta inhóspito y notable. Donde los bosques de pino coronaban la cumbre, la tierra intermedia está llena de grupos de euforbias redondas, con sus ramas en forma de candelabro tachonando la ladera empinada como alfileres gigantes en un mapa. Entre estos dinosaurios, lantanas ávidas ondean y se derraman, estrechando el camino hasta convertirlo en poco más que un sendero, con sus flores diminutas, de color rosa, asintiendo mientras Mollel las golpea al pasar y reviste el aire con su fragancia pegajosa.

Y antes de darse cuenta, Mollel está de nuevo entre los paisajes y olores masáis. El polvo rojo en sus pies, el aroma fuerte, marcado, del arbusto de *leleshwa*. Con algo cercano a la alegría, arranca una espiga y la parte. Aplasta las hojas y las frota sobre su pecho y bajo los brazos, respirando profundamente el olor saludable de la salvia.

En una bifurcación del sendero, el parloteo de un bufágido lo avisa de que tiene compañía; bolitas de estiércol relucientes en el camino significan que el sonido de los cencerros de las cabras no es una sorpresa. Sin embargo, el muchacho que está tumbado bajo un árbol candelabro da un salto y casi se sale de su piel cuando Mollel le da una patadita en los pies.

—Perderás a tu rebaño —le dice Mollel, en maa.

Hablar en su lengua materna, por lo general una lucha para él, parece perfectamente natural y fácil en este escenario.

El muchacho se levanta de un salto y ve moverse la cola de una cabra que trata de buscar un camino para subir por el acantilado.

—¡Ashe! —grita el chico para dar las gracias, y se va dando brincos para perseguirla.

Mollel lo observa con cariño. Si hubiese perdido el rebaño, reflexiona, incluso si

solo hubiese perdido un cabrito, habría recibido una paliza.

Y hubo palizas así. Muchas. Ni siquiera tenía que haber una razón, ninguna razón, es decir, más que el olor agrio a cerveza de miel en el aliento de su padre.

Otros recuerdos empiezan a surgir como un río en crecida.

De la migración constante en busca de pastos. De los años difíciles, cuando la hierba se marchitaba y se convertía en paja y los animales lucían sus costillas como las rayas de una cebra.

De asaltos, de *morans* de otras aldeas, o de ladrones armados que llevaban camiones en los que cargaban el preciado ganado que robaban.

Del día en que llevaban a las niñas al *boma* y se convertían en mujeres.

De la muerte por la mordedura de una serpiente, por un león, o tan solo por enfermedad. De toses atroces y ojos supurando pus —lo que en ningún caso era excusa para evitar el pastoreo— cuya única cura era un brebaje de olor repugnante hecho con tierra, hierbas y cenizas que se frotaba por el pecho, o, *in extremis*, se tragaba.

De *ukimwi*. Esa enfermedad de los forasteros que causó tantos estragos en los masáis y que ninguna hierba ni poción podía curar. Que mataba por igual al *morán* y al anciano, a la esposa y al niño, dejándolos como esqueletos resecos, disecados dentro de una piel de cenizas.

—¡Espera! —llama al muchacho, ahora apenas visible por encima de donde está él—. ¿Adónde llevan estos caminos?

—El de la izquierda, a la montaña —contesta el chico—. El de la derecha, al lago. Eso dicen. Nunca he estado allí.

Las sombras se han reducido y alargado de nuevo para cuando Mollel llega a Maili Ishirini. Los últimos kilómetros han implicado trepar sobre alambre de púas o desviarse del camino para seguir vallas eléctricas altas y largas. Al final, se ve obligado a caminar a pie, resentido, por el borde de la carretera, cubriéndose la cabeza con la *shuka*, en parte por el polvo de los vehículos al pasar y en parte para que no lo reconozcan.

Se aproxima a la colonia con cautela, preparado para apartar la cara si ve a alguien que conoce. Se pega a los setos bien recortados de la granja de flores como si pudiesen resguardarlo de la vista. Como un animal pequeño, desconfía de los espacios abiertos.

Pero tiene delante el primer desafío: la entrada del Hotel Lakefront. Ha cruzado esas verjas muchas veces en los últimos días. Y dos de los guardias, a quienes recuerda de sus visitas, están en pie charlando en la entrada.

Levanta los hombros, hunde la barbilla en el pecho y acelera el paso. Manteniendo la mirada fija en la carretera que tiene delante, y tratando de rezumar un aire de total ensimismamiento, da pasos largos hacia delante.

Casi ha pasado todo el tramo cuando:

—¡Weh! ¡Mzee!

Intenta fingir que no lo ha oído, pero un titubeo en su paso lo delata.

—¿Estás sordo, viejo? Te estoy llamando.

Mollet se gira despacio, con la mirada baja.

Mientras lo hace, un recuerdo sale a flote. Jemimah Okallo, en la carretera, antes de su muerte. Él, Mollet, tratando de llamarla. Ella evitando su mirada, ignorando sus preguntas.

Estando en su lugar, comprende por completo lo que se siente al estar frente a la autoridad. Entiende el deseo apremiante de volverse invisible.

—¿Qué haces?

—Solo paso —murmura Mollet.

—¿Vas al pueblo?

Asiente.

—Bueno, tráeme algo de comer, ¿vale? Un *mandazi*.

Mollet asiente de nuevo, y se gira para marcharse.

—¡Espera!

Se detiene otra vez.

—¿No quieres algo de dinero para pagarlo?

El guardia extiende la mano con unos cuantos chelines.

—¡Y asegúrate de que está recién hecho!

Los dos guardias se ríen mientras Mollet sigue su camino.

En la pequeña tienda de comestibles, esperando su *mandazi*, Mollet se mira en el espejo manchado que está colgado detrás del mostrador.

Ahora ve por qué lo llamaron *mzee*. Viejo. El polvo se ha hecho notar en las arrugas de su frente, alrededor de sus ojos y su boca. Tiene las mejillas hundidas por el hambre y los ojos nublados por el cansancio. Hace varios días que no se afeita, y su barba incipiente es gris.

Cualquier vestigio de Mollet, el policía, ha desaparecido. Ahora es solo *mzee*. Otro viejo masái, fuera de lugar y fuera del tiempo.

No necesita preocuparse por si lo reconocen. Apenas se reconoce a sí mismo.

Mollet se lleva un *mandazi* para él además de uno para el guardia. Mastica el tentempié pastoso con avidez al salir de la tienda y se sienta en cuclillas, con las piernas arqueadas, bajo un árbol de acacia entre algunos puestos del mercado.

Esto podría funcionarle bien, medita. Ha vuelto a Maili Ishirini sin tener una idea real de cuál será su próximo movimiento. Pero ahora que sabe que puede ocultarse a plena vista, se percata del valor de su nueva imagen.

La caminata también lo ha ayudado a clarificar las ideas. En apariencia su mente estaba ausente mientras caminaba por aquel paisaje, pensando solo en los sonidos y

los olores y en dónde colocar los pies. Pero, de alguna forma, a lo largo de la ruta, ha ordenado, ha procesado, los acontecimientos de los últimos días.

Ha recuperado la confianza de la Fuerza Rino a expensas de que no lo quieran cerca. Bueno, eso no puede evitarlo. Necesita una excusa para volver a aparecer, y Jemimah Okallo se la proporcionará. Shadrack ha acusado a Mollel de estar obsesionado con ese caso; sería plausible que quisiera cerrarlo antes de desaparecer para siempre.

Se pone en pie con algo de rigidez. Ha estado mucho rato sentado en el suelo. Al menos el movimiento está en armonía con su nueva imagen de viejo. Mientras se estira, levanta la mirada y ve a Beatrice de pie en la entrada de su tienda de móviles, llenándola con su amplia figura. Ella levanta la mano para hacerse sombra sobre los ojos y lo mira, escudriñando. Él agacha la cabeza y se escabulle deprisa.

—Toma —dice, pasándole al guardia del hotel la bolsa de papel grasienta que contiene el *mandazi*.

—Gracias —contesta el guardia, cogiéndola y dando un bocado al bollo con gusto—. Nos preguntábamos si volverías.

—Un masái siempre cumple su palabra —responde Mollel.

—¡Oh, lo sabemos! —dice el guardia riendo—. Vosotros tenéis esa cosa del vínculo de honor. Hace que la vida sea dura para todos los demás. Nos estáis dejando sin trabajo.

Estos dos guardias, que visten el uniforme azul oscuro de una empresa de seguridad privada, no son masáis.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Mollel.

—Somos caros —interrumpe el otro guardia—. Tenemos formación adecuada, apoyo adecuado. Mira.

Saca una cadena de debajo de su camisa. Colgando al final hay un dispositivo de plástico blanco con un pequeño botón rojo en el centro.

—Apoyo —explica—. Cualquier problema y apretamos esto. La sala de control recibe la señal, y la furgoneta de patrulla está aquí en unos minutos.

—Los masáis no tienen nada así —se queja el primer guardia, con la boca llena de *mandazi*—. Solo golpean el suelo con su *rungu* y sus compañeros vienen corriendo.

Mollel recuerda cuando le enseñaron ese truco siendo un niño. El sonido reiterado del golpetazo de un palo pesado de madera sobre el suelo puede viajar muy lejos. Si lo oías, significaba que alguien estaba en peligro. Y nada, ni siquiera ocuparse del rebaño, podía disculpar a un masái que no respondiese a la llamada.

—Además, los jefes no tienen que preocuparse del seguro. Si un masái se hiere trabajando, su estúpido código de honor hace que eso sea una señal de vergüenza. Tan solo desaparece y es reemplazado al día siguiente por otro masái. Sin papeles ni formación. Directo al trabajo.

—Prácticamente ya se han apoderado de la seguridad de aquí al lado —continúa

el primer guardia, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la granja de flores —. Seremos los siguientes.

El deseo de Mollel de ser invisible casi parece haberse hecho realidad, porque, a pesar de su presencia, el guardia añade, entre dientes:

—Salvajes.

Mollel piensa en su teoría respecto a que Jemimah Okallo estaba intentando volver a entrar en la granja de flores. ¿Y si los masáis decidieron tratar con una intrusa a su manera? No parecía viable. El mismo código de honor del que se quejan estos guardias, el código que tanto se esforzaron por inculcarle durante su propia infancia, prohíbe atacar a las mujeres. Pero, reflexiona, eso nunca detuvo a su padre.

El recuerdo de su padre hace que Mollel se percate de que, ahora, debe parecerse bastante a él. De forma cohibida, aprieta la *shuka* alrededor de su pecho.

Justo entonces, los guardias se ponen firmes. Un Land Cruiser grande, con los cristales tintados, baja retumbando por el camino de entrada desde el hotel. Cada uno de los guardias coge un lado de la verja doble y lo abre, y se mantienen rígidos haciendo un saludo mientras el vehículo pasa.

Se detiene un momento mientras el conductor comprueba que la carretera está despejada por delante... y luego se detiene un poco más. La ventanilla del pasajero de atrás baja y se asoma un rostro redondo, pálido. Unos ojos chinos escudriñan a Mollel.

—Tú —dice el pasajero.

Mollel se señala a sí mismo sin decir nada.

—Sí, tú. Sube.

La puerta se abre y el pasajero se mueve para dejarle sitio. Mollel hace lo que le ordenan y, para sorpresa mal disimulada de los dos guardias de seguridad, se sube al coche y cierra la puerta tras él.

Fue el instinto de policía lo que le hizo subirse al coche, y es el instinto de policía lo que ahora le obliga a mantener la boca cerrada. Eso parece adaptarse bien a los demás ocupantes del coche; el hombre chino que está a su lado y el conductor local también permanecen callados. Mollel observa la ruta con atención. Es del todo posible que, cuando descubran que no es quienquiera que creen que es, tenga que volverse caminando. A pesar de su fuerza, sus piernas fibrosas lanzan una punzada de protesta ante la perspectiva de tener que hacer una segunda caminata en un día.

Se acercan a la carretera junto al lago hasta justo delante de Maili Ishirini, donde se desvían al camino escarpado que sube al Parque Nacional. Pasan junto a la verja del santuario de rinocerontes, pero no entran; en lugar de eso, siguen la carretera de acceso que va en paralelo a la valla eléctrica elevada que lo rodea.

A su alrededor, los susurros del atardecer empiezan a asentarse. Este territorio es desconocido para Mollel; y pronto el paisaje también lo será. El coche aminora y se bambolea sobre su eje cuando el terreno bajo las ruedas pasa de tierra y gravilla a algo distinto.

El coche alcanza una colina y surge una nueva vista, oscura y reluciente bajo los últimos rayos del sol: son los campos de obsidiana. De esquiras crueles, diminutas, a inmensos cantos rodados, pulidos; el vidrio volcánico está por todas partes, impasible desde donde fue escupido por el aire hace millones de años. Entremezcladas con él hay torres altas de lava marrón, orlada y picada como coral muerto. Una vez, esto debió de ser un paisaje de puro infierno; hoy apenas es más reconfortante.

Los pies desnudos de Mollel, aunque curtidos, no tendrían ninguna oportunidad ahí. Ni, por lo que parece, la tendría nada que no fuese la forma más básica de vida. Aquí y allá un arbusto desafortunado surge de un bolsillo de tierra arrancada por el viento; de vez en cuando se atisba algo como una lagartija metiéndose deprisa en un agujero prehistórico.

Aquí la carretera está cortada directamente en la roca y es implacable, incluso para la suspensión de alta calidad del Land Cruiser. El conductor se agarra al volante como un marinero en una tormenta, y tanto Mollel como el tipo chino alargan la mano hasta los asideros a la altura de la cabeza y dan tumbos a cada nuevo golpe.

En lo alto, una franja elevada, dorada, permanece orgullosa contra el horizonte que se oscurece, ondeando como una vela desarbolada. Mientras el sol desaparece tras los fragmentos de montañas a sus espaldas, su color cambia a un blanco cargado, espectral. Otra cumbre, y Mollel ve por qué. Una chimenea amplia, con rayas rojas y blancas resaltadas por focos potentes, se alza desde el suelo. A su alrededor, hay tubos que salen, se retuercen y silban; suben hacia la chimenea como si estuviesen adorando a algún tótem, y desde la cumbre se vierte el chorro poderoso de vapor

blanco.

Hay un portón delante de ellos, con los pilares coronados por faroles chinos de plástico rojo. PERFORADORA DOUBLE COIN CO., anuncia el rótulo, junto a una serie de pictogramas chinos. Atraviesan el portón, que no está vigilado, y suben hasta un grupo de cajas blancas onduladas..., contenedores, con puertas y ventanas en los laterales y aparatos de aire acondicionado.

Varios trabajadores kenianos vestidos con monos y cascos de plástico están sentados en un banco frente a uno de los módulos, sin hablar, comiendo de los cuencos que sujetan sobre las rodillas. Mollel se tranquiliza al verlos, porque sabe que en breve sabrá por qué lo han traído aquí, y no prevé una acogida feliz si alguien se da cuenta de que tienen al hombre equivocado. Al menos los trabajadores locales le proporcionan la tranquilidad de tener algún tipo de testigo.

El conductor para el motor y Mollel entiende de inmediato por qué ninguno de los trabajadores está hablando: una visión curiosa cuando los kenianos y la comida se juntan. Es por el ruido. Una vibración de dos tonos, pesada, y un zumbido clamoroso, sibilante, como si pasase un avión que no se marcha.

El tipo chino sale por su lado y Mollel hace lo mismo. Camina con cautela sobre el suelo, pero por suerte la obsidiana y la lava aquí han sido aplastadas hasta tal extremo que la gravilla es casi cómoda para las plantas de los pies. Mollel atrae algunas miradas de curiosidad de los trabajadores, que sin embargo declinan saludarlo siquiera con un asentimiento de cabeza. El chino, no obstante, lo llama con señas, y Mollel lo sigue hasta la puerta de uno de los contenedores transformados.

Un amuleto, destacado en rojo y dorado, está sujeto a la puerta. El chino gira el pomo y mantiene la puerta abierta para Mollel, que entra.

En el interior, la luz es tenue y amarilla, y el aire se encuentra cargado por el humo de los cigarrillos. En una mesa, está en marcha un juego de cartas desgano, y desde él levantan la mirada cuatro rostros. Este, Mollel lo sabe, es el momento en que se pondrá en duda su identidad.

Pero no es así.

Los cuatro tipos chinos —cinco, incluyendo al que le ha traído aquí, y que ahora cierra la puerta tras ellos, sofocando la mayor parte del ruido— miran esta figura extraña que hay delante de ellos. Vestido con una *shuka*, descalzo, polvoriento, con un puñal envainado a la cintura, Mollel se da cuenta de que él es el extranjero aquí, en su propio país.

—Toma asiento —dice uno de los hombres.

Se mueven alrededor de la mesa para dejar sitio a los dos recién llegados. Mientras se sienta, Mollel se percata de que el hombre que tiene al lado se estremece con aversión y se aparta un poco. En cambio, uno de los hombres que hay frente a él, un tipo más joven, con gafas y un rostro vivaz, inteligente, le sonrío de oreja a oreja.

—Así que eres masái —dice, en un inglés que apenas tiene acento.

—Lo soy —responde Mollel.

—¿Te apetece un cigarrillo? ¿Un poco de *whisky*?

—No, gracias —contesta Mollel.

Pero acepta el ofrecimiento de un vaso de agua, que bebe de un trago.

—Tenemos gente como tú en China —continúa el tipo joven—. No mucha, ahora. Pero todavía hay algunos que mantienen las viejas costumbres.

Mollel se siente decepcionado. Al parecer su instinto de policía le ha fallado. No lo han traído aquí por ninguna otra razón más que ser expuesto, exhibido e interrogado... Una curiosidad, un punto de color local.

—De muchas formas —sigue el joven, sirviéndose un vaso de *whisky*—, veo a China aquí en África. No como es ahora, por supuesto, sino como fue una vez. Por eso estamos aquí. Para traer el milagro económico al continente negro.

El tipo brinda por su propia generosidad con un ademán ostentoso, después deja el *whisky*. Los otros en la mesa intercambian una mirada y Mollel siente una descarga de pena por el joven, tan lejos de casa y evidentemente sin afinidad con sus colegas.

—¿Sabes? —prosigue—, soy de Shanghái. Cuando era niño, la gente todavía vivía en cabañas de bambú en el pantano. Ese pantano es un distrito de rascacielos ahora. ¿Y sabes qué hizo que ocurriese eso? La energía.

Levanta un dedo y sonríe.

—¿Lo oyes? La energía. Energía ilimitada. Energía para hacer carreteras, y fábricas, y ciudades. ¡Y vosotros habéis estado sentados encima de ella durante años! Ahora, por fin, gracias a nosotros, estáis a punto de utilizarla.

Mollel se mueve, incómodo. No está seguro de quién es la visión que se está compartiendo aquí. Sin duda, los otros tipos de la habitación parecen menos entusiasmados con todo el proyecto.

La mirada del tipo joven no se aparta de Mollel. Este se percata de que lo admira, no por quien es, sino por lo que podría ser. Le apetece levantarse y decir: «No visto así, por lo general. Llevo traje, o uniforme. Vivo en un edificio de apartamentos en Nairobi y tengo televisión vía satélite. Mi hijo se divierte con juegos de ordenador y los días que no estoy de servicio los paso en supermercados y atascos. Sé cómo es el mundo moderno, muchas gracias».

Pero no dice nada.

Uno de los otros hombres, el que parece ser el más mayor de los cinco, se pone a hablar enfadado con el joven. Por su tono, Mollel deduce que ha oído estas ideas románticas antes y no las aprueba. Su suposición se confirma cuando el viejo se gira hacia Mollel y dice con brusquedad:

—Basta de hablar. Ahora negocios.

De repente, Mollel se siente interesado. Quizá su instinto fue acertado, después de todo.

—Hemos oído —dice el joven, que parece tomar la iniciativa, quizá por su buen

dominio del inglés, más que por su jerarquía dentro del grupo— que eres bueno haciendo desaparecer a la gente.

«Bueno haciendo desaparecer a la gente».

Cuando le ofrecieron subir al coche, Mollel asumió de inmediato que se trataba de un caso de identidad equivocada. Después de todo, tenía que admitirlo, a él le resultaría difícil distinguir a cualquiera de estos trabajadores chinos en una fila. ¿Por qué no podía pasarles lo mismo? Un masái debe de parecerse mucho a cualquier otro. Le habían visto en la entrada del hotel, y esperaban a otra persona..., quizá Tonkei, o uno de sus hombres.

Pero ahora están hablando de desapariciones. Y esa era la especialidad de la policía local.

—Sigue —pide, con cautela.

—Hay alguien que nos está causando problemas. Alguien que interfiere en los intereses de nuestro negocio.

Sin querer, Mollel mira a su alrededor, como abarcando toda la operación de la perforadora fuera de estas paredes de metal.

—No esto —dice el joven, captando la reacción de Mollel—. Otra cosa. Una actividad al margen.

Mollel levanta las cejas, pero los ojos del joven parpadean.

—No necesitas saberlo. Solo necesitas decirnos si puedes hacerlo o no.

—Si el precio es bueno —responde Mollel—, podemos hacerlo.

Esto causa un poco de diversión alrededor de la mesa.

—No habrá ninguna necesidad de pagar —replica el joven—. Ella es tan peligrosa para vuestra operación como irritante para la nuestra.

«Ella».

El pecho de Mollel se tensa.

—¿Quién es? —pregunta.

—Esa pequeña guardabosques del Parque Nacional. Se llama Esther Kibet.

A sugerencia de los contratistas, Mollel vuelve a la orilla del lago en la parte de atrás de una camioneta que lleva a algunos de los trabajadores locales. El traqueteo de la carretera hace que la conversación sea tan imposible como en la planta, pero Mollel no tiene ánimos para charlar. Está convencido de que estos trabajadores no saben nada de la «actividad secundaria» de los directivos, sea cual sea, así que no tiene sentido interrogarles al respecto.

En vez de eso, no deja de pensar en Kibet. Los chinos han advertido que ella es un «peligro» de algún tipo... De ser así, ¿podría eso potencialmente convertirla en su aliada? Pero ella lo había visto atacar a Gachui, y Gachui desapareció después.

Y ella es una irritación para los chinos. Una irritación que decretaba que quisiesen eliminarla.

Cuando la camioneta pasa junto al puesto de los guardabosques en la entrada lateral del parque, llevado por un impulso, Mollel golpea con la mano en el techo de la cabina para pedirle al conductor que pare. Baja de un salto, haciendo un gesto veloz con la mano a modo de agradecimiento, y se dirige hacia la valla.

Incluso la entrada pública principal estaría oscura y silenciosa a estas horas; este lugar muestra aún menos señales de vida. Cuando la estela de luces rojas de la camioneta desaparece por el camino, la única luz que tiene Mollel para divisar los alrededores procede de las estrellas. Solo puede distinguir la forma del edificio principal y los techos cónicos de las cabañas de metal donde viven los guardabosques. Pero puede oír que hay actividad, de todo tipo. Hay una televisión o una radio encendida, y poco a poco repara en un pequeño recuadro de color: una cortina colocada en una ventana, encubriendo una luz tenue en el interior.

Confiado en no estar cometiendo un error —no quiere que su presencia aquí sea de dominio público—, se agacha y coge un puñado de gravilla. Con cuidado, porque sabe lo que implica rozarse contra una valla eléctrica, se acerca al perímetro tanto como se atreve y lanza unas piedras hacia el recuadro de luz.

Traquetean contra el cristal y la hojalata, pero no pasa nada.

De nuevo, coge un puñado y lo lanza hacia delante. Tira las piedras un poco más alto esta vez, para que la gravilla llueva sobre el techo de hojalata y traquetee por los lados.

Ahora la cortina se mueve con rapidez. Aparece la silueta de un rostro; Mollel reconoce el perfil de Kibet y levanta una mano esperanzada. Pero la cortina vuelve a cerrarse sin señal de reconocimiento.

Cauteloso, para no atraer a todo el puesto de guardabosques en su contra, Mollel rechaza repetir la acción por tercera vez. Se aparta de la valla, deseando haber tenido su móvil. Pero sigue en una caja en algún lugar de las profundidades de la cárcel de

Naivasha.

Entonces se le ocurre una idea. Coge el palo que Shadrack le dio para completar su vestuario masái. Es una *rungu* corta, de unos treinta centímetros de largo, tallada de una pieza de ébano sólido, tan dura como una piedra y culminando en una cabeza pesada: siente lástima por el cráneo que entre en contacto con un arma así.

Mollet se pone en cuclillas y escoge un parche de tierra suave con los dedos de la mano izquierda. Después, levantando la *rungu* con la derecha, empieza a golpear el suelo.

Pum... pum... pum.

No aparta la vista de la ventana. Espera.

Justo cuando levanta la *rungu* para volver a golpear el suelo, lo detiene un torrente repentino de luz blanca.

—¡Suelta esa arma!

Casi se ríe al oír la voz de Kibet, pero no lo hace, porque sabe que lo está apuntando con una pistola. En vez de eso, deja caer la *rungu* al suelo y levanta las manos.

—¡Mollet!

Esta vez no puede evitarlo. La incredulidad en su voz es tal que Mollet dibuja una amplia sonrisa, y se tapa los ojos frente a la luz de la linterna.

—Tienes un aspecto espantoso —dice ella.

Mollet está sentado en la pequeña cabaña de Kibet, envolviendo con las manos una taza de *chai*. Han subido más el volumen de la radio de fuera para encubrir el sonido de sus voces. Kibet explica que, cuando sus colegas vuelvan de patrullar, no quiere darles la oportunidad de chismorrear porque ella tenga un hombre en su habitación.

—Aunque sin duda les sorprendería —añade, con una risita.

La cabaña de Kibet, su habitación en el puesto de la policía, la litera de Jemimah Okallo en la residencia de la granja de flores. Su antigua celda en la cárcel. Incluso los chinos viviendo en sus contenedores. Tan transitorio, tan impersonal. Sin embargo, ella ha hecho todo lo posible con su espacio. Algunos pósteres del KWS animan las paredes de metal. Una alfombra de junco cubre parte del suelo de tierra batida. Un par de sillas, un baúl cubierto con una tela bordada, unas cuantas fotografías en marcos de cartón colocadas encima.

—¿Cómo saliste de la cárcel? —le pregunta.

Él niega con la cabeza.

—Está bien —sigue ella—. ¿Qué planeas hacer ahora? ¿Adónde irás?

De nuevo, él niega con la cabeza. Ella suelta un suspiro exasperado.

—Bueno, espero que no estés pensando en quedarte aquí. Porque podría cubrirte una noche, pero más allá de eso se darían cuenta.

—No necesito quedarme —contesta Mollet.

—¿Es verdad lo que dijiste en el juzgado? ¿Sobre tu... enfermedad?

—Es verdad.

Kibet lanza un silbido largo, en voz baja.

—¿Lo has pasado muy mal, eh?

Mollet da un sorbo a su *chai*.

—Nadie lo tiene fácil.

—¿Y surgió..., te pusiste así... por lo que le pasó a tu mujer?

Mollet cierra los ojos por un momento. Como siempre, las imágenes nunca están lejos de la superficie. Imágenes de escombros, polvo y sangre.

Siguió volviendo. Lo consideraron un héroe, porque siguió volviendo. Sacó a docenas de personas de aquel edificio tras la explosión, pero nunca encontró a su mujer.

El héroe Mollet, que les habría dejado morir a todos si la hubiese encontrado.

El incorruptible Mollet, que vendería su alma si eso le diese algo de paz interior.

—No somos tan diferentes tú y yo —dice Kibet.

Él abre los ojos. Ella está envuelta en una bata gruesa, con el dobladillo de un camisón asomando por debajo, dejando expuestos sus tobillos y pies esbeltos. Tiene los pies pequeños y delicados, y sin el uniforme y las botas, parece vulnerable y femenina. Incluso la curva de su cabeza resulta aniñada sin la boina cubriéndole el pelo tan corto.

—Cuando te encontré arremetiendo contra Gachui —continúa, con sus ojos oscuros mirando a los ojos de Mollet—, si no te hubiera parado, ¿habrías parado tú?

Mollet se encoge de hombros. No lo sabe. Hay dos verdades acerca de aquel momento. La primera, que estaba obligado a golpear a Gachui. La segunda, que quería hacerlo. Quiere decir las ambas, y no se atreve a decir ninguna.

—¿Sabes lo que hizo?

—Violó a una mujer —responde Mollet.

Kibet se estremece por lo escueto de la afirmación.

—Sí, lo hizo —dice—. Pero ¿sabes en qué circunstancias?

—Sé que fue en el campamento de PDI.

Personas Desplazadas Internas. Mollet piensa en el campamento a las afueras de la ciudad. Fila tras fila de tiendas tras una valla alta de tela metálica. Otro grupo de vidas humanas parceladas y divididas en un lugar en el que no desean estar.

—Fue mi gente quien los condujo allí —continúa Kibet, con un escalofrío—. Los kalenjins. Pueblos que han vivido juntos durante generaciones. Cuando los kikuyus y los luos empezaron a matarse unos a otros en Nairobi, en Naivasha, el rumor comenzó: «Seremos los siguientes».

»Volvieron a salir a la superficie viejos rencores por la riqueza de los kikuyus, viejos mitos sobre la apropiación de tierras por parte de los kikuyus. Y cuando un grupo de kikuyus empezó a reunirse en una de las iglesias, los rumores dijeron: “Está empezando”.

»Estaba empezando, por supuesto, pero no de la forma en que pensaban. La gente solo había ido allí buscando seguridad. Buscando refugio. Nunca lo encontraron.

Mollet cierra los ojos de nuevo, pero esta vez las imágenes de fuego y cadáveres no proceden de su propia experiencia, sino del recuerdo de las noticias de prensa.

—Quienes escaparon vinieron aquí. Vinieron con sus hijos y con lo que podían cargar. Y Mdosí y su banda... Gachui, muchos de ellos... lo vieron como una oportunidad de negocio.

»Les permitieron entrar en el campamento, hicieron un trato, sin duda, con quienquiera que estuviese al frente... y montaron una tienda. Crédito ilimitado. Y las personas desplazadas internas confiaron en ellos. ¿Por qué no iban a hacerlo? Eran su propia gente.

»Y entonces irrumpió el interés. Cien por cien al día. Y quienes no pudieron pagar...

Su voz se desvanece. Pero Mollet ya ha oído esta historia. Gachui decidió obtener su propio pago, y sin duda lo hizo tan públicamente como pudo, para mandar un mensaje potente al resto del campamento.

Mollet recuerda su primer encuentro con Kibet en las escaleras del juzgado, protestando por la liberación de Gachui. Pero se pregunta si ese fue realmente su primer encuentro. Ha estado rondándole algo, algo que siente que está casi a su alcance.

—No temes crearte enemigos, ¿verdad? —le pregunta.

—No necesito crearme enemigos —replica Kibet—. Soy una mujer.

A pesar de sus intentos por no parecerlo, piensa Mollet. El uniforme, las botas, la actitud. Y entonces le viene de golpe. La persona que Shadrack y él han estado vigilando en el burdel de Maili Ishirini. Quien hace las pintadas con espray.

Ese sería motivo suficiente para que los chinos quisieran deshacerse de ella. Si estaba ahuyentando a la clientela de su casa de placer favorita..., la única de la zona.

—Kibet —dice—. He venido a avisarte. Tu vida está en peligro.

Su respuesta es una carcajada inesperada.

—¿Te fugaste de la cárcel para decirme esto? Podría haberte ahorrado el esfuerzo. Se despereza y bosteza. A Mollet le molesta la acción.

—Tienes que abandonar tu campaña —dice—. Es una causa loable, pero eres solo una persona. No puedes cambiar las cosas.

Incluso mientras lo dice, Mollet oye el eco de su suegra.

—¿Y si todos pensásemos así, Mollet?

—Todos lo hacen.

—Tú no.

Lo está mirando fijamente.

—¿Quién eres, Mollet?

La pregunta lo pilla desprevenido. ¿Quién es?, ¿policía?, ¿preso?, ¿vigilante?, ¿espía?

Desvía la pregunta.

—No sabes con quiénes te enfrentas.

—Lo sé perfectamente —responde ella—. Mdosí y su banda no me asustan.

—Ya no son solo ellos —dice Mollel.

Le habla de los trabajadores chinos. De su plan para hacerla desaparecer. Despacio, la autosuficiencia desaparece de su rostro y la terquedad es reemplazada por el miedo.

—No son aficionados, Kibet —apunta—. Hablan en serio.

—Lo sé —contesta en voz baja—. Lo sé. Pero no se trata solo de mí. Si solo fuese yo, podría dejarlo. Pero hay alguien más.

Las palabras «alguien más» provocan un pequeño estremecimiento dentro de Mollel. Había asumido que estaba sola, como él. Pero, entonces, las fotografías sobre el baúl de metal cuentan una historia distinta. Hay gente en ellas. No puede ver con claridad en la penumbra de la lámpara de queroseno, pero en una foto parece estar Kibet con pelo largo. Y una niña o un niño.

—Ya ves —sigue Kibet—, te has equivocado en todo, Mollel. No tiene que ver con el burdel. Quieren librarse de mí porque saben que nunca les permitiré llegar hasta ella.

¿Ella?

La confusión se le debe de notar a Mollel en la cara, porque Kibet ofrece una leve sonrisa y dice:

—Pásame las botas. Está bien. Los otros guardabosques no volverán de su ronda hasta dentro de un rato.

Se adentran en el aire frío de la noche y Mollel nota que sus huesos cansados protestan al dejar atrás la cabaña acogedora, cálida. Kibet enciende su linterna y atraviesan el puesto de los guardabosques. Llegan a una valla alta y Kibet saca unas llaves para abrir una cadena cerrada con candado.

Por todas partes, alambradas y vallas. Candados y cadenas.

Ambos cruzan la verja y Kibet la cierra con cuidado tras ellos.

—Estate muy callado —susurra.

Mollel no responde. El mandato era innecesario; la noche solo alienta al silencio.

El haz de la linterna se bambolea sobre el suelo pedregoso, convirtiendo matas de hierba en sombras de dedos largos que bailan a sus pies.

Se aproximan a una zona de maleza densa. Un par de acacias forman un túnel natural por el que pasan, atenuando las estrellas que hay sobre ellos.

Otra valla. Otro candado. Otro recinto dentro de un recinto.

Aquí, Mollel solo puede distinguir la forma de un edificio o cobertizo. El haz de la linterna da saltos por encima, y alcanza a ver unas ventanas fuertemente enrejadas. Pero este no es su destino. Siguen hacia delante. Se abre un claro ante ellos; tanto

como verlo, Mollel siente el espacio. Entonces Kibet empieza a formar un arco amplio con el haz de luz, de acá para allá. En un momento dado, el haz obtiene respuesta, sorprendentemente, con los brillantes ojos azules de una liebre saltadora, que les dirige una mirada hosca por un momento, antes de girar su cola de manera abrupta y marcharse dando saltos.

El haz reanuda su paso y, sin tenerlo a los pies, Mollel tropieza, golpeándose en el dedo del pie y dejando escapar sin querer un grito ahogado.

—¡Chss! —sisea Kibet.

Está bien para ti que llevas botas con punta de acero, piensa Mollel. Pero entonces se percata de que ella ha captado algo con el haz, por delante, y se ha parado en seco.

Mollel fuerza la vista para vislumbrar lo que ha visto ella. No detecta ningún movimiento. Solo ve el montículo de un canto rodado, bastante común en este país volcánico. Se pregunta si hay algo, o alguien, escondido tras él.

Ella lo coge de la mano —en la oscuridad parece perfectamente natural— y lo conduce a un lado. Conservando la luz fija sobre el montículo, y manteniendo la distancia, empiezan a acercarse trazando un arco.

Cuando cambia el ángulo, Mollel ve lo que parece un pájaro posado sobre el canto rodado. Se mueve de forma nerviosa, como si se acicalase, después se mueve otra vez, como si saltase.

—Ella nos ha oído —dice Kibet en voz muy baja.

De repente, el canto rodado da una sacudida y se tambalea. Un lado se levanta del suelo y aparece una cola, en movimiento. Bajo la oreja, porque eso resulta ser el objeto en forma de pájaro, parpadea un ojo pequeño, oscuro.

La enorme cabeza se levanta como una palanca, y Mollel ve que lo que pensaba que era el tocón roto de un árbol se balancea y se convierte en otra cosa. Larga, curva y afilada. Un cuerno.

La bestia se da la vuelta y el cuerno se pone al nivel en el que están ellos. Mollel se tranquiliza por el apretón de la mano de Kibet, aunque lo serena más pensar en la AK-47 que ella lleva sobre el hombro.

Un chasquido empieza a surgir a su lado. Es Kibet. Cloquea y arrulla. Los sonidos son dulces, como una caricia. Sonidos maternos. La rinoceronte resopla y se desplaza unos treinta centímetros.

—Vamos —dice Kibet—. Está bien.

Conduce a Mollel hacia la criatura. Cuando están a unos pasos, le suelta la mano y deja la linterna en el suelo. Después, despacio, alarga las manos y da unas palmaditas a la rinoceronte en el lomo. Le frota la piel gruesa y le acaricia la oreja, todo el tiempo arrullando y chasqueando.

—No seas tímido, Mollel —dice—. Ven y saluda.

Va contra todos sus instintos, pero la actitud de Kibet es tan tranquila que Mollel se acerca. Los labios amplios, endurecidos, se fruncen, y casi con timidez, el animal

se mueve para encontrarse con la mano de Mollel. La piel bajo su palma es áspera y sorprendentemente cálida.

—No podrías hacer esto si no estuvieses conmigo —afirma Kibet.

Quiere decir que la rinoceronte no estaría tan dócil. Pero Mollel también entiende que su valor no bastaría si no tuviese a la mujer al lado.

—Se llama Esme —sigue Kibet.

—Hola, Esme —saluda Mollel, sintiéndose un poco tonto.

Los masáis rara vez ponen nombre ni siquiera a sus perros. La oreja de Esme se mueve mientras Mollel la rasca, y suelta un resoplido de respiración vaporosa.

—Le gustas —dice Kibet con una risita—. Normalmente no deja que nadie más que yo haga eso.

La enorme mole de la criatura solo sirve para enfatizar sus movimientos delicados. Los dos cuernos enormes de su nariz se mecen cuando se mueve para apartarse de Mollel y arrimarse a Kibet. El cuerno superior tiene forma de cúpula; el de abajo parece más atroz. Si esta bestia quisiera, podría destrozar a cualquiera de ellos en unos instantes. Si el cuerno no te atravesaba, los pies te harían papilla.

Pero la piel que Mollel tiene bajo los dedos, por gruesa que sea, no protege ante una bala.

—Esto —dice Kibet— es lo que quieren.

De regreso al puesto de los guardabosques, se detienen en un lugar frente a la hendidura profunda en los acantilados que indica la entrada al cañón de Hell's Gate. Kibet se queda callada un rato, mirando las rocas dentadas bajo la luz de la luna. Se estremece con fuerza, después empieza a explicarse. Mantener a los animales juntos se había vuelto muy arriesgado. Mientras el precio del cuerno de rinoceronte se ponía por las nubes, los ataques en el santuario oficial se volvieron más frecuentes y más atrevidos. Los cazadores furtivos eran como un pequeño ejército. Tenían ametralladoras. Granadas. Y mantener a los rinocerontes juntos solo significaba que los furtivos podían aniquilar a varios de ellos de golpe. Así que se lanzó un programa secreto para dispersar a los rinocerontes más habituados a los humanos. Permanecerían bajo una estricta protección, pero poca gente sabría dónde estaban. Y, como algo crucial, los mantendrían apartados.

—Eso le rompió el corazón a Esme —dice Kibet, con pena—. La separaron del que había sido su compañero durante más de diez años. Pero era inevitable. Y, al final, fue para bien. Porque llegaron a él, también.

Abren la puerta de la cabaña de Kibet y entran.

—Así que ya ves, Mollel, no se trata del burdel. Ni de los violadores. Pero es lo mismo.

—¿Lo mismo?

Mollel se desploma en la silla, agradecido de regresar al calor. ¿Desde hace

cuánto que no duerme? Entorna los ojos.

Kibet cierra la puerta.

—Es todo lo mismo —repite—. ¿Sabes por cuánto se vende el cuerno de rinoceronte, allá en China? ¿Para qué crees que lo quieren?

—¿Algún tipo de medicina? —masculla Mollel.

Nota que ella le pone una manta por encima.

—Por la mañana temprano, te vas —dice Kibet—. Y nada de jueguecitos por la noche. Me llevo el rifle a la cama, por si acaso.

Es ligeramente consciente de que debería sentirse ofendido por la insinuación, pero está demasiado cansado para replicar.

Por algún motivo, pensar en ese animal dócil, fuerte, encerrado en aquel recinto solitario, le llena de una tristeza inmensa. Entiende la compulsión de Kibet por protegerla a toda costa. Y se percata de que él, ahora, está obligado a protegerla a ella.

Cuando se despierta, la luz del sol ya está filtrándose a través de la tela delgada del *khanga* de colores que cuelga sobre la ventana. Estira las piernas y arquea la espalda antes de ponerse en pie. Un trozo de papel revolotea desde su regazo hasta el suelo.

La cama de Kibet está vacía. Ella y el arma no están. Mollel recoge la nota y la lee: «Mollel. Me he ido a hacer mi turno. Hay un guardia en la verja. Echa un vistazo desde la ventana. Cuando vaya a la letrina, puedes escaparte. Buena suerte. K.».

Sus ojos recorren la pequeña cabaña. Las fotografías encima del baúl llaman su atención. Se acerca y coge una. Es Kibet, no va vestida de uniforme. Tiene una sonrisa en la cara que parece tan incongruente como el bonito vestido que lleva. En sus brazos, hay una niña pequeña. El parecido familiar es innegable.

Otra foto de la niña: un par de años más mayor, vestida con uniforme escolar. Mollel la coge. Al hacerlo, algo cae haciendo un ruido metálico por detrás del baúl. Mollel deja el marco, cohibido de pronto por invadir la privacidad de Kibet. Se inclina para buscar lo que ha caído.

En el hueco entre el baúl y la pared, un objeto reluce sobre el suelo de tierra batida. Alarga la mano y sus dedos tocan algo frío. Lo coge. Pesa.

Al abrir la mano, ve una media luna de oro. Una curva brillante, ondulada. Una sonrisa.

Reconoce los dientes frontales superiores. Gachui le hace una mueca desde la palma de su mano.

—Santo Dios, Mollel —dice Kiunga—. No crees que las cosas pueden hacerse de una manera sencilla, ¿verdad?

Están detrás de la cabaña de Kiunga en el Hotel Lakefront, escondidos para que no los vean. Su actitud furtiva, sin embargo, tiene menos que ver con el estatus de fugitivo de Mollel que con el deseo de Kiunga de fumarse un cigarrillo.

—La única ley en este país que todo el mundo parece decidido a hacer valer —se queja Kiunga, mientras deja caer la colilla al suelo y la aplasta con el pie— es la de no fumar en espacios públicos. Y contigo cerca, Mollel, dejarlo no es una opción.

Saca su paquete de Sportsman y lo agita para fumarse otro cigarrillo, que se coloca en la boca de forma distraída y luego enciende. En la frente se le marca con intensidad el ceño fruncido.

—¿Cómo entraste, de todos modos, aquí con ese aspecto?

Mollel sigue descalzo, envuelto en su *shuka* polvoriento. Es muy consciente de que lleva días sin lavarse.

—Los guardias recordaban que me recogieron los chinos ayer. Obviamente piensan que tengo influencia aquí.

Kiunga da una calada larga y suelta una espiral de humo por las fosas nasales.

—Confiemos en que no se den cuenta de que este masái desaliñado es el mismo policía renegado que medio distrito anda buscando.

A Kiunga le suena el teléfono. Lo coge, observa la pantalla, luego le lanza con rapidez una mirada a Mollel.

—Es Otieno. ¿Qué le digo?

—Dile que he contactado —contesta Mollel—. Pero no que me has visto. Dile que me he ganado la confianza de la banda, y que estamos a punto de romperlos.

Kiunga levanta las cejas.

—No va a gustarle.

—Tú díselo —responde Mollel.

Kiunga contesta al teléfono y antes de que se lo haya llevado a la oreja Mollel puede oír a Otieno bramando por la línea. No envidia a su colega.

Kiunga se gira y se aleja caminando, diciendo:

—Sí, jefe, pero... Sí, jefe. Sí, jefe.

Mollel no le ha hablado a Kiunga de Kibet, ni de los dientes de oro. Todavía está procesando ese descubrimiento. Y sabe que, en opinión de Kiunga, el juicio de Mollel en relación con las mujeres es cuestionable. Necesita aclararse las ideas antes de implicar a nadie más.

Siente una necesidad arrolladora de limpiarse el polvo de la cara y los pies. Entre estos jardines prístinos, se siente mugriento y asqueroso. Mientras Kiunga camina

arriba y abajo, Mollel da la vuelta a la esquina hacia la entrada de la *banda* del hotel y abre la puerta.

Dentro, la habitación es una versión de lujo de la cabaña en la que vive Kibet. Mucho más grande, por supuesto, y salpicada con mobiliario pesado de madera noble. La chaqueta de Kiunga está colgada en el respaldo de una silla. Una cama imponente con dosel del que cuelga una mosquitera domina el espacio, con las sábanas arrugadas. Obviamente la muchacha de la limpieza todavía no ha llegado esta mañana.

Mollel se dirige al cuarto de baño de Kiunga. Abre la puerta y se detiene. Dentro se oye el sonido del agua. Capta el aroma dulce, vaporoso, del jabón, una imagen fugaz de carne rosada tras la cortina de la ducha y la voz, una voz femenina:

—Ah, ahí estás. ¿Vas a entrar?

Cierra la puerta deprisa y mira a su alrededor, turbado. No, definitivamente esa es la chaqueta de Kiunga sobre el respaldo de la silla. Es la bolsa de Kiunga abierta sobre el tocador. Y, al abrirse la puerta que da al exterior, es Kiunga quien entra. Al ver a Mollel, no hay duda en su expresión avergonzada.

—Ella no lo sabe —dice, de inmediato.

—¿No sabe qué? —pregunta Oberkampf.

Mollel se gira para mirarla, el pelo le cae en mechones oscuros, mojados, sobre la cara, los hombros relucientes, el cuerpo envuelto en una toalla.

Los fulmina a ambos con la mirada de forma desenfadada.

—No sabías que Mollel estaba aquí —contesta Kiunga apresuradamente, de manera no del todo convincente.

—Bueno, ahora lo sé. Así que voy a volver a meterme ahí y vestirme. Y cuando salga, vamos a hablar los tres.

Ella se sienta en el borde de la cama deshecha. Mollel queda relegado al sillón y Kiunga se queda de pie apoyado en el costado del aparador.

—No sé por dónde empezar —dice Oberkampf—. Has interferido con mi testigo.

—No he interferido —protesta Mollel—. Lo persuadí para que cooperase.

—¿Apuñalándolo?

—Fue una treta necesaria —dice Kiunga—. Él ya lo ha explicado. Mollel no lo hirió. Al menos, no demasiado.

Oberkampf resopla con mofa.

Tiene el pelo todavía húmedo, pero al menos ahora está vestida. Sentada en la cama, los pies casi no le llegan al suelo, incluso con sus tacones altos de piel. No es alta, alrededor de uno sesenta y siete, y es totalmente distinta a las mujeres blancas esbeltas que pueblan los anuncios y las películas que parpadean en la pequeña pantalla de televisión del puesto de policía de Maili Ishirini. El traje de buen corte y aspecto caro no puede ocultar el tamaño de sus pechos y caderas. En ese sentido,

tiene más en común con la protagonista femenina de *Cobra Squad*... Lo que explica, sin duda, la atención que Shadrack y los demás le prestaron en el bar del hotel la otra noche. Su rostro, con la nariz pequeña y pecosa, y labios finos, tiene una naturaleza encantadora, a pesar o quizá a causa del rubor del enfado en sus mejillas y la marca diminuta del ceño fruncido que ha aparecido entre sus cejas castañas.

—¿Sabéis lo que estáis haciendo? —les pregunta—. Os estáis interponiendo en el camino de la justicia internacional.

Un destello de calor sube por dentro de Mollel.

—Tal y como lo entiendo —contesta él—, estás aquí para investigar la violencia poselectoral. Esto es otra cosa.

Ella niega con la cabeza.

—Esto es impunidad, Mollel. El sistema ha fallado al investigar por su cuenta. Por eso estoy aquí.

—No —replica Mollel, levantándose—. Por eso estamos aquí.

—Tranquilo, Mollel —murmura Kiunga.

—Llevo semanas infiltrado —contesta Mollel—. He dejado atrás a mi familia. He puesto mi vida en peligro. Arrastré mi historia personal por el tribunal. Me han metido en la cárcel, y ahora estoy fugado. Y estoy haciéndolo todo para pillar a un grupo de policías que alguna gente podría argumentar que están haciéndole un favor a la sociedad. No estoy haciéndolo por mi carrera, o por hacerme un nombre. Y sin duda no lo estoy haciendo por las horas extras. Lo hago por la justicia. No por la justicia internacional, sea lo que sea. Por la justicia buena, sencilla, honesta. La justicia keniana.

Oberkampf lo mira con una sonrisa condescendiente.

—Es nuestro problema —añade—. Nosotros nos encargaremos.

—¿Ah, sí? —contesta Oberkampf, todavía sonriendo—. ¿Es eso lo que te dijo Otieno?

Mollel mira a Kiunga, que encoge los hombros de forma ligera y avergonzada, y desvía su mirada. Mollel piensa en Kibet, y decide que no es el único cuyo juicio puede estar dañado en lo que respecta a las mujeres.

—Claro que tu jefe te ha dicho eso —continúa ella—. Te dijo que sería una oportunidad para restablecer la confianza pública en la policía, ¿verdad? ¿Utilizó la expresión «escoba nueva» en algún momento?

Mollel le lanza una mirada a Kiunga.

—No le conté eso —dice.

Ella levanta las cejas y la sonrisa de su rostro se transforma, aunque de forma sutil, en una expresión de triunfo. Por esto, piensa Mollel, a la gente no le gustan los abogados.

Pero la irritación que ella le provoca no es nada comparado con el enfado que siente consigo mismo. Porque sabe qué es lo que va a decir a continuación, y sabe que tiene razón.

—Quería que tratases esto en secreto, para poder ocultarlo. ¿De verdad crees que, en cuanto atrapes a esta banda, Otieno va a querer que todo esto se pasee por los juzgados? ¿O tan solo despachará a los asesinos a la frontera somalí, o a cualquier parte, para quitarlos de en medio? Por supuesto no quiere un juicio espectáculo, y toda la atención que eso acapararía. Solo quiere una vida tranquila. Por eso te mandó aquí, Mollel. Porque sabía que le entregarías a estos tipos, de forma amable y sin hacer ruido, o que morirías en el intento. Y, sinceramente, podría vivir con cualquiera de las dos opciones.

El chillido estridente de un ibis en los jardines del hotel es el único sonido que se oye cuando acaba esta frase.

—Imagino que vosotros dos ya habéis hablado de esto —dice Mollel.

Kiunga tose con incomodidad, y Mollel lo toma como un asentimiento, pero también como un recordatorio de sus palabras anteriores.

«Ella no lo sabe».

No, ella no sabe que te han asignado espiarla, piensa Mollel. Si lo supiera, no estaríamos teniendo esta conversación ahora. Y mucho menos se habría acostado contigo.

—Bueno —dice Oberkampf, dando una palmada—. ¿Qué vamos a hacer, chicos?

Su ceño fruncido ha desaparecido y ha sido reemplazado por una seductora sonrisa pícara. Balancea las piernas desnudas y casi se contonea por la emoción.

—Tengo la sensación de que nos lo vas a decir.

—Tienes toda la razón. Vamos a hacer lo que nos enviaron a hacer aquí. Todos nosotros. Tú, Mollel, vas a utilizar tu nueva confianza con la banda para conseguirnos la prueba que necesitáis para la acusación. Pero en lugar de llevársela a Otieno, me la vas a dar a mí. La haré pública. Las autoridades no podrán esconderla bajo la alfombra. Tendrá que haber un procedimiento reglamentario.

—¿Dónde? —pregunta Mollel—. ¿Aquí o en La Haya?

Ella se ríe y agita la mano de forma despreocupada.

—Oh, no importa. Dejaremos que los políticos discutan sobre eso. ¿Pero no lo entiendes, Mollel? Habrá justicia. Y seremos quienes la impartamos. ¿Qué dices? ¿Estás dentro?

Mollel se da su tan esperado baño en el cuarto de aseo de Kiunga. Para satisfacción suya, hay una cuchilla desechable, sin usar, en el cesto de cortesía del hotel, y se quita el rastrojo gris de las mejillas y de la cabeza. Se echa agua fría y nota el contorno liso de su cráneo, su mandíbula, su cuello, sus mejillas. Se siente más como un humano, de nuevo.

Con pesar vuelve a atarse la *shuka* alrededor del cuerpo. Preferiría con diferencia pedirle a Kiunga que le prestase una camisa y unos pantalones. Pero sigue de incógnito, y hay trabajo que hacer.

Saliendo del baño, aunque Kiunga y Oberkampf no están hablando, y ni siquiera están cerca, Mollel tiene la sensación de que ha interrumpido algo.

—En cuanto trinquemos a la banda —les dice—, me iré. Antes de que eso ocurra, tengo un asunto pendiente.

—¿Qué? —pregunta Oberkampf.

—El cuerpo que se encontró aquí. Jemimah Okallo.

—Oh, ella —contesta Oberkampf—. Pero ¿aunque no tenga nada que ver con nuestro caso?

—¿Importa eso?

—No seas tonto, Mollel. Eres el hombre más buscado de la ciudad —dice Kiunga—. Será mejor que te quedes en esta habitación todo el día.

—No quiero que este caso estalle por alguna búsqueda inútil e insignificante —añade Oberkampf.

—¿Insignificante? —escupe Mollel—. Pensé que me estabas dando lecciones de justicia. ¿Jemimah Okallo no merece justicia también?

—Tienes que ver la foto completa, Mollel.

Las palabras «foto completa» le hacen pensar en las pequeñas estampas pegadas en la pared del cuarto de Jemimah Okallo. Que a su vez le hacen pensar en las fotos de Kibet y la niña en la cabaña de guardabosques. Que a su vez le hacen pensar en los dientes de oro de Gachui... que todavía no les ha mencionado a estos dos.

—No —contesta Mollel—. Tú puedes pensar en la gran foto todo lo que te plazca. Cuando tengas lo que quieres de Kenia, te irás. A investigar crímenes en algún otro país. Haciéndote un nombre como gran abogada internacional. Pero nosotros seguiremos aquí. Kenia seguirá aquí. Y Jemimah Okallo seguirá muerta. Si no podemos hacerles justicia a las Jemimah Okallo de este mundo, ¿qué podemos hacer?

—¡Sabía que eras tú! ¿No querías que te viese, verdad? Pero te vi ayer frente a la tienda.

Beatrice le está sonriendo ampliamente con su gran sonrisa, dientuda. Y ha pasado tanto tiempo desde que alguien se alegra de verlo que Mollel no puede evitar devolverle la sonrisa.

—Necesito hablar contigo —le dice.

—Lo sé. Pasa.

Mollel entra en la tienda y Beatrice arrastra su figura voluminosa para rodearlo y cerrar la puerta. Le da la vuelta al letrero que pone cerrado.

—Ya está. Ahora tenemos un poco de privacidad.

Mollel agradece su discreción. Durante todo el camino hasta la tienda, ha notado todas las miradas sobre él, a cada persona escudriñándolo. Pero ha pasado, al parecer, sin ser detectado. Solo otro masái un día de mercado.

—Bueno, Mollel —dice ella, de buen humor—. Tienes buen aspecto.

Mollel se queda sorprendido: «buen aspecto» es la última expresión que hubiera utilizado para describirse. Pero quizá lleva razón. Se ha afeitado y lavado. Ha sacudido la *shuka* y ahora la lleva bien sujeta sobre el hombro. La daga le cuelga del cinturón. En el recogimiento de la tienda, puede dejar de encorvarse, como ha estado fingiendo fuera para evitar que le prestasen atención, y levanta bien la cabeza.

Beatrice da un giro, que casi hace volar un estante con cosas de papelería.

—¿Notas algo en mí?

No lleva el conjunto floral, llamativo, de la última vez que la vio, sino un vestido de algodón marrón, bordado con encaje y tachonado con conchas de cauri diminutas.

—Llevas tu ropa tradicional, y yo también —le dice.

Es kikuyu chic. La tela de algodón marrón sustituye la piel animal, pero por lo demás es elegante y, al menos a ojos de Mollel, auténtica. Se pregunta cuál es la ocasión especial.

Se ha trenzado el pelo de forma diferente y lleva maquillaje: los labios rosas y los párpados de color azul brillante. Mollel nota que se requiere un cumplido, así que murmura uno, y las mejillas oscuras de ella se ruborizan.

—Oh, tú —dice, y le golpea con coquetería con su pesada mano, haciendo que él tenga que frotarse el brazo.

—Bueno —añade—. Había algo que querías contarme.

Mollel asiente. Tiene una sensación desconcertante que no puede ubicar: una impresión de peligro que no se corresponde con la situación. Después de todo, está encerrado con llave en un espacio apartado con una mujer amable. ¿Qué posible peligro puede haber ahí?

—En realidad, confiaba en que pudieras contarme tú.

Ella abre los ojos como platos.

—¿Yo a ti? Eres tímido, Mollel. Pero eso ya lo sabía. De lo contrario, ¿por qué habrías estado rondando la tienda tan a menudo, fingiendo no mirar?

—Oh, no quería que él me viese —contesta Mollel.

—¿Él? ¡No hay él, chico tonto! Solo tú. No hay nadie de quien tengas que estar celoso. Y si eres demasiado tímido para preguntar, yo te daré la respuesta de todos modos. Sí, Mollel, sí. Seré tu esposa.

Ha luchado cuerpo a cuerpo con atracadores, y se ha defendido de asesinos. Incluso, cuando era joven, tuvo un encuentro con un búfalo descontrolado. Pero ningún encuentro lo ha cogido tan desprevenido como este, ahora. Lo envuelven los brazos amplios, y su rostro recibe una ducha de besos suaves, pesados. Se tambalea hacia atrás por la arremetida, golpeando un estante y desparramando cosas por el suelo.

—Oh, Mollel —arrulla ella.

El estante no resiste el peso de ambos y cede debajo de ellos. Beatrice suelta un chillido entusiasmado al aterrizar sobre Mollel.

—¿Aquí? ¿Ahora? ¡Chico malo!

Al final Mollel recobra el uso de los brazos y lucha por liberarse.

—Estás totalmente equivocada —dice de forma entrecortada.

Beatrice se levanta con gran esfuerzo, arreglándose el vestido y apartando la cara. Mollel puede ver que está abrumada, de pronto, por la baja autoestima.

—Tienes razón —balbucea—. No sé en qué estaba pensando. ¡Mira qué desastre!

Se pone a recoger los productos que han caído al suelo. Mollel se levanta y empieza a ayudarla.

—Déjalo —le dice.

—Deja que te ayude.

—¡Que lo dejes!

Él se echa hacia atrás. Ella recoge el estante caído y lo coloca torpemente en su sitio. Después da un sorbo largo y lloroso por la nariz y le da la espalda.

—Oye —dice Mollel—, estoy muy halagado...

Ella agita la mano con desdén.

—Si las cosas fuesen distintas... —continúa, esforzándose.

—No te preocupes, Mollel —dice en voz baja—. Solo soy una estúpida, vieja gorda.

Tímidamente, Mollel alarga la mano para darle unas palmaditas en el hombro, pero, cuando está a punto de tocarla, ella se agarrota y se gira.

—Bueno —dice con energía—, ¿qué es lo que querías preguntarme?

Su actitud es dinámica, profesional. Si algo delata sus emociones de algún modo es cierta rojez alrededor de los ojos, cierto temblor vulnerable en el labio. Pero, por lo demás, rezuma una profesionalidad estoica.

Es una mujer que ha conocido antes la decepción, y que ha aprendido a dominarla. Su transformación es tan completa que es Mollel quien se siente humillado. Con una absurda sensación de rechazo, se esfuerza por recuperar su compostura. Tarda un momento, o dos, en recordar para qué vino. Ver un póster anunciando intercambio de dinero por teléfono se lo recuerda.

—Es un asunto policial —consigue decir.

Ella asiente.

—Claro que lo es. ¿Qué quieres saber?

—Es sobre el hombre a quien estaba intentando mandarle dinero —empieza Mollel.

—Sí. Hice algunas preguntas por ahí por ti, agente. Quería ayudarte. A la policía, quiero decir. Quería...

Por un momento sus ojos le lanzan una mirada anhelante que rápidamente corta al parpadear.

—Quería cumplir con mi deber —termina diciendo.

—¿Y qué descubriste?

Chasquea un poco la lengua con irritación.

—Ya se lo conté al otro. No tardé en averiguarlo. Se llama Boniface Mwathi y vive en el pueblo de al lado. Es un guardia de la cárcel.

Un guardia. Eso concuerda con lo que Mollel ya sospechaba. Debe de ser el que está fuera, recolectando los números de teléfono de sus contactos en la granja de flores y otras partes, averiguando algunos detalles que pueden hacer que los mensajes sean auténticos y proporcionando la información a los presos que llevan la operación.

Está a punto de darle las gracias a Beatrice, y alabar sus habilidades detectivescas, cuando algo de sus palabras anteriores lo golpea.

—¿Dijiste que se lo habías contado al otro?

—Sí, claro. Intenté encontrarte ayer, pero no estabas en el puesto de la policía. Dijo que te habías metido en algún problema. Yo estaba... —baja la mirada—, yo estaba preocupada.

—¿A quién? ¿A quién se lo contaste? —pregunta con tono de urgencia.

—A tu colega. El joven. El que siempre actúa como un sabelotodo.

Shadrack.

Recuerda las palabras de Shadrack cuando leyó el mensaje de texto dirigido a Jemimah Okallo. No se debería permitir que gente así se saliera con la suya.

Shadrack no era de los que dejaba este tipo de información aparcada.

Actuaría con ella. Él y el resto de la Fuerza Rino. Mollel se da la vuelta, va con paso largo hasta la puerta y descorre el cerrojo.

—Si alguien pregunta, nunca he estado aquí —le ruega a Beatrice.

—Lo pillo, Mollel —responde, en voz baja—. Nunca has estado aquí en absoluto.

—He inspeccionado el puesto de la policía —dice Kiunga—. Está cerrado, y el coche no está.

A Mollel le resulta frustrante estar así sentado en la parte de atrás del coche alquilado de Oberkampf, mirando por las ventanas tintadas. Pero sigue siendo un preso fugado, y el único lugar donde lo reconocerían sin duda es cerca de su puesto de trabajo.

Un golpetazo sobre el salpicadero le dice que Oberkampf también está frustrada.

—Donde sea que le hayan llevado —dice—, ahí es donde lo están haciendo. Si llegásemos rápido, podríamos pillarlos deshaciéndose del cuerpo. Y entonces tendríamos nuestro caso.

—Si llegamos todavía más rápido —responde Mollel—, incluso podríamos evitar que hubiese un cuerpo, para empezar.

—Seguro —replica Oberkampf—. En cualquier caso.

—En cualquier caso —mete baza Kiunga—, necesitamos saber adónde han ido. Dices que te llevaron a lo alto del acantilado, Mollel. ¿Crees que están allí?

Mollel niega con la cabeza.

—No. Eso era una prueba. No iban a revelarme su secreto esa noche.

—¿Qué hay de tu pequeña guardabosques? —pregunta Oberkampf.

Mollel levanta la mirada bruscamente. ¿Su pequeña guardabosques? Se recuerda a sí mismo que ellos no saben lo de su noche en la cabaña de Kibet, ni el descubrimiento de los dientes de oro.

—Sí —continúa Oberkampf—. Ella los encontró la última vez. ¿Crees que podría volver a encontrarlos?

Mollel sabe que no fue la casualidad lo que llevó a Kibet a lo alto del acantilado. Sin embargo, de alguna forma, es reacio a informar a los demás de su papel en la banda. Ya habrá tiempo suficiente para eso, más tarde. Recuerda el horror en su cara cuando lo encontró golpeando a Gachui. Era buena actriz, desde luego. Debió tomar las riendas cuando Mollel se marchó con Shadrack. Sin duda él habría aflojado los dientes con su paliza, pero quizá fue ella quien asestó el golpe que los extrajo.

Odiaba a Gachui porque era un violador. Este funcionario de prisiones, este Mwathi, no era un violador, pero había usado la amenaza de la violación para destruir a Jemimah Okallo. Y ahora, a menos que diesen con él a tiempo, su destino sería el mismo que el de Gachui.

¿Adónde habían llevado Kibet y los demás a Gachui después de que Mollel se fuera?

¿Dónde, en la vasta extensión de este paisaje, se habían deshecho del cuerpo?

Se imagina la vista a la luz de la luna que Kibet y él contemplaron después de

estar en el santuario de los rinocerontes. Y recuerda cómo se estremeció ella al ver la grieta profunda, desgarrada, en la tierra.

El cañón de Hell's Gate.

—Mollel —dice Oberkampf de nuevo—, ¿crees que Kibet puede llevarnos hasta ellos?

No contesta, pero piensa que quizá ya lo ha hecho.

El pase de policía de Kiunga basta para permitirles cruzar la entrada principal del Parque Nacional, y la mirada fulminante de Oberkampf basta para impedir cualquier pregunta inconveniente. Está anocheciendo. Si la teoría de Mollel es correcta, no ocurrirá nada a la luz del día. La banda necesita oscuridad para llevar a cabo su plan.

Los riscos enormes se ciernen sobre ellos, rojos al sol del poniente. El coche aminora mientras Kiunga llega a una bifurcación en la carretera de tierra. Mollel intenta orientarse con los riscos, identificando primero el lugar desde el que debió de haber estado con Kibet, y después calculando dónde debe estar el cañón en relación con ese lugar.

—Creo que es por aquí —dice, apuntando hacia la izquierda.

—Yo también lo creo —sonríe Kiunga, asintiendo hacia un letrero de madera clavado con un poste sobre el terreno.

HELL'S GATE 2 KM.

Kiunga conduce a un ritmo que a Mollel le parece angustiosamente lento. Mirando por encima de su hombro al indicador, sin embargo, ve que su colega se mantiene de forma escrupulosa en el límite del parque, a 40 kilómetros por hora. Tiene sentido. Si pasasen como una estampida, levantarían una columna de polvo que sería visible a kilómetros de distancia. Si cualquiera de la banda estuviese vigilando, sabrían de inmediato que se acercaba alguien..., y alguien a una velocidad que denotaría urgencia y que la distinguiría de la de cualquier turista o patrulla normal de la reserva.

Aparte de algún pájaro revoloteando o alguna gacela, que aparecen de forma esporádica, el parque está completamente desierto. Los acantilados altos ahora se ciernen a ambos lados, y Mollel tiene la extraña sensación de experimentar algo de nuevo, por primera vez. Después se percata de que está recordando otro paisaje distinto por completo, pero que resulta sorprendentemente conocido: unos cuantos meses atrás, en las horas que siguieron a las discutidas elecciones, lo llevaron en coche por Kenyatta Avenue, justo en el centro de Nairobi. Allí los rascacielos vacíos y las calles desiertas también eran algo parecido a la entrada al infierno.

Pasan bajo la mole de Maasai Bride, que parece al tiempo más alta y más esbelta desde el suelo de lo que parecía desde lo alto del acantilado, estirándose hacia el cielo

oscurecido, siempre anhelando, siempre solitaria.

Otro letrero anunciando el cañón de Hell's Gate, y un sendero sale de la carretera de tierra hacia lo que parece una zona de aparcamiento. Apenas tienen tiempo de divisar dos vehículos aparcados ahí, la camioneta de la policía y el viejo y abollado turismo de Shadrack, antes de que Kiunga dé marcha atrás y retroceda.

Apaga el motor y hace un gesto para pedir silencio a los dos pasajeros. Baja su ventanilla, que estaba subida para evitar el polvo, y todos se esfuerzan por escuchar.

No oyen nada más que los grillos: pero eso es todo lo que oirían, también, si su llegada repentina hubiese sido vista y la banda ahora estuviese esperando para saltar sobre ellos y tenderles una emboscada. Estarían armados, Mollel lo sabe. Kibet tendría su AK-47, Mungai su pistola, Choma su viejo rifle. Nadie discutiría su versión de los hechos: los sorprendieron, pensaron que los recién llegados eran cazadores furtivos.

—Ve tú primero, Mollel —susurra Oberkampf.

Por lo que ha visto de ella, Mollel sospecha que se trata de sentido común más que de cobardía. Ella tiene razón. Aunque de los tres, matarlo a él sería lo más fácil de justificar: es un convicto fugado, después de todo, es el único que conserva un grado de confianza con la banda.

Abre la puerta y sale con cuidado.

Mientras rodea los arbustos hacia los vehículos aparcados, decide llamar antes de arriesgarse a recibir una lluvia de balas.

—*Hodi* —grita.

No hay respuesta.

No hay señal de que haya nadie en los coches. Los rodea para asegurarse. Cuando llega a la parte de atrás del viejo Toyota de Shadrack, abre el maletero —hay un truco para hacerlo— y mira dentro.

Nada. Pero al agachar la cabeza hacia ese espacio, las fosas nasales le queman por el olor a sudor. Levanta la mirada hacia la tapa del maletero, abierto delante de él. La parte interior está manchada. Pasa un dedo por encima. Sangre... y fresca, además. Mwathi habrá estado atado aquí, supone. De modo que, tanto si la sangre procede de su cabeza al impactar contra el maletero mientras el coche recorría el terreno pedregoso, como si estaba golpeándose la cabeza en un intento por llamar la atención o escapar, ahora estará en un estado bastante lamentable.

Eso si todavía no lo han ejecutado.

Oye un silbido leve y un movimiento en los arbustos.

—Está bien —dice—. No están aquí.

Kiunga y Oberkampf aparecen.

—Pero definitivamente tienen a Mwathi —sigue Mollel, levantando el dedo con sangre.

—Entonces no hay tiempo que perder —contesta Oberkampf—. ¿Supongo que seguimos las señales?

Ahí, justo delante de los coches, hay un hueco en los árboles. La penumbra del interior está enmarcada por un par de postes altos y, suspendido entre ellos, sobre la altura de la cabeza, hay un letrero: hacia el cañón. Mollel oye un chasquido y aparece un círculo blanco bailando sobre las hojas, mucho más allá de los postes. Mollel se gira y ve a Kiunga sujetando un punto de luz deslumbrante en la mano.

—Algo que aprendí trabajando con Mollel —dice—: Lleva siempre una linterna.

El camino que lleva hasta el fondo del cañón es peligroso y, por un sentido de caballerosidad, Mollel y Kiunga se colocan delante y detrás de Oberkampf, para que uno de los dos siempre pueda alargar una mano. Pero después de que rechace los primeros ofrecimientos, queda claro que, a pesar de su figura poco atlética, es tan ágil como una cabra montesa. A Mollel le alegra darse cuenta de que se ha deshecho sensatamente de los tacones y ahora lleva un par de zapatillas de deporte destartaladas. Además, no parece preocupada ni lo más mínimo por su traje, con aspecto de ser caro, pues aparta brotes espinosos con los codos e incluso, en un punto especialmente escarpado, se sienta en el suelo y se desliza para bajar la pendiente arrastrando el trasero.

En varias ocasiones Mollel advierte que el disco blanco de la linterna de Kiunga desaparece de repente y entonces mira a su alrededor para descubrir a su colega gateando para luego ponerse en pie. Tras la tercera ocasión, Oberkampf le alarga la mano y, a regañadientes, Kiunga la acepta.

La luna todavía no ha salido —no es que su luz pudiese alcanzar muy al fondo de esta hendidura— y solo el sonido del agua discurriendo debajo le da a Mollel una sensación real de la profundidad del descenso. Pero al cabo de un tiempo, empieza a sentir que el suelo se nivela bajo sus pies. Al llegar al arroyo y entrar en el cañón propiamente dicho, el cielo se vuelve visible, salpicado de estrellas sobre ellos. Los bordes de esta grieta dentada en la tierra están flanqueados por vegetación, y por la estrechez del hueco entre los dos lados —en algunas partes no más de tres o cuatro metros— el cañón parece que podría, por capricho, doblarse sobre sí mismo y cerrarse herméticamente sin previo aviso. Mollel recuerda de nuevo un cañón artificial: esta vez, los callejones serpenteantes, claustrofóbicos, del suburbio de Kibera. El recuerdo de estar allí el día de las elecciones, con las paredes de las chabolas a su alrededor envueltas en llamas y cayendo literalmente sobre él, le hace estremecerse.

Kiunga barre los alrededores con la linterna, deteniéndose en un vórtice que baja en picado: el canal del río, tallado en la roca, congelado en el tiempo. En su punto más alto, el haz de la linterna capta estriaciones como franjas de nubes en el horizonte. Bajando por la pared de la caverna, el círculo de luz se fortalece y se encoge, y las franjas se vuelven cada vez más estridentes, capa sobre capa en un torbellino retorcido por los meandros del canal de la corriente, que se ha tallado, ha serpenteado y se ha hundido aquí hace millones de años.

Esta parte baja del cañón, de la altura de un edificio de tres o cuatro pisos, es sinuosa y lisa. Las paredes están esculpidas en salientes y cuevas, con alguna estría afilada o alguna cresta puntiaguda de vez en cuando. Y entonces, el haz de la linterna

se queda quieto, otro cambio. Aproximadamente a casi dos metros del suelo del cañón, a la altura de una persona, empiezan los nombres.

Nombres kenianos. Nombres europeos. Caracteres chinos. Árabes. Por lo general con una fecha: Wangechi 98, Esteban 2005, Mike + Josie junio 04. El irresistible deseo humano, cuando está delante de algo sorprendente, bello e incomprensible, de poseerlo.

Y al pie de este desfiladero, su hacedor: la corriente estrecha, gorjeadora, en este momento de no más de unos pocos centímetros de profundidad, trastabillando y pasando deprisa sobre guijarros y haciendo triquiñuelas por la arena centelleante. Se alimenta de un estanque turbio, que a su vez tiene su origen en la cascada alta, alargada, cuya voz sibilante proporcionó el punto de referencia audible que guio su primer descenso. Mollel no tiene duda: este susurro podría convertirse en un rugido sin previo aviso. El tronco podrido de un árbol y numerosos cantos rodados de enorme tamaño en las orillas del estanque son testimonio de ello. No le gustaría comprobar el poder de esta corriente modesta cuando está en plena furia desbordada.

Siguen hacia delante. Avanzar es más sencillo que bajar la ladera del cañón, pero sin duda cada paso los arrastra más profundamente hacia el interior de la tierra. Mollel, descalzo, camina por el agua, donde el cieno es más fiable que las rocas lisas que la rodean; y cuando mira a su alrededor, ve que los otros, a pesar de ir calzados, siguen su ejemplo.

Su sensación de superioridad es efímera. Del mismo modo que el olor a huevo podrido del azufre empieza de forma tan indefinida que es apenas perceptible hasta que se vuelve inaguantable, Mollel se percata de que el agua alrededor de sus pies está tan caliente como la sangre dentro de ellos... y al momento quema.

Da un grito ahogado y sale del arroyo de un salto. Perdiendo el equilibrio por este movimiento repentino, extiende una mano hacia la oscuridad y encuentra la pared de la caverna. La aparta de forma inmediata, agitándola con fuerza. La roca está tan caliente como el lateral de una *jiko* llena de brasas.

Una palabrota despiadada de Kiunga y el sonido a desbandada le dice que los otros han hecho el mismo descubrimiento. Dando saltos hasta que las plantas de sus pies se posan sobre lodo felizmente frío, limoso, Mollel recupera el aliento y espera a que los demás también se recompongan.

Agradece que el sonido de la corriente del agua encubra su llegada, así como las curvaturas del canal significan que, hasta ahora, ha estado relativamente relajado con respecto a la luz de la linterna de Kiunga. Pero ahora se percata de que el vapor en el aire a su alrededor, que, como el olor y el calor, ha aumentado sin que se den cuenta, tamiza la luz y la dispersa. Hay muchas posibilidades de que ahora el resplandor pueda ser visible, incluso doblando un recodo. Mollel expresa su preocupación, y Kiunga apaga la luz de mala gana.

Por un momento, la oscuridad es absoluta. Y después, despacio, el vapor que había amenazado con delatarlos se convierte en su aliado. Refracta la luz de la luna

que acaba de salir hasta esta grieta ciega, y se alza alrededor y sobre ellos creando una luminiscencia tenue.

La luz fantasmal agudiza los sentidos. Mientras Mollel escucha con atención, la acústica extraña de este espacio combado hace que a veces no distinga si está oyendo el eco de la corriente o su propia sangre palpitándole en la cabeza.

Pero, allí, oye algo diferente, tan débil como el silbido de un mosquito y tan esquivo como su vuelo. Duda de nuevo de su propia percepción, hasta que vuelve a oírlo.

Risas.

Ahora de forma inequívoca, deambulan y se enroscan en esquinas no reveladas para llegar hasta ellos. Lejanas, pero sin duda risas. Risas masculinas. Más de una persona.

Mollel preferiría oír un grito. Un grito es inequívoco. Su fuente es el dolor o el miedo. Como pasa con un grito, la risa es involuntaria. Pero a diferencia del grito, la risa puede surgir de forma espontánea por más de un motivo. Mollel ha oído risas de terror y de dolor. Ha oído a hombres reír mientras están matando, y antes de morir. Ha conocido risas que acompañaban a la crueldad más inimaginable.

Al menos con un grito se habría hecho mejor idea de qué podía esperar. Al menos sabría que Mwathi seguía vivo.

Con tanta cautela como resulta posible ahora, los tres avanzan. Cada curva del cañón acerca más la posibilidad de un encontronazo, por lo que se arrastran y se pegan a las paredes.

Fuera cual fuese la extraña dinámica que llevó las risas vagando hasta ellos, no vuelve a ocurrir. Mollel incluso empieza a preguntarse si realmente las oyó, o si el cansancio y el miedo están haciendo que la mente le juegue malas pasadas.

Y entonces, luz. Luz tenue, naranja. Mollel parpadea y lo confirma: un resplandor pequeño, aleteando sobre la pared del cañón. Se acerca, levanta la mano como si la propia roca desprendiese esa fosforescencia. Pero al hacerlo, la luz desaparece de la pared y juega sobre sus dedos.

Se inclina para colocar la cabeza donde cae la luz. Los otros lo han visto y él es consciente de que lo observan sin aliento.

Desde aquí, el ángulo le permite tener una visión al otro lado de la próxima curva. La fuente directa de la luz no es visible, pero sí su reflejo: una pared de roca iluminada, parpadeando por la luz proyectada por las llamas. Justo al doblar la curva debe de haber una hoguera.

Mollel les hace señales a los otros dos para que se queden atrás. Agachándose mucho, se inclina hacia delante, sin quitar ojo de la interacción hipnótica de sombras y estriaciones en el margen del cañón. Parecen desplazarse y retorcerse como las escamas de una serpiente en movimiento.

Y después, negro sobre naranja y dorado. Una silueta. Enorme y distorsionada, pero sin duda una cabeza, alzándose sobre unos hombros. La sombra se bambolea y aumenta y una risa horripilante —la misma de antes, pero amplificada— rebota por todas partes.

Mollet se lanza contra el lateral de la caverna y confía en que Kiunga y Oberkampf tendrán el sentido común de hacer lo mismo. Quienquiera que se esté acercando no parece llevar ninguna luz. Posiblemente cometa el error de pasar de largo sin ver a los recién llegados.

Eso es lo que la lógica le dice a Mollet. Su instinto, sin embargo, le pide a gritos que huya. Los ecos de la risa demoniaca todavía resuenan mientras un sonido nuevo surge en paralelo: un ruido animal, algo entre un gemido y un gruñido. Mollet mueve la mano a tientas, encuentra una roca.

Ahora le palpita el pecho, subiendo y bajando de forma frenética, como a tono con el ritmo estrangulado de la figura que se aproxima, cuyas pisadas caen con fuerza cada vez más cerca.

Mollet se pone en pie. Levanta la piedra por encima de su cabeza.

Enmarcada por un color dorado parpadeante, la figura se tambalea justo delante de Mollet.

De pronto, todo se da un baño de color blanco. Los ojos de Mollet arden por la luz brillante, pero solo tiene un instante para pensar. Deja caer la piedra a sus pies y salta hacia delante, agarrando al hombre por el cuello con el recodo de su brazo izquierdo y tapándole la boca con la mano. Los dos se estrellan contra la pared del cañón y Mollet se escurre hacia abajo. Nota la humedad caliente del arroyo en sus piernas y la misma sensación se deja sentir en sus manos por la sangre cálida, húmeda, sobre la piel del hombre.

—¡Apaga esa maldita luz! —le sisea a Kiunga.

La linterna se esfuma, pero para Mollet la forma permanece, una mancha flotante que trata de alejar parpadeando.

—¿Es él? —susurra Oberkampf.

Unas risotadas llegan flotando hacia ellos, pero ya no suenan tan cerca como antes.

—No lo sé —contesta Mollet—. No he podido verlo.

Acerca los labios al oído del hombre.

—Voy a hacerte una pregunta. No intentes hablar. Solo asiente. ¿Eres Boniface Mwathi?

La cabeza se sacude arriba y abajo.

No tiene sentido. ¿Por qué le habrían dejado marchar? ¿Están jugando con él? ¿Dándole una oportunidad falsa de liberarse antes de darle caza como a un animal?

El hombre que tiene agarrado comienza a tiritar. Mollet repara, al recordar lo que vio en el breve instante antes de que la linterna de Kiunga lo cegase, en que el hombre que tiene en los brazos está desnudo.

—Voy a soltarte. No vas a hacer ningún ruido. ¿Entendido?

Otro asentimiento. Mollel lo suelta y ambos se esfuerzan por mantenerse erguidos.

La mancha delante de sus ojos se está desvaneciendo, y Mollel puede distinguir a Mwathi a la luz de la luna, empañada, refractada. El hombre apenas puede mantenerse en pie. Kiunga se quita la chaqueta y la coloca sobre los hombros de Mwathi.

—Está mal —susurra Oberkampf.

Mientras lo dice, Mwathi tropieza. Es obvio que le han dado una buena paliza. Sus torturadores pueden permitirse estar relajados. Este cañón solo tiene una salida. Incluso dándole ventaja inicial, no es posible que fracasen en atrapar a su presa. No a menos que tenga ayuda.

—Sacadlo de aquí —dice Mollel—. Llévadlo tan lejos como sea posible. Conducidlo fuera si es necesario. No lo trasladéis a un hospital. Escondedlo en el hotel si hay que hacerlo, pero aseguraos de que conseguís una declaración. Necesitamos esto sobre el papel, antes de que cambie de idea.

Antes de que se dé cuenta de que los testigos no duran mucho en esta ciudad, piensa Mollel.

—Oh, y Kiunga —habla Mollel en tono urgente—, comprueba si puedes sacarle cuál es la conexión con Jemimah Okallo.

Kiunga asiente y lanza uno de los brazos de Mwathi sobre su hombro, soltando un gruñido espontáneo al coger la carga.

—¿Qué hay de ti, Mollel? —exhala Oberkampf—. ¿Vienes con nosotros, verdad? Una risa espeluznante llega flotando desde donde está la luz de la hoguera.

—Cuando decidan venir por aquí —contesta Mollel—, nos darán alcance en minutos. Solo puede hacerse una cosa. Tengo que entretenerlos.

Nota el toque de la mano de Oberkampf sobre su hombro.

—Buena suerte, Mollel —dice.

Adopta una postura de sumisión; un caminar arrastrado, agotado. Empuja los pies contra la corriente, los hombros encorvados. Temeroso, derrotado. Un andar de terror. Los pasos de un hombre que se encuentra con sus verdugos.

No es del todo fingido.

Dobla la esquina y levanta una mano contra la luz. El fuego está bajo y las llamas naranjas parpadean en una cavidad larga, profunda, brillante, en la pared del cañón. Sentadas y acuclilladas en el interior —el techo de la cueva es demasiado bajo para permitir que alguien esté en pie— hay cuatro figuras. En la arena a su alrededor hay esparcidas latas de cerveza arrugadas.

Resuena la risa ahora conocida, la cercanía le quita la acústica tenebrosa que la llevó antes a los oídos de Mollel, y también le quita el misterio, aunque no su amenaza.

Es la risa de Shadrack. Y se detiene con brusquedad cuando levanta los ojos y se encuentra con los de Mollel.

—¡Ajá! ¡Mirad quién ha vuelto! —exclama Shadrack—. ¿Qué pasa, Mwathi? ¿No te bastó con esa pequeña lección?

—No soy Mwathi —contesta—. Soy yo, Mollel.

Las figuras se levantan de un salto, agachadas bajo el techo de la caverna, saliendo con dificultad. La mole inconfundible de Munene lleva una pistola colgando de una mano. Tan pronto como pone los pies en el cañón, apunta directamente a Mollel.

—¿Qué estás haciendo aquí, masái? —ladra—. ¿Quién está contigo?

—Nadie —contesta Mollel, levantando las manos hacia arriba—. He venido solo.

Shadrack chapotea al pasar por su lado, linterna en mano. Llega hasta la esquina y se asoma con cautela, iluminando el espacio con la linterna arriba y abajo.

—Tiene razón —dice Shadrack—. Ahí no hay nadie, al menos.

Un sonido susurrante, como la brisa más leve que se ha encontrado por error dentro de este cañón frío, húmedo y sofocante, llega a oídos de Mollel. Se percata de que procede de dentro de la larga cueva.

Choma está ahí sentado, con las piernas cruzadas junto al fuego. Se quedó en su sitio cuando los otros saltaron para enfrentarse a Mollel. Y ahora levanta los hombros. El sonido susurrante es su risa.

—Puede que ellos estén sorprendidos de verte, Mollel —ríe entre dientes—. Yo no. Sabía que volverías.

Claro que lo sabía, piensa Mollel. Sin duda Kibet había contactado para advertirle de su reaparición en Maili Ishirini. ¿Así que, dónde está ella? Se estaba imponiendo justicia a un hombre que había amenazado a una mujer con la violación, causándole

la muerte. Mollel duda que ella quiera perderse esto.

Mira hacia la oscuridad. Más allá de la cueva, el cañón sigue serpenteando, las franjas se funden y se enroscan, y la neblina sulfúrica refleja el fuego encapotado.

Pero no hay señal de Kibet.

—Imagino que te encontraste con nuestro pequeño chantajista mientras salía, Mollel —dice Choma respirando con dificultad.

—Tuvimos un pequeño encontronazo —contesta.

—Siento que hayamos tenido que seguir adelante sin ti. En justicia, debería haber sido tuyo. Pero pensamos que ya estarías a medio camino hacia Tanzania.

—Dame la pistola —propone Mollel, alargando la mano hacia Munene—. Iré a terminar con él yo mismo.

Silencio.

Shadrack, que ha vuelto del borde, coloca la mano sobre el hombro de Mollel, exactamente como Oberkampf había hecho pocos minutos antes.

—Escuchad a este tío. ¡*Cheesy kama ndizi!*

Shadrack se ríe a carcajadas. Munene y Mungai se unen a él. Munene se zarandea tanto que baja la pistola para secarse una lágrima del ojo. Solo Mollel y Choma permanecen impasibles. De modo cortante, el viejo le hace señales para que se acerque. Mientras las carcajadas disminuyen, dice:

—Ven, masái. Siéntate.

Mollel se inclina mucho, entra en aquel espacio socavado. Levanta las manos para proteger su cuero cabelludo y sus dedos se rozan con la piedra lisa, cálida. El fuego es apenas necesario, por la calidez suave de la roca, pero su luz titilante ilumina el techo bajo y enfatiza la sensación de que es un capullo, seguro y seco.

Choma se sienta en la arena. Munene y Mungai toman asiento a su lado. Shadrack levanta el trasero, agachado junto al fuego, acercando las manos hacia él para dar gracias tanto como para buscar calor.

Mollel es reacio a sentarse de cualquier forma que entorpezca que pueda levantarse de un salto, si fuera necesario. Tras la larga caminata, eso significa no acuclillarse en la arena. En vez de eso, ve un lugar idóneo sobre una piedra larga, plana, cerca del fuego.

Se dispone a sentarse, y de inmediato surge un coro de protestas por parte de los otros cuatro policías.

—¡No, no! ¡Ahí no!

Gritan tan sobresaltados que Mollel tiene que girar para apartarse de la piedra, cuando ya estaba a punto de sentarse. En el espacio bajo, no logra ejecutar ningún tipo de movimiento elegante, y en vez de eso se desploma sobre la arena.

Levanta las manos hacia la piedra, de la forma en que Shadrack hizo con el fuego, esperando que irradie un calor intenso. Esa, imagina, debe de ser la razón por la que

todos le han advertido —como esas tuberías de vapor que recorren el terreno con letreros avisando: PELIGRO. CALOR. NO SENTARSE—.

Pero sus palmas no notan calor. Mira a su alrededor buscando una aclaración.

—¿No sabes dónde estás, Mollel? —resuena Choma.

Él se encoge de hombros.

—El cañón de Hell's Gate.

—Aquí. Este lugar.

Choma mueve los dedos dibujando una curva que describe la bajada en picado de la roca que hay por encima de ellos.

Mollel niega con la cabeza.

—Pensaba que todo el mundo de por aquí conocía Devil's Bedroom^[12] —dice Munene con su voz grave, profunda.

—Yo no soy de por aquí —contesta Mollel.

—Eso es seguro —murmura Mungai.

—Tal vez no —continúa Choma—, pero incluso en la gran ciudad debes conocer el poder de un buen mito.

A Mollel le viene una imagen: la de sus manos en los escombros y el polvo, en los minutos y horas que siguieron a la explosión de la bomba en la embajada norteamericana. Tiraba del cemento roto y el metal retorcido con tanta fuerza que sus manos chorreaban sangre, que terminó formando una capa negra por el polvo y el sol.

Hace tantos años, ahora. Una vida, casi toda la vida de su hijo, que acaba de cumplir doce años sin que Mollel estuviese cerca para celebrarlo. La imagen era una fotografía de Mollel, jaspeada, en blanco y negro, que ocupó las portadas al día siguiente. Y aunque los periodistas tardaron un poco en identificar y localizar a la persona cubierta de cenizas, las historias ya habían empezado a circular y a intensificarse.

«Sacó a una docena de personas. Sacó a cincuenta. Rescató a cien o más. Era incansable. Trataron de pararlo, pero siguió volviendo. No podían contenerlo».

Pero solo Mollel sabe por qué siguió volviendo. Habría dejado que muriesen todos y cada uno si hubiese podido sujetar a su Chiku entre sus brazos una vez más.

Para cuando se le presentó una oportunidad para refutar el mito, descubrió que lo necesitaba. Estaba medio loco por el dolor. Habló, irreflexivo, largo y tendido, con aquellos reporteros que lo buscaron, y con cualquiera que lo escuchase..., pero no sobre la explosión. En vez de eso, sus pensamientos se fugaron corriendo hacia otras líneas: cosas banales. Cosas que lo habían irritado, pero sobre las que nunca antes había tenido el coraje de hablar. Y ahora, viendo esto..., bueno, ¿qué importaba quién conociera los pequeños y sucios secretos que hacían que los bolsillos de los policías de Nairobi estuviesen tan espléndidamente forrados? Fue una liberación sacárselo de dentro del pecho.

Y así nació Mollel el delator. Mollel el incorruptible, que también resultó ser inquebrantable..., porque él fue el héroe del 7 de agosto de 1998.

De modo que, sí, conoce el poder de un buen mito. Toda su carrera se ha basado en uno.

—Devil’s Bedroom —continúa Choma, con la voz tan seca como el chirrido del grillo a lo lejos—. Así es como lo llaman los guías aquí. Dicen que el mito lleva circulando tanto tiempo como los masáis, pero, personalmente, creo que lo inventaron para los turistas. Por lo que he oído, vosotros los masáis no creéis en el demonio.

Mollet no contesta. Ha visto lo bastante en su vida como para mantenerse amplio de miras en ese aspecto.

—Bueno, como todo buen mito, necesita una maldición. Algo que cause comezón en la piel y hiele la sangre. Algo que las mamás les cuenten a sus *totos* para que se queden en la cama por la noche. Dada la hechura de este lugar, no hay mucho misterio respecto a cómo se les ocurrió esta.

Mollet vuelve a mirar la piedra larga, baja. La superficie está erosionada, lisa por el agua, la arena y el tiempo. Frunce el ceño. Es difícil de decir a la luz de la hoguera, pero tiene más que una sospecha respecto a que lo que antes pensó que era una decoloración de la piedra son, en realidad, manchas de sangre.

La voz profunda de Munene recoge la historia, vibrando en la hondonada y revolviendo el aire lleno de humo.

—Quien yace en la cama del demonio, muere poco después.

Mollet recuerda la piel húmeda, pegajosa, del hombre desnudo. Las manchas sobre la piedra bien podrían pertenecer a alguien a quien hubiesen puesto encima.

Mollet los mira a la cara uno a uno.

—Entonces, ¿qué es esto? —pregunta—. ¿Magia?

Una pausa de un momento. Y luego, de nuevo irrumpe la risa efusiva.

—No hay tal magia, Mollet —se mofa Shadrack.

No, piensa Mollet. A menos que creas en ella. Y entonces es bastante real. Bastante real, combinado con el escenario misterioso y el hecho de recibir una buena paliza para infundir terror en gente como Boniface Mwathi, o incluso en alguien endurecido como Gachui. El mensaje era directo e inequívoco: cambia tu comportamiento o verás cómo se cumple la profecía.

Así que, de alguna manera, la magia estaba funcionando aquí. Estos cuatro policías sin escrúpulos estaban usando el poder de la leyenda para lograr cambios. Y, fuera lo que fuera lo que profesasen, parte de ellos también creía: su reticencia supersticiosa a que Mollet se sentase en la cama del demonio lo había demostrado.

Lo que eso no indicaba, sin embargo, era que estos policías fuesen asesinos. Muy al contrario. Si su intención era simplemente eliminar a sus enemigos, ¿por qué pasar por esta charada rebuscada?

—¿Funciona? —pregunta.

—Por ahora nunca ha fallado —contesta Shadrack, con cierta dosis de orgullo.

Mollet tiene la sensación de que el joven siente un entusiasmo especial por este

ritual.

—O cambian de comportamiento, o desaparecen.

—¿Desaparecen? —insiste Mollel.

—Se marchan —responde Choma—. Captan el mensaje y se ponen en camino. No volvemos a verlos. Quizá regresan al lugar del que vinieron, o deciden dirigirse a algún sitio nuevo. En cualquier caso, ya no son nuestro problema.

—¿Y Kibet? —pregunta Mollel—. ¿Cuál es su papel en todo esto?

—Ella es la auténtica maga —responde Choma con una carcajada—. Les dejamos volver corriendo por el cañón, después de haber hecho que casi se mueran de miedo. El trabajo de Kibet consiste en encontrarse con ellos cuando han logrado salir. Hace que parezca una casualidad. Como si ella estuviese haciendo una ronda nocturna habitual. Los recoge, los lleva en coche hasta la carretera. Pero de camino, les llena la cabeza de advertencias funestas. Sobre lo que les ha pasado a los anteriores. Actúa de forma empática, pero no les da tiempo a pensar. Tienen que irse lo más lejos posible, les dice. Entonces, en la cuneta, les da algo de ropa, algunas cosas viejas que guarda en la parte trasera de la camioneta..., y algo de dinero. Hace que parezca caridad. Pero también evita que vayan a casa o busquen apoyo en los amigos. Para entonces por lo general se ha hecho de día, y se suben al primer *matatu* que vaya a cualquier parte lejos de aquí.

—¿Así que Kibet es la última en verlos?

—Y la primera —interrumpe Shadrack, con una voz que denota su evidente admiración por ella—. Kibet identifica quién es adecuado para este tratamiento.

Por supuesto que habría seleccionado a Boniface Mwathi. Shadrack y ella se llevan bien, y él le habría hablado de la trama de chantaje contra Jemimah Okallo. Y Shadrack, por sus ganas de impresionarla, se lo habría contado tan pronto como Beatrice identificó al funcionario de prisiones. Sin duda estaría deseando recogerlo, ensangrentado y aterrado, y llevarlo... ¿adónde?

¿Adónde los llevaba? Estos otros podían creer que ella tan solo los ponía en camino, pero Mdosí sin duda no lo hacía, y su red estaba mejor informada incluso que la policía. Habría sabido si sus hombres simplemente se estaban marchando de la ciudad, o estaban dejando este mundo de forma más permanente. Y fuera cual fuese su destino, Kibet era quien los conducía a él.

—Es extraño —dice Mollel—. No me crucé con ella al bajar.

—Todavía hay mucho tiempo —responde Shadrack—. Ese tipo estará abriéndose paso para salir del cañón durante una hora o más.

Lo que les da a Oberkamp y a Kiunga tiempo para sacarlo y no encontrarse con ella, piensa Mollel, con alivio. Por ahora, ellos no conocen su implicación en la banda. Quiere que siga así... por el momento.

Con arrepentimiento, recuerda la última vez que se permitió a sí mismo acercarse a una mujer. Terminó engañándolo. Nunca consiguió llevarla ante la justicia. No va a cometer el mismo error dos veces.

La voz áspera de Choma interrumpe sus pensamientos.

—Espero que Kibet no vaya a dejarlo para demasiado tarde —dice el viejo respirando con dificultad, enfadado—. El tipo tendrá bastante frío cuando salga del cañón. No quiero que muera de hipotermia por nuestra culpa.

Como si se percatase de la ironía de esa aparente preocupación por su víctima, Choma añade:

—La clave de todo esto es que no tenemos ningún cadáver incómodo sobre el que dar explicaciones.

Como siempre, Shadrack salta en defensa de Kibet.

—Dijo que tenía una amiga con problemas. Quería estar allí para ella.

—Siempre que llegue aquí a tiempo para él —murmura Choma.

¿Una amiga con problemas? Por lo que Mollel vio, ella no tiene amigas. Sin duda ninguna por la que se preocupe tanto como para impedirle impartir justicia.

Y entonces se da cuenta. Sí hay una amiga por la que se preocupa tanto. Ahora sabe exactamente dónde encontrarla. Con lo que ha averiguado por los policías esta noche, está seguro de que tiene pruebas suficientes para sacarle a Kibet cómo son asesinados los hombres desaparecidos, dónde terminan sus cuerpos y quién, si no es ella misma, lo está haciendo.

—¿Hay alguna forma más rápida para salir de este cañón que el camino por el que entramos? —pregunta.

—Sí —contesta Shadrack—. Pero es un poco complicado. Yo no querría hacerlo a la luz del día, mucho menos de noche. Es una ruta de escape que los guías usan en caso de riada.

—Enséñamela —pide Mollel—. Subiré y esperaré a nuestro amigo hasta que llegue Kibet.

Choma asiente bajo la luz de la hoguera, y Shadrack dice:

—De acuerdo. Pero será mejor que te asegures de dónde pones el pie.

—Estaré perfectamente bien —responde Mollel—. Después de todo, nunca me he sentado en la cama del demonio.

Mollet agradece la oscuridad mientras trepa sobre sus manos y rodillas, y a veces su vientre, por una cornisa a media altura en el lateral del cañón. La luz de la luna es bastante fuerte para distinguir dónde agarrarse con la mano o colocar el pie a continuación, pero no lo bastante luminosa como para reflejarse en la corriente que resuena debajo. El simple sonido basta para recordar la caída que seguiría a cualquier resbalón en este ascenso polvoriento, traicionero.

Teme en varias ocasiones haberse metido por una ruta falsa, y la perspectiva de una retirada con los pies por delante lo llena de temor. Pero entonces divisa el árbol caído del que le habló Shadrack, desnudo y negro, en zigzag como un rayo invertido. Una vez creció alto a orillas del cañón, y de hecho sus raíces siguen allí, pero ahora araña a ciegas el cielo estrellado. El tronco largo, recto, baja hacia el lado opuesto, el lado en que está Mollet, en un ángulo casi perfecto de cuarenta y cinco grados. Se ha ubicado ahí, formando un puente, de diversos tipos, aunque uno va a dar al lateral escarpado de una roca.

Solo es cuestión de tiempo que las termitas se coman las raíces que quedan, o la lluvia erosione la tierra a su alrededor, y el árbol caiga y se estrelle muy por debajo en el cañón. Mollet solo espera que eso no ocurra mientras un masái de mediana edad está cruzándolo.

Alguien ha tratado de allanar el camino hasta las extremidades más robustas del árbol, donde han excavado su paso hasta el interior del risco. Nudillos de ramas cortadas apuntan hacia abajo en tono acusador, como advirtiendo. Mollet coloca la palma de la mano de forma tentativa sobre la rama más gruesa y la pone a prueba.

Incluso este peso ligero produce movimiento, pero Mollet estima que es la elasticidad natural de la madera más que un cambio de posición. Comienza a salir con cuidado.

Solo unos pocos días antes se aventuró así por la tubería que entraba en el lago. Un resbalón ahora sería menos compasivo que aquellas aguas negras, o incluso los hipopótamos que las habitan. Aunque de joven fue un escalador competente, hace años, décadas, que Mollet no trepa un árbol, e incluso entonces nunca lo hizo con uno del revés, donde las V de las ramas apuntan en la dirección equivocada y no proporcionan asideros. Se ve obligado a apretar el tronco con las rodillas y a trepar y arrastrarse hacia arriba, rebuscando con los dedos dónde agarrarse, envidiando las garras del leopardo y su facilidad para subir o bajar bocabajo.

Con un escalofrío largamente reprimido y un suspiro de alivio alcanza la seguridad de un cepellón al revés y salta desde él a tierra dura, firme. Tras el largo ascenso desde el suelo del cañón se siente como si llegase a la cima de una montaña, y por un momento Mollet disfruta el espectáculo del cielo amplio, lleno de estrellas,

extendiéndose en todas direcciones sobre él. Después, mientras sus ojos se fijan en cimas iluminadas por la luna y en acantilados cercanos, se percata, con una sensación extraña, decepcionante, de que todo lo que ha logrado hacer es arrastrarse para subir al nivel del suelo.

Al menos esas colinas le proporcionan un punto de orientación, como hace la mole solitaria de Maasai Bride, visible por encima de las copas de los árboles, densas y oscuras.

—¿Cuánto habéis tardado? —pregunta Mollel, saliendo a la luz de la luna cuando las figuras jadeantes de Kiunga y Oberkampf, con el ensangrentado y desnudo Mwathi arrastrándose entre ellos, surgen de la entrada del cañón.

—¡Santo Dios, Mollel! —grita Kiunga. Luego, en tono más silencioso—: ¿Intentas darle a la gente un susto de muerte?

—Yo no —responde Mollel—. Pero otros sí.

Regresan al coche. Kiunga gira la llave y el coche gorjea, hace un ruido sordo y arranca soltando chisporroteos. Mollel esboza una mueca de dolor. Estas marchas lujosas para cuatro ruedas nunca fueron diseñadas teniendo en cuenta el sigilo. No puede hacerse nada al respecto. Meten a Mwathi en la parte de atrás; Mollel, por decoro, opta por sentarse junto al hombre desnudo mientras Oberkampf se pone delante en el asiento del acompañante y Kiunga va al volante.

—¿A qué te referías —pregunta Oberkampf, girándose para dirigirse a Mollel— al decir que están asustando de muerte a la gente?

—Míralo —responde Mollel.

A su lado, Mwathi está sentado, encorvado y tiritando, las vibraciones del coche en movimiento apenas disimulan cómo le castañetean los dientes. Mira fijamente hacia delante, con la mirada perdida. La paliza que le dieron fue la parte más indulgente de su terrible experiencia, Mollel está seguro.

—Dispusieron un ritual elaborado para este tipo. Uno que despliegan en cada ocasión. ¿Por qué se molestarían en aterrorizar a sus víctimas si fuesen a ejecutarlas inmediatamente después?

—¿Son sádicos? —sugiere Oberkampf—. No lo sé. Dímelo tú, Mollel. Es tu gente.

Son las primeras horas de la mañana y ella acaba de ayudar a subir a rastras a un hombre herido desde el fondo de un cañón traicionero. De forma que Mollel está dispuesto a pasar por alto la irritación y el desdén obvios que resuenan con tanta fuerza en su voz. No puede evitar llegar a la conclusión de que ella hubiese preferido encontrar a Mwathi muerto y haber visto a los policías en el proceso de deshacerse del cuerpo. Entonces su caso estaría cerrado.

Pero ese comentario está de más. No puede dejarlo pasar.

—¿Tu gente? —repite.

Kiunga refunfuña.

—Por favor, Mollel. Ahora no.

—Solo me pregunto a quién te refieres con «tu gente». Porque ninguno de ellos es masái. Pero ¿quizá quieres decir keniano? El mundo sabe que somos salvajes, ¿verdad? Porque eso es lo que las redes de noticias les ha mostrado. Kenianos matando a kenianos. Gracias a Dios que estás aquí, Justine Oberkampff de la Corte Penal Internacional, para mostrarnos lo equivocado de nuestro comportamiento. Para castigarnos. Porque «mi gente» es obviamente incapaz de solucionar nuestros propios problemas.

Kiunga encorva los hombros y resulta evidente que se centra en conducir.

—En realidad, Mollel —contesta Oberkampff despacio, comedida—, cuando dije «tu gente» me refería a la policía.

Policía. Nunca ha sentido serlo. Ni siquiera llevando uniforme; siempre ha sido un forastero. Un masái en un cuerpo dominado por kikuyus, un hombre honesto en una profesión donde la honestidad implica un despido justificado. Ha pasado los últimos días como preso y fugitivo. Pero solo ahora se da cuenta de que, pase lo que pase, nunca podrá escapar de lo que es.

Policía.

—No son sádicos —responde—. No se excitan torturando a la gente antes de ejecutarla, porque no la están ejecutando. Es todo un teatro. Uno bastante ingenioso, en realidad. No pueden tratar con los criminales de la manera adecuada por culpa de los jueces corruptos y los abogados hábiles... —No puede resistirse a añadir—: Tu gente.

A pesar de su reputación como delator, Mollel nunca ha creído mucho en las normas. La justicia, siempre ha sentido, es obvia. Es algo eterno, más poderoso y más significativo que la sociedad humana que trata de definirla y sujetarla con normas y leyes.

«Han tomado el cielo y lo han rodeado».

Las palabras de Tonkei resurgen como un mantra. Es apropiado que recuerde al masái ahora, porque esta es una actitud muy masái. Hubo un tiempo..., no, incluso ahora, si pudiesen salirse con la suya..., en que los masáis resolverían un problema en su comunidad de esta forma. De la manera más rápida y sencilla posible, y sin implicar a forasteros.

Quizá, reflexiona Mollel, es más masái de lo que le gustaría pensar.

Y más policía, también. No cabe duda que la ligera objeción de Oberkampff contra su profesión le ha escocido. Lo cierto es que descubrir que la policía no está detrás de los asesinatos, de algún modo, le ha devuelto la fe en sus colegas. Incluso admira su ingenuidad. El engreído Shadrack, el cínico Choma, el poco sutil Munene. Están, a su manera, tratando de hacer todo lo que pueden frente a un sistema hostil. Por primera vez, piensa en ellos con cierto grado de cordialidad.

—Bueno —suspira Oberkampff—. Esto ha sido una pérdida de tiempo.

—¿Una pérdida de tiempo? —pregunta Mollel, con incredulidad—. El asesino, quienquiera que sea, tiene la costumbre de recoger a estos hombres poco después de que la brigada policial termine con ellos. Hemos salvado la vida de este desgraciado.

El más mínimo encogimiento de hombros por parte de Oberkampf le dice a Mollel que eso no significa mucho para ella.

—Vale, ¿y ahora qué? —pregunta Kiunga, interviniendo por primera vez—. Si la policía no es la brigada mortal, ¿entonces quiénes son? ¿Y cómo les encontramos?

La exclamación de Oberkampf le evita a Mollel tener que nombrar a Kibet.

—¿Nosotros? Esto no tiene nada que ver con nosotros, Kiunga.

Por un rato, se sintieron como un equipo. Pero Mollel se da cuenta de que fue solo un espejismo.

—Estoy aquí para investigar la violencia poselectoral... y la posible connivencia del Gobierno —continúa Oberkampf—. Si no es la policía la que está liquidando a estos delincuentes, posiblemente solo sea una banda rival. En cuyo caso...

—En cuyo caso, no te interesa —dice Mollel.

—En cuyo caso, está al margen de mi mandato.

Y por eso, piensa Mollel, la ley y la justicia no son lo mismo.

Aparte del estrépito del coche sobre el terreno lleno de baches y de la tenue respiración sibilante que emite Mwathe, se hace el silencio. Unas cuantas luces por delante indican la entrada al parque y al puesto de guardabosques que hay allí.

—Dejadme aquí —les pide Mollel.

—¡Mollel! —protesta Kiunga—. ¿Adónde vas?

—A ver a una amiga —contesta.

Kibet le había dicho a Shadrack que tenía que ir a ver a una amiga. Solo tenía una, por lo que Mollel sabía.

Esme.

Se queda al borde de la carretera mientras observa las luces rojas del coche acercarse al puesto del guardabosques. Ve cómo los faros iluminan a un par de guardabosques armados que hacen una señal para que el coche pare, y se ríe por lo bajo al imaginar cómo van a explicar Kiunga y Oberkampff la presencia de un hombre ensangrentado y desnudo en el asiento de atrás.

Con los guardabosques entretenidos con el coche y su cargamento fuera de lo habitual, Mollel bordea los edificios en la entrada del parque y pasa por el grupo de cabañas de metal que albergan a los trabajadores, manteniéndose alerta en cuanto al movimiento en las ventanas iluminadas. Se mueve con rapidez, en silencio, aunque el sonido tranquilizador de una televisión procedente de una de las cabañas cubriría cualquier ruido involuntario que pudiese hacer.

Continúa, subiendo el sendero que lleva a la cumbre. El viaje de esta noche, desde las profundidades de la tierra hasta la cima elevada que corona la entrada al Parque de Hell's Gate, hace que el corazón le palpite con fuerza. ¿O es la perspectiva de enfrentarse con Kibet?

Una forma frente a las estrellas se convierte en el arco conocido de las ramas de acacia que protegen la entrada al santuario de los rinocerontes. Mollel pasa por debajo, y, casi en el mismo momento en que las estrellas se apagan, un grito repentino hace que se pare en seco.

No es un grito humano: el sonido rápidamente baja el tono, revelando un trasfondo gutural, como un gruñido. Pero no es animal.

El ruido se detiene tan repentinamente como surgió, pero persiste como un eco, un olorillo ligero a gases de escape confirma su origen: una motosierra.

La reaparición de las estrellas al pasar el arco le muestra a Mollel que la verja está cerrada. Revisándola, sin embargo, nota que se mueve bajo sus dedos y oye traquetear la cadena, deslizarse por el recodo y aflojarse. Hay bastante espacio para que él, zambulléndose, se meta por el hueco. Quienquiera que cerrase esta verja tenía prisa o no estaba familiarizado con cómo cerrarla adecuadamente. Lo que significa que Kibet, si está aquí, no está sola con Esme.

Un destello de luz aparece por delante. De forma instintiva, Mollel se agacha. Pero la luz no se mueve. Se acerca más, rodeando una mata de arbustos, y ve cuál es el origen. La única y elevada ventana del cobertizo que hay en el recinto. Desde aquí, las vigas son todo lo visibles que resulta posible. Hay sombras deslizándose sobre ellas, y, por primera vez, oye voces. Sin descifrar las palabras, puede decir que son

urgentes, y formales. Se arrastra hacia delante.

Una voz se eleva sobre las demás, tanto en volumen como en tono.

Reconoce que es la de Kibet.

—Hazlo otra vez —está diciendo— y usaré esa maldita máquina contigo.

—Tenía que probarlo —protesta una voz de hombre—. Sé lo que estoy haciendo.

—Pero tú no la conoces —responde Kibet.

Mollet quiere ver lo que está ocurriendo dentro del cobertizo, pero no se atreve a impulsarse hacia arriba hasta la ventana. Tiene una idea: ya ha trepado un árbol esta noche. ¿Por qué no otro?

Alejándose un poco del cobertizo, busca a tientas en la oscuridad la corteza lisa de una acacia. Como un leopardo, se sube de un salto, agarrándose al tronco con las rodillas. Se impulsa hacia arriba una, dos veces, antes de notar que hay una rama sobre la que puede girar. Lo hace con cautela, sintiendo cómo unas espinas despiadadas se rozan contra él, pero sin apoyar su peso hasta que comprueba que la parte de la rama que hay debajo de él está lisa. Coloca los pies sobre la rama y se agacha, apoyando una mano sobre el tronco. Desde esta posición tiene una visión clara del rectángulo dorado de luz que forma la ventana abierta, sin cristal, del cobertizo. También puede divisar la silueta de Kibet dirigiéndose a otro guardabosques uniformado del KWS que lleva una motosierra en la mano.

—Ni se te ocurra pensar en volver a encender esa cosa hasta que yo lo diga —le advierte.

El guardabosques le lanza un asentimiento resentido. Sin previo aviso, un golpe intenso, parecido a un martillo de demolición golpeando una casa, hace añicos el aire de la noche. Kibet, alarmada, mira hacia algo que está más allá de la línea de visión de Mollet.

Al distraerse la gente que está dentro del cobertizo, Mollet se arriesga a acercarse más. Baja las manos hasta la rama, se columpia hacia abajo y cae al suelo. Por la ventana, ha visto un par de puertas dobles anchas, al fondo del cobertizo, y que estaban ligeramente abiertas. Esa será su atalaya.

Rodea el cobertizo con sigilo hasta donde están las puertas abiertas, dejando un espacio de poco más de la anchura de una persona. El golpeteo tremendo continúa, acompañado por un curioso ruido como de resoplido.

Mirando por la puerta, Mollet puede ver por primera vez que el interior del cobertizo está dominado por una estructura en forma de caja, considerablemente más alta que la gente con ropa de camuflaje que está ahora apiñada a su alrededor. No se corrieron riesgos en su construcción: los bordes parecen hechos de vigas de acero y los laterales de tablones gruesos de madera. Incluso así, la caja se está sacudiendo con violencia.

En el lado de la caja más próximo a Mollet, una rampa alzada, en cierto modo parecida a la puerta trasera de un camión, está bien cerrada en su sitio. Pero el guardabosques que se halla más cerca de ella está mirando los pesados pestillos de

hierro con nerviosismo creciente, porque cada nuevo golpe deja la puerta repiqueteando de forma precaria en sus goznes.

Kibet aparece a la vista, cargando una escalera de mano de aluminio, la abre y sube por ella con rapidez. La parte de arriba de la caja debe estar abierta, porque Kibet se asoma por el lado. Mollel la ve apartarse cuando la punta alta, abrupta, de un cuerno pasa peligrosamente cerca de su cara.

—¡Está aterrorizada! —grita Kibet—. ¡Va a herirse a sí misma!

Otro guardabosques, en este caso armado con un rifle largo, delgado, se abalanza sobre la escalera. Tira de los pantalones de Kibet para hacerla bajar y ocupa su lugar en los escalones.

Kibet se gira. Tiene una expresión completamente desconsolada en el rostro.

El guardabosques, que ahora se encuentra en lo alto de la escalera, levanta el rifle hasta su hombro y apunta hacia abajo, hacia el interior de la caja. Apoya la cabeza en la culata y apunta. Es una distancia corta: prácticamente está tocando la parte de arriba de la caja con la boca del rifle.

Suena el estallido de un disparo. Al mismo tiempo, la puerta trasera de la caja se abre de golpe y cae dando un portazo sobre el suelo de hormigón, con un estallido de madera. El guardabosques que se halla más cerca apenas tiene tiempo de apartarse de un salto. De haber estado más cerca, sin duda lo habría aplastado. Como los demás, se gira y corre. Incluso el hombre con el arma ha saltado desde lo alto de la escalera y se ha apartado de prisa. Solo se queda Kibet. Ha corrido en la dirección opuesta, hacia el peligro.

Mollel ve una mole enorme, ancha, gris, saliendo hacia atrás, hacia Kibet, agitando con furia la cola achaparrada, dos patas gigantes como tocones de árbol sacudiéndose y dando patadas. La forma se mueve de lado a lado, sacudiendo la caja mientras sale hacia las puertas donde está Mollel, y hacia Kibet.

Los lomos de la rinoceronte, más estrechos que sus caderas, se deslizan hacia fuera y la bestia se libera. Se bambolea y se gira, un diminuto ojo negro da vueltas confundido y asustado. Mollel puede ver un dardo rojo minúsculo, como el pedazo de una pluma, colgando de manera precaria del cuello del animal. Parece como si apenas le hubiera penetrado en la piel. La cabeza se sacude arriba y abajo, el cuerno poderoso se agita como un sable enorme. Y justo delante de él está Kibet.

La criatura la divisa. Mueve las orejas con rapidez. Patalea con las patas delanteras y baja la cabeza.

—Esme —dice Kibet.

Abre bien los brazos. La rinoceronte embiste.

Mollel vuela hacia delante, agarrando a Kibet por la cintura y apartándola de un tirón del avance del cuerno. Lo nota pasar por su lado con un zumbido, siente el aire frío que acompaña a la embestida y se prepara para eludir el próximo ataque.

Pero no es necesario. La cabeza de la rinoceronte, como si fuese incapaz de soportar por más tiempo el peso de su arma, se bambolea y luego empieza a hundirse.

Las patas delanteras se doblan bajo su cuerpo y la enorme mole se desploma sobre el suelo.

Kibet corre hacia ella y lanza los brazos alrededor del cuello de la rinoceronte.

—Oh, Esme —arrulla, y le arranca con ternura el dardo de la piel arrugada detrás de la oreja.

Como una niña luchando contra el sueño, el ojo de Esme titila y parpadea. Después, sin cerrarse, se transforma, de negro brillante a gris vítreo. Kibet le pasa con delicadeza la mano sobre el ojo y baja el párpado antes de inclinarse sobre el cuerno, ahora inofensivo, y hacer lo mismo por el otro lado.

Despacio, con cautela, los otros guardabosques se acercan.

—¿Quién demonios eres? —pregunta uno de ellos, levantando una pistola hacia Mollel.

Kibet se yergue y coge la mano de Mollel.

—Está bien —los apacigua—. Este es mi amigo.

Los otros parecen demasiado conmocionados como para poner en duda esta afirmación, y el hombre que disparó el dardo se acerca hasta la figura postrada.

—No tenemos demasiado tiempo —dice—. Hagámoslo.

El guardabosques que tiene la motosierra da unos pasos hacia delante.

—Oh, Mollel —llora Kibet, y se gira para no ver esa escena, hundiendo la cara en el hombro de él.

El guardabosques tira del cordón de arranque y la motosierra reverbera al ponerse en marcha. Mollel se apresura a apartar a Kibet de esa acción inminente. Notando que ella se deja caer sin oponer resistencia contra su cuerpo, la aprieta hacia él y juntos salen tambaleándose por la puerta del cobertizo.

Mollel puede notar cómo Kibet se estremece en sus brazos. No es el miedo, él está seguro, ni siquiera el aire frío de la noche, lo que la hace temblar.

—¿Qué están haciendo? —pregunta Mollel.

—Es horrible —contesta ella—. Tan horrible. Pero no teníamos opción.

La reverberación de la motosierra se convierte en un gruñido agudo.

—En cuanto me contaste que los cazadores furtivos me tenían como objetivo —continúa Kibet, llorosa—, supe que iban detrás de Esme, así que teníamos que actuar. Podíamos seguir trasladándola de un sitio a otro, siempre confiando en ir un paso por delante de ellos, o podíamos hacer esto.

Un olor acre comienza a hacer arder las fosas nasales de Mollel. Combinado con los gases de escape de la motosierra, resulta al tiempo extraño y conocido. Él trata de ubicarlo.

—Estamos eliminando la razón que tienen para matarla —dice Kibet—. Sin cuerno, hay una oportunidad, una escasa... Perderán interés. No siempre funciona. El tocón se mete en el cráneo. Siempre pueden encontrar un mercado, incluso para ese resto. Y para extraerlo...

Se estremece. Mollel recuerda lo que le contó, el primer día que la conoció, sobre

los cazadores furtivos de elefantes y cómo se habían llevado la cara completa de los animales a los que habían asesinado por la codicia de llevarse sus colmillos.

—Pero, con suerte, no les merecerá la pena el riesgo. Hemos mutilado a Esme. Nunca volverá a ser la misma. Pero al menos estará viva.

Y tú también, piensa Mollel, sujetándola con fuerza cerca de él.

En ese momento, su implicación con las desapariciones, con los asesinatos, se ve relegada al fondo de su mente, reemplazada por un incontenible sentimiento de admiración. Kibet ha arriesgado su vida para proteger a esta criatura, incluso cuando sabe que la banda china la quiere muerta. Es la misma dedicación desinteresada que la ha llevado a proteger a las mujeres de esta ciudad, cuando la ley y el sistema han fallado. Lo que sea que haya hecho, lo ha hecho por compasión.

La valentía de ella le hace sentirse humilde. Y entonces se encuentra sintiendo un torrente de conflicto. Si hacer lo correcto significa hacer que esta mujer deje de impartir justicia, por arbitraria que pueda ser esa forma de justicia, se pregunta si términos como «correcto» y «justicia» siquiera significan algo todavía.

El ruido se detiene de forma abrupta y, en ese mismo momento, Mollel identifica el aroma conocido que le había ardido en las fosas nasales: es como pelo quemado.

El mismo olor que había detectado en la ropa de Jemimah Okallo en su habitación.

El pensamiento se ve interrumpido por la aparición de dos de los guardabosques por la puerta. Entre ellos, sujetan el cuerno largo, curvo, y lo dejan en el suelo delante de Mollel y Kibet como si se tratase de alguna especie de trofeo.

Kibet, horrorizada, gira la cabeza con brusquedad.

Mollel comprende su repugnancia. Este cuerno no es un objeto inanimado, sino un miembro amputado. Es como tener una cabeza humana o una mano tirada a sus pies.

Mollel es el único que sabe que Kibet está relacionada con las desapariciones. No tiene duda respecto a la nobleza de sus motivos. Sus tácticas pueden ser inaceptables, pero... piensa..., ¿eso significa de verdad que está equivocada? Todo lo que importa es que deje de hacerlo.

Mollel tiene que tomar una decisión en Hell's Gate.

Parece apropiado que sea Kibet quien resulte elegida para llevar el cuerno a la sede central del KWS en Nairobi. Toda la operación tiene una especie de aire ceremonial, como un funeral, y esta fase final equivale a confiar el cuerpo a la tierra.

Pero el cuerno no va ser enterrado, ni incinerado. Va a ser colocado en una bóveda a la espera de una posible investigación científica. Pero, Kibet le confía a Mollel mientras salen en coche del Parque Nacional con el cuerno envuelto en una manta en el asiento trasero, muchos sospechan que los cuernos de rinoceronte, junto con otros objetos valiosos, como marfil confiscado, se conservan como una especie de reserva de divisas, del mismo modo que algunos países guardan oro: para recurrir a ello en tiempos de necesidad.

—Por supuesto, yo no lo creo —añade.

Mollel no está tan seguro.

Le pide a Kibet que lo deje al borde de la carretera cerca del puesto de la policía, y observa las luces traseras de su camioneta desaparecer a lo lejos. Después cruza la carretera y se encamina a la entrada de la granja de flores.

Ha seguido su olfato: no hacia la mezcla empalagosa de perfume de rosas y fertilizante que flota sobre este lugar, sino hacia el recuerdo más impreciso de un aroma. El aroma a pelo quemado.

No es un olor inusual. Lo captas cada vez que pasas por delante de una peluquería donde las mujeres se están acicalando y mimando.

Quizá también eso era todo en este caso. Jemimah Okallo, o una de sus compañeras de habitación, se había estado alisando el pelo con una plancha. Pero Mollel tiene la sensación de que las trabajadoras de este lugar tienen más cosas en la cabeza que tratamientos de belleza.

Espera que le den el alto en la entrada, y tiene algunas palabras preparadas acerca de que es agente de policía... Después de todo, no lleva uniforme, ni identificación, pero para su sorpresa, los guardias simplemente asienten y le abren los postigos. Mientras cruza la pequeña puerta interior, se percata de que es precisamente su atuendo lo que le ha garantizado el acceso, y recuerda las palabras del guardia del hotel de al lado, quien, al verlo con ropa masái, dijo: Es uno de los nuestros.

Siguiendo su olfato, todavía... o, al menos, el recuerdo, se dirige hacia la residencia. Espera encontrar los bloques cerrados y a oscuras, pero al girar la esquina, le sorprende oír que surgen voces..., voces femeninas..., y movimiento.

Las puertas están abiertas, las luces brillan, y las mujeres se apresuran por todas partes, poniéndose deprisa sus monos y delantales de trabajo. Cuando una de ellas pasa a su lado, Mollel la coge del brazo. Ella se gira y le lanza una mirada asesina directamente a los ojos.

—¡Vamos tan rápido como podemos! —protesta, con los ojos todavía nublados por el sueño—. ¿Pueden darnos un poco más de margen de aviso la próxima vez? ¡Estos envíos nocturnos nos están matando!

—¿Qué está pasando? —pregunta Mollel.

Ante esta cuestión, la mujer lo escudriña con más interés.

—No te conozco, ¿verdad? —pregunta ella a cambio—. ¿Eres nuevo?

—Sigue con lo tuyo —contesta él con brusquedad, soltándole el brazo.

Justo en ese momento, ha vislumbrado la silueta de un guerrero masái sujetando una *rungu* de modo amenazador con la mano, al otro lado del edificio de la residencia. Está hablando con un guardia de seguridad. Bien podría ser uno de los de la entrada.

Mollel deja la zona de dormitorios y recorre la parte exterior de uno de los túneles de poliamida. El tejido curvo junto a él parece haber absorbido la luz solar de las horas anteriores y la está liberando lentamente. Hay incluso un resplandor de calor que Mollel puede sentir sobre su piel. No hay nada natural, sin embargo, en este lugar.

En el interior, ve moverse formas difusas. El plástico es demasiado opaco para poder distinguir nada en detalle, pero hay mucha actividad para estas horas de la noche.

Se agacha y busca a tientas por el suelo. Al final sus dedos se posan sobre una piedra pequeña, un fragmento de grava con borde afilado. No es la punta más cortante del mundo, pero confía en que sirva. Coge la piedra y la aprieta, con fuerza, contra el tejido flexible de la lámina de plástico brillante. Tras un momento de resistencia, la lámina cede a la presión y se forma un agujero diminuto.

Pone el ojo sobre el agujero y mira.

Los bloques largos, anchos, de color que forman los rosales están en gran medida intactos. No se ven recolectoras ahí. En lugar de eso, toda la actividad parece centrarse en una mesa larga, central. Las trabajadoras se apresuran llevando pilas enormes de cajas de poliestireno blanco, que dejan, tambaleándose, encima de la mesa. De inmediato las cogen otras trabajadoras, que empiezan a lanzarlas a la cadena de producción.

La siguiente fase es el embalaje. Montones enormes de tallos cortados yacen a intervalos sobre la mesa, y mujeres con guantes recogen puñados y los colocan en cada caja, antes de pasar a que las precinten.

Una mujer que lleva una cesta con flores corre y la vuelca en uno de los montones que disminuyen con rapidez. Mientras se aparta de la mesa, se seca la frente y hace una pausa. Otra mujer, al pasar, se para y apoya las manos con cansancio sobre las rodillas.

—Al señor De Wit no le va a gustar esto —dice la primera mujer—. Rosas empaquetadas sin llevar la cuenta, colores mezclados. Flores defectuosas puestas con las buenas.

—De Wit no va a enterarse, ¿verdad? —contesta la otra mujer—. ¿No te has dado cuenta de que esto solo pasa cuando él no está? Vamos, será mejor que nos demos prisa. Viene uno de esos bastardos masáis.

Se apresuran en volver al trabajo, y Mollel ve un destello rojo delante de él. La tela roja a cuadros de una *shuka* masái le tapa la vista. Y entonces:

—¿Has visto todo lo que necesitas, Mollel?

Da un respingo, sobresaltado. Al girarse, ve a Tonkei y otros dos *morans* justo detrás de él. Todos llevan *rungus*.

—Me alegra que hayas vuelto, Mollel —dice Tonkei—. Hay alguien que quiere verte.

Los dos *morans* lo cogen y le hacen marchar hacia el borde de la carretera al final del túnel de poliamida. Mollel oye el zumbido de un motor diésel y ve un camión contenedor enorme esperando allí, parado. Las puertas traseras están abiertas y en el interior hay dos hombres. A medida que les lanzan las cajas blancas precintadas, las cogen, las giran y las echan a la penumbra —es de suponer que para que las apilen otros trabajadores o trabajadoras que están más adentro—.

Un empujón en la espalda impulsa a Mollel a cruzar la entrada al túnel de poliamida y él parpadea a causa de la luz artificial. Lo están empujando hacia una zona cerrada: una construcción de chapa pintada muy parecida a la oficina en la que se sentó con De Wit y la llorosa Jemimah Okallo cuando vino aquí por primera vez. Pero, cuando Tonkei abre la puerta y Mollel entra tras él, ve que, a diferencia de la oficina de De Wit, este espacio está completamente cerrado. Tiene techo, pero ninguna ventana. Es un recinto dentro de otro.

Ante una mesa de trabajo en el centro de este espacio estrecho, hay dos mujeres sentadas. La única luz procede de una lámpara inclinada que enfoca encima de la mesa, un charco de luz iluminando una máquina. A primera vista, Mollel la toma por una máquina de coser industrial. Es del mismo tamaño. Pero en lugar de un carrete y una aguja, tiene una sierra dentada fina, reluciente, circular. Entre la sierra y donde está sentada una de las mujeres —quien maneja la máquina, es de suponer—, hay un pequeño escudo de metacrilato. Ambas mujeres llevan gafas de protección y mascarillas higiénicas.

Hay un olor en el aire. Un olor un tanto rancio que lucha por imponerse al perfume de las flores, pero de todos modos es reconocible.

El olor a pelo quemado.

Tonkei asiente mirando a los otros dos *morans* y estos se marchan, cerrando la puerta al salir. Suelta el móvil de su cinturón y marca un número.

—¿Adivinas a quién tengo aquí? —dice al teléfono, en maa. Le lanza una mirada a Mollel—. El mismo. Claro.

Tonkei coge el teléfono y lo deja sobre la mesa de trabajo.

—Mbatiani quiere hablar contigo —dice.

Mbatiani.

Un nombre masái. Pero no cualquier nombre masái. Es el nombre de uno de los guerreros masáis más grandes de todos los tiempos. Laibon Mbatiani. Un hechicero y líder que impresionó tanto a los invasores ingleses contra los que luchó que estos le pusieron su nombre a una cumbre del monte Kenia.

Se decía que Mbatiani regresaría, en tiempos de necesidad, para guiar al pueblo masái a tomar posesión de su legítimo hogar.

Y ahora Mollel está a punto de hablar con él. O al menos, con alguien que lleva su nombre. Tonkei aprieta un botón y el altavoz del teléfono emite un chisporroteo.

—¿Mollel? —pregunta una voz.

Es una voz distante, metálica. Distorsionada y con interferencias, pero familiar. Tan familiar que, por un momento, Mollel tiene la impresión surrealista de estar hablando consigo mismo.

—¿Sí? —responde.

Mbatiani se ríe por lo bajo.

—He estado leyendo sobre ti, Mollel. Has salido en primera plana.

Mollel no contesta. Todavía está intentando ubicar esa voz.

—Imagino que estás buscando trabajo, ahora que estás fuera de la policía... Para ser honesto, me sorprende que durases tanto. Nunca pensé que terminases como preso fugado, sin embargo. Por cierto, parece que Mdosí se va a reponer. Mala suerte, pero hiciste bien al intentarlo. Te acercaste mucho más de lo que yo pude jamás. Ya llevamos un tiempo tratando de eliminarlo. Lo logramos con la mayor parte de su banda, de una forma u otra. Pero no con el gran tipo.

Otra risa por lo bajo. Así que es una banda masái la que está detrás de las desapariciones, después de todo. Se suponía que el papel de Kibet era entregarles a las víctimas.

—De modo que tengo una propuesta para ti, Mollel. Únete a mí. Necesitamos un hombre como tú. Creo que lo encontrarás más gratificante que la policía.

—Lo pensaré —contesta Mollel.

—Puedes pensártelo —responde Mbatiani—, pero no tardes mucho. Creo que te darás cuenta muy pronto de que tienes pocas opciones en este asunto.

El tono de la voz de Mbatiani cambia.

—¡Tonkei! —ladra—. ¿Ya está listo ese envío?

—No del todo —contesta Tonkei, la habitual confianza engreída de su voz se ve reemplazada por cierto grado de miedo.

—Bueno, avanzad. No podemos retrasar más el vuelo.

La puerta del cubículo se abre y Tonkei suelta un suspiro de alivio.

—Ah, acaba de llegar. Estaremos de camino dentro de poco.

—Bien. Te veo pronto, Mollel.

El teléfono emite un pitido y la voz extrañamente familiar se apaga.

Mollet se gira para mirar a los recién llegados. Son los dos guardias *morans*, y llevan algo pesado entre ellos. Algo envuelto en una manta.

Abren la manta y colocan el cuerno de rinoceronte sobre la mesa de trabajo. Las dos mujeres se disponen a realizar su trabajo de inmediato. Después de pulsar un botón, la sierra circular emite un zumbido al ponerse en movimiento. Una mujer manipula con pericia el cuerno sobre la mesa mientras la otra comienza a guiar la punta hacia la sierra circular.

Con la facilidad con la que un cocinero corta verdura, un conjunto de discos finos comienza a aparecer junto a la sierra. Todos tienen el mismo grosor, pero cada uno es ligeramente más grande que el anterior.

—Puf —suelta Tonkei—. Odio este olor.

Se inclina hacia delante y recoge unos cuantos discos del montón que se está formando con rapidez.

—Toma —le ordena a uno de los *morans*—. Coge estos y empieza a colocarlos entre las rosas. Recuerda, solo en las cajas marcadas como Black Champagne. ¿Comprendido?

Mollet está aturdido. Olvida cualquier pensamiento acerca de identificar la voz del teléfono. Solo puede pensar en Kibet.

¿Cómo le ha podido pasar? ¿Cómo lo han embaucado, de nuevo?

El amor de Kibet por los rinocerontes era tan falso como cualquier indicio de sentimiento que hubiera tenido hacia él. Ella le había entregado el cuerno a la banda masái, dirigida por el tal Mbatiani. Su indignación con los violadores sería sin duda falsa, también. Estaba implicada en las desapariciones de los hombres de Mdosí como parte de su papel en alguna guerra por el territorio que estaban manteniendo Mdosí y Mbatiani..., presumiblemente por el control del mercado de marfil.

Y pensar que la había estado cubriendo todo este tiempo.

Sin revelar su papel en todo el asunto, ni siquiera a Kiunga. No es solo el olor acre del cuerno al ser rebanado lo que sabe amargo en la boca de Mollet.

Todo este tiempo, los *morans* han estado yendo y viniendo, cogiendo trozos del cuerno. Cuando las dos mujeres están casi a punto de terminar con su extraña tarea, Mollet vuelve a acordarse de ellas. Este también debía de ser el trabajo de Jemimah Okallo. Desesperada por conseguir dinero para pagar a la persona que la estaba amenazando, intentó volver a hurtadillas a la granja de flores por la noche. ¿Por qué? ¿Para suplicar que le devolviesen el empleo? ¿Para buscar a Tonkei y amenazarlo con revelar su operación? Eso era más probable. Sin duda explicaría por qué no le iban a permitir salir viva de este lugar. Y en lugar de simplemente hacerla desaparecer, como hacían con los hombres de Mdosí, fue un detalle inteligente dejar su cuerpo en el agua justo ahí. De esa forma, serviría como advertencia a las otras.

Tonkei coge los últimos discos de cuerno, que ahora son del tamaño de un plato. Con el trabajo hecho, las dos mujeres vuelven a sentarse, se retiran las gafas protectoras y se secan la frente.

—Vamos —le dice Tonkei a Mollel.

Salen del cubículo y de nuevo el resplandor hace que Mollel parpadee. El escenario ha cambiado. En la mesa principal, donde estaba teniendo lugar el embalaje, ahora no hay nadie trabajando. Montones de rosas y cajas yacen esparcidas, abandonadas. Quienes cargaban el camión se han ido también. Solo quedan Tonkei y los dos *morans*. Junto al camión hay una pila de seis cajas de poliestireno, de la altura de un hombre. Cada una de ellas lleva una pegatina donde se lee Black Champagne. La caja más alta está abierta y desborda follaje verde y pétalos negros por un lado.

Tonkei alarga la mano en la que lleva los discos, y los mete en la caja, empujándolos bien hacia abajo, entre el follaje. Después coge una tapa, la coloca encima de la caja y usa una pistola de embalar para precintarla.

—Sube al camión, ¿de acuerdo, Mollel?

Hace que suene como una petición, pero a Mollel no le cabe duda de que es una orden. Se sube al peldaño trasero del camión y se queda en la entrada de pie por encima de Tonkei. Le sobreviene un escalofrío. El aire en el contenedor está refrigerado. Nota la vibración del motor del camión en los pies.

Tonkei le pasa las cajas con rosas Black Champagne de dos en dos. Mollel las apila contra el lateral del camión, junto con las hileras de cajas blancas que se adentran, como en un cañón, en la oscuridad que hay por delante de él.

—Ponte cómodo —le dice Tonkei en tono de burla, tan pronto como Mollel termina—. Harás el viaje aquí.

Mollel mira hacia abajo. Podría saltar sobre el guerrero joven ahora y noquearlo. Pero como si le leyesen la mente, los otros dos *morans* se acercan. Uno de ellos lleva una lanza. El arma centellea de manera incongruente en este escenario moderno, industrial; Mollel está convencido de que es letal, en cualquier caso.

Mientras las puertas se balancean para cerrarse ante él, Tonkei dice:

—Siento lo del frío, Mollel. No hay mucho que podamos hacer al respecto. Pero prometemos no llenar el contenedor de dióxido de carbono. Es lo que haríamos si esto fuera un envío normal. Es bueno para las flores, ya sabes. No tanto para un masái entrometido.

Los tres masáis se ríen, y la puerta se cierra.

En la oscuridad, Mollel desliza las manos sobre la puerta, arriba y abajo, buscando un picaporte. No hay ninguno.

El camión ruge al ponerse en marcha y se produce una sacudida. Mollel se tambalea y cae, chocando con algunas de las cajas que lo rodean. Se sujeta y nota el movimiento. Una serie de sacudidas rápidas, y entonces el vehículo gira con brusquedad y aumenta la velocidad. El ritmo es más fluido ahora. Deben de estar en la carretera.

Y entonces, un ruido distinto. Más cercano. Un llanto contenido.

Mollel se mueve con cautela hacia el sonido, palpando el camino junto a las pilas de cajas. Hay luz en este espacio, una bombilla tenue al fondo brilla lo bastante para

permitir que Mollel vea las pilas balanceándose a su alrededor. Casi tropieza al llegar al extremo final del contenedor y algo suave le roza en las espinillas. El llanto se vuelve más fuerte. Agachándose, toca una cabeza cálida, redonda. Las puntas de los dedos localizan una banda de tela sobre un rostro húmedo. Toquetea a tientas, encuentra un nudo y lo deshace. La tela se suelta en sus manos.

—Mollel —llora ella—. Gracias a Dios, Mollel. Iba conduciendo..., aparecieron de la nada. Pensé que iban a matarme.

La voz de Kibet se derrumba, en sollozos.

—Lo sabían, Mollel —dice entrecortada—. Sabían todo lo del cuerno.

Tan pronto como Mollel desata a Kibet, ella se echa a sus brazos. Con el frío, parece simplemente natural permanecer así, mientras él se coloca a su lado, y ambos se acurrucan contra la pared del contenedor.

Se ve obligado a revisar una vez más sus conclusiones acerca de Kibet. Si fuese cómplice de la banda masái, ¿por qué la atarían de esta manera?

—Cuéntame —dice él—. Háblame de las desapariciones.

Ella le cuenta. Le confirma la historia que ya le habían contado Shadrack y los otros. Después de que los hombres de Mdosí continuasen siendo liberados por el juez Singh, se sintieron cada vez más frustrados por su incapacidad para hacer algo al respecto. De modo que la policía decidió conseguir su propio juicio.

Pero nunca fue asesinato. Los cuatro agentes llevaban a los hombres hasta el fondo del cañón de Hell's Gate y les daban una buena paliza, y un susto de muerte. Después los soltaban. Kibet aparecía, aparentemente por casualidad, y les instaba a esfumarse. La mayoría aprovechaba la oportunidad.

—Pero ¿Gachui? —pregunta Mollel—. Encontré sus dientes de oro, Kibet. Los encontré en tu cabaña.

Kibet se queda callada por un momento. Mollel nota cómo se pone tensa. Al final, dice:

—Fuiste tú quien se los saltó, Mollel.

En el fondo, Mollel lo sabe. No es un momento del que se sienta precisamente orgulloso. Pero insiste:

—¿Qué ibas a hacer con ellos?

—No me los iba a quedar, si es eso lo que estás pensando. No necesito justificarme contigo, ¿sabes? Pero del mismo modo entiende que violó a una mujer, si lo recuerdas, por una deuda que el marido había contraído con él.

Mollel nota cómo Kibet se estremece. Ambos siguen pegados, pero el calor que existía entre ambos se ha perdido desde que Mollel expresó sus sospechas.

—Bueno, es una escasa compensación. Pero iba a darle esos dientes a la familia. Siento que es lo mínimo que merecen.

Mollel sabe que Kibet está diciendo la verdad. Pero también sabe que está enfadada por su desconfianza hacia ella.

Su brazo ya la rodea contra el frío, y entonces la aprieta. No se sabe cuánto tiempo pueden estar atrapados en este espacio refrigerado. Quizá el plan es dejarlos que mueran congelados. La alternativa, que los ejecuten en algún lugar remoto, es poco más atractiva.

Kibet tiembla apretada contra él, y él oye su respiración surgiendo en sollozos cortos, superficiales.

—Todo irá bien —susurra Mollel.

Para su asombro, lo que había tomado por sollozos se convierte en risa.

—Estaba pensando —dice ella con la respiración entrecortada— que, con las rosas y la luz tenue, esto es bastante romántico.

Este humor negro es típico de la Fuerza Rino. Mollel nunca ha sido de los que bromean cuando su vida está pendiente de un hilo, pero admira a los que pueden hacerlo. Y entonces, para su gran sorpresa, él mismo hace una broma.

—No te olvides del cuerno de rino^[13].

Kibet se contiene de inmediato.

—¿El cuerno? ¿El cuerno de Esme?

—Sí —contesta Mollel—. Está aquí.

Kibet se levanta y mira a su alrededor en la penumbra.

—En las cajas de flores. Estas, en las que pone Black Champagne.

Kibet coge la caja que está más arriba y arranca la cinta adhesiva. La tapa cae al suelo mientras ella revuelve el follaje, sin que sus manos hagan caso a las espinas, y saca un disco liso, delgado.

—¿Qué han hecho?

—La han rebanado y la han repartido entre estas cajas. Todo dispuesto para pasar de contrabando fuera del país.

Kibet levanta el disco para acercárselo a la cara, e inhala profundamente.

Y luego entra en un frenesí de actividad, hurgando más al fondo de la caja para sacar otro disco. De manera apresurada coloca los discos, que son demasiado anchos para un bolsillo, en la parte delantera de su camisa de guardabosques.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Mollel.

—No se llevarán esto —suelta Kibet—. No les dejaré.

Mollel está a punto de advertirle que eso no cambiará nada, que su única posibilidad de sobrevivir depende de no enfadar a la banda, pero justo en ese momento oyen que el motor cambia de tono y el suelo debajo de ellos retumba y vibra mientras las cajas se mecen y se tambalean por todas partes.

El camión se detiene con un zumbido de frenado neumático, y, al cabo de un momento, las puertas se abren.

—Salid.

Mollel y Kibet se ponen rígidos. Él la ayuda para recorrer la extensión del contenedor, entre las cajas, y alarga la mano para ayudarla a bajar al suelo.

El aire de la noche se nota cálido al salir del contenedor refrigerado y Mollel puede divisar los primeros rastros del amanecer sobre el horizonte, hacia el este. Reconoce el lugar. Están en la carretera de Nairobi, cerca del inicio de la escarpadura, pero todavía al fondo de la cuenca del valle del Rift. Tonkei espera junto a una camioneta *pick-up* en la que hay alguien al volante.

—Subid atrás.

Mollet y Kibet suben a la parte trasera de la *pick-up* y Tonkei y uno de sus *morans* se sientan frente a ellos. El *moran* todavía lleva la lanza.

—Ten cuidado con eso —dice Mollet.

El *moran* responde con una mirada perdida.

El camión de flores y la camioneta se ponen en marcha al mismo tiempo; el camión continúa por la carretera asfaltada hacia Nairobi y la camioneta da un bandazo hacia un camino irregular que se adentra en el bosque. Pronto la carretera queda atrás, lejos de ellos, y Mollet, balanceando la cabeza por el movimiento del vehículo, encorva los hombros y se permite, al menos por un momento o dos, cerrar sus ojos cansados.

Lo siguiente que nota es un resplandor más allá de sus párpados y el calor de la luz del sol sobre su rostro. Abre los ojos. Tonkei y el *moran* lo están observando. Ninguno de los dos ofrece alguna señal de emoción.

La hierba, dorada a la luz del sol, que ahora está bajo, se mueve alrededor de la camioneta, dando la impresión de una ola de proa mientras la atraviesan, como si estuviesen viajando en un barco. El avance es ascendente, a un ritmo constante. Más allá se alza una cumbre azul. Mollet no conoce este terreno, pero piensa que reconoce el perfil de la escarpadura kikuyu a lo lejos.

Pasan por una zona desnuda en el suelo, la tierra está húmeda y una delgada voluta de vapor asciende en espiral desde ella. Ol Doinyo e-Puru, piensa Mollet. La montaña de humo. Deben de estar al otro lado de Hell's Gate, ahora.

El viaje continúa y la hierba se vuelve más escasa, los parches de tierra humeante son más frecuentes.

Al final, el trayecto llano por la hierba finaliza y se encuentran con terreno rocoso. Es demasiado para la camioneta. En un punto especialmente escarpado, el conductor echa el freno de mano y apaga el motor. Tonkei se inclina hacia delante y baja la puerta trasera.

—Caminamos a partir de aquí —dice.

Se abren paso a través de rocas afiladas con gran dificultad. Un mar congelado. Las laderas se elevan ante ellos, solo para ser reemplazadas por otras cuando han alcanzado la cumbre. El resto del mundo parece haber desaparecido en un contorno borroso, ancho, plano.

Al final el camino se nivela, y Mollet se percata de que ya no están subiendo una cima, sino caminando junto a ella. Una mata pequeña y salvaje de arbustos espinosos, inesperados en este paisaje de rocas, aparece a la vista por delante de ellos. Algo en la forma en que Tonkei y el *moran* modifican su paso hace que Mollet tenga la impresión de que el viaje está llegando a su fin.

Una figura envuelta en un chal rojo surge desde un hueco en los arbustos.

Este, piensa Mollet, debe ser Mbatiani.

Al verlo, los otros dos masáis se detienen y adoptan una pose reverencial,

inclinando ligeramente la cabeza. La neblina se arremolina alrededor de la figura que está en pie delante de ellos. El vapor es más denso aquí, y el fuerte olor a azufre se nota con intensidad en el aire.

—*Supai*, Mollel —saluda Mbatiani.

Y un revuelo del viento en la ladera aparta de golpe el vapor de su rostro. Ahora Mollel conoce la identidad de Mbatiani. Por fin sabe a quién se enfrenta.

Fue un año o más después del descubrimiento del cuerpo de su tío cuando el pueblo samburu pasó de nuevo junto a la aldea de Mollel. Como antes, se los invitó a que sus camellos —que eran menos, entonces— pasasen la noche en el *boma* a cambio de un poco de su deliciosa leche.

Pero ellos declinaron la oferta. Solo querían volver al norte, a la tierra que aún consideraban su hogar. Mollel sentía todavía cierto desprecio por ellos, pero ya no estaba tan convencido de la superioridad de los masáis. Los samburus eran un grupo incluso más apenado que antes: los masáis de Tanzania no habían dado la bienvenida a los recién llegados. No les gustaban los extraños, ni su ropa, ni su acento ni sus camellos. Y, lo más importante, habían dejado claro que su tierra no se compartía.

—¿Dónde está el pequeño? —preguntó uno de los *morans* samburus cuando vio a Mollel.

Este tenía poca idea. Tras un corto periodo de amabilidad tras la muerte de Tío, Lendeve y él habían virado de nuevo hacia la rivalidad y la competencia. Lendeve había decidido que arrear cabras estaba por debajo de él, y exigió la misma parte de las labores con el ganado. Mollel sabía bien que esto iba en contra de las normas de la jerarquía familiar por edad, y ambos se pelearon con dureza. Mollel había ganado... por ahora. Pero sabía a qué velocidad crecía su hermano, y sospechaba que no pasaría mucho tiempo hasta que el mayor de los dos fuese el más bajo en estatura. Entonces, la victoria en una pelea física no estaría tan asegurada.

—Me preguntaba si habría terminado muerto —dijo el samburu.

—¿Qué te hace decir eso?

—Estaba muy decidido a aprender sobre nuestras flechas. Le enseñamos a identificar el árbol *ol morijoi*. Cómo elegir uno que pareciese estar casi muerto por la sequía. Lo hice con él yo mismo. Le enseñé cómo talar las ramas, diez o más, y hervir los pedazos durante dos días. Después le mostré cómo mezclamos la resina con arena y untamos las puntas de las flechas con ello.

—¿Le enseñaste todo eso? —preguntó Mollel, con una creciente sensación de desasosiego.

—Era un buen alumno. Quería preparar remesas de material de inmediato. Por eso pensé que terminaría matándose. No solo quería aprender nuestras costumbres, ¿entiendes? Quería experimentar.

—¿Experimentar? ¿Cómo?

El samburu se rio.

—Oh, tenía una idea sobre cómo no usar el veneno en las flechas, como hacemos nosotros. Trajo un montón de espinas un día, empezó a hablar sobre convertirlas en dardos. Pensaba que podía lanzarlas desde un junco. Le dije que los dardos no servirían para nada. Simplemente rebotarían en la mayoría de pieles de animal. Si se pinchase a sí mismo, sin embargo, sería otra historia.

—*Supai*, Lendeva. —Mollel saluda a su hermano.

Tonkei levanta la cabeza, sorprendido por ese nombre desconocido.

Lendeva asiente y hace un gesto con la mano.

—Lleva a esta mujer a disfrutar un rato de la vista —dice—. Mollel y yo tenemos que ponernos al día.

Cuando los *morans* ya no pueden oírlos, Mollel pregunta:

—¿Dónde has estado, Lendeva? La última vez que te vi fue en Nairobi. Justo antes de...

En la frente de Lendeva se frunce el ceño... ¿Dolor?, ¿pena?, ¿arrepentimiento? Sabe a qué se refiere Mollel. Justo antes de la explosión de la bomba en la embajada norteamericana. Justo antes de que Mollel perdiese a su mujer.

—La vida de ciudad no me va —responde Lendeva.

—Pero no volviste a la aldea. Madre nunca volvió a verte tampoco.

—Oh, no te hagas el hijo responsable conmigo, Mollel —se mofa Lendeva, con el desprecio de siempre creciendo en su voz una vez más—. Tú también la abandonaste.

—Al menos la vi antes de que muriese.

Lendeva levanta las cejas.

—¿Está muerta? Suponía que lo estaría. ¿Fue... tranquilo?

—No —contesta Mollel enojado, lanzándole las palabras como flechas, por despecho—, fue horrible, y doloroso, y estaba asustada. Gritó llamándote, Lendeva. Gritó tu nombre. Fue lo último que dijo.

Lendeva se da la vuelta. Como ausente, alarga la mano hasta uno de los arbustos espinosos y arranca una púa.

La sujeta en la mano. La espina larga tiene una agalla pequeña, redonda, en el extremo. Desde un agujero en la agalla, sale un torrente ininterrumpido de hormigas. Mollel ve cómo se arrastran sobre la palma de la mano de Lendeva, hasta el pulgar, clavando las mandíbulas en su piel. Pero su hermano permanece impassible. Da la vuelta a la mano y la levanta, mirando a las furiosas criaturas con una mezcla de curiosidad y diversión.

—La hormiga roja —le dice a Mollel—. Ya sabes, el único árbol al que no devorará es a la acacia espinosa. El árbol que le construye un hogar. La acacia espinosa cobija a las hormigas y, a cambio, ellas la protegen. Muerden a cualquier animal que se acerque para intentar arrancar hojas del árbol. Cuidan de su hogar, y su

hogar cuida de ellas.

Ahora, se percata Mollel, no es Lendeva quien habla. Es Mbatiani. Esta es la persona en la que se ha convertido durante los años en que Mollel ya no ha sabido de él.

—Nosotros, los masáis, somos las hormigas rojas. Los otros, los granjeros, la gente de la ciudad, los europeos..., son las hormigas negras. Puede que sean más, pero nosotros lucharemos con más intensidad que ellos cuando se trate de proteger nuestro hogar.

Deja caer la espina y sacude la mano. Una sonrisa se dibuja en sus labios, la sonrisa de un niño a quien Mollel una vez conoció tan bien.

—Pequeñas bastardas despiadadas, ¿verdad?

—¿Qué estás intentando decir, Lendeva? —pregunta Mollel—. ¿Que estás protegiendo la tierra masái? Eso no es lo que me parece. Diriges una operación de contrabando, mandando fuera del país marfil y cuerno de rinocerontes cazados de manera furtiva. Puede que eso te haga rico, pero no eres un héroe masái. No eres Mbatiani.

Lendeva frunce el ceño.

—¿Parezco rico? —escupe—. Esto no es por el dinero, Mollel. Al menos, no para beneficio personal. Esos elefantes, esos rinocerontes. ¿En tierra de quién crees que están? No pertenecen al Gobierno, ni a los kikuyus, ni a los blancos. ¡Nos pertenece a nosotros! Esto, Mollel —hace un barrido amplio con la mano—, esta tierra, bajo este cielo, es nuestra. Todo lo que hay en ella es nuestro. Y utilizaré nuestros recursos para recuperar lo que nos pertenece.

—¿De modo que vas a reclutar un ejército privado?

—Ya lo tengo —contesta Lendeva—. Somos más de los que piensas. Y cuando se extienda la voz, seremos un millón o más. Todos los masáis de Kenia, y más allá, estarán de acuerdo con nosotros. Maasailand será restituida, de una u otra forma.

Maasailand. Esa nación que se extiende desde el océano Índico hasta el gran lago, abarcando las dos montañas más altas de África. Sus fronteras permanecen sin marcar aunque son indiscutibles, todas las otras tribus las prorrogaron con miedo, escogiendo entre el vasallaje o la destrucción a manos de los amos masáis, hasta que llegaron los ingleses con sus trenes.

—¿Y por qué no hacerlo políticamente? ¿Por qué recurrir a la violencia?

Lendeva se ríe.

—¡Mollel, esto es Kenia! ¿No aprendiste nada de las últimas elecciones? ¿Qué facciones fueron las más violentas? ¿Y quién está hoy en el poder? No, nosotros los masáis aguantamos eso. Y mira adónde nos llevó. Será distinto la próxima vez.

—Aunque consigas lo que quieres —protesta Mollel—, ¿de qué servirá? Con tu caza furtiva no quedarán elefantes, ni rinocerontes. Esa no es la costumbre masái.

Lendeva pone los ojos en blanco.

—Oh, Mollel. Hablas igual que ella. Bueno, no vais a quitarnos nuestro marfil, ni

ella tampoco. ¡Traedla!

Tonkei y el *morán* arrastran a Kibet hacia ellos.

—Estás a punto de descubrir, Mollel, qué le pasa a la gente que se entromete en nuestro camino. La banda de Mdosí lo descubrió cuando intentó hacer la competencia a nuestro negocio. Averiguamos que era sencillo cogerlos, uno a uno, cuando esta mujer y sus colegas policías los habían ablandado para nosotros. Ven.

Separa los arbustos espinosos delante de él y Mollel ve por qué esta masa de vegetación existe aquí en esta cara de la montaña que, de otra forma, estaría desnuda. Su energía vital procede del vapor que surge de un agujero amplio, hundido en el lado de la montaña. Es casi perfectamente redondo, a Mollel le recuerda el nido de la araña babuino. Recuerda cómo Lendeva, de niño, metía una ramita en esos agujeros y molestaba a la criatura hasta que notaba un tirón, entonces sacaba la ramita de nuevo con una araña gorda, peluda, agarrada a él. Mollel recuerda el asco que le producía verlo.

Como el agujero de la araña, este abismo no es natural: es un tubo de lava. Mollel los ha visto antes, pero nunca de esta amplitud. Podría tragarse un coche sin problemas. Y acercándose más, se da cuenta de que su profundidad es apenas asimilable.

Lendeva coge una piedra pesada y la tira dentro. Esperan. Y esperan.

No se oye nada. No hay fondo.

—Ella primero —le dice Lendeva a Tonkei—. Después mi hermano puede decirnos si va a unirse a nosotros o va a morir.

Tonkei arrastra hacia delante a la guardabosques, que forcejea, mientras el otro *morán* baja su lanza hacia la cara de Mollel.

Tras soltarla Tonkei, Kibet está de pie justo al borde del tubo de lava. El vapor sube en volutas que se enroscan alrededor de ella. Mira con cara de espanto a Mollel, y después de nuevo a Tonkei, que ha levantado la lanza hasta la altura de las costillas de Kibet.

—¡No! —grita Mollel casi sin aliento—. Me uniré a vosotros. Lo que quieras, Lendeva..., Mbatiani... Te llamaré como quieras.

Lendeva sonrío.

—Oh, Mollel —suspira—. Pensaba que ya habrías aprendido que cuando tomo una decisión, nadie se interpone en mi camino.

Y el rictus de la sonrisa torturada de Tío pasa de súbito por la mente de Mollel.

—¿Sabes?, cuanto más mayor te haces, Lendeva, más me recuerdas a él.

—¡Cállate! —ladra Lendeva.

—Esta es precisamente la clase de cosa que él haría. Y te pareces tanto. Siempre lo odiaste por tomar a nuestra madre. Pero no sabías ni la mitad.

—¡No hables de nuestra madre! —advierde Lendeva, con la voz tensa.

Pero Mollel lo ignora, y continúa.

—Yo era el hermano mayor, Lendeva. Sabía que tenía intenciones hacia ella

mucho antes de que padre muriese. Y sabía algo más, también. Cuando nuestro padre solía desaparecer, beber, durante días, Tío venía a nuestra choza. Ella luchaba contra él, pero no siempre ganaba.

La punta de la lanza de Lendeva se bambolea ante la cara de Mollel, y por un momento él piensa en agarrarla. Pero Tonkei todavía tiene a Kibet ante la boca del tubo de lava, y el riesgo es demasiado grande. Mira a Lendeva a los ojos. Están rabiosos, brillando por las lágrimas.

—Mataste a mi Tío, Lendeva, cuando le disparaste aquel dardo envenenado. Pero mataste a tu padre.

—¡Hazlo! —grita Lendeva, y se gira hacia Tonkei.

Tonkei vacila un momento, respira hondo y hunde la lanza en el estómago de Kibet.

Ella se dobla hacia delante, tocándose la tripa. Después levanta la cabeza de nuevo. Está sonriendo.

Despacio, mete la mano en el pliegue de su camisa de guardabosques. Tonkei y Lendeva observan con estupefacción cómo su mano reaparece, sujetando un disco ancho, gris brillante.

—Tengo un montón más de estos —exclama—. ¿Cuánto valen para vosotros? ¿Miles de dólares? ¿Cientos de miles?

Con indiferencia, lanza el disco por encima de su hombro. Desaparece sin hacer ruido en el abismo que hay debajo.

—¡Espera! —grita Mollel.

Tonkei se contiene para no abalanzarse, y mira hacia atrás esperando más órdenes, frunciendo el ceño al darse cuenta de que no ha sido su jefe, sino el hermano de su jefe, quien ha hablado.

Kibet, mientras, está sacando de su camisa otro disco de cuerno de rinoceronte.

—Deja que nos vayamos —dice Mollel— y puedes quedarte con el cuerno.

Lendeva hace una mueca con los labios. Pero la respuesta llega de otra parte.

—No, Mollel. —Es Kibet—. No voy a dárselo. No les pertenece. Y nunca lo hará.

Tonkei, frustrado, aprovecha la ocasión. Salta hacia delante para coger el disco de la mano de Kibet, pero, mientras lo hace, ella lo lanza hacia atrás.

El vapor se arremolina alrededor del masái alto y la guardabosques y, por un instante, parecen envueltos en él.

Mollel aprovecha el momento. Agarra el extremo de la lanza, justo debajo de la punta en forma de hoja, y se la arrebató al *moran*. Cogiéndola con ambas manos, asesta un golpe de advertencia. El *moran*, pillado por sorpresa por la pérdida de su arma, sin embargo está lo bastante alerta como para saltar hacia atrás de forma instintiva mientras el filo pasa rápidamente junto a su cara.

Levantando la vista justo cuando el vapor se aparta, Mollel ve a Kibet y a Tonkei luchando todavía al borde del tubo de lava. Tonkei la rodea por el cuello con fuerza con su brazo, pero Kibet se retuerce y le clava los dientes de un mordisco.

Tonkei lanza un grito de dolor y suelta a Kibet de forma refleja, dándose cuenta de su error demasiado tarde. Sus pies resbalan sobre el pedregal suelto al borde del tubo de lava. Trata de compensarlo, agachándose y lanzando su peso hacia delante. Agita los brazos en vano mientras se tambalea y sus ojos lanzan un grito de pánico, pidiendo ayuda.

Mollet, que todavía está defendiéndose del otro *moran*, sabe que no puede llegar a tiempo hasta Tonkei. Kibet es la única que puede salvarlo. Tonkei le alarga la mano, pero es demasiado tarde.

Un extraño ruido palpitante parece elevarse con el vapor desde el tubo de lava. Es como si las fauces abiertas retumbasen para que se las alimentase.

¿Es la reverberación del cuerpo de Tonkei al tocar fondo por fin?

¿O algo más?

Algo más, decide Mollet. Pues el sonido palpitante crece, fortaleciéndose. Y ahora Lendeva y el *moran* parecen percatarse también, pues intercambian una mirada preocupada.

¿Un terremoto? ¿Una erupción?

Suena como si algo se hubiese despertado en las entrañas de la tierra.

El estruendo desde el agujero se convierte en un rugido en ese momento, y una repentina ráfaga de viento y polvo allana los arbustos alrededor de ellos. El sonido, Mollet se percata, no procede de las profundidades del infierno, sino del cielo; la extraña acústica del tubo de lava lo ha aspirado y escupido de vuelta. El vientre negro de un helicóptero se cierne sobre ellos.

Mollet ve el cañón de un arma asomándose por un lado del aparato. Tras él, inclinándose por la puerta abierta y sujetándose al lado, está Kiunga. Se alcanza a ver a Oberkampf por encima de su hombro.

—¡No dispaes! —grita Mollet, con la voz azotada por el viento y el estruendo de las palas del helicóptero.

Pero ve el rifle de Kiunga bajo en la correa. La *shuka* roja de Mollet vuela alrededor de su cuerpo mientras él levanta el brazo para protegerse los ojos. Mira arriba hacia la montaña, y hacia abajo. Kibet está ahí, desplomada de cansancio sobre sus rodillas. El otro *moran* ha levantado las manos. Pero Lendeva no está.

Dan varias vueltas en círculo tratando de localizar a Lendeva, pero no ven ninguna señal de él.

El piloto golpea con suavidad sobre el indicador de gasolina y señala al horizonte. El mensaje es claro. Tienen que volver a la base. De alguna forma, Mollel no está decepcionado. Parece totalmente apropiado que su hermano, habiendo vuelto a su vida de la nada, desaparezca de nuevo.

—Lo cogeremos —grita Kiunga.

Pero Mollel sabe que no lo harán. Habiendo estado tan cerca de hacer la transición él mismo, sabe lo fácil que resulta para un masái fundirse con el paisaje y desaparecer.

El enorme cráter se alza debajo de ellos, como si se estuviese despidiendo, y después se hunde mientras ellos se elevan para volar de regreso a Nairobi. Pasan sobre Maili Ishirini, poco más que un revoltijo de cuadrados y techos relucientes de metal apiñados alrededor de un cruce de carreteras, los estridentes polígonos blancos de la granja de flores y el lago brillante. Mollel ve los acantilados de Hell's Gate, casi irrisoriamente bajos desde aquí, y la gran columna de vapor de la planta geotérmica. Entre ambos, la figura solitaria de Maasai Bride y el cañón profundo y serpenteante, solo visible como un camino verde en el valle polvoriento.

Y después todo el lugar desaparece. Dejan atrás el valle del Rift, y la cadena nudosa de las colinas de Ngong se aproxima, irguiéndose con los aerogeneradores que proporcionan electricidad a la gran ciudad que hay más allá.

Nairobi. Su hogar.

Sus suburbios y barriadas pobres emergen como huellas dactilares emborronadas de pintura sobre la tierra. Una cortina de humo y contaminación ligeramente visible pende sobre la ciudad como un velo a baja altura. Y ahí, los bloques del centro tachonan la escena, unos signos de puntuación en negrita indicando su destino.

El viaje solo ha durado unos minutos, pero Maili Ishirini parece un mundo aparte. Mollel se estira cuando el helicóptero comienza a descender y echa un vistazo rápido a las afueras hacia el norte de la ciudad. En algún lugar, ahí abajo, está Kawangware, el hogar de su suegra, y el hogar, también, de su hijo. Se pregunta si Adam, quizá dando patadas a un balón en el jardín de Faith, podría levantar la mirada hacia ese punto y ver la mota que traslada a su padre. Pronto, se percata Mollel, con un anhelo tan profundo y largamente contenido que casi lo deja sin aliento, se reunirá con su chico.

El motor del helicóptero cambia de tono y comienzan a virar. Las torres de la ciudad, ahora más altos, giran mientras se realiza la aproximación final. Grupos tupidos de casas dan paso a almacenes y depósitos más grandes, más planos, y los

vehículos comienzan a ser distinguibles, y ahora también la gente... al aproximarse al aeropuerto, esa amplia zona de cemento y franjas de hierba con un avión blanco apretado a un lado o aviones reunidos con el morro por delante en el edificio de la terminal, como animales alrededor de un abrevadero.

El helicóptero aminora y se queda en el aire, lo que supone una sensación mucho más desconcertante que cuando se mueve sobre el suelo. Después, despacio, comienza a descender. Mollel alcanza a ver un avión de carga enorme, como una ballena, que están llenando con palés muy blancos, e imagina las flores que hay en el interior adornando tocadores y salones de casas europeas a veinticuatro horas de aquí.

Un par de sedanes de color negro relucen, increíblemente limpios, sobre el hormigón que hay debajo de ellos. Coches del Gobierno. Están flanqueados por unos hombres, y, a medida que la distancia con el suelo se reduce entre ellos, Mollel logra reconocer la figura alta y robusta de Otieno.

El aterrizaje es suave: un beso tierno. Después, el rugido del motor da paso a la desconexión de las palas, que poco a poco pasan de ser un borrón sobre ellos a ser unas tiras visibles, girando, y yendo cada vez más despacio hasta detenerse.

El silencio es casi sorprendente. Y en ese momento, los pasajeros del aparato — Kibet, Kiunga, Oberkampf y Mollel— intercambian miradas, pero no palabras. Palabras que, al parecer, harían añicos algo que los cuatro, en ese instante, comparten.

Y entonces la puerta del helicóptero se abre. Oberkampf es la primera en salir, luego Kibet. Los dos policías la siguen.

Una *pick-up* del KWS está al otro lado de los sedanes negros. Kibet le lanza una mirada, después se gira hacia Mollel.

—Ahí está mi transporte.

Los ojos de ella se encuentran con los de él solo fugazmente mientras se dirige hacia el vehículo que la espera. No mira atrás.

—Sargento Mollel —retumba la voz conocida de Otieno.

Es un momento antes de que Mollel se dé cuenta de que le han restituido su rango.

—Sargento Kiunga —continúa Otieno. Estrecha la mano de Kiunga, y después la de Mollel—. Buen trabajo ahí fuera, sargentos. Estoy seguro de que la policía de Naivasha puede hacerse cargo del resto del trabajo a partir de aquí. Ahora que hemos demostrado con firmeza que la banda masái de Tonkei fue la responsable de las desapariciones, no es necesario que la central se interese demasiado. Gracias, sargento Kiunga, por su informe provisional. Sargento Mollel, ¿supongo que podrá redactarlo oficialmente, cuando haya descansado?

—¿Kiunga? —pregunta Oberkampf, mirando fijamente al joven sargento.

Kiunga baja la cabeza.

—Oh, entiendo —dice ella, girándose hacia Otieno—. Así que él le estaba informando todo el tiempo. Imaginaba que alguien lo haría. Solo que nunca pensé que podría ser él. Bien jugado, Collins. De verdad confié en ti.

—Lo siento, Justine —murmura Kiunga.

—¿Y qué pasará con la policía de Maili Ishirini? —le exige saber Oberkampf a Otieno—. Puede que hayan probado que no son verdugos, pero aun así hicieron de juez y jurado. Tengo suficiente material para una maldita formulación de cargos contra su cuerpo.

—Señorita Oberkampf —la interrumpe Otieno, girándose hacia ella con una sonrisa burlona—, por favor, no se preocupe por esos cuatro individuos problemáticos. Se les enviará a reciclarse a alguna parte, lejos de todo peligro. Estoy pensando en la frontera con Etiopía. Y en cuanto a su informe..., bueno, hay un par de caballeros del Ministerio del Interior aquí a quienes les gustaría tener unas pequeñas palabras con usted sobre eso.

Dos tipos fornidos se adelantan, sus trajes y gafas de sol son tan caros e impolutos como los coches gubernamentales que los han traído.

—Justine Oberkampf —salmodia uno de ellos—, bajo las condiciones de su visado está autorizada a investigar la violencia poselectoral. Tenemos motivos para pensar que ha traspasado los términos de su investigación, y por ello, por orden del ministro del Interior, su visado ha sido revocado. Hay un vuelo a Ámsterdam dentro de dos horas. Hemos venido para asegurarnos de que suba a él.

Oberkampf le lanza a Kiunga una mirada triste.

—Lo siento —vuelve a murmurar Kiunga.

Se la llevan.

—¿Sabéis?, he tenido mis problemas con la Policía Diplomática antes —se ríe Otieno entre dientes—. Pero cuando se trata de llevarse a indeseables del país no tienen igual. Haremos lo mismo con tus contrabandistas chinos también, Mollel, no temas. Solo tendremos que ser un poco discretos al respecto, eso es todo. No tiene sentido disgustar a nuestros socios inversores.

—A ver si dan nombres antes de que los expulsen —dice Kiunga—. Tonkei era obviamente su punto de contacto para el marfil. Pero tengo la sensación de que él informaba a alguien más.

Mollel sopesa por un momento cómo describir a Lendeva en su informe. ¿Debería llamarlo Mbatiani? ¿Debería decir que es su hermano?

Y entonces se pregunta: ¿debería mencionarlo siquiera?

—Bueno, masái —dice Otieno, colocando el brazo sobre el hombro de Mollel—, ¿sienta bien estar de vuelta?

Por un momento fugaz, Mollel recuerda la sensación de paz que sintió cuando

todo lo que poseía era la *shuka* que vestía y la daga en su cintura.

Y piensa en Lendeva, recorriendo a zancadas el valle masái o destrozado en las profundidades de Hell, y confía en que a él también le haya llegado alguna forma de paz.

Entonces recuerda a su hijo, y se da cuenta de que en menos de una hora, si el tráfico de Nairobi lo permite, volverá a reunirse con él.

El informe puede esperar.

—Sí —contesta Mollel—. Sí. Sienta bien estar de vuelta.

Glosario^[14]

ashe: (maa). Gracias.

banda: (suajili). Cabaña.

biltong: (variante del holandés). Tipo de carne seca originaria de la cocina sudafricana, a la que llegó de la mano de la comunidad holandesa asentada en Sudáfrica desde el siglo XVII.

bob: (inglés). Localmente, y a nivel popular, en Kenia dicen *bob* para referirse al chelín, que es la moneda oficial del país.

boma: (suajili). Recinto, hogar. Donde viven los masáis. En realidad, es un conjunto de casas (por lo general, hechas a base de ramas, barro y estiércol seco de animales) dispuestas en forma circular. La valla que rodea al *boma* está hecha con espinas de acacia, que evitan que los leones ataquen al ganado.

bwana: (suajili). Señor.

chai: (hindi). Té. El término, procedente de la India, y el consumo de esta bebida se ha extendido a países que han recibido inmigración india, como Kenia. Cuando se habla de «dinero *chai*» se alude a dinero para comprar té, como eufemismo para aludir a sobornos muy pequeños.

cheesy kama ndizi: (modismo suajili). ¡Loco como un plátano!

enjaki: (maa). Choza.

Enkai: (maa). Dios creador, en la cultura masái.

hodi: (suajili). Hola.

ippa: (maa). «¿Qué tal?», como respuesta a un saludo en maa.

jembe: (suajili). Pala. Azada.

jiko: (suajili). Cocina, hornillo.

kalezi: (sheng). Lesbiana.

khanga: (suajili). Pedazo de tela colorida que constituye la prenda esencial en la vestimenta de las mujeres en varios países de África Oriental.

kichizi: (suajili). Loco.

kitu kigodo: (suajili). Mordida. Soborno.

kojoa: (suajili). Mear.

kojozi: (suajili). Alguien que mea.

KWS: (inglés). Kenya Wildlife Service, Servicio de Fauna de Kenia. Es una organización estatal establecida en 1990, que se dedica a gestionar y conservar la fauna, la mayoría de parques naturales y reservas del país.

laibon: (maa). Hechicera o hechicero.

leleshwa: (suajili). Salvia salvaje.

Maasailand: (inglés). La tierra de los masáis. Gran extensión de tierra que cubre el sur de Kenia y el norte de Tanzania, entre el océano Índico y el lago Victoria. Los masáis, seminómadas, llegaron a ocupar casi 200 000 kilómetros cuadrados en fronteras continuamente negociadas entre los diferentes grupos pastores que utilizaban la tierra y los recursos naturales. Pero la llegada de los colonizadores británicos y la mercantilización de las tierras los desplazó de los enclaves que los colonos querían para construir sus asentamientos, que resultaban ser las zonas más fértiles y con mayores recursos.

mandazi: (suajili). Tipo de pan frito, ligeramente dulce.

manyatta: (maa). Conjunto de chozas en el interior del *boma*, un recinto rodeado de una valla hecha con espinas, donde viven los masáis.

matatu: (suajili, sheng). En Kenia y algunos países colindantes se llama así a un tipo de autobús, de tamaño mediano o pequeño, popular, que suele estar muy decorado, con colores vivos. Hace rutas tanto por la ciudad como entre poblaciones. El conductor por lo general va acompañado de un cobrador.

mavwi: (sheng). Mierda.

mganga: (suajili). Brujo curandero.

mitumba: (suajili). Ropa de segunda mano.

moran: (maa). Guerrero.

mungiki: Organización o banda ilegal en Kenia. Surgió a finales de los años ochenta del siglo xx. *Mungiki* significa «multitud» o «gente unida», en kikuyu. Se dedica a actividades delictivas, sobre todo a la extorsión, y tiene connotaciones religiosas de tipo sectario.

mzee: (suajili). Anciano. Alguien mayor.

mzungu: (suajili). Blanco o blanca. Persona blanca. El plural es *wazungu*.

naija: (inglés, jerga). Nigeriano.

noma: (sheng). Buen tipo.

Ol Doinyo Lenkai: (maa). «Montaña de Dios», en lengua maa, la lengua masái. Es un

volcán activo ubicado en el extremo sur del brazo oriental del Gran Valle del Rift, en el noroeste de Tanzania.

ol morijoi: (maa). *Acokanthera oppositifolia*. Arbusto utilizado como fuente de veneno para flechas y recubrimiento de abrojos, ya que contiene glucósidos cardíacos letales. Es nativo de África meridional y central.

ole: (maa). Tratamiento honorífico masái. Implica respeto, como «señor, caballero».

panga: (suajili). Una especie de machete de filo curvo.

poko: (sheng). Prostituta.

polisi: (suajili). Policía.

rungu: (suajili). Porra.

sheng: Dialecto del suajili, una especie de lengua criolla derivada de una mezcla de suajili, inglés y la influencia de otras lenguas kenianas. Se originó entre las clases marginadas de Nairobi.

shuka: (suajili). Pedazo de tela, normalmente larga, que suele emplearse como parte de la vestimenta de varias culturas africanas. Entre los masáis, los hombres suelen llevarla de color rojo, y las mujeres de azul. Tradicionalmente, se lleva envuelta alrededor del cuerpo.

supai: (maa). Hola.

totos: (suajili). Bebés.

ukimwi: (suajili). Sida.

uume: (suajili). Polla.

Vigilance House: (inglés). Cuartel General de la Policía, en Kenia.

wahindi: (suajili): Indios o indias. Personas de la India.

wavuvu: (suajili). Loco.

wazungu: (suajili). Blancos o blancas. Personas blancas. El singular es *mzungu*.

weh: (suajili). La forma más despectiva de dirigirse a alguien en lengua suajili. Como se explica en la propia novela, sugiere que la sílaba extra de *wewe* —*tú*— implica realizar demasiado esfuerzo para referirse a alguien a quien se considera inferior.

Notas de la traductora

[1] Hell's Gate (literalmente «puerta del infierno», en inglés) es el nombre del Parque Nacional cerca del lago Naivasha, en Kenia. Es uno de los parques más conocidos e impresionantes del valle del Rift. <<

[2] Uno de los cinco clanes originales del pueblo masái: il-makesen, il-aiser, il-molelian, il-taarrosero e il-ikumai. <<

[3] *Cobra Squad* es una serie policiaca keniana, producida para el mercado televisivo africano oriental. Toma el nombre de la ficticia brigada policial (Cobra Squad) que la protagoniza. <<

[4] Las siglas WAR corresponden al original en inglés: Women Against Rape (Mujeres Contra la Violación). Se trata de una ONG internacional, también activa en África, que presta apoyo a mujeres víctimas de este delito. <<

[5] Las siglas WAR (Women Against Rape, Mujeres Contra la Violación) leídas como palabra, *war*, significan «guerra». <<

[6] KWS: Kenya Wildlife Service, Servicio de Fauna de Kenia. <<

[7] ICC son las siglas originales en inglés de International Criminal Court, Corte Penal Internacional, creada por iniciativa de la ONU en 1998. Se trata del primer tribunal internacional de carácter permanente encargado de juzgar a los responsables de crímenes contra la humanidad, genocidio y crímenes de guerra. Tiene su sede en La Haya. <<

[8] Dinero para comprar té (*chai*). Es un eufemismo para aludir a sobornos muy pequeños. <<

[9] *Maasai Bride*, en inglés, significa «novia masái». <<

[10] En el original en inglés: *sister-wives*. Así se denomina a las diversas esposas en sistemas polígamos como el masái. <<

[11] Lunatic Line, también conocida como Lunatic Express o Uganda Railway, es una línea de ferrocarril y antigua compañía ferroviaria de la época colonial en África. Se trató de un proyecto del Gobierno británico, cuya construcción duró de 1896 hasta 1901, para abrir una línea férrea que conectase las regiones interiores de Uganda y Kenia con el océano Índico en Mombasa, Kenia. <<

[12] Literalmente: Habitación del demonio. Es una cueva al fondo del cañón de Hell's Gate. <<

[13] Una vieja tradición asiática considera que el cuerno de rinoceronte, convenientemente rayado y convertido en polvo, es un extraordinario afrodisíaco. Por este motivo, y por desgracia, la caza furtiva de estos animales ha aumentado de forma descontrolada en los últimos años para abastecer al mercado negro. <<

[14] Para la preparación de este glosario, que sobre todo contiene términos y expresiones en lenguas maa, suajili y sheng, que no vienen traducidas en el propio texto de la novela, o que sí lo hacen pero aparecen más de una vez, así como alguna sigla recurrente, he contado con la generosa ayuda del autor, Richard Crompton. <<